

**PASIÓN Y OLVIDO DE
ANASTASSIA LIZAVETTA**

J. C. Mondragón

Una mujer, debe ser, soñadora, coqueta y ardiente
debe darse al amor, con frenético ardor
para ser una mujer...

Paul Misraki y Ben Molar

ttmu tgm mmmmm ssshhhunttt jok jok jok jok uq uq
schasshh ubkirt ubkirt ion ion katum atumm tummm tum tum
ummm umm mm ... esta pretende ser la verdadera historia de
la tragedia doméstica de mi querida prima Anastassia Lizavetta
contada por mí mismo y ese ruido que escuchamos con el
pensamiento es el ascensor de la Torre L del complejo
habitacional Parque Posadas, erigido en el corazón vegetal de la
ciudad. El drama familiar comienza con ese sonido irrepetible
llegando desde lejos, retumbando en mi cerebro cada vez que
pienso en ella y su desolación espiritual, impresión intensa por
dolorosa dejando la traza indeleble en mis sentidos. Repasando
los eventos atroces que ella protagonizó hace algunas semanas
y para redactar la crónica aproximada de lo sucedido decidí
venir a vivir una temporada al edificio donde ocurrieron los
hechos. Hubiera querido hacerlo en el mismo departamento
condenado hasta impregnarme por completo de lo ocurrido; los
médicos consultados lo prohibieron, los nuevos inquilinos y mi
sentido común lo desaconsejaron. Así resuena en mi interior la
primera frase rítmica del ascensor de la memoria cuando el
mecanismo se reactiva luego de algunas horas de reposo.

En estos bloques de habitación son inconfundibles los ruidos
del ascensor en funcionamiento, contrastando con el silencio
pesado de la Torre descansando hasta el final de la noche. Es la

hora cuando logro concentrarme mejor, mientras busco hundirme en aquella jornada irrepetible que intento revivir con mis propias palabras, está ahí cerca moviéndose el monstruo reiterado, la canaleta acústica con cables de acero engrasados y mugre adherida. Pasaron varios meses desde el último mantenimiento, los motores fatigados que nunca se detienen del todo pueden enloquecer a cualquiera que tenga la cama junto a las cajas de los elevadores y la audición hipersensible; alguien atento que capte el lenguaje reticente de paredes medianeras, conductos del baño y palpitaciones de la noche monologando. Fue por otra razón que un ruido de engranajes cansados parecido a ese fue Anastassia Lizavetta se despertó aquella precisa madrugada, era innecesario consultar la radio reloj sobre la mesita de luz. Serían las cinco de la mañana o puede que las seis menos veinticinco a más tardar, tanto daba y era igual: ella lo comprendió sospechando lo terrible mientras la pesadilla se detuvo y supo que sería imposible volver a dormirse. Creyó despertar del último sueño que tendría en vida y decidió quedarse en la cama pensando en sus cosas, como hacía otras mañanas cuando despertaba así de súbita conciencia y sin haberlo decidido el cuerpo. Con pocas horas de reposo profundo, a la hora de la cena del jueves y habiendo ido al centro a trabajar seis horas ella sería una piltrafa humana; hasta alcanzar ese agotamiento faltaba un día entero y distinto en la vida de mi prima, una jornada particular sumada a la fatiga y otras preocupaciones inherentes a lo habitual.

Esa mañana, donde intento incrustarme como si hubiera estado presente presenciando los hechos ella tiene treinta y dos años. A veces como hoy le da por pensar que la vida -en lo que aparentaba de excitante y promesa de final feliz- terminó alguna madrugada anterior bien distante y extraviada, confundida en el depósito de noches pasadas sin que fuera advertido en su momento. Distracción, engaño o coincidencia, mi prima sentía que tenía cincuenta y pico de años de recuerdos, más de los necesarios para guardar el equilibrio emotivo. Apreciación relativa a la edad errónea pero muscular y epidérmica, sobre todo epidérmica; estaba en un momento de la vida cuando se comienza a considerar seguido que la juventud pasó rápido -sin haber dado indicios de retirada- y resulta tarde para lo que sea, la edad indefinible de los números primos cuando se comienza a ser dos personas a la vez. Nadie le advirtió a mi prima adorada que la juventud pasaba así de rápido, las personas mayores repitieron para ella la patraña relativa al estado de ánimo vigilante mientras la esperaban en la edad adulta, burlándose luego de su credulidad dándole la bienvenida al fracaso. Madurar era eso pues, tomar conciencia de los años perdidos y al diablo con la experiencia acumulada; que los días fueran parecidos gracias a dios y sobrellevar sin histeria el habituarse a un cúmulo de rutinas, las que cada ser organiza a su imagen y semejanza buscando salvarse hasta que sobreviene lo terrible nunca especulado.

Sin proponérselo mi prima había merecido hasta esta mañana el estatuto "normalidad" como estado general, la

madre le habría dicho -si entre ellas la comunicación hubiera sido fluida de no morir antes de concretar la tan mentada charla postergada ni callado cuando más la necesitó- que debía de dar las gracias a Dios y a la Virgen por haberla alejado del miedo a la miseria. Temor prematuro que la perseguía desde niña y la acompañó en pesadillas del crecimiento. "Tengo miedo de ser pobre" le decía mi prima a la madre cuando de chica se despertaba sobresaltada como hoy. Mi pobre tía que en paz descanse, sin saber qué responderle pensaba "vas a sufrir mucho en la vida mi querida hija Anastassia Lizavetta" y así fue.

Si al menos estuviera amaneciendo sobre la ciudad mientras mi prima se despierta y yo escribo esta oración dando cuenta de ello... noches distantes fusionándose en una sola igual que mi pensamiento con palabras vaya y pase; para ese instante de intersección faltaba el ruido de camiones verdes vaciando contenedores abarrotados de sobras, la secuencia de los autos aparcados calentando motor en el estacionamiento. Estando despierta, sin pretender adelantarse a la irrupción de los basureros municipales ni al resplandor malva del amanecer, Anastassia Lizavetta probó retardar la visión del paisaje desolador con píldoras sedantes tomadas al acostarse, queriendo adormecer al insomnio enviando sus primeros mensajes. Resultó inútil lo intentado, despertar antes y sin saberse en la normalidad fue más potente que ciertos fármacos recetados en la mutualista.

Los otros integrantes de la familia descansan a pata suelta, el marido de tal modo que ni un regimiento atravesando el dormitorio podría despertarlo. En otro cuarto el hijo dormía igual de confiado, los últimos tiempos se conversaba sobre lo oportuno de darle una hermanita y había proyectos que vuelven inexplicable lo sucedido aquí cerca. Ellos descansaban, era Anastassia Lizavetta que andaba mal últimamente, su estabilidad diurna se deslizaba a la pérdida del equilibrio que advertí tarde y por eso mismo sigo sin conformarme. La escritura emprendida debe ser expiación de la ceguera afectiva, ignorancia que nos designa culpables a quienes estuvimos

cerca, nuestra forma obediente de pagar y redimirnos. Una vez despierta ella supone que sería algo relativo a la edad, deberá consultar al médico de cabecera piensa y comenzar un tratamiento controlado relativo al corte del sueño. Hacer algo, es anormal que el ruido de un ascensor que ni estaba segura de que fuera el de la Torre L donde vivían la despertara antes de hora quebrándole el reposo, dejándola a solas con sus peores pensamientos.

Le comentó al marido antes de mudarse: "podemos esperar un poco, comprar un apartamento en el segundo piso de un edificio tan alto me parece una locura". El argumento del marido para decidirse era atendible, un apartamento en el Parque Posadas a ese precio nunca se repetiría; así lo hicieron y la decisión en su momento pareció adecuada. Es desde hace unos meses apenas que ella se despierta a destiempo coincidiendo con el funcionamiento del ascensor luego del período más prolongado de quietud, como si sueño y motor hubieran iniciado una relación aberrante. Me consta por la experiencia de estos últimos días: el ascensor de la Torre L hace un estrépito desagradable en medio de la noche pero tampoco es para tanto. Al menos que algo en el Gran Mecanismo –incluyo en ello el cerebro de mi prima esta mañana- haya comenzado a trabarse alcanzando el punto crítico insoportable. Ella me dijo alguna vez que se lo comentó al marido eso de sus despertares a deshoras y él respondió que lo mismo le pasaría a otros vecinos, el exceso de sensibilidad era normal entre habitantes de las torres circundantes, eso pasaría sin que siquiera se percatara. Amaba

a su esposa desde el día que se la presentaron, nunca la comprendía en eso de los detalles sutiles que tanto alteraban a mi prima y él consideraba estridencias molestas de la cotidianidad.

Desde muchacha mi prima era una persona que vivía pendiente de los detalles, la gente conocida que venía de visita a la casa después que se mudaron al Parque Posadas, familiares y amigos, compañeros de trabajo se lo decían: se nota que eres una muchacha –le decían muchacha todavía- que cuida los detalles. Ella sonreía y pensaba que claro, después de todo qué otra cosa hacer que armonizar detalles de la existencia hasta que algo se rompiera igual que un cable de ascensor. Cada mañana desde las ocho menos cuarto, luego que ellos dos se marchaban de la casa mi prima quedaba sola y como entraba a OCA recién a mediodía... tenía derecho a estar un rato con ella misma para conversar. De mañana estaba sola volviendo a ser la chica soltera sin responsabilidades maternas de años atrás; considerando la tregua matinal alguna vez pensó en hacer gimnasia –de muchachita estaba dotada para los deportes- pero se amontona tanta normalidad durante las mañanas, tanto detalle que exige ser ordenado que la soledad carcomía el tiempito restante para ella durante el día. Parecía mentira que una familia tan chica diera tanto trabajo; el marido colaboraba en las tareas pero es suficiente un par de medias sucias, el cuaderno del niño tirado sobre el sofá, un pedazo de pan sobre la mesa del comedor para quebrar la quietud atizando el fuego de la normalidad. Son detalles y mi prima era admirada por la

manera de administrar detalles, se advertía al vuelo que era una mujer atenta a los detalles. Estaba en los detalles que podían llegar a obsesionarla y que si alguna vez debería perderse sería a causa de un par de detalles salidos del orden.

Una vez despierta dio vueltas en la cama cadenciosas por felinas evitando despertar al marido, tampoco había acomodado posible. Esa madrugada estaba sofocada de manera distinta, terminaba el mes de marzo y como ahora que busco palabras una detrás de otra comienza la primavera. Aquella mañana lo insistente del verano persistía con intensidad inesperada, puede que fuera ella convencida que febrero perseveraba y el mundo cambiaba la rutina de dar vueltas, sin ir más lejos, anteanoche debieron dormir con el ventilador encendido y tapados apenas por la sábana, hace un rato mi prima dormía desnuda y sólo se había dejado la bombacha puesta. Después del paso inicial del ascensor, reconocido cuando la cabina estaba en viaje hacia los pisos superiores de la Torre L ella sacó la pierna izquierda de la cama dejándola caer a un costado, provocando el fresco de la noche. Con algo concreto debió de haber soñado pues se sintió empapada, quizá dormida protagonizó una escena de las fantasías que liberadas durante los sueños. Menos se le ocurrió despertarlo al esposo como hacía en los primeros tiempos de casados y ocurría lo mismo, se contuvo porque vivía una excitación que sólo a ella le pertenecía; retiró el cuerpo lo más que pudo al costado suyo de la cama y con la pierna izquierda libre advirtió una cadencia de palpitations incontroladas. Ensalivó la punta de los dedos de la mano derecha pensando en

pasárselo por los pezones hinchados, mi prima tenía tetas estupendas (muchas veces hice lo imposible por verla desnuda) y desde la adolescencia podía alzarlas con las manos. La calentura era concentrada, localizada en la entrepierna y pensó en bajar ambas manos del pecho sin prisa; de hacerlo las reacciones del cuerpo serían frenéticas y ella dudaba, tampoco se trataba de disfrutar si es que se decidía a acariciarse, hacerlo para despertar por completo alejando miedos removidos sacudiendo la incoherencia de la sexualidad a deshoras.

Anastassia Lizavetta estaba captada por lo prematuro de lo iniciado y la urgencia de que las cosas sucedieran, el movimiento autoestimulante de producirse duraría poco, siendo efectivo ayudándola a disipar la angustia causada por el ruido del ascensor que recomienza ahora. Pensó mi prima que debió de ser intenso lo soñado, esa escena erótica puesta en sueños y que el cuerpo despierto olvidó la fantasía exceptuando en su sexo. "Todavía estás buena" se dijo y las protuberancias que le espíe seguido hace años –hacía todo lo necesario para verlas– eran de los detalles más determinantes de la casa que los visitantes notaban a primera vista. Basta de entresueño dudando si es demasiado temprano, ahora sí estaba despierta oliéndose los dedos por costumbre; resolvió levantarse para ir al baño sin tocarse, haber considerado esa posibilidad de masturbarse le creó la sensación culposa y absurda retardándole el día. Ni tan siquiera miró por la ventana mientras comenzaba a clarear, desdeñando ignorar cuánto tiempo se quedó en la cama considerando detalles y dudando entre

tocarse, dormir otro poquito si lo lograba, saltar del lecho como hizo con el regusto de haber tomado la decisión equivocada. Tampoco era la mejor manera de comenzar un día distinto que quiso recordarle desde temprano sus carencias flagrantes de amor, abandono y orgasmo.

El departamento era amplio y bien cómodo para sus actuales necesidades, cuatro habitaciones en total si contamos el living. Habiendo planes para agrandar la familia y una relativa estabilidad laboral pensaban que podían seguir pagándolo al Banco Hipotecario; firmaron un préstamo relativo al Plan Nacional de Vivienda por un número de cuotas tal, que el título de propiedad definitivo coincidiría con el inicio de la vejez.

-En todo caso podemos cambiar más adelante. Con un golpe de suerte renegociamos la deuda, dijo el marido por entonces.

Él siempre usaba expresiones vagas e imprecisas relativas al futuro de los planes conjuntos, nunca entendí qué le vio mi prima a ese hombre para elegirlo como marido, siempre me pareció insustancial y displicente, alguien prescindible; ella me dijo que lo amaba y nunca terminaba de creerle.

Anastassia Lizavetta avanzó unos pasos hasta distinguir su sombra pasar furtiva en el espejo de la cómoda. El cuarto matrimonial estaba moqueteado, pisando las baldosas del salón recobró una escena infantil olvidada de inmediato, relegada por el apremio sensual acuciándola, sensación ligera que debió considerar un aviso. Pasó luego por la cocina, llegó hasta al refrigerador que abrió contemplando durante tres segundos la distribución conocida de memoria, sacó una botella de leche descremada y tomó un trago directamente. Tenía un amago de acidez estomacal, la cena de hace unas horas debió caerle mal, puede que algo la ponía nerviosa metiéndola en el torbellino de deseo y memoria, a ella los nervios la atacaban al estómago.

Encendió un cigarrillo con la llama de la hornalla por no buscar los fósforos, dejó la mano del cigarrillo cerca de los labios tal como se lo habría indicado un fotógrafo retratista. Hizo chocar las uñas del dedo anular y pulgar y así permaneció junto a la ventana, de haber estado viviendo en el piso doce mirar hacia afuera hubiera resultado indiferente, cierta revancha de dominio visual y disfrute de soledad, confinada en el segundo piso cerca de paseantes y proveedores podía pasar por una vecina histérica. Esa asociación imaginaria le agradó, la escena duró igual que su pensamiento en cuanto a que si un paseante miraba hacia la ventana atraído por su cuerpo. Se retiró del perímetro crítico hasta sentir en las nalgas el borde de la mesa, apartó una silla y se sentó considerando lo curioso de que siendo tan temprano podía disponer de un tiempo suyo.

Como con la intimidad hace unos minutos, algo la incitaba a provocar el instante siguiente. Esa mañana era una mujer apurada y la novela se había puesta en marcha, aplastó contra el fondo del cenicero la mitad del cigarrillo, lo continuó aplastando más allá de lo necesario hasta que ceniza, papel y filtro con hebras de tabaco sin quemar formaron una argamasa que impregnaría los dedos. Miró hacia la pileta de la cocina, anoche vieron en la tele una película que terminó a las mil y quinientas, se acostaron tarde y faltaba limpiar la vajilla. Como para hacer una horita de gimnasia matinal estaba mi prima, eso que al pasar y despectivamente se nombra hogar la aprisionaba. Eran casi las seis y salvo la tontería de las tostadas que prepara el esposo, el desayuno para los tres corría por su cuenta, la

contentaba que sus hombres salieran al mundo optimistas y alimentados. Faltaba tiempo para comenzar el sainete del desayuno, si había despertado así con el sexo para ella y el cigarrillo aplastado de manera agresiva seguro que no regresaría a la cama ni para estar estirada. Esa mañana se sentía extraña e hizo cosas raras, algo confuso debió de soñar en lo que presentía como la última noche de sueño. Si a la masturbación postergada le siguió un súbito deseo de mostrarse de senos al aire sin importarle, las manos sudaban ahora una sustancia untuosa. Tan temprano el tiempo demora en pasar y los minutos son lentísimos; hacía mucho que no se sentía siendo otra así de rabiosa contra algo que presentía de su responsabilidad. El mandato de tentar un gesto inesperado por definitivo y arrepintiéndose de haberlo hecho al minuto siguiente. Pesaba la evidencia siendo la enésima vez después de meses que se despertaba antes de que sonara el despertador programado para recibirlos con noticias, enterarlos desde el arranque matinal en qué mundo estaban condenados a vivir. Era sedante escuchar la radio a esa hora, le agradaba que una voz cerrara el silencio y la palabra recuperase el límite entre dormir sin conciencia de las horas recorridas y la vigilia cuando el tiempo está cronometrado, desde los segundos para la primera cepillada de los dientes hasta el buenas noches previo al apagar la luz de la portátil. El absurdo de movimientos programados llamado día completo y agresivo en cantidad de pequeñeces pendientes destruía toda iniciativa apenas se lo piensa, impide introducir variables sin el riesgo de alterar el

conjunto y la hacía prisionera de la continuidad aparente; es la idea que me fui haciendo estas últimas semanas desde que vivo aquí.

Fue hoy que la rutina de ella forzada por energías incontrolables se desenganchó del manto nocturno de manera distinta, despertó antes y con el cuerpo ensayó movimientos ajenos a su programación tal como era concebida hasta ayer a la noche. La vajilla en la piletta exigía recuperar el principio de realidad siendo apenas el comienzo. Si bien lo pensaba y por razones que llevaría años deducir le daba asco la idea de tocarse, suponía pensamientos impalpables que deseaba descartar; ese problema así considerado, ni apareció en tanto se produjo el tránsito al acto radical limpio de angustia y con naturalidad desestabilizadora, cosas que suceden algunos días hasta en las mejores familias. Encendió un segundo cigarrillo disfrutando del olor en los dedos -olor a tabaco adherido a otra cosa iniciándose- por hacer algo chocando las uñas de anular y pulgar. Le parecía pérdida de tiempo quedarse en la cocina pensando aunque se parase frente a la ventana dejando los senos al descubierto. Descubría porque se lo propuso lo que sucede en el piso mientras ella duerme, antes de que el despertador emita voces desde un estudio radial distante y tuvo miedo al extrañar dimensiones y distribución de objetos en su cocina.

Nada alarmante, detalles sin coordinación como si fuera otra cocina... no: como si alguien hubiera alterado ciertas disposiciones de manera imperceptible y que ella detectaba

intuitivamente, que otra mujer –era sin duda otra mujer– utilizara su cocina mientras ella duerme. Consideró estar soñando que se despertó antes de lo conveniente, que los dos cigarrillos fumados a medias y las tetas públicamente expuestas frente al ventanal fueran escenas del sueño, durando hasta que un locutor la despertara con noticias reales para empezar el día. Lo decidió mientras se quemaba el tabaco del segundo cigarrillo: dentro de un rato iría al dormitorio para ver si se descubría durmiendo. la idea le pareció excitantemente tonta, era incuestionable que de mañana nunca piensa en tocarse por pudor y por falta tiempo para hacerlo.

Volvió a mirar hacia la pileta y ahora que lo piensa estaba segura de haber lavado los platos de la cena, esa suciedad insinuando desorganización desagradable no debería estar ahí. Se olió los hombros por si el olor le daba indicios de la situación, saber si habitaba el sueño o la cocina alterada. La prueba corporal eligió la realidad, ella estaba sudada, debió soñar algo obligándola a defenderse y despertar antes de tiempo para impedir seguir soñando lo olvidado. En una situación o en otra aceptó que el orden precedente se modificó definitivamente; por el apuro para retardar lo que fuera alterado mi prima quiso reconstruir el modelo de sus despertares. Las otras mañanas lo primero que hace es ir al baño y nunca quedarse en la cocina fumando ante la ventana dudando si duerme todavía. Si vivieran en un piso alto ella podría contemplar la ciudad con otra perspectiva distinta, una ventana en el piso segundo intimida impidiendo iniciativas de privacidad. El marido decía que en el

Parque Posadas hay movilidad de propietarios, frenética en los últimos años acompañando la inestabilidad de historias personales; alcanza con estar al tanto del tráfico informado por los vecinos, llegado el momento en la primera oportunidad se mudarían para un apartamento en los pisos altos. Le gustaría a él permanecer en la misma Torre L que resulta cómoda para las compras diarias, tiene el mercado cerca siendo práctica en relación al transporte. "Yo podría morirme aquí" decía. Ellos verían, como dice siempre el marido.

El cigarrillo está por la mitad e incluso para un fumador habituado, el gusto del tabaco tan temprano provoca rechazo. Sobre la mesa de la cocina había un plato pequeño donde se apoyan las tazas de té, ella acercó la mano con la intención de apagar el cigarrillo sobre el plato donde había otro cigarrillo de los mismos que fuma, apagado, aplastado. Estaba convencida de haber fumado recién el primer cigarrillo del día, era posible que se hubiera levantado antes en las horas previas y hubiera venido a la cocina a fumar esperando el regreso del sueño. Si así fue lo había olvidado, de anoche estaba segura no era porque antes de ir a la cama tira los filtros a la basura. Se dirigió al baño tentando alcanzar la rutina adelantada, entró al baño, se puso la bata amarilla y frente al espejo la anudó formando la escena cero de cada mañana que sucede en el baño; cuando comenzó a reconocerse desató el nudo del cinturón, los extremos cayeron a los costados, bajó la luna de la tapa del inodoro y levantando la bata como pollera de campesina esperó sin que le ardiera nada. La infección de la semana anterior había

desaparecido, apenas si salieron gotitas como si se hubiera levantado a orinar durante la madrugada evacuado el agua bebida antes de acostarse, lo mismo permaneció sentada sin ganas de hojear el suplemento con la programación de la tele para la noche siguiente y nada sucedía.

Haría los mismos gestos que solía cada mañana, los minutos avanzarían y podría repasar lo que tenía pensado hacer durante el día sin plantearse dudas. Tenía poco tiempo para pensar en ella, el error del sueño terminaría pronto y cuando fuera tiempo de despertarse sería otra mujer. Una mujer que duerme y despertará sin saber que el resto del día será controlado hasta donde se pueda, escrito por mí y mañana comentado por los vecinos. El día de hoy sería para mi prima el destinado a ser diferente pues comenzó distinto a los anteriores. Ella era intervalo en desajuste que le permitía verse vivir por primera vez; lo comentaba con amigas eso de las mujeres prisioneras de ellas mismas y tiempo interminable que insumen las tareas domésticas además del trabajo.

En el minuto que intento imaginarme sin saber si lo logro a pesar de los ruidos que me perturban, Anastassia Lizavetta ahí sentada en el inodoro se pensaba prisionera del sueño de la Torre y de la fortaleza, del sueño del laberinto y de la jaula, del sueño imbricado de la escritura del sueño. En dos minutos iría hasta su dormitorio a comunicarle a la mujer dormida que por hoy puede seguir durmiendo; ella que intentaba orinar en vano sin estar segura de los cigarrillos fumados de madrugada, estaba dispuesta a suplantarla por unas horas y que la otra -

tanto lo merece- siguiera descansando, de la casa se ocuparía ella. Lo diría en voz baja para que supiera sin despertarla y la otra oyera como si de un sueño real se tratara pues de lo contrario se preocuparía demasiado.

En el baño, sentada y resuelta a continuar lo comenzado mi prima arrancó del soporte una tira de papel, lo hizo sin considerar el gesto ni atenta por si persistía la sensibilidad. Lo pasó por el sexo y se incorporó, olvidó si otra Anastassia Lizavetta miraba el fondo del inodoro antes de activar la descarga. La cisterna del departamento le parecía ruidosa, temió despertar a la intrusa, Dejó caer el papel en el charco sanitario que comenzó a disolverse en una pasta color violeta.

Por lo inhabitual de la hora y la certeza de que debería estar durmiendo salió del baño aturdida, Sin proponérselo se halló de nuevo en la cocina que era el territorio menos hostil del departamento para su estado actual; regresar al dormitorio sería insensato, estaba más oscuro el ambiente que hace un momento y no por nubarrones de tormenta –era hora que comenzaran los temporales-. Pareció que durante los minutos que permaneció en el baño el sentido del tiempo hubiera retrocedido si ello fuera posible. Anastassia Lizavetta miró por la ventana, el comienzo del bullicio en las calles internas del Parque Posadas se había detenido y algo faltaba para comenzar la actividad. Intacto por el contrario estaba el paisaje fascinante de decenas de autos de modelos variados, estacionados, alineados, iluminados desde arriba por faroles urbanos encendidos.

En el plato pequeño había otro cigarrillo aplastado sin apagar del todo a pesar de la rabia del gesto presumible. Sintió frío como si alguien más estuviera en la cocina y una presencia

femenina quisiera pasar inadvertida, seguro que se trataba de la otra mujer.

- ¿Sos vos?, preguntó mi prima y nadie respondió.

Su vida incluyendo el enigma existencial y el misterio rondándola los años venideros, estaba contenida en la distancia inconciliable -notoria falla hasta la escisión- entre lo que deseó hacer y lo hecho. Era la primera vez que a causa del desajuste temporal podría hacer coincidir anhelo y gesto concreto, como si faltara un desarreglo del sustento cósmico para alcanzar cierta señal aguardando la revelación del destino. La suma de los desacomodos la condicionaban a lo que era su verdad escamoteada, así hasta parece sencillo escribirlo después de que ocurrieron los hechos. Al comienzo fue excusa inferida en impresiones vistas por la ventana del departamento.

Era la primera vez que la vida de mi prima tendía a la unidad negando la imagen movida de una existencia duplicada -fuera de foco- descartando una visión confusa, contemplado la vida hasta ese instante con lentes equivocados. Intentar definir lo que ella pretendió hacer es imposible considerando el tiempo transcurrido, siempre hubo cerca acompañando la incertidumbre de su duplicidad otra escritura difuminada, cercana e ilegible, distorsionada por lágrimas y un chorrito de café. Aceptar contando lo que ella realmente hizo para mí -que decidí asumir la tarea con miedo y cariño- supone renunciar a explicaciones conformistas, las palabras resultan incompetentes para penetrar la evidencia del ajuste alcanzado por mi prima, son útiles en todo caso para dejar constancia de

coincidencia con resultado desconcertante. La tendencia se inclina por el descarte de indagar sobre aquello que quiso hacer y preferible a evitar la trampa de la duda renunciando a preguntas obvias.

Es preciso concentrarse en lo que hizo y abandonar la voluntad al azar de un péndulo rojo al que debemos mirar fijo: lo que llega incitando la escritura es preferible vivirlo hipnotizados y ella es el péndulo. Debemos observarla desde los primeros movimientos del relato confirmando que lo escrito fue verdad, sentir que nos pesan los párpados penetrando en un sueño profundo, única zona donde es aceptable lo que será escrito. Cerrar los ojos para leer mejor, creer lo que nos dicen recelando si permanecemos en la tristeza real o se produjo el corte a la ilusión, dudar si mutamos al clima de una hipotética novela donde podemos interrumpir la lectura. Añadimos detalles escabrosos del episodio que alimentó a la prensa durante semanas, perdimos así el control mirando el péndulo y estamos en la ilusión movida dispuestos a creer, decididos a aceptar la ficción de un suceso verdadero obedeciendo a la voz que cuenta la historia. Pesan los párpados accediendo a la identificación con personajes para avanzar, cediendo igual que en un teatro de variedades el pacto del engaño. Convencidos de que vale la pena saberlo y ello pudiera discernirse sin incitar al error; como si pudiera yo considerar lo que hizo mi prima aquel día gesto de personaje ficticio. Ese día escribiéndose por otro distinto a mí y el lector hipnotizado que soy se percatara

-para su sorpresa- que bajo determinadas condiciones se puede traducir la voluntad de otro incluyendo lo terrible.

Se hace, lo hago eso de escribirlo porque podía llevar adelante la tarea de secretario apalabrado. Debo tener el valor de ser ella por unas horas, ni sé si ella hizo lo que miró y ahora relato la proyección de lo que imaginó hacer. Diferencia decisiva en su momento, poco pertinente cuando los hechos se transfiguran en escritura afiebrada transitando la zona novelesca de las versiones. Seguir leyendo de ojos cerrados, leer como si se escuchara oyendo la historia llevada por la voz de nosotros mismos, la voz de cuando pensamos, la voz que ahora es la suya. Si puedo continuar la hemorragia de oraciones es porque existen fórmulas de palabras anunciando el momento de magia; cuando algo que fuera papel se confunde con el fluir del pensamiento íntimo y nos vemos tratando un secreto de familia, lo que en mi caso es exacto.

La escritura es el desajusto de mi prima en la cocina hace un rato frente al cenicero y la escritura exige de ese desajuste. Coexisten lo que se quiere escribir con aquello que se escribe y contadas veces se alcanza la recóndita armonía. Esa isla sin mapa donde las palabras comienzan a operar en estado segundo dejando de ser exteriores emanando de la lógica que sentimos propia. Las palabras consiguen la suprema identificación de la vida común y corriente de Anastassia Lizavetta con la de alguien que ella ni siquiera conoce. Ahora mismo, que el ascensor se detuvo en la planta baja yo quisiera escribir otra historia sobre alguien de mi sangre.

El asunto banal del número de cigarrillos, el reflejo de los pezones de mi prima en la ventana de la cocina (se supone que algo mío estaba en el interior de la cocina) y el nombre de ella escrito ¿diez, doce veces? hace que escriba: "la mujer quiso adelantar las tareas domésticas de la mañana. Antes que en el cielo por esa parte de la ciudad comenzara a clarear ella cerró la puerta de la cocina para evitar despertar a la familia". Eso lo escribo yo hundiéndome en la noche sin nadie cerca para compartir el secreto y poner distancia de los actos de mi prima. Los párpados me pesan. ¿Había apagado uno de los cigarrillos? Abrió la canilla del agua caliente, de eso estoy seguro y se propuso lavar la suciedad amontonada en la pileta.

Es palpable que la escena del sueño fue diferente y el día apuntaba distinto pues al comienzo le pareció que la luz del día era otra. La bata se abría y desnuda abajo –dejó la bombachita colgada en el bidé- pensó tener el aspecto de prostituta preparando té luego de haber trabajado hasta tarde y sintió que la piel en el halo de los pezones se estiraba. Los consideró pensamientos inadecuados de madre dispuesta a preparar el desayuno para su progenitura, tampoco podía impedir asociaciones soeces, la fantasía sexual se transformaba en el último refugio recordándole que tenía un cuerpo independiente de las necesidades de ellos.

El agua caliente al punto de que subía vapor hacia los ojos nublándole la visión la salpicaba un poco, ella avanzó la pelvis entre vapor enturbiando la mirada y apoyándola de pleno sobre el frío de la pileta una sensación de superficie metálica le recorrió el cuerpo, la descarga de otra cosa que una electricidad humana. Decidió evitar mirarse la cara en el vidrio de la ventana, vapor y claridad difumarían sus contornos. Quiso concentrarse en la tarea rutinaria, la mugre amontonada con vajilla desordenada en la pileta la retrogradaría a una dimensión menos pasional de la existencia. Habían cenado churrascos con puré, la grasa separada con tenedor y unos pedazos de carne estaban en los platos dispuestos de manera irónica. Sobre la plancha atravesada había coágulos de sangre achicharrados y montoncitos de sal quemada que resisten los líquidos desengrasantes de Lever. En los costados trepaba la

farándula con restos de puré, duros grumos amarillos de productos industriales haciendo reaccionar componentes químicos de recetas instantáneas: su puré delicioso como el de la abuela y en menos de un minuto prometía el envase. Anastassia Lizavetta odió y desde chica lo que había en las inmediaciones, restos de mandarina y semillas blancas escupidas sobre el plato abriéndose por el calor, hilitos blancos vegetales, gajos a medio masticar por el gusto a fruta pasada, cáscaras amontonadas en módulos pequeños y deformes. De la cafetera napolitana salió un aglomerado compacto de café conservando la forma de cono truncado esculpido por la presión del agua cuando filtra. Debieron preparar una ensalada porque había semillas de tomate en unos bordes y chorros de salsa vinagreta, estaban sin separar los cubiertos del resto de utensilios, dos vasos tenían el fondo de borra oscura impregnados de una película bordó. A un costado como desde que se mudaron al Posadas y ella venía de descubrirlo, estaba el balde de basura, la bolsa negra sin atar que debería bajarse en algún momento del día para dejarla en el contenedor de la Torre L.

Era horrible haber descubierto una arveja solitaria, otras fueron digeridas y las restantes marcharon por el resumidero tiñiendo de verde las cañerías de la Torre L. La miseria de la situación se concentraba en esa arveja única, como si le hubieran seccionado a mi prima un pezón que se volvió verde tirado entre la vajilla sucia. Retiró la pelvis de la zona haciéndose desperdicio y consideró que el día sería largo,

estaba dispuesta a soportar lo inesperado de la situación, el cuadro idéntico de cada mañana de su vida de casada. Si había que señalar hoy algo anómalo anunciándose inquietante, era la disposición de la arveja con textura de la insistencia; se agregaba el aliento del cenicero de la víspera repleto de tabaco, ceniza a medio consumir, filtros marrones de nicotina soltando olor agrio que ningún fumador soporta, cigarrillos viejos pitados a medias en la desesperación del insomnio sin tabaco, haciendo pasar pronto el desagrado de las tres primeras bocanadas, el gusto que se adhiere al paladar si se pasan horas sin encender un pucho.

Queriendo mantener la calma sin entender por qué la perdía, ella vació el cenicero en la bolsa de basura, ató las cintas plásticas dejando que el agua corriera por la pileta, calentase olores a detritus de la víspera y arrastrara por fin esa arveja. Afuera parecía una vez más que estaba clareando, le sobrevino un rechazo del cuerpo insoportable de contemplar. Mi prima se cruzó la bata y ató con rabia como otra bolsa de basura el cinturón con doble nudo, impidiendo que su cuerpo escapara del control mientras lavaba restos de la cena en familia. Esa mañana eran exageradas las sensaciones comunes y los sentidos por el margen adicional de tiempo debido a la ruptura del sueño antes de lo previsto. Resintieron los elementos habituales con textura evocando asco y repugnancia. ¿Esa naturaleza pudriéndose modificaba la conducta interna? Las responsabilidades podían ser de una arveja y sin culpa sino escándalo exagerado de su unicidad. Ese micro planeta

provenía de otra región del tiempo y la arveja nunca compartió la cena; algo desde el sueño la trajo para hacerle suponer continuidad en su conducta. ¿Había cocinado churrascos a la plancha con puré instantáneo? ¿Alguien abrió una latita de arvejas para acompañar? Un antes y su después de la contemplación de la arveja, esa arveja como inspiración revelando otra vía imprevisible para mi prima y obturada por el momento. La arveja considerada tramo silencioso entre lo que debía hacer y lo hecho. Distancia descubierta al azar, recuperada o salvada, concentrada en la arveja como si el conjunto de reacciones emprendidas a partir del momento de descubrir la arveja, fuera parte del proyecto de vida que la roía hace años y rabioso por jamás concretarse.

Lo que había por delante, tarea inmediata y el tiempo a salvar antes de encender el próximo cigarrillo – ¿el tercero? – concentraba la justificación de su existencia. Ella lo sabía, meter las manos en los objetos patinados de materia orgánica -lo hacía por lo menos una vez al día- esa mañana la repugnaba, estaba sola y las circunstancias se habían alterado. Resultaba curioso, de noche mientras lava esos mismos platos y cubiertos ellos andan cerca, la tele está encendida. Anastassia Lizavetta solía decir que eran apenas diez minutos y sonriendo incluso procedía al lavado de cucharas que ahora le asqueaba tocar. Era una continuidad de responsabilidades, tenía la probabilidad confirmada reiteradas veces de la ayuda del marido al secado, el apuro de terminar pronto el episodio de la convivencia antes de que comenzara otro caso del inspector Columbo. En las otras mañanas acompañaban informaciones de la radio, el listado de desgracias recientes entre jingles pegadizos loando virtudes de productos que ella utiliza. Mensajes publicitarios tendenciosos haciendo que el lavado de la vajilla ocasionara una felicidad lateral y sería fuera de tono esbozar una queja.

Siendo temprano ella prescindía de escuchar noticias frescas. La miseria social sin duda se venía sucediendo a pocas cuadras de allí y en las antípodas del Parque Posadas indiferente a problemas de sueño interrumpido de mi prima, patrañas repetida pues lo único relevante en el universo era ella ese minuto enfrentada a la inmundicia muda entre objetos

degradados. Tarea de violencia inevitable y conjunto de signos reveladores aguardando el contacto manual. La asqueaba percatarse de que su piel con la conciencia formaba parte de una unidad de objetos opacos desagradables. Era menos evidente aceptar que la limpieza fue hecha durante años sin protesta y debería repetirla luego de la visión de la arveja, acaso dios fuera esa arveja clamando una inminencia devastadora. Su tarea exclusiva en la economía de la creación consistiera en lavar la vajilla con un detergente publicitado y el temor que, de negarse, una maldición terrible se abatiría sobre ella. Los habitantes del Parque Posadas supieran de su desidia y peor: que ella decidió dejar de hacerlo por un capricho repentino. Siendo la culpa verificable el castigo sería implacable, estimando que su rechazo resultaba un mal ejemplo para el resto del condominio.

Decidida a quebrar el encadenamiento de hechos que advertía imponerse desde el exterior, ella encendió otro cigarrillo mientras daba vueltas a las reglas de juego embrolladas, había otras cosas para pensar que los efectos secundarios considerando un cambio tajante incluyéndola de cuerpo y alma. Mi prima se alejó del espectáculo de la pileta desbordante de porquerías donde destacaba -con fulgor de esmeralda perfecta y recién arrancada de las entrañas de la tierra- la perfidia de la arveja aislada del conjunto. Se sintió igual gata encerrada, en esa contingencia era la mujer sin salida y no tenía futuro con peaje por el gesto anodino de meter las manos en la pileta. Creía haber cortado el chorro de

agua caliente, si de algo debía escapar la salida estaba vinculada a platos sucios y adherida en los vasos con ese rojo sangre que deja el vino tinto. En tal momento de revoltijo sexual con fantasmas asediándola y mientras su concentración estaba en dificultades, se sentía mujerzuela en chancletas con vergüenza de serlo. El cinto del batón estaba firme oprimiéndole la cintura, en el pecho sobre el cruce del esternón la prenda se abrió algo y suficiente, dejando entrever la sospecha del comienzo de la forma de los senos, Se cubrió de apuro antes de que los otros la vieran, permaneció parada en esa encrucijada y el cigarrillo se fue consumiendo entre los dedos. La ceniza cayó al suelo y debió golpear fuerte porque la última brasa marchó en el envión. Habiéndolo decidido apoyó el filtro con rabia en el cenicero de la noche, las yemas del pulgar índice y mayor hurgaban en un montículo de ceniza fría impregnándose del olor a podrido mezclado con tabaco viejo. Se pasó esa mano por la bata a la altura de la cadera, olió los dedos y tuvo la imperiosa necesidad de lavarse las manos.

Una vez más faltaban trapos (¿dónde meten "ellos" los trapos después de usarlos?) y los que había a disposición estaban sucios. Recogió el ruedo de la bata y se secó las manos dejando al aire las hermosas piernas que tanto le miraba en la playa cuando las vacaciones de nuestra adolescencia. El tiempo convencional debería seguir sucediendo y el reloj apenas avisó la evaporación de unos pocos minutos. Tenían que estar ahí, estaba segura de que siempre tiene un par de repuesto; como los usa cada tanto por resultarle incómodos

temió haber olvidado reponerlos. En los dos primeros cajones del mueble de la cocina nada había que le diera esperanza y fastidiada los dejó abiertos, desde el comienzo frustrante mi prima estaba dispuesta a dar vuelta la cocina. Continuó buscando olvidándose del orden impuesto en sus dominios, fue en el estante de abajo donde guardaba la cera, pomadas para lustrar calzado, trapitos desgarrados de toallas, camisas viejas y visos que halló el paquete. Estaba segura, deberían estar ahí metidos desde hace años, tomó con violencia la bolsa de celofán, la rasgó con los dientes y se calmó cuando los sacó. Duros, rígidos, porosos para evitar resbalones y tacto de máscara de monstruo ella tenía en sus manos los guantes de lavar.

Estaba agachada; el esfuerzo, la energía malversada en dar vuelta el cajón de las bolsas viejas y enceres de limpiar zapatos la dejó sin energía para incorporarse. Una fuerza exterior le impidió pararse, ella se dejó caer permaneciendo sentada en el lugar. La puertita abierta era la ventana dando al subterráneo de lo cotidiano donde es sencillo extraviarse, se confundían olores de pomadas secas inservibles con grasa pertinaz exigiendo a gritos chorros de detergente. Miró a su alrededor, la memoria de la pila de platos sucios de la víspera estaba a distancia sideral. La ventana verdadera insinuaba un panorama inalcanzable y el paquete de cigarrillos Galaxie un vicio desterrado luego de la desintoxicación. El universo incluyendo la historia de su vida se redujeron a esos guantes, no había más que hacer ni otro proyecto de existencia que

ponerse en las manos los guantes azules y recordar para qué los buscó con tanta urgencia. Sentada en el suelo, con las piernas cruzadas en posición ridícula enfiló uno de los guantes que se resistía a la penetración.

La mano partió del cuerpo hasta quedar aprisionada en algo, el cuerpo había permanecido en la superficie con la mano enguantada inmersa a setenta metros de profundidad en la oscuridad ciega de aguas profundas. De no ser el brazo uniendo su cuerpo a esa mano distante, una amputación se operó de milagro como si pretendiera deshacerse de esa mano, hecho lo necesario para desprenderla dejándola caer en la hondura del lago. La mano insistía en permanecer unida a su persona recordándole que tampoco era culpa suya si los dedos quedaron teñidos del olor de ceniza y humores vaginales, tabaco Virginia y filtro usado. Sabía que no podía contar con ella dejándola a un costado y volver atrás era inconcebible. Hubiera hecho lo que fuera que le ordenaran menos quitarse de la mano el guante de goma; se trataba de una ocasión extraña y acechaba un sentido inconcluso, cosas sin definir quedando irresueltas por el camino que confiscó el sentido de retroceso y la imposibilidad del regreso. La intrusa dejó de importarle, le restaba la otra mano propia libre y un guante. El tamaño era inadecuado, supo del esfuerzo de enguantarla y si bien sentía la mano como cuerpo distante, el guante con la forma de mano podía colocarlo delante de los ojos. Contemplar a escasa distancia su silueta tensa de dedos azules brotados de verrugas, manos sin uñas ni cutícula, continuidad azulada

expandiéndose desde las extremidades con dedos hasta la mitad del antebrazo. La infección incurable se le metía por las mangas de la bata haciéndole dudar si cuerpo, cara, cadera y senos eran prolongación antideslizante de la goma azul. Más que el temor azul pudo la continuidad de acontecimientos iniciando el temor y mi prima ensayó con la segunda mano.

La rigidez de la mano facilitaba la situación, pudo meter dentro los dedos de la otra mano que quiso resistir ensayando un bloqueo entre órdenes y capacidades de obediencia de la mano. Sólo una fuerza inesperada podía venir a su socorro, apartó la enguantada arrastrando la segunda mano por el piso en todas direcciones. Los avances resultaban irrelevantes, ella se llevó el conjunto del objeto a medio instalar en la mano a la boca, tironeando con los dientes en cada milímetro de cada dedo. Cerró los ojos al hacerlo para evitar decepcionarse ante la lentitud del avance, nada distinguía y los mensajes llegaban desde la mano. Diez metros de profundidad, después quince, luego treinta metros mi prima perdió nociones de tiempo y esfuerzo. En un momento sintió que la mano alcanzó la oscuridad de los setenta metros y abrió los ojos. Era de noche, estaba tirada con el cuerpo por el suelo, se había movido como un bicho empapada en un sudor de esfuerzo y miedo. En medio segundo recordando lo hecho hasta entonces creyó que era una pesadilla, debería estar mal; se dijo que le negaron el permiso a rumiar consideraciones complicadas, tenía algo concreto como tarea y ya vería el resto de la mañana para pensar en tonterías.

Si fuera la empleada que viene dos mañanas por semana podría administrar las tareas facturando una hora más. Siendo la dueña de casa se incorporó decidida –las manos insensibles–, convencida de que salvo la sensación de miembro dormido con hormigas, las manos reales seguían vivas y activas pero lejos. Podría trabajar con el agua hirviendo sin sufrir ni buscar la temperatura adecuada, terminaría rápido con la suciedad remanente de algo malogrado para siempre y que era el día de ayer. Hoy tendría mil cosas para hacer antes de dormirse, un mañana como eventualidad generosa y optimista le traería a la vida un segundo hijo decidido por la biología, de ser posible una niña. En diez años un amante embustero para pensar en otra cosa que la inercia del cruce de los cuarenta y acaso un divorcio calculado por la estadística. Una redecilla de várices prematuras por fuerza de la herencia genética, los primeros pliegues de celulitis donde sólo llega el espejo, la alternancia de escasas alegrías efímeras y la resignación instalada en nube sin tormenta, tapado de piel de decepción con prendedor reluciente de piedras falsas. Eso sería para el hipotético mañana, cosas terribles que faltaban por vivir porque ayer era algo perdido para siempre.

Nunca sería la misma mujer de ayer, jamás volverá a probar el puré de anoche con consistencia incomparable a cualquier puré que pudiera preparar de ahora en adelante, tampoco tendría el tiempo biológico exacto que tenía ayer. Ayer metido en el Ayer se sumergió en el cieno espeso cobijando a muertos y cosas desaparecidas. Su ayer sería materia intestinal, puchos

amontonados en el cenicero sucio más la pila de platos recobrando la totalidad simbólica del Ayer, la idea de ayer era impedimento para concebir el concepto esperanza. Ella tendía a la resignación y la conciencia terca formulando el desgaste en la enunciación "la vida que se va" como arveja por el resumidero. Así alojada en una experiencia trivial de la vida ordinaria, la conciencia de muerte difiere del control médico anual incierto o un accidente en la ruta, tampoco es la futura fuga del hijo de la casa. La muerte es la memoria del ayer y ayer eran restos de puré pegado en la cacerola, trazas de la caída del aceite recalentado, fibra de carne adherida en intersticios acanalados de la planchita, semillas de mandarina abiertas por calor: la arveja significando revelaciones incomprensibles. Lavar era la experiencia de enfrentarse al pasado disuelto y persistente en objetos utilizados ayer. La incomodidad podía nacer en la supervivencia del ayer y mientras lavaba era de manera misteriosa estar en el ayer. Ser en ayer negando alteraciones del presente derivando en una dimensión del tiempo discordante afectando cada uno de sus gestos. ¿Lo que hizo y quiso era tarea del personaje de hoy o de mi prima de ayer?

La de hoy la se calzó los guantes y la de ayer distribuyó objetos en la pileta. Una tercera Anastassia Lizavetta –que ni es de ayer ni de hoy: otra distinta naciendo a medida que escribo- propició el orden del encuentro entre las dos primeras. Después ella se contó estar al tanto. A medida que lavaba un plato sabía lo que aguardaba al final de la serie sin poder

evitarlo. Convenciéndose que atrasaba el avance de la mañana espaciando movimientos automáticos; lavando cada vaso y cubierto con maniática perfección y detergente haciendo abundante espuma en el agua, postergando llegar al fondo inabordable de las cosas que huele a cuerpo moribundo.

Lo que debía ocurrir sucedió. Las manos hundidas en un agua jabonosa dificultando asir los objetos -sin retener la superficie antideslizante de los guantes- y enviando mensajes a setenta metros de profundidad destrabaron el resumidero con un movimiento intenso. La suciedad desaparecía en remolino con ruido de naufragio quedando en suspensión un recuerdo de espuma turbia y que ella enjuagó con el alargador de goma. El fondo quedó limpio, la arveja desapareció con restos del ayer y permanecía en el fondo la cuchilla para cortar filetes de carne caliente sobre la plancha, un cuchillo coreano comprado el invierno pasado por el sistema de tele ventas.

Al marido le encantó la demostración circense del presentador de rasgos asiáticos aproximativos, el individuo procedió esos minutos de pantalla con movimientos vigorosos remedando gestos de las artes marciales. Llamaron la atención del marido la manera cómo los cuchillos pequeños cortaban gruesos entrecot, la facilidad del cuchillo dentado para el pan abriendo en canal una guía telefónica; pruebas a las que se sumaba la promesa del procedimiento de la conquista espacial asegurando el filo inalterable de aquí a la eternidad. A la hora de haberlos encargado el marido temió haber caído en la estafa mediática, los cuchillos resultaron resistentes y eficaces, los usaban a diario integrándolos a cucharas y tenedores del juego que otros primos les regalaron para el casamiento.

Anastassia Lizavetta advirtió que la cuchilla oriental parecía estar lejos, sus manos lo mismo trabajaban con diligencia

dejándola pronta para recomenzar. Hizo correr el agua caliente aguardando que la espuma se disolviera y en el fondo metalizado la hoja atravesada en diagonal era estandarte guerrero, blasón secreto de secta perseguida por prácticas sacrificiales inhumanas. Una de las manos enguantadas quedó dentro de la pileta y al pretender retirarla halló resistencia.

Parecía que el comando de las órdenes, en un punto ciego entre los setenta metros que separaban sus pensamientos y la mano enguantada, hubiera cortocircuitado. Ella se dijo que era una tontería, la mano estaría dormida por falta de circulación sanguínea debido a la presión del guante. Repitió el intento, la mano enguantada -acaso la voluntad del guante insumiso- insistía en permanecer inmóvil. Por segunda vez y asistiéndose con los dientes comenzó a sacarse el guante que escapó a las influencias del campo magnético de la pileta. El intento se hacía desesperado, dos de las puntas de los dedos de goma fueron mordidos con saña y la operación terminó con la ayuda de la parte interior de las rodillas, usadas a manera de morsa.

En algún momento del intento por desembarazarse de uno de los guantes el nudo del cinturón se deshizo, la bata se abrió como persiana por un golpe de aire y reapareció el cuerpo desnudo de mi prima. Ella había olvidado la otra mano o fue la mano que hizo lo necesario para ser descartada mientras decidía los movimientos a seguir. Al final de las contorsiones Anastassia Lizavetta alzó el brazo y se observó con extrañeza la mano liberada de la presión del guante. La mano estaba roja por el esfuerzo, mi prima movió los dedos recuperando la

movilidad como después de retirada una manopla de yeso y sonrió satisfecha.

Miró hacia la pileta queriendo solucionar otra mitad del asunto y descubrió que la mano azul tenía asido -con fuerza que podía suponerse- el mango del cuchillo coreano. Agarrado de la manera menos indicada para cortar una rodaja de matambre arrollado, un pedazo de sandía, un repollo.

-Dios mío, dijo sin separar la vista de la mano enguantada.

Era incontestable que la combinación fortuita entre mano guante y cuchilla anunciaba algo anómalo que sucedería en el futuro cercano; hasta podía proclamar la mano de una mujer con la intención de atentar contra su propia vida. Anastassia Lizavetta concluyó que ello era insensato y menos recordaba haber producido nunca pensamientos parecidos a los que se venían tramando en esos instantes. Ni siquiera en la adolescencia y habiendo por delante una cantidad considerable de platos sucios, a lo que se agregaba la vigorosa fuerza de la vida, era la hipótesis que podía excluirse. Una mujer que especula quedar embarazada en las próximas vacaciones, dispuesta a controlar temperaturas íntimas y llevar el conteo de los días aptos para la procreación no considera lanzarse a una aventura suicida.

De ser así entonces: ¿qué hacía ese cuchillo emergiendo de la mano que dejó de obedecer? Las dos instancias de avance, los lugares próximos a dónde era probable que se dirigiera blandiendo la hoja le provocaban temor y temblor. Junto con la idea confusa circunvalando faltaba elaborar una estrategia de rechazo desactivando las posibilidades del soplo interior. Crispada por tener esos pensamientos, las posibilidades de avance latían en ella con intensidad y comenzó a llorisquear. A medida que se compadecía de su situación extraña aumentaba el deseo de hacer algo, tratando de contrarrestar el sentimiento flamante de hacerlo ella separaba mentalmente de manera obsesiva lo que tenían pensado hacer hoy en familia.

Nada especial, tampoco un día particularmente fastidioso y había en el programa alguna de las tareas que posterga para mejor momento.

Ella me dijo: compraría una bandeja de masas secas e iría a visitar a la hermana que vive en la ciudad. ¿Antes o después de ir a trabajar? Hace años que está sin noticias de la hermana esa, viviendo tan a trasmano ir a su casa es viajar al extranjero regresando a un país desconocido. Más de una vez pensó ir; a la hora que sale del empleo no es que tenga un deseo irreprimible de volver al Parque Posadas, sino que debe hacerlo antes de que el niño regrese del colegio. Siempre lo mismo, el hijo deja la ropa tirada en el living, la heladera abierta y hay que controlar los deberes, si los padres no están detrás de ellos los hijos se enchufan al televisor olvidando el trabajo escolar.

Cuando terminó de pensar lo relativo a la educación de los hijos estaba saliendo de la cocina, con la mano liberada acomodó la bata. La otra mano para qué verificar, sabía que apretaba el cuchillo con el puño petrificado y puede suponerse que se tranquilizó sabiendo que se dirigía hacia su dormitorio. Rechazó suponer qué hubiera decidido de haber ido a comprobar si la criatura dormía o en la madrugada se había destapado. Creyó que al levantarse siendo de noche -a la hora del primer cigarrillo- dejó la puerta del dormitorio cerrada. Había quedado entreabierta y era escasa la luz interior cuando ingresó al cuarto guiada por el verde luminiscente del radio despertador que apagó, la línea de luz filtrándose por la juntura defectuosa entre dos tablitas de la persiana veneciana; detalles

suficientes para cuestionar la oscuridad temida desde niña y asegurar un principio tenue de claridad. El resto permaneció en el ámbito de las sombras sin que nada signifiquen exceptuando su condición física, cierta incapacidad de definición visual donde se proyectan los temores.

Faltó durante ese minuto la conciencia del cambio de ambiente, algo sensorial olvidó el sentido de la puerta y ella recobró la circunstancia estando dentro del cuarto; puede que amnésica pasajera y saturada de recuerdos inconexos ella contempló el cuerpo dormido del marido. Lo prudente hubiera sido limitarse a observar preguntándose la razón que la llevó a compartir la vida con ese cuerpo. Agregar consideraciones sobre el paso del tiempo, temores que procuran ciertos organismos vivos inertes y aislados; al caso la arveja descubierta en la pileta durante la hora del primer cigarrillo, del segundo. Algo así es lo que debió hacer, contenerse y postergar lo que fuera, desestimar interrogarse en ese momento por escenas que regularon su existencia.

Inducida por un deseo caído del cielo, llevada por una fuerza reprimida demasiado tiempo en otra parte del cuerpo -distinto de las manos-, portada por la voluntad de que lo que debía suceder pasara pronto, ella avanzó hacia la cama matrimonial desconociendo cómo se concreta aquello que algo la empujaba a hacer. La obligaba, dijo después. Un solo movimiento sería insuficiente e ineficaz, podría golpear con torpeza contra un punto cualquiera del cuerpo que no fuera vital lo que acelera

el despertar, desata el escándalo posterior sin olvidar la desagradable serie de explicaciones que se negó a considerar.

Era preferible el horror en silencio a oscuras que las explicaciones entre gritos y sangre. La mano azul una vez trazando la besana tres veces, cinco veces sin reacción del cuerpo agredido, siete sabiendo lo acaecido y así hasta doce. Golpear hasta que el marido y la mano que perdió el azul opaco del caucho pactaron una tregua inmóvil ya del otro lado. Seguro que por lo menos uno de los golpes partió el corazón y otro el hígado, dos en el cuello de tal manera que una de las arterias fuese seccionada. Fue rápida como se puede ser siendo otro en la alienación, repetitiva para confinar el agobio y la turbó contemplando lo hecho descubrirse una calma ficticia.

Días después me confió que no sintió la saña que debía suponerse en la causante de ese cuadro de horror. Debió de ser la fuerza de la mano inaudita, fuerza explicable por el desarreglo general que padecía, puede que la calidad de la hoja coreana publicitada por televisión. Mentiría si dijera del esfuerzo que supuso lo hecho, si entrara en consideraciones sobre la resistencia de la carne humana recordando la textura del pan dulce viejo. La escena resultó mientras duró de inesperada liviandad como si hubiera evitado a propósito los huesos y sin fuerza por estar fatigada. Allí parada consideró irrespetuoso dejar el cuchillo clavado en la ingle del marido y padre de su hijo, lo tiró al suelo buscando el fondo de otra pileta imposible, quiso tapar las heridas a dos manos, luego

con las puntas de la frazada. Los tajos eran netos, querían permanecer expuestos, siendo más que desgarrones superficiales y las hemorragias graves que causaron el fallecimiento eran internas.

El conjunto de los hechos que hoy la implicaban parecía ser familiar a su historia, el guante azul que en la cocina se resistía a ser rellenado por la mano se desprendía de los dedos con enorme facilidad. Una vez habiendo mi prima recuperado el dominio de ambas manos se dejó caer en la cama sobre la sábana de su lado, estaba cansada como al final del día y habiendo ido de visita a la casa de la hermana. Queriendo borrar lo ocurrido cerró los ojos pensando en cualquier otra cosa, en el tipo de masas que le llevaría a la hermana, lo que cocinaría para cenar; en ello estaba cuando sonó el despertador que ella había apagado. Nada sería improbable a partir de lo ocurrido, había gente hablando dentro de su dormitorio discutiendo sobre el tiempo que haría y las películas que pasarían esa noche en la tele. Mi prima pasó su cuerpo por encima del muerto y apagó la radio por segunda vez, detestaba soportar charlas a esa hora. Se levantó mintiéndose que era un gesto idéntico a todos los días, había ganado algunos segundos pues tenía la bata puesta, Salió del dormitorio y cerró esta vez la puerta asegurándose de que eso quedaba separado del resto del departamento. Podría comenzar a moverse como si fuera un día cualquiera, pasó por el baño, se sentó a orinar sin que saliera nada. Algo en ella se secó durante la noche y después de lo hecho, abrió una canilla de la ducha

dejando tal cual la mampara de acrílico, se dirigió a la cocina que estaba limpia, sacó de la mesa el platillo con cinco cigarrillos apagados y los tiró en el balde de la basura. Sacó la manteca de la heladera, encendió la cafetera automática, sacó los cubiertos de la alacena, las tazas para los tres y un frasco de mermelada, abrió el paquete de pan cortado en rebanadas, colocó tres a tostar, sacó la botella de jugo de naranja del interior de la puerta de la heladera sacudiéndola para entreverar la pulpa depositada en el fondo.

A eso la ducha estaba caliente, Anastassia Lizavetta se quitó la bata que colgó detrás de la puerta del baño. Del armario sacó un jabón de tocador perfumado a la lavanda y se miró las ojeras en el espejo del baño, había pasado una noche fatal. Se metió debajo del agua buscando consuelo y cuando el cuerpo entró al influjo de la lluvia se pasó las manos por la cara, a mi prima le gustaban sus manos.

-Mis manos, dijo.

¿Anastassia Lizavetta cerró la puerta del dormitorio? Sí lo hizo lo allí sucedido pudo ser una pesadilla, ella estaba despierta y recordaba detalles minuciosos de lo hecho con sus manos hace unos minutos. Era pronto para comenzar a arrepentirse, estaba aún bajo los efectos del acceso de "eso", faltaba que pasara el tiempo que forma la pátina de culpa y el llanto negándose a asomar. Mi prima permanecía en la flotación del día, el mundo continuaba idéntico al que abandonó ayer al dormirse. Excepto la superficie de 3m.80 x 3m.20 del dormitorio grande en el segundo piso de la Torre L del Parque Posadas, con vista parcial entre los huecos de otra Torre hacia los árboles del Prado, donde suelen pasearse los enamorados cruzando el puente de las Quimeras con sus cuatro farolas. Un cuarto hacia abajo y doce hacia arriba tenían idénticas dimensiones. Sin la perfección de lo duplicado se estarían sucediendo escenas habituales de vecindario, ropa descosida dejada para el fin de semana, suciedad en los rincones, un hombre casado obsesionado por la muchacha que hace la limpieza, el ratón saliendo del conducto a buscar sobras, la pareja discutiendo planes de evasión de fin de semana, una mujer embarazada estirando la frazada. Ninguna escena tendría la excepcionalidad del cuarto de mi prima ni el colchón absorbiendo sangre como lo haría un enorme animal de resortes y espuma de poliuretano.

La geometría resultante de los hechos recientes disimulaba la enormidad de lo ocurrido, desproporcionado en relación al pasado y a la idea que de ellos -sobre todo de la esposa y ama

de casa- tenían los conocidos. Su reacción espontánea fue pensar “lo que van a pensar de mí”, la primera estratagema consecuente pasaba por decidir olvidarlo como se puede olvidar ir al mercadito antes de que cierre al mediodía. Mi prima consultó el reloj, la hora contradecía el tiempo que le hubiera consumido llevar a la práctica lo que creía haber hecho de irreparable. Era sencillo: bastaba con regresar al dormitorio abriendo la puerta, tampoco había necesidad de encender la luz. La claridad del día estaría distribuida en el cuarto, entre la séptima y octava tablilla de la persiana hay una falla de ajuste por donde irrumpe luz filtrada del prisma horizontal descomponiéndose en dispersión agradable. Hace un año que la están por arreglar y siempre falta tiempo para llamar al técnico, con esa mísera luz filtrándose podría cerciorarse si lo que cree que sucedió fue verdad; lo uno como lo otro –verificar el error o aceptar lo sucedido- la deprimiría.

Ella se conoce, creía conocerse sabiéndose en una etapa de inestabilidad emotiva donde era inepta para controlar sus gestos. Esos horrores que en apariencia faltaban en los planes de vida alcanza con concertarlos, ellos manifiestan su excepcionalidad, los actos en su irreversibilidad provocan el pasaje viniendo del otro lado y no la lógica inversa como se supone. El crimen considerado precedió a la decisión y al apretar más temprano la cuchilla, en un posible relato del incidente ya había apuñaleado al marido. Era ocioso corroborarlo, introducir desconfianza en la limpieza de lo acometido, pudiera ser que decidiendo seguir el día como

siempre (aunque fuera diferente a los otros) a fuerza de postergar y acomodar la sucesión de maniobras previstas – supondría aceptar alteraciones por la desmesura del acto- ella alcanzara al atardecer un simulacro de paz subjetiva. Comprobar que se circunscribió a una experiencia de horror exterior y menos explicable por el comportamiento humano. Menudo consuelo de picardía y asombro juvenil al cotejarse con la intensidad de su deseo urticante, sabiendo que allí se quedaría y jamás sería la Anastassia Lizavetta pasando al acto que realmente ensayó.

Ese era un fabuloso invento de las revistas del verano que parecían haberla preparado para lo sucedido hoy. La imposibilidad del pasaje al acto, el coqueteo con fantasmas de trasgresión sin incidir en la realidad, hacer tangible lo que se sueña y que es insuficiente la fuerza vandálica de lo soñado para especular en la vigilia; rumiando escenas reprimidas, cavando trincheras separándola del pasaje al acto. La única probabilidad de que se le hubiera cruzado por la cabeza la idea de apuñalar al marido dormido, gesto que volvía bajo la ducha mientras él dormía su última media hora, eso pensado enjuagándose el cuerpo, que pretende ocultar cuando se pone la bata. Sintió deseos de despreciarse; mi prima se impuso límites al saberse incapaz de pasar al acto, quiero decir: por fin una mañana cualquiera apuñalarlo sin intención de matarlo -aunque ello nunca puede controlarse por completo- sino por conocer cómo se sentiría de ánimo luego de hacerlo. Al menos y jugando intentar un semi pasaje al acto entrar al

dormitorio con la cuchilla en la mano, acercarse al cuerpo dormido, pararse al borde de la cama, resistir un minuto contando hasta sesenta. Permaneciendo allí sin moverse considerando lo que cuentan las revistas del verano sobre complicaciones del pasaje al acto. Eso del minuto suspendido sería una prueba difícil, se negaba a pasar al acto como me escribí alguna vez y ponerse en instancia de decisión sobre otra alternativa donde el objeto era un revólver, lo que podía facilitar las cosas.

Un detalle decidió el descontrol y alguien firmó la orden de pasar al acto, quiere sacarse esas ideas de la cabeza, es preferible agregar más champú en el pelo, el anticaspa con aroma de manzanas verdes y así los malos pensamientos serán arrastrados por el agua como película rebelde. El agua caliente se lleva extraños pensamientos de la noche pasada, debería ser normal tratándose de fatiga y cansancio. La abrumadora estabilidad de la vida, ausencia de planes estimulantes, estoy seguro que de eso se trataba; la falta de planes familiares otro que tener un segundo hijo y para su generación la merma de la intensidad militante, del pensamiento crítico admitiendo, lo que es irónico, la escasez de causas estimulantes aceptando que en el mundo hay pocos incentivos para pensar en cambiarlo. Mirándolo bien, las cosas tampoco van tan mal. Eso, como escriben en las revistas desactiva la iniciativa personal y puede que el pensamiento se vuelva errante e introspectivo. Piensa un poco en ti y verás que todo cambia a tu alrededor, pero cuidado y atención: tampoco exageres el atropellamiento

de renovación voluntaria, ni pretendas indagar sin prudencia zonas pútridas del alma, escriben los consejeros en las revistas. Tu pregúntate: ¿qué puedo hacer hoy por mí? procurando que la respuesta te aporte algo de felicidad. Nada puede superar la autoayuda donde el objetivo de las iniciativas es tu felicidad.

La pareja, aparte de la hermanita para un niño que comienza a tener caprichos de hijo único tendría que inventarse un proyecto estimulante. Buscar otro departamento, al menos pintar el del Parque Posadas. ¿Planificar un viaje? ¡Eso! Ir a Londres. Anastassia Lizavetta estudió hasta quinto año en el Anglo cuando jovencita y desde entonces deseaba ir a Londres tan citada en los ejercicios gramaticales. Fue lo que me confesó mientras preparaba exámenes de Cambridge, ella tomaba muy en serio los cursos de inglés, entonces era una muchachita aplicada y curiosa. Esa misma noche sin más tardar, lo diría en la mesa: "decidí que quiero ir a Londres." Sería un excelente pasaje al acto mediante la palabra asumida, una manera de instalar el deseo en el cotidiano y luego a esperar la reacción de los otros. Después se vería, lo importante bajo la ducha y después del champú era haberse decidido a decirlo esa noche. Arriesgarse al "estás loca, eso no podemos pagarlo ahora, habiendo tantas otras cosas para hacer antes que atender a tus caprichos". Igual lo diría, al menos que el marido lo supiera de una buena vez y se pusiera al tanto de su decisión. Claro que la familia seguiría viviendo como siempre pero aceptando un corte en los supuestos de la felicidad; capricho que viene

desde antes, conviviendo con la infección compartida resistente a potentes antibióticos y con el asunto pendiente del viaje a las calles de Londres o una partida postergada indefinidamente.

El río Támesis indica el límite entre lo convencional cotidiano y la felicidad negándose a encontrar su cauce, el río del Tower Bridge era la historia de Anastassia Lizavetta ese día preciso de finales de marzo, de comienzo de los noventa y de mediados de su vida. La ducha caliente del amanecer de un día triste pudo haber sucedido en un hotel del perímetro central de Londres. Ahora mismo allí afuera la podría estar esperando un breakfast en el salón comedor de un hotel londinense tres estrellas. Durante el copioso desayuno –panecillos tibios y mermeladas tentadoras, jugo de naranja, huevos revueltos con panceta, té de Ceilán- la pareja prepararía el itinerario del día que promete, alternando sitios imprescindibles de la city con inesperadas gratificaciones, sin olvidar la lista de regalos para quienes quedaron allá. Los esperaba -según lo planificado hace meses en Montevideo- una visita a la Tate Gallery para ver por fin las famosas brumas de Turner. ¿Para qué se estudia inglés durante cinco largos años de no ser para ir a la Tate Gallery, acercarse a *Funerales en el mar* de J. M. W. Turner (1775 - 1851) y seguir las explicaciones de los guías? Sin olvidar los dos años de Notariado. ¿Para qué se estudia en Uruguay dos años de Notariado si no es para financiar un viaje a Londres en condiciones correctas? ¿Para qué sumar en horario nocturno cursos de computación, seminarios de gestión y relaciones públicas con un especialista hispano venido de Miami? Para comprobar si los hijos –mi prima pensaba también en la futura hermanita del niño- saben la lección de inglés en

el interrogatorio del desayuno. English is the futur, this is my son, i'm a murder. Ella estudió inglés para entender las historias de las canciones de los Beatles que cantaba en una fonética aceptable, como A day in the life, disfrutar del acento acanallado de Michael Caine haciendo de profesor borracho en *Educando a Rita*. Salir del baño como Lady Godiva protestando ante la alza de impuestos y colocarse con elegancia la bata amarilla por encima de los hombros.

Mi prima estudió siempre algo complementario para ocupar las jornadas y olvidar los malos pensamientos del amanecer. Zona agreste entre sueño y vigilia, penumbra y luminosidad, deseo incontrolable e hipotético pasaje al acto sugerido por las revistas del último verano. Faltaba encender un cigarrillo, quedan diez minutos para despertar al bastardo (los hay por miles en Inglaterra donde es una institución arraigada, desde la familia real hasta cantantes de rock) y como ayer, eso lo tenía calculado en sus movimientos mañaneros. Lo que dura un cigarrillo equivale al tiempo de prepararles el desayuno, el breakfast para iniciarlo al inglés básico. El tercero de la serie será para mirarlo con atención mientras bebe el café con leche, como si ese hijo fuera alguien extraño a su existencia; y eso que a partir de lo sucedido hace unos minutos -si es que alguien pudiera confirmar la verdad de lo hecho y dar fehaciente testimonio- podría considerarlo su hijo verdadero.

La vida se venía asimilando a una rutina aguardando algo que nunca llega acechando lo inusual y así cada día. Aguardar sin hacerse ilusiones la chispa del acontecimiento que le diera sentido a lo parecido, espantando la sombra de lo repetido. La culpa, si culpa hubo la tuvo el té que decidió beber a solas en la cocina; seguro que fue eso, iniciativa inglesa derivada en presión de la vejiga. La razón del despertar esta mañana más temprano que de costumbre que consiguió cambiarle una vigilia de pesadilla por el sueño. Algo haciéndole ver la escena que soñaría cada noche durante el resto de su vida para

olvidarla al despertar, conformando un gesto, pasaje al acto y estrategia de protección mental típicamente británico. Tenía que ser así el encadenamiento sucedido y aceptable en la medida de incorporar la probabilidad del soñar despierto. Lo que mi prima creyó que eran escenas de violencia asumidas - límpidas en su horror- fueron sueños coincidentes con el deseo de viajar a Londres y visitar el museo del crimen. Cotejarse a famosos asesinos de los suburbios londinenses inmortalizados en cera, recorrer las salas temáticas hasta encontrar reproducida la escena culminante del amanecer. En la escenificación inexacta esos ojos de loca le parecerían evidentes, tendrían la fuerza de lo reiterado cada noche, semana tras semana y así hasta un comienzo extraviado en la memoria.

Recordó con la convicción que aporta un hecho extraordinario: las ganas de matar al marido -si podía confiarse en su evocación y estaba en condiciones emocionales de hacerlo- irrumpieron por primera vez hace seis años en molesta coincidencia asociada a las peripecias de la maternidad. Lo recordó por el horror experimentado en el primero de los despertares diferentes: "qué horror de pesadilla" me contó que ella se había dicho. Como si el sueño fuera error de distribución onírico, un invento para nada relacionado con sus deseos insondables y capaz de contradecir la clínica aceptada. Descuido parecido a cuando alguien, en un multicine de los que dicen que hay en Londres, entra en la sala equivocada y en lugar de la comedia para la cual había

comprado la entrada, observa cuando la protagonista se dispone a matar al marido dormido. Buscó paliativo a ese malestar jugando a que el sueño era de otra persona; soñó que alguien desconocido había soñado que mataba al marido y recordaba el crimen (interpretación errónea, recuerdo exagerado) pero en verdad soñó otra escena y lo recuperado fuera intento confuso de interpretación, una escena rodeada de niebla.

En los primeros tiempos que con razón la angustiaron, creyó que su versión fue error negándose a considerarlo seriamente. Pensar demasiado era admitir que la habitaba una fuerza perturbadora, deseo afectando territorios alejados de la psiquis. Queriendo protegerse consideró que los sueños eran farsa, como si el subconsciente pudiera manifestarse mediante una comedia de las equivocaciones y el subconsciente -que detesta interpretaciones paródicas- cuando comprobó que ella reacciona con una pobre sorpresa, tomando con sentido del humor la historia terrible que él viene de representarle (dispositivo que tenía orden y advertencia), habiendo comprobado que mi prima menospreciaba la intensidad de la relación entre ambos momentos, modificó la estrategia. Él decidió que la escena desdeñada por mi prima, esa mínima obra intensa siga en cartel todas las noches hasta que suceda algo; que ella olvidara al despertarse y avanzar con la mediación hasta que asome lo extraordinario.

El jueguito peligroso venía durando desde hacía seis años que es una enormidad para cualquier persona. Hoy mismo,

cuando mi prima se despertó a destiempo la tramoya nocturna estaba lanzada y la trama sujeta teatralmente en su tercer acto. Las imágenes se sucedieron, el sueño era pensamiento y en tanto venía ocurriendo desde hace seis años fue normal y evidente. Como todo pensamiento que tuvo seis años para ganar credenciales de convicción, hacía lo posible para colarse en la realidad. Habiéndose transfigurado en hecho creíble e incidiendo en la realidad, difuminar su carácter de sueño prisionero perdiendo la condición de sublimación, asumiendo la de acto referencial. Lo único que podía reprocharse vinculante a la noción de culpa, era que despertó a destiempo; reproche válido ya que los sueños son inocentes. Lo tremendo no fue lo hecho de irreversible sino que lo consideró con anterioridad. Habiéndolo soñado con insistencia merecía ser tomado con precaución y si había responsabilidad decidió desplazarla al subconsciente. "Me volví loca" recuerdo que dijo la primera vez que la encontré después del crimen, como si fuera así de simple entender.

El desajuste entre acontecimientos en suspensión del sueño y corporeidad de la vigilia trastocaron la sucesión de los hechos de la jornada pensados ayer. Anastassia Lizavetta despertaba cada día en la rutina y desde hace tiempo renunció a que en su vida sucediera algo original; por lo previo que vengo consignando por escrito -tratando de explicar y entender yo mismo saliendo adelante- hoy era distinto. Lo extravagante estaba hecho faltando los misterios mayores, la vida se anunció como prolongación de sueño con sorpresa final, el nuevo sistema de prioridades iluminaba de manera distinta cada gesto de los que hasta anoche, cuando cenaron churrascos con puré, eran ordenados en los estantes de la costumbre: copas de vida, cubiertos de existencia, servilletas de convivencia.

Me confesó que el crimen fue una droga siendo intensísimo orinar y exagerado encender un cigarrillo, repartir tres tazas sobre la mesa de la cocina se volvió una experiencia llevando hasta las lágrimas, cada palabra podía tener intensidad de sangre derramada y pasión dijo mi prima. ¿Cómo lograr contener lo insoportable cuando irrumpe al encender el gas de la hornalla y poner a tostar rebanadas del pan de la víspera? Puede que sin saberlo estaba instalada en el momento cuando la repetición era maravilla incontrolable para los sentidos, temiendo lo que pudiera decir en tales circunstancias, Fue entonces cuando ella abre decidida la puerta del dormitorio llevando el cuchillo en una de las manos. Hacer lo insensato la distanciaría de pensamientos confusos que se reclaman de dos

campos. Nunca le gustó pensar, le hace daño me confesó durante una charla informal y le desagradaban las cosas que piensa. "Es mejor estar ocupada" me dijo. En la cocina mi prima se acostumbró a la luz del día, otro amanecer armándose tras la línea irregular del horizonte urbano.

En el cuarto del hijo con las persianas bajas y que ensamblan sin defecto sigue la noche, es oscuridad y ella avanza hacia la cama sin cuchillo ni furia como ocurrió en el sueño de hace un rato. La conmoción que supuso el sueño hizo que todo parezca diferente mientras la obiedad penetra en esa esfera: "alguien que es mi hijo está durmiendo." Ese simple pensamiento circulando al interior de su espíritu se carga de connotaciones y temores ignorados. Ese ser, la persona que tuvo alguna vez en la panza durante meses interminables está dormido, descansa sin saber lo que su madre pudo ser capaz de hacer, un abismo insalvable se fisuraba para el amor materno. Anastassia Lizavetta ruega, piensa que ruega pues no todas las características notorias de los padres se hereden. Se siente halagada cuando le comentan que el hijo se le parece, allí donde ellos van juntos de compras y visita se lo dicen: "ese niño sólo puede ser hijo suyo." El pobre, con lo que viene de suceder bajo el techo del hogar familiar está marcado de por vida.

Duerme sin saberlo, ignora lo ocurrido y menos las consecuencias, la próxima vez que se duerma si lo logra el resto de su vida estará condicionada. Estaba preparado para la educación regular e imprevistos de la vida no para lo que viene

de hacer mamá. Luego aunque pueda llegar a odiarla, hasta que él muera será parte de ella y más si con los años llega a entender. La nariz y la forma de los ojos dice la gente, los extraños. Mi prima se coloca la mano sobre el rostro como telón, aislando la parte de la cara en la que el niño – comentan- es el vivo retrato de ella. Con eso tiene bastante el infeliz, ella rechaza que además del sector superior de los rasgos faciales haya heredado el imaginario de los sueños. El niño duerme a patita suelta y si sueña lo hará entre escenas de Walt Disney. Ella de chica soñaba con personajes de dibujos animado hasta que un buen día todo cambió y comenzó a soñar cosas raras. Eso fue después de la enfermedad.

"**Fue** el daño" recordó mi prima evocando el episodio de la niñez, eso sentenció la vecina de la otra cuadra cuando la consultaron por su estado de salud. Anastassia Lizavetta pensaba que la madre la llevaba al médico a que le revisara el interior del cuerpo, una sala de dentista para controlarle las caries, a que le cortaran el pelo. Desde que tenía memoria la intimidaba la limpieza y el olor a agua de colonia de los consultorios, la manía de lavarse las manos de los médicos. La inhibía el decorado antiséptico de azulejos celestes, los instantes cuando intercedían instrumentos brillantes porque algo visceral había fallado adentro. Ella creía eso y que no iba a gratificar su persona, sin desconfiar que la madre la llevaba a sanar de una enfermedad rara que agredía el saber estrecho de la medicina tradicional.

El lugar estaba en penumbras y había un retrato policromado del Sagrado Corazón del que salía una intensa luz inexplicable llamando la atención. A ello se sumaba un perfume producido por la quema de algo, olor de cadáver santificado recuperado años después en los preparativos de la primera comunión.

-Un daño, avanzó la vecina apenas la vio, antes de tocarla.

Era una viejita de dulce apariencia, mi prima la cruzaba todos los días en la calle haciendo los mandados y ahora la auscultaba con ojos de madre superiora en levitación, como si fuera víctima propiciatoria de una fuerza perversa. "La envidia" replicó de inmediato la madre de mi prima. La viejita procedió a una serie de manipulaciones sobre su cabeza, lo hacía sin abrir los ojos y susurrando letanías guturales que deberían ser eficaces

preparándole el pelo para algo distinto a un corte. Al final de la consulta y los pases hubo un frasquito con líquido color té, concentrado poderoso que la muchachita debería beber durante una semana antes de dormirse a razón de dos cucharadas soperas por dosis. "¿Pero quién?" se atrevió a preguntar la madre hundida en la continuidad de los acontecimientos, una vez finalizada la ceremonia y con fe prescindiendo de exámenes complementarios para ratificar su existencia.

La viejita curandera respondió que era imposible saberlo con certeza, sin duda era obra de alguien próximo a la casa, puede que de la familia.

-Seguro que es esa, dijo la madre de mi prima pensando en alguien concreto.

A partir de esa consulta secreta, la casa de mis parientes sería escenario habitado por la desconfianza hasta que se conociera la identidad del responsable de aquello despreciable. Cada vez que la madre dosificaba una cucharada del líquido repugnante, murmurando entre dientes un Ave María con la intención de reforzar las virtudes curativas de la pócima, entre las estrofas sagradas intercalaba nombres de la lista de sospechosos. Anastassia Lizavetta creyendo estar enferma de los microbios normales, que el estado preocupante de debilidad le haría merecer una atención afectiva intensa de la madre, quedó decepcionada desde la primera cucharada. Según la madre el daño fue enviado a través de su hija pero estaba dirigido a ella, que en su momento adoptó precauciones para protegerse y era inmune al poder destructor de las fuerzas desatadas. El mal reflejaba la envidia despertada por su belleza indeclinable al

desgaste del tiempo, lo bien que le marchaba al marido en el empleo, las reformas emprendidas en la casa y como ella era fuerte para ser atacada de frente, los envidiosos pensaron en la niña que estuvo enfermita siendo presa fácil.

Era así el recuerdo, marcada por el daño dirigido a su madre y quizá había filtrado un segundo frasquito para dar el asunto por terminado. Era probable -de considerar esta información relativa a traumatismos infantiles- lo incierto de sus secuelas y que lo sucedido durante la mañana que intento inventar resultó la apoteosis de aquello. Momento culminante del daño indirecto recibido en la niñez, forma retorcida del mal que incubó por años en un lugar del cuerpo, la cabeza, de sus pensamientos, en el vientre como el hijo durmiendo en paz. En lugar de salirle como feto muerto se concentró en la mano, gigantesco sabañón azul y en pulsiones reuniendo las fuerzas del daño retenidas.

En los primeros minutos después de haber matado mi prima está tranquila y es sorprendente. Una zona de su psiquis profunda conexas a condicionamientos prematuros se halla vaciada, la tragedia resultó catarsis de un mal vicario que al origen estaba destinado a su madre. Si fuera correcto sería consuelo insuficiente, de ahora en adelante nadie podría hacerle un daño y el niño deberá cuidarse solo. Tal vez asumiendo la condición de madre marcada, ella hizo a su vez el daño concretado, anticipándose a lo ineluctable, evitando orientarlo hacia el niño y lo destinó al hombre que pasa por ser padre de la criatura. Recién esta mañana concretó el acto para el que fue programada en la infancia por los resentidos de la familia. Simbólicamente era matar a la madre a quien le iba tan bien en

la vida, que se pavoneaba delante de los vecinos arrogante algunas veces y con soberbia las más, ostensible desprecio cuando se sabía en un día de plenitud insolente. Debe de ser eso, pues si tuviera que materializar el daño seguro lo destinaría al hijo. Ella no: estaba consagrada a que lo hiciera así, nunca lo deseó de manera ferviente y vivía convencida desde hace tiempo que su hijo es de otra mujer. Cuando se supone que lo parió mi prima claro que gritó pero no de dolor; gritó -me confesó- de puro gozo y ese secreto del que estaba avergonzada era su manera de entender que el daño seguía rondando.

Hoy Anastassia Lizavetta decidió dejar cerrada la ventana, le daría lástima despertarlo con estruendo. Se acerca a la cama a contemplarlo, se sienta en el borde del lecho, le acaricia el pelo y le pone una mano en el hombro sacudiéndolo un poco.

-Vamos que es hora, dijo y el muchachito comienza a despertar.

Volvía a estar sola en la vida como en la infancia, por ninguna de las razones de soledad quería interrogarse. A pesar de la persistencia del daño, ella resistió en buena madre mintiéndole al hijo que el padre salió temprano para el trabajo. Durante el desayuno –el hijo estaba cariñoso, parecía recién liberado de un trauma- se dijo que si estuviera bien y lo sucedido pudiera borrarse por milagro, ellos podían muy bien vivir juntos. Se contuvo evitando exagerar detalles domésticos, al comienzo se precipitó dejando todo listo y darse tiempo de madre e hijo para estar juntos compartiendo la mesa.

Los otros días el desayuno familiar es una intermitencia de breves trayectos hasta el grill, la heladera y el resumidero. un corte para pintarse los labios, cinco segundos volviendo al refrigerador y buscar jugo de pomelo, escuchar el reproche porque la camisa a rayitas azules está sin planchar, el recuerdo de que hay que comprar sin falta dos lamparitas lágrima para la luz del corredor. Anastassia Lizavetta vive los desayunos en el itinerario del espacio reducido e idéntico, nunca sentada durante el desayuno, nunca de pie y quieta, siempre en el permanente recordar detalles faltantes. Un referirse a las cosas por hacer a eso de las siete de la tarde - identro de doce horas! - como si fuera determinante. ¿Lamparita de cien watts, ochenta o cincuenta? Era indiferente el número de watts y resultaba una cantidad desmesurada de gestos que consumía la primera hora de cada día. Si -como se hacía en los inicios de la cadena industrial en Inglaterra- le conectaran en las manos dos lamparitas dejando traza de sus desplazamientos en una retina,

el resultado sería una gráfica loca. Danza de San Vito dibujando la esquizofrenia de su vida doméstica y preanuncio de lo que será el día que venía de comenzar.

Primero el deber de cumplir con sus hombres aunque el marido la ayudara y lo que venía luego lo tenía calculado. Tuvieron que pasar años para conquistar catorce minutos para ella sola, tan vitales que los contó como el tiempo de horno de una torta gallega. Después de varios años de vida en común, sabía que disponía de dos minutos pero nunca tres para pintarse los labios y aplicarse el delineador en las pestañas; así para las medias, gotas de colirio, decidir lo que se pondría. Salir a trabajar equivalía al alivio, la tranquilizaba ganar la calle y tomar el ómnibus al centro; sentirse extraña, esa desconocida a la que nadie pediría otra rebanada de pan tostado ni le preguntaría por calcetines negros con pintitas rojas. Nadie la adoctrinaría desde temprano sobre que debería dejar de fumar y bajar el volumen de la radio porque el hombre de la casa estaba harto de escuchar informaciones políticas de amanecer. ¡Como si sólo hubiera la política en el mundo!

Hoy se dio tiempo para quedarse sentada en la cocina y conversar, supongo que mi prima vivía esa mañana la euforia de quien se desembaraza del daño antiguo por la destrucción. Tiempo para hablar con el hijo, más de catorce minutos para preparar su salida y el día por delante siendo exagerado afirmar la vida por delante. Si bien la situación era absurda resultó más simple de lo esperado. ¿Por qué debía pasar por momentos terribles para tener algo de vida personal? Los días anteriores era imposible conversar sin prisa y menos pedirle una tregua al

ritmo de vida. Era absurdo vivir corriendo todo el santo día estando en el culo del mundo, vivir años mimando un modelo de sociedad desconocida y prisionera en las antípodas del Sistema. Tan metidos en la conciencia del día de hoy que olvidó si quería vivir como en Nueva York y Tokio, ni siquiera en los barrios de Londres que alguna vez se prometió visitar. Esta mañana el engaño era notorio, se le ocurrió que desde hace años su vida era imitación de la vida de alguien desconocido. Sería tonto que la locura del apuro cotidiano fuera iniciativa personal y de ser verdad menos valía la pena vivir aquí, recordando la lentitud sabida y con vergüenza de asumir la cadencia de ciudad provincial que parecía coherente.

Era suicida suponer que esa locura de autos, pluriempleo y consumo como si habitáramos el centro de Londres (mi prima utilizaba ejemplos asociados a Londres) lo hubiéramos decidido nosotros. El error de ubicación y su responsabilidad se le podía atribuir a la vaga excusa de la vida moderna. Ella tenía su nostalgia privada por una Montevideo concluida de cuando las calles adoquinadas insinuaban una carreta y los coreanos en guerra estaban sin tiempo para fabricar cuchillos de uso doméstico. Cadencia del día cuando había tiempo para llevar los hijos a la escuela y la vecindad alegaba la envidia de manera purísima mediante daños; no envidia del auto ni del departamento, otro tipo de envidia llevando hasta la ruindad de concebir y montar un comando de fuerzas destructoras, iniciativa premeditada procurando la muerte prematura y actos reñidos con las buenas costumbres. El tiempo de mi querida prima antes del daño, los pocos años en que fue alguien libre.

Durante el desayuno el niño estuvo encantador, es un buen chico y aprovechando que esta solo con la madre le confesó que tiene una novia en la escuela; en eso sale a la madre, recuerda mi prima. Ella supone que el daño aceleró su aspecto físico, la precocidad de detectar el daño, el mal entre los otros y estar desarrollada en las formas, la manera que tuvo de tener temprano un cuerpo de muchachita apetecible, exhalar un perfume erótico que enloquecía a los machos del entorno. Pienso en un medio tío, que hacía esfuerzos para esquivar cruzarse con ella a solas por la tentación; los compañeros de clase levantándole las polleras en el recreo, sospechando que ya era mujercita y queriendo manosear al secreto guardado apenas. Me recuerdo a mí mismo espiando los desnudos íntimos de la prima durante los meses de verano. El daño era estar siempre a la vista, sabiendo que cada paso que daba en la calle era como si los hombres la vieran desnuda; era inevitable, imposible simular ser la mujer que no era ni menos podía ser niña normal. Las tetas espléndidas gemían lo contrario bajo la blusa blanca, descubrió que debía aceptar ser la guacha a la que los hombres del entorno querían garchar, eso era lo que escuchaba al salir a la calle y en la misma cuadra de su casa. Me contó que fue la peluquera del barrio, una mujer casada con hijos grandes, que le dijo "mi nena" por primera vez mientras le lavaba el pelo y acercándole el vientre a la cabeza inclinada, luego le acarició el inicio de los senos hasta los pezones y mi prima la dejó hacer pensando que estaba intimidada. La situación era menos clara; quizá la dejó porque la peluquera fue más osada que los tipos miedosos que sólo se babeaban mirándola. Decía que las

mujeres son emprendedoras tratándose de la sensualidad y cuando me lo contó, como si yo fuera una vieja amiga, me asaltó una envidia rabiosa, la resignación irreversible de verme designado confidente de ciertos secretos, receptor de historias que deben reprimir cualquier deseo y satisfacerlo en soledad.

Era cuestión de tiempo, Anastassia Lizavetta terminaría cediendo ante las fuerzas de la naturaleza y la biología que empañan la conciencia social. Nadie querría ayudarla cuando llegaran, recuerdo que todos esperaban que mi prima comenzara a manifestar secuelas incontrollables, sintiera deseos vaginales sin palabras, que conociera como se comenta con hipocresía la verdad sobre la vida lo más pronto posible. Tampoco era lugar de recordar episodios juveniles, sumatoria de sucesos perturbadores y que alguna vez la avergonzaron; en algún momento mi prima creyó que el deseo ajeno quedaba atrás y había ganado el derecho al olvido por la llegada de otras responsabilidades. Fue cuando se llenó de planes de lecturas, compras para la casa y creyó en la secuela sanadora de proyectos inventándose una constelación de intereses. Teniendo por delante la tarea agotadora de la correcta educación de la descendencia le quedaba poco tiempo para pensar en lo otro.

Después de haber tenido el hijo ella cambió, en el carácter dulce le quedaban secuelas del orgullo de ser mujer con panza, tenía ante sí una tarea que la ennoblecía y a fuerza de entrega personal creyó que lo estaba logrando. La lógica voluntariosa esa mañana se partió sin explicación y por siempre; era falsa la maternidad como lo leyó en manuales optimistas, pasados los primeros tiempos incluso el hijo se transformaba en criatura hostil. Pensaba lo vivido como pérdida de tiempo, persistía en lo que era sumando el rencor de estar habitada por un calendario malgastado. Nadie puede decidir dejar de ser lo que es y menos argumentarlo con un marido que resultó desprovisto de

iniciativa, viviendo en un apartamento sofocante y en compañía de un hijo al que estaban criando como a un idiota. No se trataba del hecho insensato de matar porque eso ni siquiera se le pasó por la cabeza; era la simbología del gesto asumido que, si alguno de mis colegas estuviera al tanto, hubiera dicho que condensaba una serie de frustraciones reprimidas durante mucho tiempo. Ella sería un catálogo de pequeñas derrotas en un cuerpo de mujer que resultó ser el suyo; lo habitual: de haberlas aceptado resignada, el crucero hubiera navegado mejor en su existencia. Es fácil a la distancia enunciar esos himnos a la autenticidad de las personas; claro que las clausuró, cerrándolas una a una empezando por las más inocentes. Fueron acumulándose en algún lugar de su conciencia y ahora mi prima escuchaba la risa sarcástica de los fantasmas encerrados. Creía en los malos pensamientos como secuelas de un suceso traumático en la infancia. Esta mañana recordó como si fuera ayer, cuando la madre la llevó a liberarse del daño a la casa en penumbras de la viejita; pasaron años desde entonces y en la hora de evocación el niño estaría en la escuela. Era dudoso que esos enigmas fueran hereditarios, el daño es invisible al contrario del color del pelo y la manera de caminar. Las secuelas del rito morirían con ella, recordó que le quedaban pocos minutos libres y dado lo sucedido resultaba absurdo.

La rutina consistente en una distribución sofocante del tiempo matinal estalló en pedazos, bebió el café temprano con ganas de ir al baño, habitualmente tomaba café con el marido luego de que el niño se marchaba a la escuela. El marido legítimo seguía en la cama, allí quedaría el resto del día y de la eternidad. Hoy

dejaría de ser la esposa sumisa que lo despertaría, si el hombre se duerme y llega tarde al trabajo allá él. Está harta de supervisar detalles cuando el contrato familiar le impone que sea responsable de sobrados detalles. Anuló la extorsión de ser esposa permaneciendo atada a la convención de ser madre, dependencia sin soporte utilitario y económico arrasando iniciativas de libertad. De ser necesario podría vivir sola sin problemas de presupuesto, aún era seductora, hombre nunca faltaría y viviría con alegría las nuevas aventuras. Se sentía con fuerza de hacerlo y estaba pronta, si aguantaba la presión de avatares de una existencia más libre, era para que el nene tuviera un padre. El individuo que vivía con ella debía cubrir el equilibrio psicológico de la criatura, contribuir a estructurarlo los primeros años como decían las revistas en la peluquería. Podría salvarse, lo esencial era que durante los años de formación de la personalidad el nene tuviera una presencia paterna en el hogar -sostenía mi prima- como si fuera un psicoterapeuta infantil. Para la formación de la criatura, su abnegación y sacrificio era preferible a la mezquina negociación de la visita un domingo cada dos. Las negociaciones por vacaciones en julio, navidad y semana de turismo, cuchicheos para determinar el monto de la pensión alimenticia. Mi prima le desconfiaba a la eventualidad de continuas transacciones como pruebas de devoción siendo soterradas variaciones de la venganza; es una pesadilla inmerecida por los niños.

Anastassia Lizavetta tenía una compañera de trabajo que se quejaba de una situación similar entre irónica y dolorida. Con el marido se separaron creyendo ser civilizados porque dejaron de

soportarse, al punto de que esa constancia pesó más en la balanza afectiva que el temor de dejar a los hijos sin padre y resulta que -por entregas semanales de las criaturas, la exigencia de hacerles el menor daño posible, consejos de abogados y terapeutas- lo ve más que antes al ex; siendo raro el día que no hablen por teléfono por un punto de fiebre, el osito de peluche olvidado, un preocupante 6,5 en Geografía en el último escrito, que el nene se torció la mano y es tu culpa por obligarlo a hacer deporte, que la nena me gritó y eso es manía de tu nueva amiguita que podría ser tu hija, que hago esfuerzos durante la semana por mantenerlos bien y vos muy campante, en dos días, deconstruís mis planes. nada más que para joderme. Tengo claro que a vos los nenes te importan un carajo, pero qué digo si siempre fue así contigo... maldigo la hora en que te conocí.

Así cada día de cada semana, decía la prima suponiéndose a salvo de tales situaciones normales de la vida moderna.

Esa mañana era propicia al simulacro que distrae, jugar a lo que ella haría si estuviera divorciada. Está dispuesta a cualquier cosa con tal de que su hijo tenga un padre, que por el amor de dios nunca le falte esa imagen necesaria evitando una educación insuficiente, carente de uno entre los soportes capitales de la personalidad, el alimento paternal como fruta de estación y pescado fresco dos veces por semana. A ellas -se refiere a ella, sus hermanas y la pobre madre- el padre las abandonó sin importarle las consecuencias. Hasta en eso fue un hombre cruel, pudo abandonarlas cuando el daño podía simularse en una mentira. El maldito aguardó a que la del medio tuviera edad suficiente para reconocer el abandono, esperó que mi prima supiera lo que era un padre y repitiera su nombre afiebrada, que recordara la fecha de su cumpleaños y supiera lo que es extrañar al padre los domingos. Que viera sufrir a la madre por las injusticias de la vida y entendiera por qué los amigos de mamá se quedan a dormir en casa. Esperó a que ciertos regalos fueran parte medular de los recuerdos y su ausencia se interpusiera en la relación de mi prima con los hombres futuros. A que la muchacha entendiera el sentido de la palabra abandono (el perrito nos dejó, el pajarito subió al cielo, la tortuga Manuelita se fue de viaje, el pececito rojo fue llamado por Dios) para mandarse mudar. Desde entonces fueron pobres mujeres abandonadas sin fuerza para remediarlo y la envidia resultó corta como explicación. Anastassia Lizavetta recordó el sufrimiento materno y se juró -vano intento- impedir que se repita el trauma para su hijo.

Rememora parte de la infancia sin padre, las pullas hirientes de vecinitas sobre la ausencia del progenitor y sabe que una situación idéntica sería insoportable para su hijo. Dudaba si el marido era el padre del hijo y merecía ser el padre, si ella hubiera resuelto que ese hombre fuera el padre de su hijo; estaba decidida a que fuera El Padre y hoy ganó una trinchera más en la batalla. Era el último día sin tregua y con la rabia, fue tanta la presión temiendo el abandono que reprodujera el modelo suyo y la intensidad del combate sentimental, que decidió suprimirlo de forma radical. Mi prima estaba saturada del temor a caer en el chantaje del abandono acelerando la ruptura de manera violenta. Temía tanto la fuga de la figura paterna que prefirió alcanzar el estado de viuda, las viudas jóvenes son seductoras y misteriosas, vírgenes de la muerte aunque se trate de nuestra prima. Sería trágico evocarlo hoy, inconveniente incorporar al informe clarificando hechos turbios y mis propios fantasmas en relación a ella.

Ahora que el niño se marchó al colegio, como si se tratara de un día cualquiera y estaba a solas con el muerto, despierta desde temprano, imaginándose divorciada podía vivir la soledad de la mujer sin hombre fijo. Nada de llanto, más bien optimizar el día que se anuncia excepcional. Lo dejado atrás parece ajeno, depositado en un pasado que pudo ocurrirle a otra persona llamada como ella. Era preferible suponerse instalada en un día de divorciada antes de ingresar desde mañana, cuando volviera a despertarse, en la categoría de viuda, situación de mujer condicionada por la muerte del hombre y siendo ejemplo sobresaliente del poder machista. Habría que suprimir la

condición de viuda en los próximos planes de liberación feminista, sacarse la dependencia que trasciende la muerte impidiendo que el hombre siguiera ejerciendo su poder después de detenido el corazón. A partir de mañana con las ideas más claras intentaría algo, explicaría hasta quedar agotada el sentido del gesto que terminará por formular hoy mismo. El niño comprenderá, terminaría por entender lo ocurrido hace unos minutos en la familia, deberá vivir con el recuerdo que lo aguarda al final del día. El niño trataba al padre como si fuera el padrastro me decía mi prima; creo que eran justificaciones equivocadas, como sospechando de la legítima paternidad, intuición manifestada con la misma intensidad con que le dispensaba el cariño a ella.

Tanto venía de cambiar en la vida familiar desde hacía poco más de una hora, que mi prima decidió tomarse el día para ella. Un día de esos, como estando libre si el marido tuviera un buen empleo que le permitiera quedarse en casa, si con catorce años estuviera dispuesta a caminar la ciudad enorme donde vivía; quería recobrar las apetencias de conocer la capital yendo a la aventura de descubrir zonas. Hacer en un día laboral cosas que se reservan para los fines de semana, concretar visitas sorpresa que se deben por años. Hacía tanto, por ejemplo, que no visitaba a su hermana y conversar ellas dos a solas, hablar de cosas de ellas. Lo hacían cuando chicas, antes de que el padre las abandonara y todos murmuraran que se había ido a vivir con aquella, la nunca nombrada en la casa y evocación prohibida a la hora de las comidas. Los minutos pasaban. ¿Se había duchado? Creyó recordar que lo había hecho una segunda vez

esa mañana. Nunca le gustó salir sucia a la calle, si no se bañaba le parecía que la gente descubriría las suciedades de su cuerpo. Ese temor comenzó cuando una criada de la casa de al lado la besaba y lamía, "sos linda para acariciar" le susurraba una muchachota que apenas tenía unos años más que ella. Había que seguir viviendo con esos recuerdos de seducción impuesta y las duchas son insuficientes para borrar el recuerdo de la lengua dura y hurgadora, más que la de los muchachos que conoció en el liceo, que eran las vivencias intensas de su sexualidad infantil.

Eso estaba acabado en tanto recuerdo que pesa, hoy nada le hubiera importado salir a la calle con manchas de sangre en las manos, pensaba mi prima en el baño y frente al espejo, mientras se maquillaba en bombacha y corpiño. En esos minutos, bajando alternativamente los párpados y aplicando algo de color cavilaba sobre lo que se iba a poner como ropa. La radio informa que hará calor y habrá humedad ambiente, lo prudente será un vestido liviano y zapatos chatos. Tenía la intención de caminar bastante ese día y dadas las características de los sucesos ocurridos, considerando formalidades del futuro cercano quizá lo aconsejable era ponerse algo práctico. Quién sabe cuándo volvería a darse una ducha decente y con un jabón perfumado sin estar rodeada de detenidas. Lo pensaría más tarde, al menos que llamase a la policía y contara lo ocurrido, las horas podrían parecer normales hasta la noche y hasta mañana bien temprano. Ambos pensamientos eran contradictorios; la certeza de que lo hecho, incluso con la intención de ocultarlo tomaría estado público provocando un revuelo considerable. Sin embargo, era conciente de haber participado en algo normal, lo vivido parecía

normal. Si en las próximas horas lograba abrir un paréntesis mediante cierto pacto del olvido, lo sucedido podría ser entendido por otros y a pesar de la violencia del crimen en sus características, continuar una existencia normal. Normal en el entendimiento con ella misma: pensarse en viuda considerando lo hecho resultaría una actitud carente de imaginación. Soltera y divorciada claro que podría imaginarse sin esfuerzo.

El apartamento había ganado cierta calma, al menos ella lo percibía y finalmente era agradable el aspecto del piso del Parque Posadas a esas horas cuando se supone que ellos salieron de casa. Con orgullo matizado de revanchismo estaba dispuesta a aceptar la incidencia de los detalles de la ambientación, reivindicados de su entera responsabilidad. Con más dinero invertido en decoración el conjunto podría mejorarse, no era momento para quejarse ni pensar en lámparas de Artesanos Unidos. Una vez decidido que se pondría vestido, descarta los zapatos chatos optando por unos de taco mediano y cintitas como broche rodeando el talón. "Esos de putita" le comentó el marido cuando los compró; que lo exasperaron llevándolo a la ironía agresiva cuando se los vio puestos por primera vez. Nunca me gustó como la trataba en público de manera vulgar y autoritaria, con lascivia inapropiada a ser escuchada por los otros. Vestida así y acaso por revancha ella se gustaba.

Le recordaba a un novio que le había insinuado -así al pasar entre caricias- que sería bueno que se prostituyera, le dijo. Algunas amigas cuando ella comentó lo ocurrido, con sorpresa entendible y halagada le dijeron que el muchacho estaba jugando a la provocación: a mi prima le constaba que se lo había

propuesto de buena fe. Eso se sabe, ella lo amaba y más, era tanta la pasión física que estaba dispuesta a seguirlo en los planes de viaje. Él solía divagar sobre Ibiza en agosto y de la noche mediterránea infinita, las calas del norte donde podrían bañarse desnudos, la suposición de una nueva vida liberada al margen de costumbres burguesas reaccionarias, como le gustaba apostrofar al pretendiente. Ella me contó que el muchacho era osado al proyectar su ilusión, le faltó experiencia y maldad suficiente para convencerla, rigor para entramparla. Actuó con premura, desconsiderando el tiempo de maduración en la muchacha que su propuesta necesitaba. Nunca llegó a conocer la manera de pensar de mi prima, el pretendiente era chambón a pesar de que a ella se le notaba -como él lo intuyó- la predisposición a una vida disipada con sed de mundo y pasión. Estaba en lo cierto y hoy se definía la verdadera entidad de la aventura pronosticada como tentación de seducción.

Tanto la había marcado la insinuación, que podía recordar los argumentos utilizados entonces por el aprendiz de gigoló buscando convencerla. Mi prima recordaba el tiempo en que dudó para terminar en una respuesta negativa y deseaba poco convincente, quizá propiciando una segunda tentativa; lo mismo podría decirse sobre la fascinación sentida al verse en esa insólita situación. Simulada por la indignación casi obligada y el fastidio del novio al descubrir su error estratégico, comprendiendo lo cerca que pasó de sus propósitos, y ofensa sincera por la respuesta negativa cuando suponía estar bien encaminado. Ella quiso hacerme creer que se trataba de un plan de vida cierto que distinto, alternativo y riesgoso pero basado en

el amor, una variante del amor rechazada por la hipocresía de la sociedad. Claro que no insistí para preservarle un recuerdo que ella tenía por lisonjero. Es la única vez en que suponía cómo habría sido su vida de muchacha prostituida por su fiel enamorado. Anastassia Lizavetta intentaba imaginar la puesta en marcha efectiva de la situación de haber aceptado los términos del amor sometido a durísima prueba, contaba que pesó la alegría y puesta en funcionamiento del pacto. Incluso en razonamiento incomprensible en su momento me hizo participe de sus interrogantes, diciendo más de ella que de la situación fantaseada. ¿Qué tendría pensado el novio una vez admitida la idea y decidida ella a llevarla adelante? ¿Presentarla a los amigos, hacerla circular por bares del centro a la hora que cierran las oficinas, sentarla en un banco cerca de la parada de taxis en la plaza Libertad, mandarla con una minifalda y las tetas al aire a las palmeras de Bulevar, llevarla sin transición a un prostíbulo de San José para que en pocos días aprenda los rigores de oficio y la decepción ante la vida? ¿Cómo los recibiría a ella con billetes ganados al retorno del primer día de putear para él? ¿Una vez metidos en la cama cogerían como si tal cosa? ¿Pediría detalles sobre los clientes o él se conformaría con un silencio sórdido mientras contaba billetes? A pesar de la brutalidad de la propuesta, mi prima sintió algo de ternura oyéndolo insistir con tanta ilusión en un proyecto que él suponía limpio y perfecto. La vida de gigoló monogámico era difícil de sobrellevar, ella conocía al muchacho, al menos lo suponía hasta que le presentó la propuesta con naturalidad desarmante; él llegaría -no con mi prima pero si con otras- a realizar lo que

parecía una sincera vocación y llamado al sacrificio. Podría alcanzar la crueldad necesaria con el correr del tiempo, pero era tan sensible –al decir de ella- que terminaría sufriendo y al escucharla hice como si hubiera creído.

Así se paseaba ella por el departamento con los zapatos de medio taco, jugando a que se había emputecido por amor. Intentando salir en vano de la vía equivocada, alcanzando la certeza de un único destino y suponiendo –como si pudiera inventarse así como así otra vida de un día para otro- que había llegado a la casa de uno de sus clientes habituales adicto de juguitos inconvenientes. Es también mi primera tentativa de ficción forzada en el dispositivo. Un entretenimiento permitiendo la escritura retrasando lo insoportable de la verdad y como si existiera una versión definitiva. Eso lo puedo asociar. Mi prima imaginó ser esposa indignada, ama de casa carcomida por la rutina, abatida por lo invisible y viviendo un momento de locura. Imaginaba lo que hubiera sido de su cuerpo de haber cedido a las proposiciones del muchacho y que le hubieran impedido ser una asesina. Jugaba a que había aceptado por amor sin perder de vista que era tarde.

Pasados varios años de aquella osada invitación al riesgo y acariciar la dulce felicidad Balear, de aceptar la oferta en otra vida Anastassia Lizavetta era mujer tomando su destino en mano. Lo que suponía insistir en ese camino tan suyo del oficio, viniendo a la casa del cliente que paga adelantado por la debilidad de que ella se quede toda la noche y haga aquello. Nada de reflexionar sobre el vestido que se pondría para salir, era cuestión resuelta ayer al consultar la agenda, antes de venir a la casa del cliente habitual. Si se aplicaba a matar a todos sus clientes a domicilio, como una vez imaginó para salir del círculo, pronto debería volver con sus pocos petates a la cárcel de mujeres, terminar su historia y vieja en los prostíbulos de Concordia, del otro lado del río. Sí y no, cambio de secuencia, decisiones que modifican la historia de una vida. ¿Era el cliente que le pidió que si, como cada quince días era ella que se levantaba temprano y llamaba al trabajo para avisar que llegaría tarde? Ella podría decir que era la esposa del cliente, llamaba porque el señor tal se sentía mal, pasaría de camino por la urgencia y llegaría más tarde a la oficina.

De cualquier manera ella sí debería telefonar a OCA y avisar que hoy faltaría al trabajo. Diría una mentira, hasta podría agregar que ella hoy había trabajado ordenando la casa; estaba agotada por un imprevisto familiar y tenía ganas de visitar a la hermana mayor. Beneficios de ser empleada puntual cumplidora podría llamar a OCA diciendo que estaba enferma y sería creída. Mi prima desistió, decir enferma recuerda hospitales y sanatorios, acucia la inspección. Lo mejor era anunciar que

estaba indispuesta, indispuesta está cerca de la verdad y suena menos a mentira, sin obligar a justificar la causa de la indisposición. Enfermedad sí, se está siempre enfermo de algo y que el otro puede llegar a entender. Indispuesta tiene insinuación de intimidad femenina, que incluso para el gerente hijo de puta y perverso, sabedor de que ella es una funcionaria cumplidora resulta con aura convincente. Evitará molestias por unos días, antes de indignarse por la noticia y decirles a los subalternos "ya me parecía... siempre advertí algo raro en esa mujer". Dolor de cabeza evoca aspirinas, desarreglos ginecológicos que se niega a sugerir. La indisponibilidad tiene la virtud de ser algo pasajero e incierto de formular, es a plazo fijo y sacude la voluntad. Uno nunca sabe cuando terminará saliendo de la enfermedad pero quiere salir y rápido de la condición de estar indispuerto, afecta menos a la medicina laboral. Como yo ahora, que habiendo narrado el episodio fundador que justifica mi tarea en un ámbito que parece embrujado estoy indispuerto de escritura.

Ella llamó al trabajo sin dejar traslucir en su tono el drama que venía de vivir. La farsa funcionó, hasta se asustó mi prima de la convicción demostrada habida cuenta de la gravedad de los hechos ocurridos. Tampoco fue para tanto, ella nunca fue imprescindible en el funcionamiento de OCA y se arreglarían en la recepción personalizada de pedidos de crédito. Mi prima podía contar con el eficaz sistema de la tapadera puesta en funcionamiento entre muchachas del segundo turno, un principio de solidaridad encubriéndolas en caso de necesidad. Ella misma tapó a compañeras en situaciones de las cuales estaba

avergonzada y eso era lo de menos. Ahora era su turno, escamoteando una acción que a decir verdad desbordaba los límites; generalmente se trataba de salidas imprevistas para compras, adulterios duraderos, trámites ante la administración pública. ¿Cuáles entre las compañeras estarían dispuestas a mentir su situación frente a la gerencia si hubiera declarado la causa verdadera de la indisposición? Mi prima estaba decidida a organizar la agenda sustitutiva de emergencia, especial y accidental. Claridad del plan, sueño realizado y momento de locura dispusieron desde el amanecer el día de otra manera a los días anteriores. El resto de la vida arrastraría las secuelas de la indisposición evocada, menos pasajera de lo insinuado a la telefonista de OCA, a la que hay que tapar su afición a las carreras de caballos. Se trataba de proyectarse en otra dirección, sentía a cada minuto que debía salir cuanto antes del departamento y hacerlo devenía urgente.

Aguantar sin respirar al salir de la casa, soportar el gesto de cerrar la puerta y esperar el ascensor que está siempre el en último piso. Podía bajar por las escaleras, el tiempo de hacer el viaje breve rogando que no venga en la cabina un vecino de los pisos superiores, salvar los últimos escalones antes de salir a la verdad vereda. Luego el esfuerzo supletivo de salir del área urbana que delimita el conjunto del Parque Posadas, si fuera posible alcanzarlo sin sucumbir en el intento; recién entonces mi prima se sentiría mejor y podría dirigirse al barrio donde vive la hermana. Sin casi percatarse estaba pronta para salir, las cosas desarregladas las dejaría para cuando volviera, seguro que regresaría al departamento aunque demorara quince años en

hacerlo o algunas horas. Al salir casi se olvida de las luces, le molestaba dejar las luces del departamento encendidas, para cerciorarse abrió la puerta del dormitorio sin atreverse a encender la luz del techo.

Sobre la cama había una mancha oscura reconocible, no se distinguían colores deslavados y la asaltó un olor de algo fuera de lugar en el orden del mundo, como si alguien hubiera dejado abierto un bollón de salsa después de varios días, un olor repugnante de algo con carne picada que se pudre. Anastassia Lizavetta se negaba a entrar en pormenores cuando algo le desagradaba, era su costumbre.

-Salgo, dijo en tono de voz que parecía normal y cerró la puerta con picaporte.

Nadie contestó del lado de adentro y el olor quedó encerrado sin escapatoria.

Estando en la calle, recién en ese instante vestida y respirando otro aire Anastassia Lizavetta se percató de que arrastraba el carrito de la compra. Se lo apropió en algún minuto olvidado entre la puerta del dormitorio y la del ascensor –raro eso del carrito recuperado, que solía guardarlo plegado en la cocina-, fue como si algo que pudo ser remordimiento o sentido de ironía epilodal, le recordara que antes de matar al conyugue a cuchilladas fue una buena ama de casa. El viaje en ascensor resultó una breve ilusión, el ruido mecánico parecía retrotraerla al tiempo previo del gesto absoluto. Inicio consciente del día comenzando cuando lo horrible era inconcebible, ubicado entre pesadillas en un futuro remotísimo por improbable y salir a la calle con el carrito después de lo ocurrido quisiera decir: no pretendía matar, lo que en verdad quería era ser una buena ama de casa. Miren, si hasta me preocupo de salir con carrito. Eso lo abogarían con razones convincentes cualquier psiquiatra consultante, yo mismo venido el caso si no se tratara de evaluar a mi querida prima. Sería superfluo especular al respecto y más simple podría resultar la deducción del sentido común. El carrito demostraba que este jueves -a pesar del crimen- era similar al pasado o a jueves anteriores. Entrando en interpretaciones elaboradas, probaba que una era la órbita del deseo (matar al marido de varias puñaladas) y otra distinta donde ella actúa con sentido familiar: salir a la calle como si nada y hacer la compra, sin otro conflicto que el supuesto en la distribución de tareas domésticas compartidas.

Una vez en la vereda, a pesar de lo hecho en un tiempo que debió pertenecer al sueño ella quiso actuar como habitualmente. Anastassia Lizavetta hacía la compra durante la semana antes de ir a trabajar a OCA, claro que eso era antes; luego que se organizó en tiempos de trabajo, mi prima compraba los sábados de mañana temprano. Si la semana hubiera sido normal sin interrupciones trágicas ella haría la compra el sábado, pasado mañana, la astucia de la indisponibilidad evocada le permitía hacerla el jueves. Los jueves el mercado es más barato y los vendedores amables, hay menos clientes esperando en los puestos. La feria era la compra de fruta fresca y verdura para las ensaladas; desde pequeña le agradaba el bullicio de la feria armándose, las maniobras de camiones en marcha atrás, ruido de hierros sosteniendo los toldos, entrechocar de cajones con mercadería recién llegada del mercado Central, voces de feriantes en falsete ofertando cuando la demanda declina. La gente discutiendo precios, le hacía pensar en mercados enormes de países orientales entrevistados en la imaginación; sentía hoy que el gentío la miraba con insistencia y era una sensación debida a ella misma. Ellos nada podían saber, siendo tarde para regresar al departamento con el carrito vacío algo la impulsaba, debía avanzar los doscientos metros separándola de los primeros puestos y balanzas. Temía estar mal vestida, que la rutina (sobre la que hasta hoy no invirtió la debida atención) hubiera condicionado el guardarropa adoptado. Apenas se observó en el reflejo de la primera vidriera que cruzó. supo que estaba vestida para ir a visitar a la hermana y que así vestida bien podría llegar

hasta el mercadito, al corredor de puestos sin que nadie reparara en ella.

Alcanzada la seguridad leve y determinante del aspecto mi prima se detuvo, abrió el bolso que llevaba colgado del brazo derecho, sacó el monedero y verificó si tenía cambio y efectivo. Había lo suficiente por si tuviera que armar una coartada, tiene detrás de las fotos del hijo y del marido, un billete de cien pesos plegado, más otro de veinte dólares por si hay una urgencia, que podía ser el caso hoy. El billete norteamericano lo llevaba en la cartera por las dudas, tradicional medida de protección igual que la ropa interior limpia en caso de un accidente en la vía pública, el accidente evocado en la infancia. Por entonces salía con miedo, sabiendo que tenía la ropa interior algo sucia -no mucho porque fue siempre limpita-, tratando de evitar cruzar la calle por el miedo a que la atropellara un auto. Había algo más temido que el accidente, era que alguien pasara por ahí y dijera, viendo su cuerpo inerte en el pavimento esperando la ambulancia, "mirá, mirá... tiene la bombacha sucia."

Hacer la compra hoy era tener un proyecto después de lo irreversible, elegir tres tomates tenía sentido aunque parecía asociado a otra vida olvidada. Luego de lo vivido y lo hecho con sus manos, de concretar lo deseado sin estar dispuesta a admitirlo y jamás traducido a la palabra, el futuro era el nubarrón anunciando tormenta sin ser viento. Sólo lluvia y temporal, nube sucia como ropa íntima de la desconocida del cuento escuchado en la infancia, la mujer atropellada por el tranvía tirado por caballos. Decir cinco manzanas era tener un proyecto sublime y un ramito de perejil pensar algo preciso anexado a la utopía

presentada “cena de mañana”. Comprar lentejas y la acción de recibir monedas de vuelto, era tener presente la totalidad del proceso de la existencia, desde el instante de tocar morrones amarillos en la feria hasta tirar semillas a la basura. Mi prima tenía, saliendo a la vereda después de haber matado la idea fija de ir hasta la casa de la hermana. En ese acto de llegar a los primeros puestos de la feria realizó un esfuerzo considerable, proyectando sus pensamientos al otro día, hasta convencerse de que si la vida tenía un objetivo respetable era la cena de mañana. ¿Quién estaría a la mesa en esa cena del viernes a la noche? Aunque haya sido un sueño de pepinos, berros y berenjenas, ella soñaba la entrada del marido al salón comedor luego de haberse lavado las manos. Dispuesto a desplazar las sillas para poder pasar, viviéndolo con normalidad y mostrando la marca grotesca de las cuchilladas recibidas en la cama mientras dormía, tajos cicatrizados en costurones de veinticuatro horas. Allí estaba él, dirigiéndose a ella sin reproches por su nuevo estado, heridas que no resultaron mortales. Habiendo sido infligidas durante una pesadilla eran visibles para ella, que no sentía llegar ni el asomo de remordimiento al corazón. En el cuerpo rememorado del marido asesinado mi prima leía con claridad las laceraciones que le quiso hacer y de las que nunca tuvo conciencia.

A la entrada peatonal de la feria era dificultoso considerar detalles de la cena para mañana. ¿Bifes a la portuguesa, carne al horno acompañada de arroz a la cubana, trocitos de pollo a la crema, lenguado con alcaparras, ravioles salsa carbonada? Ella diría que se le hizo un nudo en la garganta y deben ser los

nervios sobrecargados. Está agotada, hizo bien en faltar al trabajo tomándose el día para ella, "el día mío" pensaría mi prima. En esos minutos se sentía una vecina de otra Torre y del jueves que viene, a la que el puestero -al caso la mujer de la pescadería- mientras vaciaba vísceras de corvinas negras a velocidad desconcertante, le chismearía la locura de una mujer de la Torre L que apuñaló al marido, esgrimiendo su cuchillo profesional afilado para enfatizar la anécdota. "Pero qué horror" hubiera replicado mi prima mintiendo, antes de preguntarle a la encargada de la pescadería por detalles de lo ocurrido la semana pasada y que la manía de contar adulteró al infinito. En la secuencia de la vendedora estaría el espanto del descubrimiento y para mi prima el deseo de escuchar la versión de boca de la propia infeliz. Ese asunto del relato posterior nunca nadie lo considera, pasada la sorpresa buscada mi prima volvería a atender sus problemas. Continuar adelante con la compra de los productos de la huerta antes que, sobre los mostradores de madera, sólo quede mercadería de tercera categoría. ¿Pero qué pudo haber llevado a la vecina de la Torre L a tomar tal terrible iniciativa? Por más esfuerzos intentados era imposible ponerse en su lugar y menos hallar una explicación valedera cercana a la verdad. ¿Indisposición pasajera del espíritu? Era poco para entender la gravedad de lo sucedido si nos atenemos a la versión de la mujer de la pescadería. ¿Rapto de locura súbita? Demasiado sencillo para explicar lo que por el resultado revelado en la autopsia aparece como inexplicable; en tales casos es preferible acceder pronto al misterio.

Es lo aconsejable, por eso esta noche dejaré de cenar, siguiendo con la escritura alucinante que se vuelve difícil al tratar de entender. Cuando se agotan posibilidades primeras e hipótesis osadas, lo aconsejable es parapetarse en el misterio de designios divinos, la manera popular de denominar lo inexplicable. La semana próxima, el jueves que viene, es decir en la próxima instalación de la feria en las cercanías del Parque Posadas, se conocerán pormenores sórdidos de lo sucedido en la Torre L. Lo hecho por la insospechada vecina que todos reconocerán por la foto publicada en la prensa y agregados debidos a la imaginación popular. La verdad huidiza se fusionará con el misterio de lo inexacto, de chica sufrió mucho, era sabido que el marido la maltrataba, había en la familia antecedentes de locura súbita, curiosas derivaciones de las pruebas de amor. Una anomalía de falsedades se sumaría con saña a la verdad inasible que condicionó a mi querida prima. Cuando las vecinas supieran lo sucedido, se horrorizarían como ella lo está ahora que lo sabe y tiene el retiro al menos de haber abandonado el departamento. No habrá otro tema en la zona durante semanas ni se hablará de otra cosa en las zapaterías y el café de la plaza. El jueves que viene los feriantes fantasiosos harán los mejores negocios combinando perejil y heridas. algunos puesteros basarían su efímero suceso declarando tener un conocimiento de la fulana en cuestión, rebautizada para la ocasión la loca del cuchillo coreano. Otros dirán que conocían por dentro el departamento de la masacre por haber llevado pedidos "más de una vez" y afirmando que aquello era una orgía de sangre. Los puesteros privados de la vivencia directa de la escena del

crimen, evocarán un pariente cercano en Jefatura, insinuarán estar al tanto de las primeras declaraciones de la homicida y los vendedores lentos se conformarán con la retórica de suposiciones. Entre escepticismo y deducciones sin verificar avanzarán un comentario crítico de informaciones fragmentadas de prensa y rumores, tratarán de mantener el suspenso hasta la semana entrante a manera de folletín con puntos suspensivos.

La marea de palabras usadas crecería a partir de pasado mañana y haría furor en la feria mayor del sábado. A pesar de haber ocurrido hoy el hecho devastador ella podría hacer las compras tranquila, excepto un accidente de tren en la India o la muerte de un artista famoso por sobredosis los temas de conversación con los feriantes se repetirían. Mi prima desestimó hacer la compra, dijo que fue como si el carrito se hubiera aferrado a su mano negándose a quedar encerrado en el departamento con el marido muerto y el cuchillo coreano tirado en la moqueta. Dar media vuelta hubiera sido sospechoso aunque nadie se hubiera percatado de su llegada, salvo un feriante que en ese momento estuviera sin clientes para atender. Lo prudente era continuar como si nada, hacer pronto algunas compras, mostrarse, dejarse ver, confundirse con el mundo.

Debería evitar el puesto de quesos y mermeladas, un camioncito convertido en tienda. El muchacho que lo lleva es simpático, de izquierda combativa y lo reivindica con énfasis durante la mañana; a la prima le agrada su conversación. Mantiene el entusiasmo original y la indignación, sentimientos para los que ella carece de voluntad y paciencia, el quesero milita en un comité de base de Canelones, es lector devoto de Brecha cada jueves y tiene información interesante sobre corrillos del Palacio Legislativo, juntas municipales capitalinas que lo sulfuran, sobre la marcha del país y de Latinoamérica en general. Apenas cruzadas dos palabras el quesero captaría que algo marcha mal, ella deberá impedir durante las primeras horas posteriores a la tragedia que alguien le pregunte ¿le pasa algo

señora? Rompería a llorar y contaría lo ocurrido. Casi nunca mintió, está muy sensible, es normal y seguro que tendría una reacción de chiquilina confesando la falta que avergüenza. Sería injusto perturbar al queso tan simpático, que vota a la izquierda y lo reivindica entre hormas gruyere valdense, ponerlo en la incómoda situación de ser el primero en reaccionar a su primera versión en caliente de los hechos. La historia del horror que desde esa mañana y para siempre quedará asociada a los rasgos de mi querida prima. Ella no quiere decepcionar al lector adicto de las notas políticas de Brecha, que tanta confianza tiene en un mañana radiante de justicia y equidad.

Gestionando sus primeras reacciones ante el mundo ella irá hasta los puestos de gente menos comunicativa, esa que luego de cinco años de trato semanal reacciona como si les comprara por primera vez y jamás preguntan cómo pasó la semana ni equivocados, incapaces de decir doña que le sirvo y hasta la semana que viene vecina. La primera de las antipáticas es una mujer terrosa y seca, sólo vende papas, ni siquiera trae al puesto algunos boniatos deformes que daría a la oferta variación, un toque raquíptico de color. La mujer llega a la feria con un cargamento de papas, parece que viniera de arrancarlas de la tierra, siempre las ofrece sucias y desde el primer día tiene el mismo delantal. La papera antipática, la papisa como dice el marido -quiero decir decía- no tiene consideración por el pasaje del tiempo en ninguna estación del año ni piedad por los desfavorecidos que llegan tarde a la feria a buscar restos podridos. La papisa como decía el marido de mi prima cuando vivía, llega bien temprano moviéndose de manera brutal dando

a entender que desprecia la conversación, coloca una enorme pizarra a la vista, tirada sobre las papas, y escribe en grandes caracteres de casi analfabeta: papa tanto el kilo, eso es todo. La cifra permanece incambiada aunque queden cinco papas escuálidas sobre el mostrador o una montaña de tubérculos excepcionales. Cuando llega la hora de irse se va sin borrar el tanto el kilo de papa, sin dejar algunas por el suelo para los miserables que vienen a hurgar las sobras. Esa mujer tampoco cambiaría de expresión si Anastassia Lizavetta le comprara dos papas o llevara todo el cargamento, nada se cuestionaría ni notaría en la transacción algo excepcional. Así ocurrió, mi prima dijo apenas cinco kilos sin anteponer un buenos días, la mujer pareció agradecida por la parquedad de la clienta, tener la oportunidad de manipular con el platillo de la balanza lleno hasta la brutalidad y sin abrir la boca. Apenas con los ojos la papisa ordenó abrir la cubierta del carrito, se acercó sin importarle que oliera mal y dejó caer las papas con estruendo, del fondo del carrito surgió una polvareda como si faltara un fondo de lona y las papas hubieran caído sobre tierra yerma y reseca, de otro color al de la sangre que pudo haber visto si más temprano hubiera levantado la persiana del dormitorio. Con la papisa ni hacía falta preguntar cuánto era, la mujer suponía que el cliente había hecho el cálculo y pagaría de preferencia con la cantidad justa para no recibir de cambio billetes inmundos, que la mujer sacaba de alguna parte de la pollera, en tal estado que antes de tener que pagar aunque fuera un boleto con uno de esos billetes, era preferible tirarlo. A la mujer la fastidiaba manipular con monedas, poner las manos en otra cosa además de papas

arrancadas de la tierra. Los otros vendedores sabrían que mi prima había comprado viéndola tirar del carro con mercadería en el interior, aunque poco valiera pues se trataba de papas. La polvareda ensució el carrito, mi prima tenía restos de polvillo en la pollera, quiso sacudirse la tierra pero estaba pegada, atraída por una materia pegajosa que le hizo pensar en sangre coagulada. Era lastimosa y deprimente la tentativa con la papisa.

Debía hacer algo gratificante yendo al puesto de la mujer frutera; es cierto que habla poco, a primera vista parece vulgar y se maquilla para trabajar como si fuera a un baile de gala. De otra manera que la papisa le intriga el misterio sugerido de esa mujer; mi prima suponía que entre trámites del mercado siendo noche cerrada y la instalación del puesto del Parque Posadas se tomaba media hora para ella delante del espejo. Moviendo los dedos con pericia, eligiendo productos adecuados Estee Lauder para acicalarse hasta transfigurarse en la más bella del baile de la huerta. Una buena base disimulando signos del madrugón, alargador de cejas importado, azul de párpados y bermellones intensos para los labios, detalles que recordaban a una folklórica española de gira por las capitales del Plata. Así estaba esperando a los vecinos en su puesto, invierno y verano, la muñeca inflable la llamaba el finado marido, mi prima decía que era una broma injusta y machista. La frutera demostraba que había una vida después de la feria vecinal, esa mujer hacía saber que luego de cajones, cuentas de manzanas verdes, pomelos rosados y uvas moscatel tenía una cita romántica. Su aspecto insinuaba que había encontrado al hombre de su vida y vería el teleteatro de las quince, como si fuera la hermana gemela perdida de la

protagonista, la enfermita de los pulmones. En medio de la depresión de mañanas otoñales y caras a medio despertar de feriantes, demostrando que la feria es tarea sacrificada, la mujer de las frutas era diferente. Su estilo de atender se definía por la corrección distante sin alcanzar la indiferencia: usted es mi cliente y lo atiende bien, disculpe si evito extenderme dándole charla, luego de levantar el puesto tengo un encuentro íntimo más importante que su compra y humores matinales. A la frutera se la ubicaba desde lejos, era un imán para las miradas y trabajaba mucho; los paseantes necesitaban pasar por el puesto de la mujer coqueta, más si estaban obligados a detenerse ante el puesto de las papas confrontándose un par de minutos con la telúrica bárbara. Viéndola de cerca Anastassia Lizavetta tuvo la remota esperanza de que hoy podía ser un día como otro cualquiera, los labios rojos cereza de la frutera, su promesa de salir al encuentro posterior con su pasión secreta, pudieron que por algunos segundos mi prima olvidase lo sucedido hace un par de horas o lo que ella deseó que hubiera sucedido.

Quería cubrir el crimen con la tierra de las papas, con la piel áspera y solar de las naranjas. A la frutera le incitó la curiosidad la cantidad de naranjas compradas, mi prima comentó que el sábado estaría retenida por complicaciones familiares. Habló del cumpleaños del hijo de alguien en la Torre L y la frutera ni pidió explicaciones, estaba urgida por un encuentro que sucedería luego de plegar el delantal. Las compras de la semana y vida estaban hechas, con el paso de los años mi prima se volvió mujer organizada.

La fuerza interior que la obligó a salir a la calle con el carrito se calmó siendo inconcebible retornar al departamento. Anastassia Lizavetta se prometió, entre el puesto de la papisa y la muñeca inflable, nunca más subir al ascensor cuyo ruido la habitaría hasta morir y menos bajar las escaleras de la Torre L. ¿Cómo podría dispensarse de la reconstrucción minuciosa del crimen, rodeada de testigos, curiosos, oficiales, funcionarios judiciales y periodistas ansiosos de ver los movimientos de la Hiena del Posadas? El carrito pesaba, se diría que adentro llevaba el cuerpo del marido cortado en trocitos; debió enfrentar la cuestión de qué hacer con el carrito de la compra, a nadie se lo podía llevar para que se lo cuidaran unos minutos. La mañana avanzaba, los feriantes tenían los músculos proyectados al levantar los puestos; menos se trataba de abandonarlo en el medio de la calle, de un lado y otro la llamarían para advertirle: "señora, señora, se olvida del carrito y se lo pueden robar".

En la situación presente necesitaba ser inventiva a cada segundo que pasaba pues el universo era distinto. Desde que se despertó con aquel ruido de ascensor incrustado en la cabeza, hacía gestos inhabituales y debía continuar imperativamente con la cadencia. Imposible recuperar la mujer que fue, la que anoche calentó arvejas con manteca en una cacerolita para acompañar churrascos a la plancha, aunque pudo haber sido puré instantáneo. Lo diferente era la circunstancia palpable y mi prima estaba tranquila considerando lo ocurrido. Algo invisible guiaba sus movimientos desde hace horas, un ángel de la guarda, el suyo, tardó en manifestarse dando así el tamaño de

lo ocurrido en el dormitorio, resolvió protegerla obedeciendo órdenes superiores. Decidido a que los problemas a que fuera confrontada mi prima luego de aquello innombrable, hallaran solución apropiada. Una voz celestial y dulce que nunca antes escuchó le decía "ahora tienes que hacer eso y luego lo otro y después lo de más allá". Si el pasado era inmodificable podría intentar salvar el alma con gestos de contrición y arrepentimiento sincero, manifestado desde las primeras horas del pecado salvando el prestigio del Creador. Era probable, sin ser católica practicante mi prima fue bautizada y había tomado la primera comunión.

¿Dónde estaban esas voces prudentes cuando las vecinas envidiosas del barrio de la infancia la eligieron por objetivo para lanzar el daño? Por primera vez el cielo se acordaba de ella amparándola de la tentación del infierno, recién hoy y luego de treinta años de vida difícil se percataban -allá arriba- de su existencia. Era menester alcanzar el horror, para que el Todopoderoso recuerde la existencia de criaturas confundidas por reacciones humanas. Había en el procedimiento igual algo de profundamente injusto en prioridad para la memoria del marido. Mi prima apenas entrevió al enviado celestial flotando entre luminosidad y humos celestes. Escuchó, me dijo, la voz de algo que sólo podía ser ángel de la sección custodia, probablemente el suyo, ángel asignado que le recordó la voz del queso hablando en nombre de los pobres del mundo y su bienaventuranza terrenal saliendo del camioncito. Esa voz -tenía que ser de ángel en la variante de la guarda- hablaba disculpándose por haberla dejado esta mañana expuesta al libre

albedrío y quería salvarla; tampoco había excesiva convicción en voces que parecían habitarla e irrumpiendo en tenderetes de feria vecinal. Voces confundiéndose con el ruido del ascensor del comienzo, como si los ángeles de la guarda tuvieran alas mecánicas chirriantes por falta de aceite.

De pronto, el carro de la compra pareció tener alas y la carga le pareció liviana, se sintió limpia y ligera traspasada por una luz liberadora. Así fue la anunciación del arcángel Gabriel según la instruyeron al adoctrinarla para la primera comunión, entre jazmines de intenso perfume e íconos recordando escenas de pintores olvidados. Desde entonces, Anastassia Lizavetta hizo esfuerzos para comunicarse con el otro lado sin resultado; terminó por renunciar, esta mañana presumía ser indigna de todo buen tratamiento y que a su llamado los ángeles responderían a coro "no, no, no, ella no que tiene la bombacha sucia, ña, ña, ña... ella no que tiene la bombacha sucia." El trayecto al cielo eterno está adoquinado de buenas intenciones.

La voz escuchada después de comprar naranjas, voz que según mi querida prima tal vez no venía por ella, sino que se trataba de ángeles expedidos para asistir el alma del marido, convencida de que el crimen arcaico despertó allá arriba alarma general digna de cuartelillo de bomberos, se dirigía directamente al pensamiento. La voz tentaba guiarla en momentos de duda y perplejidad para el espíritu, que eran cada minuto que se sumaba. Sus convicciones subían a la espiritualidad y descendían hasta subsuelos de la condición humana de manera incesante, el alma humana es ascensor descompuesto pensaba ella. Mi prima tampoco entendió al principio lo de la voz y fue

por la sorpresa, estaba convencida de que las primera palabras fueron un conciliador "hija mía" y que en su caso podía resultar contraproducente. Lo claro del primer mensaje fue lo relativo a Tienda Inglesa; el ángel de la guarda llegado a toda velocidad y acaso la voz débil debida a la fatiga del largo viaje, sin ocultar la condición urgente del asunto desbordando sus capacidades de asimilación y respuesta, le aconsejaba dirigirse sin demora a la nave central del supermercado más próximo al lugar de los hechos.

En un tiempo pretérito, la palabra de ángeles afectados al departamento de la guarda aconsejaba ir a la iglesia tras agua bendita, imágenes santas y la escucha del párroco; por el contrario, ahora sucede que el Supremo es un anagrama oculto en góndolas de supermercado. La salvación, en su defecto la condenación eterna, puede estar dispuesta entre fetas de jamón desgrasado envasadas al vacío, la botella plástica de dos litros de agua mineral, un paquete de seis panes de Viena de panadería Los Sorchantes, tallarines al huevo con fecha de perención el último domingo del mes. Era lo que ella comprendió avanzando, guiada por una voz hacia Tienda Inglesa; qué mejor lugar para abandonar el carrito cargado de naranjas y papas que la entrada del supermercado, asociado por el nombre a frustraciones londinenses. Podría dejarlo allí durante horas sin provocar reacciones de la gente, alguien terminaría por avisar aunque más probable fuera que se lo llevara antes de insultar la mala racha por el magro botín.

Contrariamente a lo supuesto la escena se deslizaba sin inconvenientes, de acuerdo a movimientos previsibles. El futuro inmediato era diáfano a medida que avanzaba la mañana del horror doméstico, claro que estaba la voz a ti debida querida prima y recién llegada de la Gracia en servicio, pero una vez dentro del supermercado el caos del mundo parecía resuelto y ordenado. Cuerpo y alma hallaban allí el sentido de itinerario desalojando presunciones desesperadas y cualquier insinuación de angustia, como si de un anuncio de oferta especial se tratara. Mi prima dejó el carrito en la entrada de Tienda Inglesa

confundiéndolo con otros; ese simple gesto, inducido por una voz que se ocupaba de su serenidad, la distanciaba del peso de la culpa, algo turbio y maligno para el alma e impreciso. Creciendo en ella desde el despertar y aunque debiera luchar contra el temor de nunca más poder dormirse. Dudó si sacaría uno de la fila ordenada de carritos repitiendo el suplicio de apéndices metálicos. Optó por una canastita de plástico verde y se dedicó a pasear por rincones del fondo del salón cerca de cárnicos y lácteos, haciendo ver que buscaba tomándose su tiempo; en eso, mi prima se impacientó. El ángel mensajero cortó el flujo de información tranquilizadora, tal vez lo agredían la cercanía de las cámaras frigoríficas, las vitrinas a baja temperatura.

En el supermercado pasaban en continuidad el minué de Luigi Boccherini en versión de piano electrónico, con tal insistencia que cualquiera que cayera en la trampa de escucharlo terminaría en la demencia. Tuvo que ser la presencia celestial y no fue así, se trató de una voz interior de mi prima y que el ángel de la guarda utilizaba, con tono parecido a la voz del quesero. Tampoco quiso contradecir el antojo siendo la posibilidad de vivir un sueño de niña, actualizar lecturas de Cine Radio Actualidad y Radiolandia, primeros avisos de champú con limón pasados en la televisión blanco y negro. Sufrió un ataque de ganas de teñirse el cabello, lo que era insensato y llegaba no obstante con absoluta naturalidad: ella quiso ser rubia teñida en períodos esporádicos de la vida. Entre su indecisión y la vida andando escamotearon el tiempo necesario para cambiar el color del pelo, negándole la oportunidad de ser por unas semanas la ilusión de

Brigitte Bardot, faltó decisión y dinero para completar la simple operación de la apariencia. Luego se impuso el que dirán en la familia creyente y ella se resignó al terrible para qué. Anastassia Lizavetta se dijo antes con su propia voz: para decidirse a teñirse de rubia necesitaba otra vida, era una iniciativa que debería asumir otra mujer. Hoy era el caso y diseñado de manera ejemplar en lo que sería la última oportunidad.

Como una muchachita con proyectos alocados se paseó a su aire por el stand de cosméticos, eligió la coloración más parecida a sus deseos despertados hace un par de minutos y luego de años de letargo. Rechazó aquello que le vendría bien a ella -lo que en principio sería aconsejable-, optando por el color adecuando confirmando la certeza que desde hace horas, era una mujer diferente. Claro que sería la misma mujer con el mismo nombre, también otra en el escenario de las apariencias y la del cuerpo que hoy se escurriría por la ciudad. Tampoco era forzoso un platinado de cabaretera, acaso fuera bastante un rubio intenso impregnado de glamour misterioso y deseo pasional circunvalando el cuerpo. El suspenso de promesa inminente, consigna de encuentro clandestino terminando en perdición de la pareja, algo inesperado y radical que para la situación aconsejaría la frutera; ella a esas horas estaría desnuda, desabrochándose puntillas provocadoras y revolcándose con su querido. La más cara eso sí, hoy nada de tintas mediocres. Mecida por la música clásica mi prima estaba en mutación de mariposa tropical selvática asistida por voces celestiales confundidas por sus osadas iniciativas. Mal momento para andar macheteando, estaba harta de que el salario ganado

en OCA pasara al cuidado de la casa y la manutención de los caprichos del bastardo malcriado. De romperse el lomo en la oficina y en el hogar, harta de que cada vez que tenía que comprar calzones nuevos, porque los que tenía eran unos trapos, fuera una tragedia y hubiera que movilizar del presupuesto las escasas reservas, como si cuatro tangas equivalieran a mudarse de casa. Basta de concesiones, era suficiente con lo soportado de pelo castaño.

Lo absurdo era preguntarse por qué no lo había hecho el jueves pasado y hace tres años eso de comprar la tinta para el pelo, por qué debió cambiar el pasado de manera intransigente y el futuro todavía más para ponerle un color al pelo cuando en la realidad los procesos debieron ser a la inversa. Con el paquete de colorante entre las mismas manos Anastassia Lizavetta fue hasta la caja, pagó y salió como si nada. Hasta que estuvo afuera de Tienda Inglesa mi querida prima esperó que alguien le recordara que dejó el carrito de la compra olvidado en la entrada; sólo escuchó la voz suave y resignada del ángel de la guarda: "déjalo Anastassia Lizavetta, es innecesario en la vida que te aguarda y perdóname por haberte dejado tan sola en los últimos tiempos."

¿Cuánto hay que caminar para salir del barrio? Escapar de la influencia del conjunto Parque Posadas y bloques simétricos de cemento incrustados en tierra, significaba desprenderse del barrio poniendo distancia con el muerto. Aceptando lo que Anastassia Lizavetta deseaba en la próxima hora, lo prudente era avanzar caminando por avenida Millán, andaría dejando atrás la estatua ecuestre del caudillo blanco Aparicio Saravia, se metería en la primera peluquería con aspecto profesional y limpia después de pasada la farmacia Atahualpa, sobre la mano derecha. Le diría a la asistente que era esa la única tinta que le sentaba bien por una cuestión de reacción alérgica y la aprendiz entendería. Además de la tintura se haría cortar el pelo, quería proyectarse como en las películas en cinemascopio donde aparecen rubias; esas que no tienen nada de tontas pues siempre hay crímenes cerca y hombre muerto por arma blanca. Las rubias teñidas llaman a provocar problemas, los hombres parecen tener un marcado atractivo las rubias teñidas y mi prima quería buscar razones a posteriori de lo hecho; ante consideraciones digamos que comprensibles, estaba ebria de gestos, imágenes, explicaciones difusas con la cabeza saturada por la tensión de las primeras horas, consciente de que por la responsabilidad de lo hecho comenzara a fallar.

Cotejada al silencio del ángel y desbordado por la dimensión de la Montevideo terrenal, fue cuando dio con la peluquería. Una tregua, pues se supone que en la peluquería se piensa menos abandonando la reflexión en suspensión. Hubo un error de

cálculo al suponer que la casualidad la llevó hasta allí, la verdad una vez más era otra; había caminado un buen trecho de Millán alejándose de la zona habitual de sus desplazamientos. Cerca del cruce con Cisplatina fue recibida como si la conocieran de larga data y se tratara de una clienta ocasional, volviendo arrepentida luego de haber probado servicios de la competencia, tentada por tarifas convenientes. Ella, que podía ser una asesina si se llevara por indicios diseminados desde que está despierta, resultó clienta de la peluquería a la que llegó casualmente o lo fue en un tiempo anterior. Le dijeron pase, pudieron haber agregado tanto tiempo sin verla y preguntarle si había reservado hora para esa mañana. Justo ahora que buscaba el anonimato para poner en claro las ideas... le incomodó eso de ser clienta de la peluquería recibiendo trato de mujer conocida. Por unos minutos esa condición la obligaba a dos operaciones fastidiosas: hacer memoria del pasado que allí flotaba y hablar en una continuidad de asuntos de los que se supone estaba al corriente. La duda de que la hayan confundido con otra mujer y una imagen virtual suya se hubiera paseado por el barrio próximo al Parque Posadas; al punto de ser clienta de esa peluquería, a la que llegaba casualmente lo suponía en principio. Más que dar y buscar explicaciones, eligió seguir el juego del por supuesto que nos conocemos. Siendo al parecer una conocida clienta del local el diálogo se limitaría a temas generales, trivialidades sobre las razones del cambio de color –moda, capricho, temporada, etc.- hasta decidir entre fotos de últimos cortes practicados en Europa. Después de esos intercambios con pátina de falsa simpatía inherente al oficio, a las peluqueras vocacionales les

sobreviene el celo profesional y trabajan con énfasis desmesurado. Ella no podría asegurarlo porque el ángel de la guarda se niega a comentar lo ocurrido, mi prima cree que se durmió estando bajo el secador y siendo probable que la cliente volvedora haya soñado. Tratándose del primer sueño después del crimen a priori debería ser interesante en cuanto a la sorpresa y confirmación de deseos reprimidos durante años. Era la reacción del subconsciente aturdido porque de allí provenía el poder misterioso y el mandato escuchado. Lo que ocurrió en la vigilia desbordó las sugerencias del subconsciente, que en general se oculta en escenas surrealistas exigiendo una interpretación lo que es mi tarea. El efecto de su brutal pasaje al acto resultó ser distinto a gestionar la secuela de un sueño, fue sorprendente y mágico, gratificante y liberador. Era como si en esa profundidad ingobernable, ignorada por el ángel de la guarda -manifestado y refractario a efluvios negativos del alma- ella comenzara a considerar su vida, recobrarla la calidad solar de sus sueños de niña pudiendo recomenzar a cero. Tampoco era seguro que hubiera sucedido así, quizá cerró los ojos y quiso recordar, tal vez se trataba del deseo de borrar lo ocurrido de la memoria y la vida decidida, es decir la negada. Ha de haber un estudio convincente en alguna parte sobre las relaciones entre memoria de los sueños y compulsión de teñirse el pelo; más cuando el gesto responde a una intención de huida y olvido, cambiar la vida por el expediente de hacer algo que la cuestione y desafíe al Todopoderoso.

En las peluquerías el tiempo se vuelve espuma, pasados unos minutos sintió las manos de las mujeres cerca del cuello, signo

de que estaban terminando. Abrió los ojos y se miró en el espejo: perfecto.

Ella igual no se reconoció, era la hermana que había dejado de ver hace años, en el espejo dejó de ser clienta y tampoco fue la hermana que había pensado ir a visitar. La imagen del espejo trasladaba a la hermana menor, la pequeña y de la que se hablaba poco, la espectral que iba los fines de semana a bailar, la pasaban a buscar en auto, que fue modelo, cantó una temporada en un grupo de rock y le gustaba viajar. La hermana que sí fue a Londres en hippie cuando había que ser hippie, pudo ser punk cuando había que ser punk y se hubiera vestido gótico si lo hubiera decidido cuando era imperativo ataviarse gótico. Ella era la omitida en el seno de la familia -se la había tragado la tierra- y ahora tendría el aspecto de la mujer reflejada en el espejo. Sutil ironía... ella hizo esfuerzos por ser otra mujer distinta a la que despertó en la Torre L del Parque Posadas y resultó clonado en la hipotética hermana menor. La que vivió con disciplina envidiable en la moda y se marchó a vivir a Florianópolis, por el clima decía la hermana menor. A la hermana menor le encantaba vivir en bombacha y sin corpiño, existir en camisetas amplias y ceñidas de colores estampados desde chiquita. Odiaba el invierno montevideano y la ropa amplia de lana, boleros mexicanos y tallarines con estofado, gamulanes con cuello de corderito, el mate, las voces de Los Olimareños

cantando A don José y películas suecas que proyectaban en Cinemateca. Vivía ensimismada, desde el comienzo de la promesa del verano; apenas un día de noviembre perfilaba el sol de predicciones meteorológicas, la hermana menor se instalaba en la playita de los Ingleses desafiando el muro gris de las construcciones, ataviada de tangas que para el consenso uruguayo eran escandalosas. Lo hacía con envidiable constancia, estaba bronceada, casi negra, cuando el resto de los mortales solucionaba a duras penas secuelas gripales con polvillos de aspirina disueltos en tazas de agua caliente con limón. La hermana menor era una anomalía de la feminidad montevideana, como si su cuerpo fuera destinado a un territorio otro, de temperatura superior a la medida en la costa nuestra. La hermana menor era mujer de destino más ecuatorial, estaba siempre en patas en la casa sin importarles las visitas y string ajustado con elegante descaro de modelo estival. En las muñecas llevaba pulseras de todo tipo, de hilo, metal, trenzadas de cuero, plásticas, de caracolillos y tela con nombres de santos sincréticos. Leía novelas de Jorge Amado, oía en la radio audiciones de música brasilera, frecuentaba los café concert en onda donde cantaban Tequinho y Fernando Torrado, hasta se instaló con una barra de amigos en Punta del Este cuando vino Vinicius de Moraes, no paró hasta tener una aventura fulgurante con el guitarrista del viejo poeta y diplomático. La hermana menor cuyo recuerdo se actualizaba en el espejo, así tan convocada, en determinado momento asumió lo que se dice su vida, tomó el destino entre sus manos y nunca creyó conveniente dar noticias de su existencia ni aparecer cuando

murieron los parientes. Ah sí... hay una excepción en el caso del padre. Un telegrama conciso con una sola palabra: Saravá. Anastassia Lizavetta quiso ser otra y lo logrado fue acercar el recuerdo de la hermana menor.

La peluquera adivinó que buscaba tener la apariencia de la ausente, ser otra pero conocida; el mismísimo ángel dio instrucciones a la peluquera sobre el corte apropiado dejando a un costado certámenes primaverales de París. La peluquera, bruja y macumbera ponía secadores a todo lo que daban impidiendo que las clientas escucharan al ángel de la guarda, tan entrometido en detrimento de los poderosos orishas, pudiera leer secretos íntimos de cabezas tratadas, extraerle a mi prima deseos miméticos relacionados a la hermana menor y hubiera puesto manos a la obra. Eso es una clienta, alguien a quien se le satisfacen deseos íntimos relativos a la imagen. De ser más hermosa y deseable que una hora antes, estar presentable para una despedida de soltera, sentirse bien para soportar miserias que el día le tenía deparado, las modificaciones antes de salir de vacaciones y otros pedidos especiales motivados por el mero capricho. Hoy fue día de pedido especial, la peluquera lo advirtió desde el comienzo al verla entrar pues la clienta llegó con la tinta comprada. Tampoco con cualquiera, llegó con la tinta más cara y que a la clienta le evitaba problemas alérgicos en el cuero cabelludo dijo; que a la cliente le hacía fantasear con rubias exóticas de películas, pero que en verdad –puede que le haya dicho a la peluquera en secreto el ángel de la guarda- sería la coloratura preferida por la hermana menor, que decidió perderse a su vez en la vegetación y arena caliente del casi sur del Brasil

insular. Era preferible que fuera así, luego de lo hecho tenía derecho a todo menos al arrepentimiento. Cada paso que diera hoy tenía algo de definitivo, así lo sintió de mañana temprano y nunca más volvería a dormirse sin pensar en lo hecho. Acaso de señora mayor, habiendo perdido la razón, dormiría sin sobresaltos. Lo mismo con el pelo, Anastassia Lizavetta se miró en el espejo durante un rato largo y le pareció ser la hermana menor que la miraba intrigada tratando de entender. Las otras dos mujeres de la modificación estaban impacientes por escuchar la opinión de la clienta sobre el trabajo; hasta el ángel de la guarda, tan pagado de sí mismo sobre la calidad del plumaje y textura de su cabellera ensortijada, tratada con cremas celestiales, debió admitir que se trataba de un servicio excelente, como si las mujeres hubieran trabajado mirando una foto seductora de la hermana menor.

-Magnífico, dijo mi querida prima y movió un poco la cabeza para darle soltura a los cabellos.

Contemplándose en un espejo de peluquería de barrio e idéntica a la hermana menor, Anastassia Lizavetta se sabía diferente a mi prima de hace una hora, el reflejo recordaba los rasgos de la hermana menor, el deseo de estar lejos de aquí y que eso nunca hubiera ocurrido debido a la distancia interpuesta. El corte de pelo era espléndido lindando lo sublime, el cambio de color sorprendente sin ser total y en el otro extremo de los cabellos estaba la urdimbre despeinada de pensamientos. Ese pelo visible

del espejo la alentaba a seguir adelante, el repentino deseo de parecer otra se había realizado, continuando una serie de actos que debían atribuirse a la nueva mujer que creía ser, asumiendo el cambio del cual estaba relativamente orgullosa. Era una estrategia propia del olvido, desde años atrás venía considerando eso del teñido del pelo y estaba hecho. El anhelo del cambio de color lo preservó como valioso secreto siendo confirmado en el espejo de las peluqueras, feliz por haber hallado -por segunda vez en el día- la fuerza de voluntad suficiente para pasar al acto.

Conciliaba colores tornasoles de la memoria con la nueva tinta llegando hasta las raíces, lo que ella había sido antes y la nueva simulación. Creí entender que teñirse de rubia no supuso reproche ni arrepentimiento por haber asesinado al marido, tampoco ajuste de cuentas ni pulsión de confesarle la verdad al ángel de la guarda, sino le evocación de caprichos juveniles y antojos. En pocas horas, antes de que cayera la tarde y a pesar del sacudimiento de la nueva cabellera, las raíces refractarias al teñido le recordarían lo cargada que venía la agenda del día. Las raíces de la memoria se hundían en un territorio difuso; sin extrema voluptuosidad digna del cambio ni pasadizos del cerebro evaluando lo que ella hizo, se acomodaban en el umbral consciente debajo del cuero cabelludo, donde se abría el subsuelo de los recuerdos. De esa zona de raíces agredidas por el cambio de color y resistentes en su capacidad de memoria, dijo ella que llegaban las órdenes; desde las raíces provino el mandato de salir a la calle con el carrito, aunque sus gestos posteriores incluyendo la decisión de la peluquería parecían

inciertos. En ello participaron a partes iguales –me permití argumentarle- la libertad que da lo inesperado y su ángel de la guarda (que tendría instrucciones propias y reaccionaba de acuerdo a objetivos de equilibrio celestial) distanciado del local. Ofuscado por el ruido de secadores y la aspiradora, tragando del suelo pelos cortados de lo que fuera mi prima entre dos espejos, primeros testigos de su crimen. Pudiera ser instinto egoísta para ganar unas horas en un plan carente de sentido, como si fuera concebible un plan después de lo hecho sin haberlo planeado. Mi prima debía impedir que ese mediodía fuera al departamento la señora de la limpieza, la mujer era una desconocida y nunca entre ellas funcionó la confianza y simpatía. El aseo de la casa es importante hoy día, uno lo comenta en la feria –me ocurrió hace unos meses a mí sin ir mas lejos y para el consultorio- eso de la necesidad de alguien que venga una vez por semana a poner la casa en orden. En la reunión de usufructuarios de la Torre L. nunca falta quien afirma conocer una señora con cualidades técnicas y morales requeridas, trabajadora, eficaz de confianza. Hay un reconocimiento nebuloso sobre los orígenes de la referida, se dice que vive por el camino Maldonado, desconocimiento de la familia, vagas noticias sobre la situación social. Siempre hay hijos para alimentar de padres diferentes, votan a los partidos tradicionales, dice el quesero de la feria en las mañanitas sectarias. Uno le entrega la llave a la vecina que recomienda para que se la de a la mujer esa, sobre la que dicen que es de toda confianza. Muchas veces le vemos la cara recién dos meses después de que la mujer se encarga de la limpieza de la casa, eso me ocurrió a mí y porque se rompió un cenicero de

cristal o ponernos de acuerdo sobre la marca de los productos de limpieza. Cuando algo desaparece antes de evocar azar y olfato siempre se piensa en esas mujeres recomendadas, que después de todo no era de tanta confianza como lo había dicho con excesivo soltura; mientras se desliza un comentario al respecto, el vecino que la recomendó argumenta para excusarse que él la había heredado de la misma manera, que quién lo hubiera dicho. Mi experiencia al respecto no debería llevarme a infundadas generalizaciones.

Anastassia Lizavetta podría decir a las autoridades competentes cuando la detuvieran que la empleada fue quien lo mató, una mujer muy perturbada y que en un momento de locura asesinó a su patrón de manera horrible. Durante unas horas, en tanto volvían las raíces al pelo teñido, podría suponer que la empleada mató al marido de la señora porque la familia de esa casa la tenía harta. La pareja saturada con incontables instrucciones y el maleducado del hijo indignada, ensuciando a propósito todo lo que tocaba. Un atado de insoportables y eso que ella era alguien reconocida por su paciencia, podían preguntar en todas las casas donde había servido desde hace veinte años. Después de varios meses era normal que mi prima supiera el número de memoria, debería llamar por teléfono a la mujer, algo así como llamarse a ella misma para avisarle que hoy no fuera al piso de la Torre L del Parque Posadas. Surgieron inconvenientes de último momento y que fuera reservando la tarde del viernes; a propósito quería señalarle que el dormitorio grande venía de ser pintado y había mugre acumulada.

Le preguntó a la dueña de la peluquería si podía hacer una llamada, ella contestó que encantada siempre que fuera local; el aparato estaba delante del espejo sobre la repisa y tenía una leve capa de laca que lo hacía desagradable al tacto. Comprendió las dudas que tuvo hace un rato para elegir vestuario, antes de salir y creo que debería saber que terminaría por teñirse el pelo y se lo hice saber. La ropa elegida le venía como anillo al dedo a su nueva condición de rubia y me cuesta imaginarme al ángel de la guarda preocupado por esos detalles humanos. Mi prima desconfiaba dudar sobre la efectividad y conveniencia de cada gesto que hacía aunque pareciera fantástico. Los acontecimientos se organizaban esa mañana con inesperada armonía coordinada, su llamada caía bien y la patrona se adelantaba a la intención de la señora de la limpieza; la mujer todavía en la categoría "entera confianza" pero por poco tiempo, no podía ir esta tarde a la Torre L del Parque Posadas. Tenía cita para arreglar con una nueva casa, los niños gastan cada mes más y vendría bien otra entrada de dinero si bien le complicaba la gestión del tiempo, dijo. Era oportuna la llamada pues pensaba pedirle si podía citarla como referencia para una familia de Carrasco; al oírla, mi prima esbozó una sonrisa reflejada en el espejo. Justo hoy darla como referencia parecía una mala broma que ni el ángel de la guarda pudo adivinar, le contestó que encantada, que no podría ser de otra manera. Después me aclaró que lo hizo para joderla.

Esa mujer no le gustaba para nada y había en ella algo desagradable. Con el marido aguardaban el primer incidente para comunicarle que decidieron prescindir de su colaboración

semanal; la mujer era falsa y taimada, se deslizaba por el departamento como espiando o pensando adueñarse del lugar el día menos pensado. Imposible probarlo, me dijo que estaba segura de que le robaba y algo peor: le cambiaba cosas de lugar para enloquecerla, especialmente los trastos de cocina, una manera de imponerle que se iría apropiando del territorio. Algo de eso sucedió la mañana del crimen; si bien era cierto que la ayudaba, últimamente se le hacía insoportable dejar en la casa por varias horas a una desconocida, esa mujer en especial. Mi prima creía que se la habían mandado pero sin decir quienes, capaz que fue ella, me dijo, la fulana de entera confianza quien renovó la influencia del daño de la infancia que tanto condicionó su vida. Cuando colgó luego de arreglar para la tarde del viernes, mi prima se sintió aliviada desentendiéndose de la precaria situación económica, del hambre familiar, seguro que otra falsedad e hijos de todas las edades.

Estaba decidida a despedirla, pagarle hasta el último peso que marca la ley, asumir tareas adicionales a su condición de madre trabajadora que cubrirá ella por unas semanas, hasta encontrar alguien bien para entregarle la llave. Debió de ser una buena resolución y tampoco escuchó al ángel de la guarda diciéndole "Anastassia Lizavetta, medita por favor unos minutos. Estás a punto de cometer una injusticia, en el fondo es una buena mujer", ellos se niegan a descender a tierra para involucrarse en tales menesteres. Mi prima pensaba en los comentarios que se permitiría la insolente cuando conociera detalles de lo ocurrido: "así como lo ves, ésta era la blusa de la asesina. Qué horror, te juro por lo que más quieras que desde entonces tengo miedo de

ponérmela. La voy a llevar a santiguar... ya me parecía a mí que es mujer tenía el alma torturada. Pobre el marido, un infeliz que pagó los platos rotos."

El clima había cambiado, rubia ella miraba el cielo con ojos diferentes, aunque cueste creerlo –yo le creía la mayoría de las veces- afuera había un lindo sol invitando a caminar me escribió al respecto. Sin dejar de contemplarse en el espejo, hipnotizada por el resultado del cambio, aguardando la aprobación de lo hecho desde temprano por la hermana menor que se marchó a Brasil, mi prima pagó en efectivo dejándole una buena propina a la aprendiz. Encendió un cigarrillo, salió a la calle con el ánimo dispuesto a enfrentar obstáculos y otros desafíos de una vida nueva. Las revistas tenían razón: si te sientes deprimida, derrotada por la rutina, pasas una fase negativa de autoestima y adviertes que la pareja te desatiende, lo mejor es ocuparse de ti de manera egoísta y para comenzar lo primero es la peluquería. Estaba hecho, había funcionado, Anastassia Lizavetta dudó si avisarle a la hermana de sus intenciones de visitarla y adelantarle los cambios operados. Ante el silencio del ángel de la guarda indispuerto a colaboraciones prácticas, preocupado por la salvación del alma, decidió que lo mejor era caerle de sorpresa. Ellas dos cuando vivían juntas fueron confidentes, si se daban circunstancias favorables y durante la

visita recuperaban el ritmo de complicidad, hasta podría contarle el sueño que tuvo, pedirle consejo sobre la manera de salir de tan complicada situación.

La hermana que se quedó en el país era una persona ponderada, estoy hablando de la hermana mayor. Lo que mi prima no soportaría en la próxima hora era subir a un ómnibus recién salida de la peluquería y perfumada; vestida así le desagradaba la idea de viajar en colectivos atestados de gente metida en mil problemas, seguro que ninguno tan grave como el suyo. Decidió andar unas cuadras controlando la excitación del teñido y luego más tranquila tomaría un taxi. Comenzó a caminar despreocupada alejándose de la peluquería a la que no regresaría nunca más y cada paso dado sería irrepetible. Nunca se camina sin intención alguna, sabía que caminaba (creí entenderlo en una de las cartas guardadas de redacción confusa) hacia la anchura de Bulevar y era la media mañana del día decisivo de su vida. Se sonrió advirtiéndole que se orientaba al paseo del pecado, considerando la indignación y escándalo del ángel de la guarda por su iniciativa, al punto de abandonarla en plena ruta al cielo. Ese dirigirse en piloto automático a una pista de aterrizaje expuesta y luego de teñirse, quizá fue porque un muchacho vio en ella tiempo atrás una contenida profesional del sexo. Seguro encontraría en el camino personajes que le evocarían al pai que la sanó del segundo daño que ella creyó renovado, referido a ciertos amoríos competitivos con una chirusa que se decía amiga. El pai Nelson era otra lectura del Brasil distinta de la idílica y snob que adoptó la hermana menor como modelo de vida. Esa media mañana del incidente le hubiera

encantado encontrarse con él en persona para escándalo del ángel de la guarda, batido en humillante retirada por legiones sincréticas; pedirle que le hiciera los pases necesarios para calmarle el espíritu desordenado por el recuerdo de lo ocurrido en el hogar. Le arrancara del cuerpo y cabeza demonios insistentes que envenenaron el sueño, ahuyentar las legiones que le pusieron una cuchilla coreana entre las manos hace unas pocas horas.

El pai Nelson antes que nada diría "¿pero quién te hizo esa tinta tan divina?" y le daría alguna oración rápida para salir del paso. Los recuerdos que influyeron en Anastassia Lizavetta para decidirse a llegar a Bulevar, a pesar de las excusas pintorescas vinculadas a su experiencia de exorcismo fueron otros. Por esas calles fue que la tía, mi madre, la llevó a que le hicieran un legrado en una clínica semiclandestina. Recordó y me lo dijo: fue al mirarse por primera vez en el espejo luego de teñida, que alguna vez sintió la vergüenza de llegar a la casona donde funcionaba la clínica. Estaba convencida de que los automovilistas que pasaban en los minutos previos a la intervención, que los pasajeros de los ómnibus circulando en ambos sentidos la miraban insistentes y pensaban al unísono: "miren la que va a abortar, debió haberlo pensado cuando la tenía adentro". Ella juraba que no lo pensó y tampoco estaba segura de si la había tenido adentro. En aquel tiempo, tramo de la vida que aborrecía particularmente, ella podría haber pasado por una muchachita medio boba y es salido que las bobas viven calientes. El esperma imposible de retener cuando se trata de orgasmo adentro de una boba viaja por la vagina, los

espermatozoides cumplen la misión para la cual están programados, las bobas es así que las preñan, los tipos audaces nunca piensan que las puedan embarazar; es por eso que a las bobas las llevan a abortar a la casa con jardín que da sobre Bulevar donde merodean prostitutas montevidéanas. Haciendo una rápida asociación con un recuerdo traumático yo podría deducir que fue por ello que pasado el crimen, luego del intento de cambio radical de aspecto, se decidió a caminar por Bulevar siendo la calle un enorme tajo de permisibilidad citadina y asociase episodios fuertes relativos a su pasado. Larguísimo sexo asfaltado del trazado urbano, doble cantero de césped descuidado y plazas fálicas que la salpican. A la vista de todos un conjunto de fuerte connotación sensual: aledaños transitados por putas de todas las condiciones físicas, entradas para coches de amoblados integrados al paisaje urbano, fachadas de laboratorios donde fabrican condones y píldoras anticonceptivas, el inconfundible olor de calle mojada y alquitrán caliente recién vertido en las zanjas, escape de camiones, vaho espeso saliendo desde basurales municipales cercanos y población trashumante. Olor repugnante que tanto se recuerda en los instantes previos al aborto -me lo confesaron varias muchachas- si con suerte se realiza en una clínica clandestina segura, como las que hay en el Prado, distintas de las carnicerías de los ranchos. No: cerca de donde vivía la hermana mayor de mi prima que ella piensa visitar, allí donde mujeres viejas -con glaucoma y suciedad ambiental- revientan bajos de muchachitas desesperadas por la familia, el empleo que pelagra y su vida sentimental hecha trizas. Oriundas y destinadas a barrios donde es imposible hallar un taxi

libre para llevar hasta la urgencia pública a la doncella desangrada; como pasó con alguien muy querido por mí, por eso soy sensible a tales cuestiones.

En su tiempo, a pesar del trauma de las circunstancias había tenido suerte. "Es como ir al dentista" le dijeron quienes estaban en la confidencia, pero no fue como ir al dentista. Anastassia Lizavetta recordaba que los asistentes del lugar eran amables, el médico encargado de la intervención le explicó el procedimiento a seguir con ayuda de un dibujito pedagógico. El médico abortero mientras hablaba -decía mi prima- parecía un dentista explicando la instalación mediante pernos de una prótesis complicada. El sentido de la intervención no era la de un dentista por cierto, era mejor así, siempre es mejor así... luego hay tiempo para olvidar esas horas cargadas de significación, pensar el pasado con cínica distancia, bien fijado, para retenerlo con periodicidad ante el analista como uno de los episodios fundadores de la existencia. En mi prima (como si fuera posible) pertenecía a la vida anterior, lo que quería decir antes del marido y del hijo; al marido ella le mintió al respecto, alcanzado esa fórmula de información inasible dejando de

circular. En el mundo como va, sólo se puede tener la esperanza de alcanzar una felicidad mínima si se transita por la mentira y ocultamiento. La autenticidad y sinceridad consecuente, son el peor estímulo para una vida feliz. Ello contradice postulados profesionales, traiciona lo básico de mi disciplina pero es el testimonio repetido de la gente.

En aquella oportunidad la acompañó la hermana que pensaba visitar más tarde, tal vez por ello le guardaba cariño, algo de agradecimiento y encono por haberla visto en una situación desagradable; también mi madre, que como fuera dicho y lo ignoré durante años, era ducha en esos menesteres. A mi prima eso de abortar le sucedió una vez siendo suficiente, el episodio se concretó por esas calles donde ella se dirigió después de lo ocurrido. Luego mintió que se había olvidado, pero durante el recorrido para ir a lo del dentista, ella puso atención en retener la mayoría de los detalles visuales. Siendo esa zona de la ciudad de las que cambió menos en los últimos veinte años, seguro daría con la fachada de la casa del dentista, podría identificar la entrada de lo que fuera la clínica y sin terminar de calificar aquello como tontería digna de una boba. Al presente -decía ella- era sencillo administrar esos accidentes de la sexualidad, pero le tuvo que pasar aquello justo en los años duros, cuando era boba. Quiere decir ignorante y desinformada, una muchacha para quien los límites del juego eran brumosos y la reproducción con embrión resultante asunto del espíritu santo.

La verdad había sido otra y menos dramático que con mi hermana, que pagó los conocimientos en la materia acumulados en la experiencia de nuestra madre. El incidente comenzó como

un juego de la seducción que olvidó levantar protecciones apropiadas. La barra habitual de los colegas del primer trabajo, tantas horas encerrados en el mismo ambiente que se llega a conocer el olor intransferible, chistes con doble sentido ante los que había que sonreír para evitar pasar por papanatas, confidencias que es preferible ignorar en tanto afectan las relaciones profesionales. El plan para ir de recorrida de boliche en boliche en una de las primeras noches de la nostalgia que se celebran en Montevideo los 24 de agosto. El resto fue previsible: preparación y llovizna sobre la ciudad, baile y sudor, calefacción e intemperie, problemas de estacionamiento y ropería, canilla libre de cerveza; cambio de autos, en la tercera parada vómitos intermitentes, manotazos sin resistencia y la estupidez de la sexualidad en esas circunstancias. Mi prima estaba convenida de que apenas lo había chupado en el asiento delantero, pero debió existir una maniobra complicada que llevó a la penetración aunque resultara superficial. Atraso insistente y bonito embarazo entre compañeros de oficina; decirle lo sucedido al tipo responsable hubiera sido darle importancia, era medio agrandado y hablaría de polvo laboral. Mi prima lo había molestado bastante la noche de los hechos, puede que lo hubiera provocado y además vomitándole sobre el tapizado. Una vez que decidió callarse, con lo que de alguna manera era su mayor secreto, se halló sola y si bien no era la primera vez que vivía esa sensación de aislamiento total, la secuela perturbadora de la noche de la nostalgia era diferente.

Cuando aceptó por fin "estoy embarazada y tengo que abortar en los próximos días" recordó que la idea de soledad se acentuó

hasta límites desesperados. Se halló sin amigas, huérfana, angustiada como si fuera hija única, sin un hombre que la acompañara para salir adelante aunque culposo y siendo evidente que se trataba de un accidente de la vida sexual; sin ginecólogo de confianza, sin nadie a quien contarle entretelones de lo sucedido, sin alguien para ayudarla a encontrar el comienzo de una solución. Temió desde el primer atraso que se le viera en el cuerpo y algo se notara; lo mejor hubiera sido hablarle a la hermana que vivía en Brasil, ella debería manejar ese tipo de información secreta pero práctica en ciertas situaciones. Optó por la otra hermana, la que se casó jovencita, era madre de tres hijos y podría tener cierta idea. Antes -resultaba para mí evidente en retroactivo- lo inmediato era la urgencia de ser escuchada y por mi madre, que sabía de esas cosas. La hermana la escuchó sin pestañear, sin pedir detalles del episodio ni hacer comentarios inconvenientes que mi prima se esperaba; mi madre actuó de la misma manera. Una vez con las resoluciones claras y dejando para después especulaciones sobre la secuela, en cuarenta y ocho horas organizaron la ida al dentista. Mamá nunca permitió que se instalara intimidad suficiente para decir dónde había obtenido tan precisa y detallada información: mi prima alguna vez lo intentó pero la respuesta de madre -dijo mi prima muchos años- después resultó tajante, algo así como "que a ella no le importaba", de la misma manera que "ni quería saber" quien era el responsable del embarazo. Mi madre era de la idea que cuanto menos se supiera de las suciedades íntimas mejor para todos; mi prima dijo que mi madre le dijo "esto no pasó, esto nunca sucedió en tu vida. Jamás se te ocurra

contárselo a tu marido cuando te toque casarte por iglesia", eso le dijo estando presente la hermana mayor, en el taxi cuando salieron de la casa del dentista. El taxi que dobló por la misma calle donde estaba pasando esta mañana, como alguien que decidió visitar el barrio en que pasó la infancia.

La esquina podría decirse de la culpa y que volvía durante las primeras semanas de la intervención, las tardes cuando decidía nunca más tener un hijo. La conciencia de que después del olvido, una tarde terminaría calculando los años de la criatura si no hubiera subido a un taxi aquel día, con la segunda hermana y mi madre. Lo pensaría las noches de religión exacerbada mientras la entereza de una mujer libre topara con el recuerdo, cuando un esguince de tobillo, el descubrimiento de várices precoces o la pérdida de un avión rumbo a Brasil para visitar a la hermana menor, se transformaron de inmediato en testigo de lo hecho, años atrás, allí donde regresó la mañana del crimen. La coincidencia le pareció grosera, ella continuaba dependiendo de fuerzas más potentes que la voluntad. Había pasado por etapas de adopción en el extranjero para compensar, la aceptación de otras muchachas que contra viento y marea, no las bobas, las otras que sin saber lo que les está pasando paren una criatura con tanta facilidad. Como decía la primera hermana, "conozco tanto matrimonio bien que daría todo por tener un hijo sin poder y estas paren como perras. La vida es injusta."

Si es que me atengo al panorama de mis pacientes, los asuntos relativos a la descendencia irrumpen injustos y después se olvida, como le sucedió a mi prima. La felicidad es un potente procedimiento que aporta a la amnesia, la felicidad fue haber

hecho lo que se debía, el secreto del episodio estaba asegurado y olvidadas las secuelas de un episodio central de la existencia. Ella estaba sin embargo en un lugar simbólico, confrontada a la brutal respuesta que pareció darle a la laceración del recuerdo. Allí mismo como en terapia de caminata, huyendo del presente, buscando en espacios del pasado la configuración del error y causa inicial la primera palabra de la orden que la llevó a matar. Alguna vez me subrayó con insistencia que mientras caminaba estaba tranquila, en un rincón de su conciencia algo susurraba que hizo lo correcto cumpliendo un mandato pasional. La reacción fue tan sanguinaria, que sólo podría tratarse de una compensación desesperada y basta de culpa íntima. Con la mirada social era suficiente; luego de haber asimilado la primera impresión, reiterando que el crimen debió hacerlo otra persona con la que compartía cuerpo y vida, comenzó a sentirse bien. Mi prima estaba atareada en recordar el pasado, podía muy bien prescindir de lo sucedido en las últimas horas, sintiendo más pena por lo que vio que por lo que creyó haber hecho.

Anastassia Lizavetta vio en medio de la calle un perro muerto, era una suerte que ella llegó unos minutos después de que lo atropellaran. Habría sido insoportable escucharlo gemir y el golpe del parachoques, descubrir el cuerpo recién aplastado

deshecho, las vísceras salpicadas alrededor, la cabeza del animal moviéndose mostrando dientes sin entender lo sucedido. Un perro sin control de las orejas mirando hacia cualquier lado con un ojo fuera de órbita, suplicando que otro auto le triturara el cerebro y aplastara la cabeza a cien por hora, haciéndole crujir los huesos parietales. Nadie se detuvo a intentar salvarlo lo que era imposible, ningún vehículo se decidía a aplastarlo definitivamente. Los conductores viéndolo en medio del macadán lo esquivaban a riesgo de un choque, evitando el ruido del cráneo triturado invadiendo la frecuencia de FM Azul y saber que se les había arruinado la mañana. Pasaron unos interminables minutos hasta que en la escena se impuso el imperativo de la velocidad, los tardíos obligados a la maniobra riesgosa en relación al asunto y la solución del dilema aplastar el perro peligro de accidente con un camión de cargas. Fue uno y suficiente, un segundo después el perro era una masa sobre la cual pasaban los autos en esa dirección, cada neumático se llevaba adherido algo del bicho, al caer la tarde quedaría sobre el pavimento una materia difícil de separar con la lluvia. Algunas moscas vendrían al lugar desafiando el tráfico y las palomas intentarían picotear el nutritivo alimento. Pensado en ese perro que cruzó Bulevar en el mal momento mi prima comenzó a llorar y creyó que podría vomitar de asco, a esa hora y en ese día de su vida el perro aplastado era la única criatura por la que podría sentir lástima en el mundo. Ese pobre perro era lo único que podía haberle hecho sentir cariño, contaba mi prima sin poder contener el llanto y estaba muerto. Sacudí la cabeza evitando pensar en el sufrimiento del animal, lo asqueroso de vivir en un sitio donde

mueren así los perros perdidos, sin que a nadie le importe. Hubiera querido ir con una pala, despegar el pellejo del perro, meterlo en una bolsa de plástico y tirarlo en una canasta de alambre alta, las que se usan para que los perros vagabundos no rompan bolsas de basura buscando comida. La escena pudo sustraerla de la continuidad del presente y el encuadre abierto de la escena.

Después de lo hecho en la Torre L si es que había ocurrido, sentir pena por un perro atropellado le hizo pensar –me lo confesó en la primera entrevista posterior- que ella se había transformado en un monstruo. Puede que en verdad lo hubiera sido desde niña, su verdadera naturaleza desde que martirizaba hormigas y caracoles, cuando cortaba en segmentos babosas y lombrices buscadas debajo de las piedras. Es posible que desde aquellos días hubiera comenzado la construcción laboriosa del monstruo que era hoy, revelado y habiendo llegado a la máxima maldad. Lo hizo porque mi prima estaba impaciente por empezar a pagar, así se había sacudido de una vez por todas la potencialidad de ser bruja contenida y la descarga resultó tan furiosa que quedó vaciada. Llegaría el tiempo de reordenar su situación y la invadió un sentimiento de impunidad grato, como si fueran los otros que la martirizaron resultando ella víctima sufrida parecida a la hormiguita viajera de la fábula. Mi prima necesitó un crimen desmesurado para ser ella misma, de otro modo la pérdida de sentido sería absoluta; a pesar de los esfuerzos por evitarlo era una extraña. ¿Podía parecer todo lo conversado verdad y luminoso? El pelo teñido, los sentimientos de sentir lástima por un perro atropellado y la sospecha de libertad incondicional,

como si el retorno al barrio del falso dentista, le hubiera borrado una falsa conciencia que la venía desdeñando desde la falsa infancia. "La Anastassia Lizavetta anterior al despertar era una farsa" pensó, admitiendo que el precio a pagar por el descubrimiento del engaño hubiera sido oneroso.

Allí permaneció parada junto a un árbol mirando hacia el centro de la avenida, fijada en la mancha color té con leche y contando el número infinito de ruedas que le pasaban por encima. Hipnotizada por la muerte animal, tan absorta en sus pensamientos existenciales, que recién después de un violento bocinazo se percató de la camioneta empadronada en Paysandú y que paró arrojándose al cordón de la vereda.

Miró hacia el interior del vehículo, un hombre hacía gestos imperativos para que se acercara a la ventanilla y en menos de un segundo entendió el irónico sentido de la escena que se actuaba. Con la memoria actualizada del aborto y la pena que le ocasionó ver al perro muerto, lo primero que se le ocurrió fue insultarlo, decirle algo brutal que lograra herirlo. Mientras reaccionaba sin embargo, continuaba mirándolo, observó hacia los lados controlando el decorado próximo, verificando la ausencia de un coche de radio patrulla en las inmediaciones, confirmando que era a ella que el tipo se dirigía y adivinando la hora por la sombra de las palmeras en las baldosas, hasta deducir que la situación respondía a cierta lógica.

Aunque desplegados de manera aleatoria los elementos estaban dispuestos para que fuera creíble lo que estaba ocurriendo, mi

prima se había ubicado en una situación tal que podía ser confundida con un yiro. Una mujer vestida así con escasas trazas de ir a un empleo, teñida de rubia intensa, parada a esa hora señalada, dejaba escaso margen al equívoco siendo previsible un malentendido como el ocurrido. Tomarla por una madre de familia distraída hubiera sido el error y era la segunda vez en la vida que la confundían por lo que ella nunca fue. Mi prima podía ser madre cariñosa, funcionaria ejemplar de una acreditada firma de plaza, esposa hacendosa e incluso asesina sanguinaria llevada por un arrebató de locura, pero en el fondo (y seguía desconcertándola) algún gesto, tal vez la manera de caminar por esa parte de la ciudad siempre la restituía a una pista cercana a la prostitución. Acaso por ello decidió seguir el juego que apenas se iniciaba; en rápido gesto se colocó los lentes negros y marchó decidida hacia la ventanilla del vehículo, caminó esos metros acentuando una cadencia intuitiva, sabiendo cómo hacer para calentar al tipo de la camioneta.

Los gestos se engarzaron, tiró el bolso de mano encima del hombro, levantó el pecho para destacar las tetas e hizo un esfuerzo para imaginarse predispuesta, Que de toda ella emanara un vaho de loca vocacional con inclinaciones latentes que bien valían la pena pagar, una potencia lasciva pegajosa que debería acentuarse por las emociones de las horas previas. El conductor de la camioneta era un hombre relativamente joven, o veterano de los que mantienen cierto aspecto veinteañero, clásico chacarero adinerado vestido como un cow boy de vidriera de lujo, tejanos desteñidos de marca internacional, camisa a cuadros en tonos verde discreto y campera de antílope con cuello

y puños de lana al tono. Reloj escandalosamente demostrativo, lentes de sol como los que usan los chicos de la aviación americana, seguro que botas Santiago traídas en el último viaje con la amiga a Miami y para colmo resultó rubiecillo, de pelito lacio sobre la frente.

Era un tipo que al menos que tuviera una tara invisible, era claro que podía tener a sus pies las mujeres que quisiera y estaba ahí impaciente por llegar a una transacción, dispuesto a pagar por la asesina de la Torre L del Parque Posadas, la misma que mañana saldría en los informativos; puede que él también esa mañana hubiera salido a buscar algo especial, la hora era de las menos adecuadas para esa tarea y el cuadro parecía tendiente al trámite normal. Ella quiso creer que fue de su parte una reacción espontánea, le agradó suponer que él había pasado y al verla surgir en el paisaje, embelesado por el impacto sensual decidió pegar la vuelta. No era hombre de putas pero algo en el comportamiento de mi prima lo embrujó, volvió rápido y decidido, apurando la camioneta para que ningún otro merodeador en auto la levante antes. Hubiera sido una linda historia, esa posibilidad le gustó, me dijo que tocó algo de su fibra de orgullo que un tipo así la mirara por primera vez en la vida, quisiera cogerla en la media hora siguiente y pagarle por el servicio; podía tener algo de inocente, manera de reivindicación por lo sufrido, gesto cercano a la autoestima. Aún en el malentendido, mi prima pensó que era demasiado bonito para ella, un mal momento emotivo coincidiendo con el recuerdo del consultorio dental y el perro rematado.

El fulano de la camioneta insistía, ella debió inventar algo para decepcionarlo y que le fuera de utilidad en un día que se venía configurando como el más largo de su vida. Cuando decidió acercarse a la ventanilla estuvo tentada de subir y seguirle la corriente al desconocido, gratificarse agregando un secreto a su existencia. En nuestro ambiente sabemos que la pasión está cerca de la violencia, la aventura en ciernes podría ser paréntesis de abandono entre tanto problema que arreciaba su vigilia. Una hora más tarde, cuando fumarán decidiendo quién de los dos iría primero al baño, él estuviera apurado por pagar la pieza y mandarse a mudar ella le contaría el crimen. ¡Menuda sorpresa se llevaría el experto en negocios rurales! Seguro que empezaría a decir y perdiendo la calma por el incidente que no quiere saber nada ni meterse en el asunto; diría: pero hay que joderse, justo a mí, qué pelotudo, con todo lo que tengo para hacer en la capital. Sería capaz de evocar la institución familiar y llegaría hasta a ofrecerle más plata si ella olvidaba que lo había visto. El rubillo renegaría de la idea inoportuna de acercarse ese día a las putas, pero eso era más fuerte que su voluntad y desde la adolescencia. En la penumbra de sus lentes oscuros parecía un hombre seguro de sí mismo dominando la situación, se adivinaba -dijo mi prima- que era cliente con experiencia de la zona y los códigos.

Cuando se acercó el vidrio de la camioneta bajó y ella pudo apoyarse en la portezuela, hasta meter la cabeza en la cabina como si fuera una guillotina.

-Hola, dijo y el hombre respondió con otra seña exigiéndole a ella, ordenándole que subiera y rápido. Vamos perdiendo las

costumbres, agregó. Antes al menos a las putas de Bulevar se nos preguntaba cuánto. Se nota que andás demasiadas horas entre carneros, aquí huele a vellón mojado apilado en galpones y a pelotitas duras de mierda de ovejita.

El rubillo reaccionó ante las palabras de quién era para él apenas una puta novedosa; lo hizo acentuando un rictus de desprecio marcadísimo, que en un instante le borró la apariencia de falso adolescente incrustándole en el rostro la máscara de la edad verdadera. A mi prima le pareció que pasó de querer cogerla a reventarla de una trompada pues no actuaba como se suponía debía hacerlo.

-Mirá muñeca, estamos perdiendo tiempo con la conversa, así que avanzá el verso y vamos, dijo el tipo como si hubiera decidido guardar la venganza por la mención al olor a oveja para más tarde.

-No va a poder ser, le replicó mi prima. Yo sólo trabajo con parejas, si querés podemos de paso al amoblado ir a buscar a tu novia o a tu hermana, capaz que es linda como vos, muñeco.

El rubillo la miró a los ojos por encima de los lentes de sol, las ganas de pegarle eran insuficientes. En un gesto de salvaguardia ella se retiró un poco e hizo bien, el motor de la pick up ronroneaba a lo dragón enfurecido y el tipo era capaz de salir disparado arrancándole parte de la cara. El motor era pensamiento, él estaba rumiando para decirle a la atorranta una combinación de palabras hirientes y soeces que nunca antes en su vida había pronunciado. Mi prima pensó que la mina que el tipo levantara unas cuadras más adelante la pasaría muy mal, ni

qué decir de la pobre peonada cuando el rubillo regresara al campo sanducero.

-Así que resultaste una atorranta selectiva, que guachita de mierda que sos, dijo y se trancó, sin hallar palabras adecuadas que tradujeran lo que sentía y trató de sonreír llegando hasta la mueca frustrada.

Ahí sí, puso alguna marcha inesperada del motor y salió disparado como huyendo del atraco a un furgón. Viéndolo salir del punto muerto se notaba que era un fanático de los rally de campaña, esos dónde los patroncitos juegan a ser pilotos de fórmula uno de la escudería vacunación y yerra, grandes expertos del derrapaje sobre plastas de bosta fresca. Algún otro auto que venía en la misma mano dio un violento bocinazo con la melodía de El puente sobre el río Kwai. Anastassia Lizavetta lo miró alejarse y experimentó una satisfacción porque se había atrevido. Debió admitirlo, hoy era un pésimo día para relacionarse con el sexo opuesto; antes de salir del departamento debió escuchar el horóscopo para las nacidas bajo el signo de Géminis, le hubiera evitado el incidente con el rubillo y eso que la jornada recién empezaba.

A todo esto se le había acercado un ser de peluca estridente y minifalda de colegio de monjas. ¿Sería el pai Nelson que llegaba con palabras de consuelo y un consejo pertinente para zafar de la situación? No era el pai Nelson transfigurado para la vida civil, por el contrario eso le recriminó algo que mi prima no terminó de entender y levantando el tono de la voz. Con un machismo intolerable que ningún vestuario de Lolita lograba desterrar del todo, dijo algo sobre que mi prima había dejado escapar un

cliente y que el día venía bravo y había que pagar la pieza del pensionado. La Lolita tampoco le evitó el discurso sobre la altanería de las nuevas, que siguen llegando a arruinar el negocio y luego una perorata incongruente sobre que ningún pase se desprecia. Terminó preguntándole si tenía un cigarrillo, mi prima le dio dos para sacársela de encima; estaba como para que un chango cargoso disfrazada de colegiala le diera lecciones de moral sobre sexo y comportamiento entre seres prostituidos. La otra seguía hablando dale que te dale como drogada, debía ser eso, porque intentaba fumar sin conseguirlo y le hacía señas de todo tipo con manos, culo y piernas a cuanto vehículo pasaba por la esquina aunque fuera una ambulancia. Era seguro que en un par de minutos llegaría un patrullero a terminar con un escándalo, por ahí también pasaban colegiales de verdad. En un momento Lolita le pidió a mi prima que le contara lo que había sucedido con el amoroso de la camioneta enorme.

-Luego, respondió mi prima y avanzó unos pasos alejándose del perímetro.

Los incidentes suceden en los tramos de Bulevar con jardines desolados y palmeras mustias, deslucida vereda tropical trasplantada a la monotonía del pavimento montevideano de los años cincuenta. En los cruces con otras importantes avenidas, intimidadas por paradas de ómnibus con escolares barullentos, señoras mayores, comercios minoristas, la proximidad entre la puerta de entrada de casas modestas sin jardín y el cordón de

la vereda, el tráfico intenso que dificulta tratativas, el espejismo de la prostitución se difumina; puede que ellas sean menos identificables, evitan el escándalo inconveniente y se confunden con la recatada sexualidad de las amas de casa. A los efectos de cambio de escenario resultó suficiente un edificio de apartamentos carente de encanto y terminado a ladrillo vista, mostrando su pertenencia a un plan del Banco Hipotecario, para que mi prima sintiera estar en otro lugar distante y la sensación de que le arrancaron una muela pasara en la mejilla dormida por la anestesia- Recordando el diálogo insólito con el cliente de la camioneta rural ella sonreía: "parece mentira lo que pude hacer frente a un desconocido." A pesar del despropósito de lo pensado y si se tiene en memoria lo sucedido en la Torre L ella era sincera. La probabilidad de la réplica al rubillo fue una reacción menos previsible que el alud de puñaladas descargado al amanecer sobre el cuerpo dormido del marido. Era distinto y podía explicarse por la acumulación de humillaciones pasadas concentradas en un gesto violento, como si hubiera visto un magma sin redención en una superficie pequeña donde bullían las peores horas de su vida. Lo pagó el infeliz que tuvo la pésima idea de hacerla su esposa cumpliendo con el mandato de la fidelidad matrimonial, pero por algo también (detalles que prometimos buscar en entrevistas que nunca tuvieron lugar por el mal viraje de la internación) que destrabó iras acumuladas. Fue lo escandaloso excepcional.

Después de teñirse volvió a ser la de todos los días, la normal y esa mujer –mi prima Anastassia Lizavetta- sí que era capaz de responderle una grosería a un individuo desagradable como el

de la camioneta hace un rato, acostumbrado a tratar a las mujeres como basura. La llegada al cruce con la gran avenida tenía algo de heroico, rescatándola del recuerdo malsano relativo a la ida al dentista la restituyó al imperativo del hoy que avanza. Considerar las cosas que debía hacer durante las próximas horas de ese jueves. ¿Todavía era jueves? Debía impedir que fuera hoy al departamento la mujer de la limpieza, su ausencia le daría unas horas complementarias para pensar en algo. "Que tonta que soy" se dijo, eso estaba resuelto. Tal vez otro plan menos demencial fuera largarse a Brasil a la casa de la hermana menor, si es que la encontraba después de tantos años. A cualquier sitio que ella marchara, las autoridades terminarían encontrándola; al único lugar que el instinto la devolvería, si le permitiera actuar libremente, sería a la cocina de su departamento el minuto previo antes de encender el primer cigarrillo del día, replicaría la voluntad. Las horas retrocediendo en el tiempo separándola de esa hora eran una distancia infranqueable. Después se vería, como decía el marido muerto, en los próximos minutos debía impedir que la mujer de la limpieza fuera al departamento y si lo había hecho ella debía asegurarse esa ausencia, bastaba con llamarla por teléfono.

De los dos bares de las inmediaciones se decidió por el más amplio, adentro las mesas estaban lejos del mostrador, allí podía ir una señora como ella sin ser molestada, sentarse en paz y tomar un cortado. Se dijo que tal vez la nueva cabellera era llamativa; en la peluquería, mientras le aplicaban la tinta comprada en Tienda Inglesa y parecida al deseo de años atrás, pidió una revista que leyó salteado, quedando intrigada por

asuntos románticos de cantantes y actrices de la televisión argentina. Fue al kiosco más cercano, compró la misma revista hojeada en la peluquería y un diario de la mañana. La asaltó una súbita curiosidad por saber con cuáles episodios de la política y deportes ella quedaría asociada en la memoria de la ciudad, se demandó si su foto estaría en el diseño de la primera plana del otro día. Tenía que hacer lo posible para que hoy no fuera la mujer de la limpieza a la Torre L. Apretó las publicaciones debajo del brazo y entró al bar, ella llevaba fichas para los teléfonos públicos en la cartera. "Allí" dijo el individuo que atendía la caja y señalando un rincón sórdido del local, donde había casilleros de madera y cercano a la puerta entreabierta del baño. Ella pidió que le llevara un cortado cargado de café con un vaso de soda, "allá" dijo, señalando una mesa ubicada junto a una ventana. Tuvo que intentarlo dos veces, ella hacía un final discando 2756 y en realidad la buena terminación era 6527. Era extraño que el teléfono funcionara aunque del otro lado de la línea parecían responder en el extranjero, desde otro continente; había en la conversación una reverberación de larga distancia y mundos en las antípodas. Por suerte la mujer estaba en casa y se extrañó por la llamada, la mujer insistía en ir a hacer la limpieza, dijo que podía arreglarse un tiempito, que quizá después del almuerzo, sólo se calló cuando mi prima le prometió que igual le pagaría las dos horas. "Imbécil" dijo cuando colgó y marchó a la mesa junto a los ventanales. En eso le vino la duda de saber si era una inútil que despidió hacía un año porque nunca limpiaba a fondo los cristales de las ventanas. El ánimo no estaba para pensar en menudencias, quería leer en paz, que podría distraerla

de problemas domésticos y necesitaba poner en claro algunas ideas. ¿No era que ya la había llamado? De eso se ocuparían los otros que contarán sus pasos durante el día que siguió al asesinato del marido. De haber algo que entender en lo ocurrido esa mañana ya lo hubiera hecho, lo único a consignar fue que sucedió siendo irreversible.

Recuerda que leyó el diario con avidez como si pensara en mudarse, buscara un aviso inmobiliario y a cada noticia pensaba "claro, eso, pero también hay lo mío en el mundo" y le venía la satisfacción de detentar un secreto, sabiendo que tenía en su poder la única información extraordinaria del país y que por el momento nadie conocía. Anastassia Lizavetta era la noticia que faltaba en la prensa del día, en ninguna de las secciones del diario se la evocaba y eso que se trataba de un hecho horripilante con matices sórdidos, repercusiones aparatosas. Primero estaba el hecho en sí, luego el complejo laberinto de las razones que la motivaron, tercero las secuelas de su actitud lindando lo inhumano y luego la discusión pública –con opinión de juristas, psicólogos y lectores de la prensa- sobre el castigo. La eventualidad de regresar a la pena de muerte, el rechazo del perdón y la improbable redención, el alcance de la justicia humana e incluso los límites y potestades de la incursión de Dios en el episodio, mediante un mensajero que resultó sin inexperiencia y así todo. Lo que no dejaba de ser un hecho cotidiano asociado al desayuno, la higiene bucal y la compra en la feria, el gesto intempestivo de una madre y esposa modelo por "algo inasible" se transformaba en escena bíblica. A pesar de la gravedad del crimen, la noticia sería desplazada en pocos días

por eventos urgentes como la evolución de los match clasificatorios para la copa Libertadores de América.

Desde esa perspectiva era sencillo, cuando clavó por primera vez el cuchillo en el cuerpo dormido del marido se desinteresó de su suerte, como si la lógica delineando su vida hubiera alcanzado el punto de contradicción y lo posterior, incluso la mánada de leer el diario en el bar hubiera perdido interés y careciera de importancia. Su gesto matinal, además de confirmar el destino conseguiría torcerlo, introducía un virus en el sistema de continuidad provocando una reacción en cadena que a mi prima "le pareció –estando en el bar- que estaba escrito". Cada paso que diera de allí en adelante dependía poco del capricho y la voluntad. Estaba guiado de antemano y si comenzaba a buscar explicaciones, era porque la que mató hoy "no era del todo ella", era –intentó decirme alguna vez- como si alguien la hubiera elegido para realizarlo y con la única intención de observarla para tomar notas interesantes. Una nueva novela por ejemplo: ella y sin saberlo formaba parte de un experimento relativo a reacciones humanas cuando alguien sin cualidades se confronta a una situación desestabilizadora. El síntoma de complot es muy común en estos casos, mi prima lo avanzaba y a la vez conocía las resultantes, sabía que en cuanto intentara una explicación al policía encargado del caso, al abogado de oficio, al juez aunque fuera mujer, ellos sonreirían para luego decirle que "hacerse pasar por loca en nada la ayudaría en su defensa. Al contrario." Ellos, quienes fueran que se vieran obligados a cotejarse con su visión de los hechos, sabían que ninguna de sus delirantes explicaciones sería aceptada. Le creerían acaso si lograba

organizar una serie de actos que correspondieran a lo hecho en la cama, que en algo parecieran el enlace coherente con la bestialidad concretada. Me dijo que comenzó a considerarlo en ese primer bar de la divagación posterior. ¿Si hubiera matado por esa seguridad? ¿Y si ella fuera la elegida por algo para probar la inconsistencia de las fuerzas positivas que comandan el mundo? Sonrió pensando que algunos especialistas de los males de la mente –también se sumarían vecinos imaginativos- la supondrían una peligrosa endemoniada, convencidos de que existe en el cuerpo un territorio habitado por fuerzas tenebrosas, perseverando en quebrar la armonía cósmica. Anastassia Lizavetta sería la poseída entre nosotros al menos en el Parque Posadas, la mujer elegida para romper el equilibrio de la creación. Hubiera sido gracioso de no haber sido capturada por la debilidad maternal, pensar en la reacción del hijo único que a esa hora estaba en la escuela; ahora sería una combinación de rabia y lágrimas, pero sabía que siendo viejecita el hijo la abrazaría. Si resultaba un hombre de bien (fue criado con tal objetivo en los difíciles primeros años de la existencia), si era capaz de vivir la vida de adulto soportando la vergüenza de la madre asesina del padre, comprendería a la larga el episodio traumático de su vida que venía de ocurrir –la criatura lo ignoraba, preocupado por calcular la superficie del triángulo equilátero-, a la largo podría integrar esos minutos de ruptura al sustento emotivo. Básico en el contexto de una vida sin mayores sacudones y para saberlo con certeza faltaban aún algunas horas.

Anastassia Lizavetta se acomodó un bretel del sostén palpándose la parte superior del seno, desestimó la impresión de estar ocupada por fuerzas ocultas y formas espurias de vida destructoras. Sin espejo a la vista sentía el aroma de la peluquería, el desenredante con toque de manzanas verdes, el perfume alternado de las mujeres, el alcohol penetrante de las lacas, la memoria olfativa de las primeras clientas del día. Leyendo el diario con la cabeza inclinada jugó con el mechón sobre la frente, lo sentía rubio y le costaba habituarse a los tres centímetros que le cortaron. Cuando llegó a la mesa el cortado estaba muy caliente, con la otra mano y cada tanto ella tocaba el vaso atendiendo el cambio de temperatura. La aspiración de silencio era imposible, habían encendido la radio y se escuchaban unos comentaristas hablando de fútbol al alimón; engarzando sin respiro lesiones preocupantes de ligamentos cruzados, pronósticos para la etapa del fin de semana, la nominación disputada de los neutrales de la Asociación vinculados al mundo empresarial. Eso era un adelanto del infierno de la transpiración y el círculo destinado al deporte: abusar del silencio hasta desterrarlo, hablar toda la vida de lo mismo, del único match repitiéndose, hacerlo sin considerar la eternidad cada día, comentar lo mismo y hablar como si se tratara de algo novedoso.

Deseó un ataque de narcisismo, el horror adelantado, mi prima querría que con el mismo afán en las informaciones del fin del

día, otros periodistas hablaran de su crimen con reparto de tareas equitativo entre argumentaciones positivas y negativas. Aquí donde estamos los implicados, ella, mi imaginación mientras escribo y la futura mirada de alguien más en el bar (ya dije que eso llegaba como un murmullo) la ciudad cambió brisa y locura mañanera de los pájaros por otros rumores. Vivíamos con la música de fondo de autos impacientes frente a semáforos en rojo, un coro ininterrumpido de hombres evocando partidos de fútbol, cientos de ellos, sonido permanente masculino, estadio saturado de comentaristas, relatores, locutores comerciales, reporteros en vestuarios de ambos equipos, invitados comentando un partido hipotético. No era que mi prima hubiera desarrollado un instinto especial de oreja adicional, ni que dado lo sucedido su capacidad de concentración sobre las páginas de El País hubiera disminuido, resentía que otra escena alejada en la zona lateral del espectro de atención la requiera. Terminó de leer la nota sucinta sobre una película que pasarían esa noche en la televisión, le interesó porque cuando salió en sala de estreno ella se la perdió; recordó que por entonces se había prometido varias veces ir a verla y siempre algo terminaba por impedirlo, como si estuviera predestinado que la vería recién esta noche precisamente. Quiso conocer detalles del argumento y recordar la distribución de los actores, memorizarlos para el resto de su vida; esta noche tampoco podría verla por razones de fuerza mayor. Por muchos años no vería películas desde la butaca de un cine, la única escena que volvería a su retina sería la de esta mañana que la tuvo por protagonista. Estaba segura de que en las próximas cinco mil y una noches se despertaría

sobresaltada en medio del sueño. Le intrigaba saber dónde se cortaría el sueño repetido. ¿Mientras ella sacó del fondo de la pileta desaguada la cuchilla coreana, al abrir antes la puerta del dormitorio, cuando levantó la mano sin premeditación de matar, cuando sintió la escasa resistencia de la carne dormida, al retirar el cuchillo dándose cuenta de lo hecho y que la mano tenía un guante escurridizo de sangre? ¿Hasta qué fotograma de la escena resistiría su nocturnidad? Soñar era amortizar la deuda infinita, repetir la escena primordial borrando la incidencia de las otras. Llegó a suponer que provocó una escena espectacular en el ámbito anodino de la realidad con intención integrarla a la programación de los sueños. Sustituir otras escenas insistentes volviendo desde su adolescencia, recordándole episodios pendientes de afectividad que en su futilidad respondían a horrores maquillados, pormenores desagradables ritmando su infelicidad, provocaciones, humillaciones, traiciones y vergüenzas propias de haber sido utilizadas, transformadas en actos irreparables.

Ahora que lo escribo y estando propenso a la imaginación, se me ocurre que el asesinato podría ser considerado una terapia alternativa. Desde que ella lo consideró logró dormir tranquila y si algo la despertara de noche en el calabozo sería la escena del crimen. Siento como si fuera mía la responsabilidad de postular la versión verdadera del drama de mi querida prima. El momento debería ser terrible y ella me dijo que se asustó al comprobar que allí, bebiendo el cortado, apenas unas horas después del crimen, le era imposible recordar sobre lo ocurrido poco más que detalles generales, vaguedades carentes de definición. Típico

mecanismo de rechazo y defensa recuerdo que me dijo y yo intenté sonreír. Con ello, agregó, "me convenzo de que lo hizo otra persona" y dudó si el crimen había sucedido. A los ojos del mundo, hasta ahora y salvo en el recuerdo de mi prima adorada, el crimen estaba por cometerse y así ella argumentaba su inocencia. No apareció en los diarios, la radio tampoco interrumpió el programa deportivo para el flash informativo de último momento sobre el drama pasional ocurrido en el Parque Posadas. Una vez decidido que eso no era un sueño, Anastassia Lizavetta observó hacia el interior del bar buscando identificar aquello que atrajo su atención al entrar. Lo visto era de una banalidad desoladora, extraña belleza de quietud, cuadros naturalistas que lograban emocionarla. Pensó que podía ser el cocinero que a esa hora preparaba minutas que servirían al mediodía a la gente de paso, cortando papas, empanando milanesas, calentando tuco para tallarines. Tampoco se trataba de algo que sucediera en la puerta entreabierta de la entrada, en las otras mesas había seres extraviados por sus propios motivos. Los bares eran lugares de encuentro y remansos de gente abatida por la agitación de la vida, fatigados del vértigo de la ciudad. Una pobre mujer vieja se aferraba al bolso que era su único vínculo con la vida y mirando hacia algún lugar de su pasado en ruinas, sin reaccionar; no tenía sentido hacerlo, olvidó lo que significaba acompañada por un vaso servido sin tocar y una botella de plástico chica de coca cola. En otra mesa, un hombre fatigado de estar cansado y con pantalones fondilludos ordenaba fichas de clientes a quienes intentaría vender, sin convicción porque estaba entregado, novedades de un catálogo

de piezas mecánicas de aplicación desconocido y máquinas necesitadas de enormes hangares para funcionar. Un joven tomaba a sorbitos un pocillo de café, evaluando las razones confusas por las cuales le rechazaron otra carta de motivación en un trabajo; miraba sus manos inútiles sin terminar de comprender, con ganas de cortárselas con las ruedas de una locomotora. Ni trenes para suicidas teníamos en el país, era la hora reservada a nuestros excluidos y que nadie advierte, la renovada tragedia de la media mañana de ociosos por desesperación, minutos previos a que empiece a servirse la comida económica de los pobres. Acaso la tarde pudiera cambiar el panorama, era improbable y querría regresar a la casa antes de que anocheciera.

Un mozo todavía en camisa de mangas remangadas ordenaba cubiertos en las mesas libres, anunciando así que la tregua (por suerte existe esa hora incierta y hay bares abiertos donde se olvidan de los parroquianos) finalizaba. En una mesa me dijo mi prima que vio a una réplica borrosa de Anastassia Lizavetta tomando un sorbito de cortado, mojándose apenas los labios. Supuso que tenía una cita con un agente inmobiliario para visitar una casona de las inmediaciones, por fin podría comprar la casa que tanto había anhelado, hasta la edad en que el deseo se convierte en envidia, durante la infancia. La casa esa tan bonita con chapa en la entrada, que decían que era de un dentista y se vio que ella miraba hacia afuera más allá de los ventanales, concertando la simetría entre visiones y realidad. Miró luego hacia afuera hasta descubrir lo que era que tanto le llamaba la atención, una escena común y le dio rabia por la mujer que la

compartía, que pudo ser ella otras tantas veces cuando era jovencita.

Una plaza minúscula se recortaba en el paisaje y en la plazoleta un murito donde está sentada una pareja. La muchacha mira hacia el frente fijando la atención en un punto, sin volver la vista sin querer ver ni creer lo que estaba sucediéndole. Ella llora, las lágrimas caen lentísimas y puede también estar a punto de llorar, que es cuando se termina de comprender lo negado con ternura. Tiene las manos sobre la falda, las mueve retorciendo entre los dedos un pañuelito, las mueve con dolor y rabia viéndose en una encerrona hiriéndole el alma. Es una muchacha -mi prima quiso convencerse de ello a la distancia- descubriendo por primera vez otra de las trampas vulgares de la vida, el himen de la canallada, sabiendo la verdad de lo que se espera de ella: en los próximos minutos, mientras el cocinero del bar termina con las papas al horno, ir a ponerla a cualquier lado, aunque el muchacho lo tiene bien presente, lo preparó durante días y no se permitió un barullo de improvisación. Ella lo pensó muchas veces ¡oh sí! y era lógico entrando como estaba en la vida adulta, imaginando situaciones con aprehensión ruborosa. La muchacha transitó del temor al desenfado, de la excepcionalidad al anhelo de estar del otro lado, algunas veces lo consideró con deseo y dentro de las variaciones confrontadas no merecía ser así, no debería estar escuchando argumentos sucios de un miserable galán de barrio. La muchacha que fantaseó una forma deslumbrante del éxtasis mágico para su cuerpo, una tarde con

dolor a la que seguirían campanitas multicolores, ve la cita reducida a términos miserables como dale, animáte y qué boluda tarde o temprano tiene que pasar, más lo peor cuando la negativa ofende la paciencia del machito: pará de hacerte la mosquita muerta, falta poco para que le diga mosquita muerta. Ellos ayer se prometieron ir a tomar un café para seguir conversando del asunto, ella se encuentra descubriendo que lo que el amor y la vida le tenían asignado era dejarse convencer, sin pérdida de tiempo de abrir las piernas en diez minutos, dejarse garchar y de ser posible que supiera moverse en la cama con modales adecuados por concedora. Según mi prima no se trataba, creía deducir en la mirada ausente de la muchacha de negarse a vivirlo, lo humillante es que llegara así de animáte nena, de alguna vez tenía que ser, de te pregunto si me estás escuchando a vos misma mosquita muerta. Momento sórdido envuelto en palabras murmuradas para que los paseantes no escuchen los términos de la presión y el chantaje callejero. Una fuerza de obligada resistencia a argumentos recorriendo el espectro sensual, la insinuación grosera, el crecimiento incontenible del amor mentido y si persiste la negativa, ese silencio imbécil siendo negación de respuesta, inadmisible, el miserable estaba dispuesto - decía mi prima evocando la escena más horrible que lo ocurrido en el Parque Posadas- a desencadenar la degradación. Avanzar las peores réplicas de las que un tipo depredador es capaz, lo que se vomita cuando se decidió que la pérdida de la presa es definitiva por hoy.

Lo observado resultaba de una infinita tristeza, esa muchacha no replica ni tiene nada para decir. El argumento de la espera es

insuficiente, el ataque que daña la ternura advertida en encuentros anteriores está lanzado con violencia. Las ganas y la dignidad, el absurdo temor a perder esa basura de muchacho de ojos que a ella se le ocurren color miel y el instante de que todo da igual. Por momentos, como si se abstuviera de la mirada perdida en un punto del vacío, ella lo miraba buscando confirmar que es cierto lo que viene de escuchar. Tan claro que Anastassia Lizavetta me dijo que llegó a leerle los labios: vamos a un lugar más tranquilo aquí cerca a dos cuadras, es discreto y llegamos en un par de minutos sin que nadie nos vea. Mi prima la observa con ternura solidaria, distingue nítida la cara de la muchacha destacándose del anonimato de la escena; con el tipo es diferente, parece confundido con el paisaje público. Luego, ambos se abstraen del entorno urgidos por el desagrado, hay algo que hacer en los próximos minutos que prescinde del entorno; él se inclina para mirar desde un perfil que quiere ser convincente y acelerar decisiones, ella tocándose las manos agarrotadas sobre el pañuelo y la rodilla. Se trata de hablar, de hablar, de hablar sin parar, de explicar lo sencillo de la situación, insistir para quebrar la resistencia idiota de ésta qué se cree, argumentar sobre lo normal de lo pedido, ablandar, ir dejando por el camino todo resto de sentimiento y ni esperar como réplica una palabra. En retorno el silencio es suficiente, se aguarda de ella un pequeño gesto que quiere decir lo que no puede expresar en palabras.

Sería suficiente para completar el retablo, suficiente que ella separe las manos del pañuelito deshecho y trence los dedos con los de él, que sigue hablando sin parar levantando a cada frase

el tonito; recueste la cabeza contra el hombro del galán hablador, aceptando la confianza, lo tomase del brazo y se ponga de pie significando aceptación, rendición ante la evidencia misma de la famosa verdad revelada de la vida. Era triste como espectáculo y desolador, mi prima los miraba mientras, con la servilleta de papel, para no quemarse los dedos, tomaba el vaso de cortado, soplando el líquido marrón como de perro muerto y aceptó pensarse en la muchacha. Algunas veces, en situaciones similares a la que observaba la primera vez que se sentaba en un bar después de haber matado al malogrado marido, mi prima sólo lloraba hasta irse apurada de brazos cruzados, comenzando a caminar hacia ninguna dirección, nada más quería irse. Otras, recostaba la cabeza sintiendo que a pesar de palabritas tan repetidas se mojaba igual, terminaba en hoteles ruinosos, apartamentos prestados y se desvestía rápido para que terminara pronto. Por entonces menospreciaba el camelo meloso y parlanchín para darle ternura a una situación brutal, me decía, una excusa cualquiera para zafar de la situación antes del mediodía y convencerse de que eso nunca sucedió. Por la memoria, puede que por lo que venía que vivir y el cuadro deprimente del lugar, me confesó que le dio asco observar la pareja en la plaza y admitir la curiosidad por saber cómo terminaría la conversación. Era peor que la pornografía, una obscenidad de tamaño inconmensurable. Nunca se sabe en esos casos, a veces era el tipo que se levantaba indignado con aire de ofendido y receloso, dejando plantada a la muchacha -ella, mi prima en años pasados- pisoteando la promesa de amor, de una aventura reducida a un aquí te dejo tarada arrepentido por

haberte invitado el sábado al cine. Cualquiera de los finales de la escena terminaría arruinando el espejismo de paz que inventó ese rato para ella sola, que tanto le costaba organizar desde hacía tiempo. Aunque lo pensara, su tiempo era para los otros, pensar en los otros, hacer gestos como los otros porque las obligaciones están inscriptas en los genes hereditarios, similar al color de los ojos y el largo de las manos.

Anastassia Lizavetta se negaba a aceptarlo, debería haber algo menos determinante que la predestinación social, en algún lugar debería estar el territorio de libertad, una pequeña cuota de azar, pero luego de lo hecho –lo que suponía anterior a sus recuerdos en las plazas del centro- creyó más en el destino. ¿Lo que hizo se sabía de antes? ¿Su historia personal y psicológica eran las causantes de lo sucedido más temprano? ¿Irrumpió un accidente cerebral en su vida conduciendo a la locura? ¿Ello resultó acelerado por un movimiento infinito de las galaxias?

La ilusión frecuente sobre que el conjunto de extensiones del universo nocturno, fuerzas estelares provenientes de constelaciones huyendo más allá de la vista, del poder indagador de telescopios atómicos y la imaginación de los iluminados, que los desplazamientos donde reina el silencio absoluto y mínimas alteraciones de cuerpos celestes, ubicados a cientos de años luz de esa plaza incidieran en el lamentable espectáculo de la pareja, cotejada a cierta verdad del romanticismo, le acercaba cierta tranquilidad tan necesitada en esas horas, alivianándola de la

servidumbre pesada, dispensando a Dios la responsabilidad intelectual del crimen. Lo explicaba racionalmente por los desplazamientos de la materia y el rotar de los planetas, escasa incidencia de la antimateria y una curva de nubes magallánicas posterior al big bang inicial, mediante geometrías del espacio y matemáticas especulativas. Cada acto concretado por mínimo que sea tiene una explicación asociada al origen del universo. Anastassia Lizavetta bebió el cortado dispuesta a consultar la sección del horóscopo, el sucinto relato por adelantado de lo que debería ser su día, diferente al relato posterior, demostrando que las predicciones concretadas se escriben después. Si la prensa no informó todavía los detalles del crimen, debería haberlo adelantado de manera críptica mediante mensajes que envía el destino agazapado en los signos zodiacales. En clave – sugerencia necesitada de fina decodificación- debería estar la sombra del crimen y era probable que hubiera la información de cómo terminaría su día, la incógnita que la ayudaba a seguir adelante. "Para las nacidas bajo el signo de Géminis: intente escapar de la rutina que la sofoca en las últimas semanas, es la única manera de que le ocurra el hecho formidable que aguarda. Será un día pleno de sorpresas y atención a los pequeños accidentes domésticos. ¿Para cuándo ese viaje que tiene pensado?" Eso era todo, lo afirmó repetidas veces y fue confirmado; descreía en predicciones para cada día consolando a millones de seres ansiosos incluyendo escépticos y que, rebasando la carencia de Fe en el Gran Mecanismo, estaban igual condicionados por designios de la Maquinaria Universal.

Incluir a quienes piensan que el mundo está encaramado sobre la caparazón milenaria de una enorme tortuga, los que sostienen que considerando la agresión a la vida mi prima reencarnaría en una zona inferior de la escala zoológica. Cada segundo de alteración en la configuración cósmica, tiene incidencia en la serie infinita sobre millones de humanos y sería atributo de ignorancia suponer que resultaría excluida de tal circunstancia. Decía también con lucidez de otra especie, que el horóscopo nunca está en lo escrito sino en la lectura. Al contrario y en lo que puede tomarse por una negociación, Anastassia Lizavetta confiaba en las características generales de los signos, algo debía haber y por haberlo comprobado ella misma en cotejos iniciados con desdén y terminados con sorpresa. Se reconocía un típico Géminis femenino segundo decanato ascendente Leo, creía que los astros determinaban grandes rasgos. En cuando al itinerario personal concreto era distinto, prefería las líneas de las manos; allí hay un fundamento innegable palmario, cada persona tiene su marca diferente -decía mi prima- siempre y cuando no se enmascaren con guantes de goma. Estaba luego el imponderable de la locura rondando cada tanto, abrupto corte de las cadenas causa efecto finalizando por dar narración a los pronósticos astrales y signos genéticos.

Un arrebató de locura, debería decir el abogado que la representara dentro de algunos meses en el papeleo de la defensa y propondría la estrategia a manejar frente a medios de comunicación. Acto demencial doméstico sin premeditación de mujer acosada con atenuantes, que se consumó en tragedia irremediable; eso diría el abogado actuando ante cámaras de

televisión sin excesiva convicción, antes que le recordaran el número indefendible de puñaladas que presentaba el cadáver del marido. Mi prima me dijo que si por ella fuera, confesaría que lo hizo consciente de los hechos, aunque sin explicar la razón que la llevó a empuñar la cuchilla en la cocina y que recién luego del suceso –ahora, en el gran bar sobre una avenida, mirando a la pareja sentada en la plazoleta-, en las primeras horas posteriores al momento de salir de la casa, vislumbraba a lo lejos las confusas motivaciones que la arrastraron. Razones comenzadas a descubrir, que debieron preexistir al crimen y tal vez a la boda. Lo que argumentaría sin defenderse sino intentando entender, sería la ignorancia de lo sucedido como resultante de condicionantes incontrolables; avanzar con palabras que ese día ni el horóscopo indicaba con precisión. Me comentó que durante la pena de prisión haría lo imposible por reconstruir lo sucedido buscando elucidar la causa original del comportamiento. Dudaba de procesar secuelas del gesto hasta llegar al sincero arrepentimiento, es preferible por prudencia decir hasta entender la trama incomprensible. Lo que comenzaba a elaborar y en la mejor de las hipótesis, sucedería dentro de algunos meses después del invierno.

Tenía preocupaciones inmediatas suficientes para llenar la próxima hora. El ambiente del café se volvió insoportable, en minutos ocurrió la modificación: la música retumbaba en las paredes del café, los clientes mostraban su perspectiva desagradable, el perfil de los parroquianos siendo la medalla de la desesperanza degeneró. Un resto de cortado enfriado oscilando nauseabundo en el fondo del vaso le dio ganas de

vomitara y la pareja en la placita - fuera ya del campo visual- seguía su comedia de las banalidades. Ella consintió ser guiada por la otra que la habitaba, pagó dejando el dinero justo sobre la mesa y salió decidida a tomar un taxi que la llevara hasta la casa de la hermana para concretar la visita improvisada.

-Es tiempo de buscar el apoyo fraterno, se dijo mi querida prima en la calle, sin olvidar la mirada de la muchacha de la placita minúscula, sentada en un murito, fijada en el vacío basural del ideal romántico oliendo a letrina de baño público.

Otra vez en taxi solita, es imposible viajar cómodamente en taxi y aunque se viaje sola cada recorrido es una tortura. Con las mamparas para evitar rapiñas los taxis cajas asfixiantes obligando a una posición de tullido peor que los ascensores. Los delincuentes fijan las normas de conducta generalizadas más que la fuerza gravitacional de los planetas invisibles, pensó mi prima y le dijo al chofer la esquina del destino. Sería un viaje medianamente largo y deberían pasar por calles destrozadas, cortadas poco transitadas para ganar tiempo. En el coche la radio estaba a todo volumen, era la misma estación del bar lo que ella consideró de mal augurio, los ritmos podían hacer pensar que atravesaban Guayaquil mientras se instala la húmeda tarde tropical; para completar la incomodidad, el tipo la miraba con insistencia por el espejito retrovisor. "Espera un

levante" se dijo mi prima, "es tan infeliz que puede dejarse el porcentaje juntado de a pesito desde las cinco de la mañana - cuando todavía vivía mi marido- por encamarse con la primera mujer que le acepte esa sonrisa de baboso."

Ella temía que se le notara la excitación indeseada y explicable secuela de la violencia; la bombacha otra vez metida en la raja, estaba en la situación menos indicada para acomodarse en el asiento y actuar con naturalidad fingida, sentía el desplazamiento del satén entre las humedades; de haberse masturbado al amanecer habría sido diferente, pensado menos y dejado lavar la vajilla para la noche. En tales condiciones un modesto viaje en taxi puede volverse pesadilla del descontrol, se colocó los lentes oscuros y comenzó a hojear la revista que compró sin fijar la atención en nada. Restándole importancia a las maniobras del tipo con el espejito, acomodándolo para mirarla, asegurarse que recibía la intimidación agresiva, buscando espiar reacciones con descaros. Por fortuna la ciudad es un infierno de tráfico, las mismas calles de cuando era niña, con la diferencia de que son transitadas ahora por cientos de miles de vehículos. La piel de la ciudad tiene celulitis de vieja sin admitirlo y los taxistas andan estresados, incluso siendo emprendedores como el tipo que le tocó en suerte. Debía tener cuidado en cada cruce peligroso si no querían terminar en un accidente a pesar del semáforo, incrustados contra un tranvía, matando un perro callejero como sucedió hace una hora en el Bulevar.

Era complicado avanzar en Montevideo, en las calles laterales hay miles de autos estacionados, la ciudad es un parking abierto

de pesadilla, la chatarra de la esperanza le gana metro a metro terreno a la infancia. Se acabaron los trayectos cortos, hay que pasar por idénticas calles, ir de un punto a otro resulta desesperante, se olvidó en la ciudad la distancia más corta entre dos puntos. Ella tendrá tiempo para leer otro artículo sobre las estrellas de la televisión antes de llegar a lo de la hermana y distraerse durante el viaje. Dudaba de la conveniencia de los planes; ir a lo de la hermana sin avisar era la menos pertinente de las iniciativas, después de todo no había nada que lo explicara a menos que una vez a solas le confesara lo ocurrido. La conformó saber que se trataba de una despedida siendo lógico deducir que por muchos años no regresaría al barrio de la infancia; bastante le costó desprenderse de tanta suciedad, los años que siendo joven y bella prefería terminar la noche en hotelitos del centro que volver a dormir al cuarto compartido con la hermana. Ese olor de sobra vegetal impregnado en los muros que no se sacaba con nada, sensación de que así sería el resto de la vida, la derrota supuesta en cada regreso porque los planes de huida por una y otra razón fracasaban. Lo había querido, se trataba de intentonas periódicas signadas por el empeño en buscar nuevos trabajos, invención de falsas historias de amor que la arrancaron de allí. Resultaban intentos vanos, en tanto hubo conciencia de querer salir de la mugre y el deseo se sostuvo, parecía que una fuerza burlona la retenía al cuarto con olor obligándola al regreso.

La primera gran toma de conciencia sucedió cuando tenía catorce años, una noche regresando a la casa acompañada por los padres de una compañera de liceo fue que tuvo la revelación.

La infancia normal, los objetos que le pertenecían, lo que suponía ser el mundo, los platos en que comía guisos y la manera como se lavaba pasándose una esponja por las axilas, la técnica de secar las medias colgadas en cuerdas plásticas tendidas en su propio cuarto compartido cerca de la ventana, el fondo de la casa que era el fin del mundo, el ruido de la licuadora triturando cubitos de hielo y la necesidad obscena de estar obligada a tender la ropa interior a la vista de todos, el fondo de la casa donde estaban emboscadas macetas con tierra negra eran el concentrado de la miseria. Fue el contraste entre el agua de colonia puesta en el cárdigan y el olor a guiso de arroz. El asco que sentía por la degradación del cuerpo de una parienta deforme que vivía con ellos y se lo pasaba enferma: se hizo imperativo el deseo de huir. Desde ese momento cada día fue una condena, cada detalle del pasado agregaba pruebas aullantes de lo que se esperaba de ella. Tenía para salir adelante sólo el ser reconocida como una buena muchacha de carácter afable, la perseverancia que aceptó en valor distintivo desde los primeros juegos infantiles. Mi prima carecía de paciencia en la adolescencia, subir la escalera del liceo era más fuerte que ella, esperar unos años para decidir sobre sí misma y casi el doble de la vida; otra vida como la vivida hasta la adolescencia le parecía empresa imposible. Esa versión juvenil de desesperación impaciente duró cinco años que fueron para ella de desajuste predecible.

Nadie se opuso, por ejemplo, al contrario, cuando decidió trabajar de cajera en una panadería a pocas cuadras de la casa. Eran pocos pesos destinados a redondear el presupuesto

hogareño; mejores pastas los domingos con jamón en el relleno, otro detergente menos abrasivo para lavar platos y comprar guantes de goma, la tranquilidad de estar al día con recibos del agua corriente y mutualistas médicas. Por ese entonces, cuando tan linda le quedaba la túnica de cajera azul cielo con toques de harina, fue que mi prima se entregó de cuerpo y alma a un muchacho emprendedor, defensor lateral de las divisiones inferiores de River Plate. Ella lo iba a esperar a la salida del Parque Saroldi sobre la calle 19 de Abril y luego se recitaban poemas de amor en los senderos bifurcados del Jardín Botánico.

El muchacho prometía y tenía futuro por delante. Se comentaba en la sede que lo estaban por promover a la reserva como suplente del equipo titular; que alguien influyente de Nacional venía a los entrenamientos a constatar sus progresos, que en pocos meses entraría al césped glorioso del Estadio Centenario y haría maravillas vistiendo la enseña tricolor. La familia estaba contenta con el noviazgo y a mi prima le era indiferente si la criticaban en voz baja, estaba enamorada, seguía los entrenamientos del prodigio y se imponía plegándose al ritmo del príncipe del área penal. Pero ciertos dioses –los de ella y que desde temprano quisieron ponerla a prueba- estaban en desacuerdo con su proyecto de escapar del destino asociado al

cuarto detestado. Quizá estaban pensando en esta misma mañana y en otro dormitorio de la zona del Prado; no resultaron ser los dioses, tal vez se ponía en movimiento la causalidad ordinaria. El príncipe tan imaginativo en la cancha, era medio zapallo desde que se sacaba los zapatos con tapones, en lugar de cuidarse el físico para partidos oficiales, marchaba a jugar picados con los amigotes. Por el asado y una damajuana de vino, el gusto al desafío infantil, diez mangos para llevar a la cajera de la panadería al cine a la función vermú del viernes, porque estaba desafiando su propio destino.

Una tarde de sábado en una cancha barroca cerca de Veracierto y Spencer, se comentó que sin querer, otro marcador de punta perseverante le erró el patadón a la pelota, escamoteada por el príncipe en lo que resultó su última ingeniosa maniobra, y lo reventó sobre la tibia que crujió como hueso de juguete. El príncipe jugaba mágicamente con desplazamientos etéreos, de medias bajas sin canilleras; la fractura fue múltiple y como en aquellos tiempos la medicina deportiva estaba cerca de la medicina a secas, la multiplicidad de esquirlas resultó insondable. El príncipe roto jamás renació de sus cenizas, comenzó la caída definitiva y la inconsolable cajera desvirgada, porque se trataba de una apuesta decidida al futuro se vio como se dice obligada a cambiar los planes de vida. El incidente casual, la caja registradora de la panadería y la chambonada del príncipe, lograron el desparramo de liquidar ese tramo crucial de su existencia. Una tragedia, tan joven mi prima sentía que la vida era fingimiento viéndose obligada a mentir a sabiendas de lo que significaba; ser pobre, me decía a los años de aquello, es

eliminar rápido la ilusión de las posibilidades de la vida. La vida era ver a las compañeras de liceo casadas y esperando un hijo a los diecisiete años, otras siendo deglutidas por la pasión sin objetivo y cual mariposas multicolores alocadas por terminar con todo de una buena vez. Las más sin haber dado el paso profesional para defenderse, obligadas a ir a las cinco de la mañana al portón de fábricas textiles, dejando la alegría bajo aleros publicitarios de paradas de ómnibus, olvidarse de depilarse las piernas total para qué, tener al fin el reventón de una várice como otras mujeres de la familia, confesarse con resignado desparpajo los estudios no son para mí, pasarse horas leyendo informaciones sobre los amores de Sandro, viendo decolorar el póster de Leonardo Favio que arrebató corazones de muchachas de barrio; creyendo equivocada que puede haber otra oportunidad cuando se es de orígenes humildes, hermosa fórmula utilizada para designar la pobreza.

La Anastassia Lizavetta muchachita estaba fatigada y se sentía seca, cada hombre que conocía y descartaba deportistas pues luego de la experiencia con el príncipe prefería varones cursando alguna Facultad, o que el padre regenteara un negocio próspero, mi prima no evitaba el verlos como puerta de escape para salir de la pobreza; que a su espíritu era cada semana menos soportable y en ella esa pulsión era por esos años incontrolada. Se trataba de la obsesión por salir de la casa, luego y en cuanto al amor después se vería... vendría más tarde con el correr del tiempo, confundido con la costumbre de llevar una vida compartida, ello para recordar que mi querida prima se formaba como mujer normal. Intentar explicar mediante la psicología

barata lo hecho -aplicando la profesional tampoco llegué a elucidar el misterio- resulta temerario y el cuento escuchado sería la primera hipótesis de análisis ante el cadáver del marido todavía caliente. Sería aventurado resaltar un hecho traumático infantil que pueda considerarse causa original del gesto; tampoco había secuelas de violencia adulta en las relaciones, ninguna institución pública le robó la infancia ni creció en un cuadro psicosocial familiar donde proliferaran ejemplos de agresión doméstica. El itinerario de mi prima aparecía regido por la normalidad y empiezo a suponer en ello la causa principal del quiebre de la conducta. Si hubiera, para hallar el sosiego de una conclusión, que apostar por un episodio, me inclinaría -en caso de trabajar la escena significativa- por lo sucedido una madrugada de los catorce años. Anastassia Lizavetta sintió de pleno el olor de la miseria que la condicionaba llevándola a cinco años de desencanto, empezando por el romance de la cajera de panadería y el príncipe inconcluso de los estadios, según me contó alguna noche que me quedé a dormir en su casa y el sueño tardaba en llegar.

Era absurdo, si todas las muchachas que vivieron una humillación similar decidieran realizar un acto reparador en la treintena, la cárcel estaría abarrotada; lo hecho esta mañana debe tener otro factor menos fehaciente que lo explique. Acaso necesita este relato catártico o es empeño personal convergente, queriendo evadirse de la influencia que aún ejerce el crimen de mi prima entre quienes la quisimos; como si ella nos hubiera legado esa tarea a manera tardía de declararla inocente. Si evocamos los hechos, aquellos cinco años fueron intentos puede

que vanos por desordenados, de refutar condicionamientos apiñados en la pieza compartida; creándole una costra emotiva rencorosa, de la que le sería doloroso separarse o mediante un gesto hacer que la costra cayera y con ella marchara su vida. Los intentos posteriores al romance deportivo fueron reiteraciones del orientarse más allá hasta que ello (que nunca consigue sustentar una conducta continua) se termina. Un trabajo que comienza a agradarle, el viaje a Buenos Aires que la reconforta en la existencia de otro mundo al alcance de una tarde de río. El primer orgasmo vivido fuera del control de los sentidos y que abre insospechadas posibilidades de placer para las que se creía incapacitada. El descubrimiento de cierta habilidad natural para el baile, lo que le acercó una seguridad en la vida social de los años juveniles, dándole el gusto fraternal por la espera del fin de semana. ¡Cuántos planes excitantes, tantos perfumes y luces sicodélicas! Y olores persistentes de la miseria, pesadilla olvidada del pasado que cada tanto regresan murmurando una misma desdicha...

Ella no estaba en el taxi y asediada yendo a pedirle consejo a la hermana, tampoco en plan de visitarla por última vez antes de que estallara el escándalo de la incomprensión, menos para pedirle perdón a cuenta porque en las próximas semanas la señalarían con el dedo en el vecindario; estaba yendo para

recordar y prepararse a los reveses que llegarían en pocas horas. Viendo a la hermana podría evocar el olor a pieza compartida, justificar por poco que fuera el deseo de evocar momentos de intersección compartida. Anastassia Lizavetta interpuso litros de finos perfumes, aguas de colonia, aromas de frascos rococó de contrabando, malas imitaciones de firmas famosas, marcas desconocidas halladas en los feriantes de Villa Biarritz, efluvios importados de la España del Destape por amigos en viaje y en los últimos tiempos perfumes franceses, como Rive Gauche de Ives Saint Laurent, con la intención de impedir el regreso inopinado de aquel olor que daba arcadas. Sabía que la hermana lo llevaba impregnado, en ella se acentuó con las diarreas de sus sobrinos, guisos calentados en una habitación sin ventilación ni extractor de aire, por el cuñado que venía molido del trabajo, la glicerina estriada del jabón Bull Dog para lavar la ropa. Lo guardó como tesoro de familia, el olor así recuperado podría darle a mi prima una pista para entender lo ocurrido y acceder al primero de los castigos, como si hubiera perdido en el juego de la vida y se viera obligada a regresar a la casilla inicial. El olor de la casa de la hermana sería preparación para el que sentiría en la cárcel durante los próximos años. Olor rancio de sobaco peludo e indiscernible de otras detenidas en el pabellón del edificio penitenciario, agrio olor de cocción de verdura mustia y hervida, paquetes envueltos en papel de diario y que alguien –seguro que la hermana que iba a visitar- terminaría por traerle. Emanaciones de letrinas calcáreas de tanto meado excusable y trágico acumulado, a heridas vendadas en las piernas, olor a la

vida que sigue entrando por las altas ventanas que dan sobre la calle inaccesible.

El tipo del taxi continúa mirándola con insistencia molesta, buscando una coincidencia de miradas en el espejito retrovisor para comenzar la conversación. A pesar del tráfico pesado el viaje avanza, ella conoce de memoria el tenor de la charla que viene, la soledad de las mujeres, los maridos que trabajan demasiado y llegan molidos al hogar; que qué cambiada está la ciudad, lo conveniente de un servicio de transporte seguro a toda hora, la libertad de nuestra vida contemporánea facilitando encuentros entre gente, preocupaciones que impiden el disfrute normal de las pasiones humanas, la tarjetita diciendo que él está disponible a toda hora y de pronto el pasaje al tuteo como si fuera la primera mano que le mete entre los muslos. De las barbaridades que diría el tipo, seguro que en alguno de los lugares comunes acertaría; ella ayer quizá le hubiera respondido, se hubiera permitido insinuar una esperanza para seguirle el juego y apaciguar ardores comunicativos. Era un joven arrogante nada desagradable, bastante pulcro que se creía Travolta en el famoso film sobre la vida convertida en disco y tenía cierto parecido con el príncipe del balompié. En cuanto abriera la boca se vería que utilizaba ejemplos de hombre acabado, pensaba como alguien que pasó los cuarenta años y está incrustado en la rutina que lo manejará hacia el final, la reacción que tendría cada vez que lleve en viaje a una mujer sola y apetecible. Se sabe encerrado en una trampa sin cerrojo, donde el contacto deberá pasar por la mampara sin escapatoria y se impone la conducta que debería tener dentro de veinte

años. Quiere ser ahora el tipo quemado que será y evitarse eventuales cuestionamientos, por la curiosidad de ganarle al tiempo que pasa indiferente por esta ciudad el asco subyacente contra sí mismo.

Ella sabe de esos procesos y puede entender al taxista; en la adolescencia Anastassia Lizavetta deseaba que pasaran pronto los minutos, mató al marido para fijar quizá su vida en relación a un último día. De cierta manera está viviendo el último día de su vida, con la conciencia de antes cuando ni siquiera se soportaba una hora. Eso fue después de haber tenido el hijo, que es una forma de decir; la presencia de la criatura provocó un rechazo que los sicólogos conocemos bien, en su situación era caso de escuela y que la conciencia, la madre que se suponía ser le impedía admitir. Ahora que lo pienso, aquello que pensó relativo al chico, desde que lo habían cambiado en la maternidad hasta las ganas de matarlo, la sospecha de que le detectaran una enfermedad congénita incurable que lo llevaría a la tumba antes de cumplir el primer año; hasta el miedo de que nunca saldría de esa etapa de animalito dependiente, confinado entre sus propios olores.

Ello coincidió con la etapa secreta de las botellas; si bien posible -lo demuestran las estadísticas- en Montevideo es complicado para una mujer común depender del alcohol en tanto enfermedad. El whisky importado tal como comenzaba a irrumpir en la ciudad por aquellos años, vendido en locales con el aura de productos ultramarinos era oneroso para una madre primeriza. El vermú dulzón por recordarle la infancia desgraciada, la hacía vomitar al segundo vaso y el ardor de la caña criolla era más devastador que la angustia de principiante. Le llevó semanas encontrar la bebida apropiada para conciliar el gusto y la dependencia cotidiana. Ser consciente del proceso de ir perdiendo la lucidez sin urgencia de arcadas, hasta caer al piso y que al despertar, horas más tarde, un regusto de lo hecho la empujara a repetir la dosis. Buscar la botella, servirse un vaso suponiendo dominar la situación y beber de la botella, dosificando la densidad destilada de la mentira; la cualidad incolora de la ginebra -ella decía gin para amortiguar la incidencia del alcohol en su vida- que se bebe como agua. El exotismo holandés de las etiquetas, recipientes cilíndricos con algo de leño obscuro, texturas de vidrio biselado o terracota de materiales de las botellas, opacidad impidiendo regular lo que se consume y nivel de lo ingerido, fueron el conjunto de factores exteriores que terminó por conquistarla.

Bebida de gauchas decía mi prima, cuando me hablaba por teléfono completamente borracha y nunca supo qué la decidió para comenzar a beber de esa manera. Nadie lo supo, fueron

largos meses de soledad incomunicada, ninguno de la familia ni entre los conocidos, entre los compañeros de trabajo (recién había ingresado en OCA) se percató de su estado lamentable y ella se prohibía contarle a alguien lo sucedido, exceptuando al hijo de pocos meses cuando dormía en la cuna. Así hubiera continuado hasta la destrucción, de no haber sido por el accidente en la bañera del viejo departamento cuando vivían en el centro de la ciudad. El episodio fue un milagro de sangre, el porrón pesado que escapa de las manos inseguras cae al piso y se parte, ella que atraviesa derecho el cruce de diferentes desesperaciones sin distinguir. Para la alcohólica que era mi prima el día del incidente de la bañera, ese porrón era el último y acompañando la suerte del último porrón se tiró al suelo pretendiendo rearmar la botella. Lo hizo apurada antes de que llegara alguien y la descubriera, los fragmentos filosos de la cerámica quebrada comenzaron a lacerarle las manos. Las puntas flechadas de tierra cocida se incrustaron y por la fuerza que hacían sus manos en la operación con increíble facilidad penetraron la carne. La bañera con sales aromáticas que comenzó a prepararse antes del primer trago -debía ser el único del día, siempre cada nuevo chorrito es el único- terminó por desbordarse.

La reconstrucción del objeto era tarea imposible por delirante, delante de sus ojos, como un prestidigitador que trabajara lento con las manos, ella contempló el marrón de la arcilla teñirse de rojo incontenible. La ginebra para su horror se confundía con el agua y el agua era sangre manando por las canillas de sus manos. Muy adentro del viaje con la reina ginebra, dedujo que

había relación entre su deseo de restauración y la pérdida de sangre me dijo evocando la circunstancia: "me estaba desangrando" y continuaba juntando pedazos sin detenerse. Nada parecía importarle como si fuera otro tiempo de hemorragia. Su finalidad era la alfarería en frío evitando que del porrón se desangrara el contenido de ginebra, a su letanía de "yo puedo hacerlo y puedo hacerlo, yo puedo hacerlo" se agregaba el sonido del agua desbordando, el llanto del niño retumbando en la otra pieza, el testimonio de sus manos ensangrentadas haciendo ruido de golpe de varios pedazos de cerámica trabajada. El conjunto de los ruidos iba en aumento y la cabeza dijo basta, así comenzó el movimiento de la lucha final, crisis definitiva hasta que dio con la frente en el borde de la bañera blanca.

A partir del golpe fue cuestión de tiempo, perdió el conocimiento y siendo incapaz de calcularlo seguro duró pocos segundos; de haber continuado el desmayo dos minutos hubiera muerto ahogada y desangrada. Fueron unos segundos, corte suficiente para que volviera lúcida del lugar al cual rodó durante la pérdida de conocimiento, que tomara conciencia vaga de lo ocurrido. Cuando recobró el sentido el niño había parado de llorar, la casa estaba en silencio y por la ventana del baño entraba luz del sol de mediodía. "Un buen susto es lo mejor para despejar a alguien que tomó unos tragos de más" dijo y se tranquilizó, pensando que tenía unas horas para disimular el desastre ocasionado. Las manos estaban destrozadas y nadie podría acomodar por ella tanto infortunio, con un dolor insoportable en terminales nerviosas y las huellas dactilares cortadas de través, mi prima

necesitó dos largas horas para intentar borrar el rastro de lo sucedido. Sin guantes tiró y enjuagó, barrió y escurrió, secó y enceró, limpió y se miró en el espejo. "Mis manos" dijo cuando terminó la tarea doméstica. Se pasó crema remontando el dolor, las vendó con tiras de toalla utilizando los dientes para ajustar las últimas vueltas y sin avisarle a nadie, dejando sólo al niño, que pareció recobrar la placidez del sueño después de la mamadera, marchó al sanatorio para hacerse curar. En la sala de urgencias no supo explicar lo sucedido pero fue convincente al avanzar la tesis del accidente; si, se cayó en un sótano donde había botellas vacías con las manos hacia adelante. Por poco se salvo de una intervención quirúrgica delicada y fue pronunciado el peligro de infección de consecuencias preocupantes. Había que retirar esquirlas incrustadas con profundidad, las manos eran una masa de carne herida tendiendo a hincharse y guantes de gangrena. Antibióticos, prohibición de alcohol por un mes, explicaciones preocupantes asegurando la convalecencia sin secuelas de infecciones y días prescritos de reposo imprescindible.

Por las manos -las mismas que años más tarde cometieron el crimen- ella se salvó del alcoholismo y perderse en una zona depresiva sin retorno. Vivió semanas con vendas permanentes, temiendo que tuvieran que amputarle las manos si sobrevení una complicación por desidia personal. Las vendas, que le cambiaban dos veces por semana y le amortajaban la parte del cuerpo por la cual tenía debilidad, le amortiguaron los impulsos de escapar del presente yendo a buscar en paisajes dobles de ella para los cuales sólo la ginebra tenía la llave. Su miedo por

entonces era que, el día que le retiraran el último vendaje faltaran sus manos; que luego de limpieza y cicatrización se hubieran vuelto invisibles, pudieran recobrar su forma original sólo si usaba guantes para lavar la vajilla. Así no tendría que verlas todos los días del resto de la vida ni le recordarían la insaciable sed de ginebra, que era un recuerdo sucedido a otra persona con su nombre y cicatrices dactilares. Mentira defensiva... cada vez que las lavara recordaría los dedos tratando de juntar pedazos de terracota y el afán una vez tirada en el piso por meter el líquido derramado en su interior. Sin ser una alcohólica auténtica debía pasar por esa etapa como si fuera otra prueba a la que sería sometida su existencia. Anastassia Lizavetta era mujer con vocación de pasar por todas las etapas y tenía curiosidad para buscarle sentido a las cosas que le ocurrían, incluso estando confundida. Se tocó las manos ahora recordando aquellas horas y con la angustia sucia que podría invocar el taxista.

El paisaje urbano se modificaba. Estaba llegando a lo de la hermana, lo sabía por el avance del taxi evitando rajaduras en el pavimento, pozos y desniveles del alquitrán de remiendo, fallas que parecían geológicas. La resignación de que esa zona de la ciudad quedaría así para siempre, que el objeto máquina para repavimentar formaba parte de una utopía vecinal; era mentira que alguna vez ese asfalto hubiera sido nuevo.

Después irrumpió el olor inconfundible de una zona oculta de Montevideo, combinación aleatoria de esencias derivadas de la vida moderna, emanaciones de chimeneas barriales de pequeñas industrias, fábricas de embutidos y chacinado próximas de mataderos y curtiembres, que expulsan por sus chimeneas bajas impurezas cayendo como lluvia ácida sobre la gente resignada de la barriada. Esas chimeneas deberían ser el argumento más poderoso del cáncer y la lucha de clases, resultado de hornos vecinales donde se procesa el girasol para transformarlo en aceite de mesa, se quema el caucho para neumáticos de bicicleta y bolsas de agua caliente. En las cercanías siempre hay –evocaba mi prima– el arroyuelo de líquidos de un verde gris podrido deslizándose en el ángulo recto del cordón de la vereda y la carpeta asfáltica. Gesto de mito circular donde los humores procesados en el cuerpo de los vecinos, los juegos íntimos del progreso están destinados a la exposición múltiple. Siempre hay algún bicho escuálido lamiendo esa inmundicia, más retirados los animales: gatos famélicos, perros ocupados con sobras, caballos apaleados que tascan hierba contaminada, chivos salidos de malas novelas con gitanos y gallinas que cagan todo el santo día a lo largo de su itinerario abombado, mientras picotean bosta y basura de deshechos que transforman en huevos raquíuticos. Montevideo se construyó de milagro al descuido en un tiempo casual y en cierto momento esa idea que venía creciendo se detuvo. Hubo un asombro originado en el estancamiento, desde entonces la ciudad se desliza en una pendiente, irreversible caída oculta en la melancolía del pasado. Trazas del futuro, escamoteadas en

sombras del presente y diseminadas en el paisaje que nos rodea apenas fijamos la atención.

Anastassia Lizavetta prefiere negar esa apariencia de ciudad que conoce de memoria, es inevitable que el olor de eso entre por la ventanilla del taxi y se imponga igual que la ginebra holandesa a su desodorante importado comprado en la farmacia. Sature la fragancia del agua de colonia alemana, supere el olor agradable de cremas para enjuague de la peluquería; sofoque el desodorante ambiental atrapado en el taxi evocando un cargamento de vainilla podrida. Hace años esto era un barrio popular y ahora es chueco, comienzo de desidia colectiva por abandono. Cosa intermedia indecisa que no se levantó aún en cantegril pero le falta poco, villa miseria como se dice en teleteatros argentinos y favela en la versión brasilera. El barrio de la hermana asiste al comienzo de la decadencia o busca la normalidad fatalista; Montevideo es una enferma cubierta de llagas y pústulas, enorme cuerpo tajeado en la coexistencia de dos realidades donde se erigió el muro de la miseria. Mi prima sonrió por lo obsesiva que estaba, siempre que llega a la casa de la hermana se enfrasca en pensamientos que la atormentan. Ella viene para recordar, entender y reconfortarse por la suerte de tener lo que viene de asesinar hace unas horas. A medida que el coche avanza los olores se vuelven poderosos y sustituyen el tufo del taxi que tiene problemas de quema de aceite, la autoflagelación de la locura es abandonada por una crisis de lucidez, como si el olor excusara y perdonara crímenes atroces. Con uno era suficiente, ve crecer la pobreza y deduce que las maestras de la escuela la engañaron. Tendría que modificar la

manera de hablar, otra vez le contará a la hermana algún viaje a las grandes Cataratas y al gran Cañón del Colorado. Contará chismes del trabajo, amoríos de una promotora pelirroja con el gerente casado, comentará novedades de artistas de la tele, que al fin y al cabo son parte de la familia. Da gusto así de repente, sentir ganas sinceras de visitar a la hermana mayor.

Anastassia Lizavetta rechaza que el tipejo manejando conozca su destino final. ¡Menuda sorpresa se llevará cuando lo citen de Jefatura para declarar los movimientos del día y sobre ese viaje en especial! El individuo, que la mira con insistencia –se la quiere comer con los ojos como se dice- se hará el distraído. Dirá que la recuerda vagamente (son tantos viajes por día, hay poco contacto con el pasajero desde que instalaron las mamparas...) que le llamó la atención que a esas horas de la mañana la mujer, tan bien vestida, se dirigiera a un barrio de gente modesta y trabajadora.

Cuando el taxi se detuvo a medio metro del cordón había un perro viejo ladrándole a las ruedas, hostil de antemano hacia quien bajara. Mi prima dobló un billete, lo pasó por la rendija como en la iglesia y dijo "quedáte con el vuelto." Se bajó sin darle tiempo a replicar y caminó hacia atrás para que el auto no pudiera seguirla ni media cuadra; el taxista arrancó rabioso, parecía que le habían puesto una multa por cruzar un semáforo en rojo. Anastassia Lizavetta estaba en un día poco propicio al diálogo con los automovilistas; ojalá – pensó- el oficial que maneje el patrullero llevándola de la Seccional 12 a Jefatura al

final del día sea más amable. Dio vueltas por la zona, acomodando al lugar su mente perturbada por los recientes acontecimientos y se dirigió a la panadería para comprar masitas secas. A mi prima le parecía una descortesía llegar a la casa de la hermana con las manos vacías, de paso vería en el local la nostalgia de una etapa de su propia vida. Estaba vestida correctamente, una pequeña caminata no eclipsaría el desajuste con el barrio; como si del efecto camaleón se tratara, el medio impone transformaciones que dejan al desnudo las apariencias. En la panadería había dos afiches pegados decorando el local, uno destacaba la silueta del famoso puente de Brooklyn de New York. Anastassia Lizavetta creyó estar ante un paisaje conocido y experimentó la ocasional sensación de lo ya visto; trucos de la mente tergiversando la opresión del presente, con las defensas que querían poner en paréntesis y lejos escenas de lo vivido en las horas previas. A la salida se inventó la coartada perfecta justificando la llegada a la casa de la hermana, recordó el viaje que hizo desde Nueva Jersey a Montevideo, fue así que se atribuyó allá un trabajo en una fábrica de calzado deportivo. La vida que tiene nunca sucedió, apartó el crimen de la cabeza, los recuerdos implantados empezaron cuando, por mediación de un tipo con el que salió unas semanas, la carta extensísima de una amiga, una película vista en Cinemateca un domingo de tarde lluvioso y que olvidó, ella compró el pasaje en clase económica con la idea fija de irse a Nueva York y llegar al aeropuerto Kennedy canturreando.

Bastaba la imaginación de ojos cerrados para hacerlo, el deseo reiterado de que hubiera ocurrido de otra manera. En dos

minutos mi prima inventó una vida allá, se aplicó a la tarea de recordar el viaje en United de la semana pasada y decidió que estaba visitando Montevideo de donde faltaba hacia tres años. Era algo así el tiempo que pasó sin visitar a la hermana, sabía qué hacer y cómo comportarse: ser viajera regresando desde lejos, cargada de cuentos de una ciudad de ensueño relativizando lo objetivo, diciendo que venía por asuntos de papeles y averiguar si podía comprar alguna cosa. Al menos invertir en el sector inmobiliario porque en Nueva Jersey -ella diría New York, es más fácil de comprender para la gente de aquí- no pensaba quedarse a morir. Venía a ver, quería recuperar sentimientos y paisajes, olores significativos pero podía ser una exageración. Ella podría perderse con placer en NY City y jamás lo haría en ese barrio miserable. Pensaba en todo eso del exotismo y fuga, escapismo y compensación; el instinto regulado por el olfato la orientó hasta la casa de la hermana, como si aquello fuera el vago Oriente que imaginaban nuestros abuelos bajando de los barcos de carga. Estaba ahí parada, con pocos segundos para arrepentirse de la iniciativa podía dar media vuelta e irse por siempre. Le faltaba preparación para confrontarse con su pasado inmediato que podría machacarla y seguir adelante lanzada a la continuidad de la mentira. Por dios... a sus años confrontada a trivialidades tales como pasado y mentira. La suerte decidió por ella y alguien la atrapó por las rodillas.

-Qué suerte que viniste títa, te estábamos esperando.

Era inadmisibles de atendernos a lo que venía pensando y sin embargo ese gesto infantil tranquilizó a mi querida prima. Podía dejar de lado las excusas por la ausencia de tanto tiempo o contar lo ocurrido esa mañana aunque fuera un mal sueño, la estaban esperando y ella olvidó cuándo fue que fijó el encuentro con la hermana mayor. Creyó que si buscara con atención dentro de la cartera hallaría la tarjeta del hotel donde estaba parando en Montevideo, la dirección de un estudio amoblado en Pocitos alquilado por fax para estar libre durante la estadía entre los suyos. Con una hermana se es así, uno puede pasar años sin llamarse ni enviarse una postal e importa poco. La indiferencia fraterna se soluciona rápido, el antiguo encono propio a toda familia pasa. A los pocos minutos de charla se recupera la complicidad, la memoria de un puñado de recuerdos compartidos que resisten y perseveran; pocos pero intensos, la evidencia de diferencias de personalidad que se apreciaban desde aquellos tiempos. ¿Esa mujer que la había abrazado y besado era por cierto su hermana? ¿Los padres comunes eran suficiente para considerarla de otra manera, como a una desconocida? ¿Por qué le sobrevino la idea de venir a visitarla precisamente hoy? ¿Qué tipo de sentimiento justificaba ese desplazamiento enorme? Diría que se trataba de miedo, puede que una necesidad de equilibrar el contrapeso del pasado, seguro que un conjunto de normas sociales. Fue ella que decidió venir a visitarla y programó que -una vez contenido el llanto de la saturación emocional- contaría el crimen del amanecer, que

obviaría pedirle apoyo en tan difícil trance y además se marcharía pronto evitando comprometerla.

Anastassia Lizavetta quería narrar sin entrar en detalles escabrosos, contar era asegurarse que lo había hecho y la mejor manera de empezar a entender las razones indecibles del crimen dispersándose a cada minuto que pasaba. Tener la primera versión propia de algo que debería -de ahí en adelante- repetir ante los más variados interlocutores cientos de veces, procurando que las variantes no se contradigan. Debería hallar palabras que pudieran describir con precisión el acto incomprensible para los otros y concentraba el sentido de la vida, incluso desde cuando tuvo conciencia de tener una hermana mayor. Lo que debería ser una maniobra de liberación se le quedó atravesado en la garganta y el cerebro. Nunca fue a New York y estaba en el living hablando una hora sin parar de su casa en las afueras y los museos, del jardín cuidado, teatros con marquesinas, prodigiosos aparatos electrodomésticos y puentes interminables. Estaba lanzada en un monólogo neoyorkino como una actriz principiante buscando su oportunidad off Broadway. La hermana escuchaba con discreta admiración, algo de envidia deslizada en sentimientos menos cuestionados y un distanciamiento creciente mientras el niño miraba televisión.

La hermana la había esperado, a pesar de la negativa de la visitante que terminó aceptando para no despreciar, le había preparado un aperitivo con platitos llenos de cositas ricas. Serían menos gustosas que las de allá, pero fueron preparadas con amor como merece una espera de años. La hermana mayor guardó atesorando los gestos de la familia, la curiosa fidelidad

de permanecer en el aura de la degradación familiar la convirtió en propietaria legítima de los célebres vasos de clericó. Los mismos de la infancia con colores bordó esfumados e incrustaciones doradas, vasos de muertos y que ellas, las dos hermanas reencontradas, utilizarían en la escena emotiva del brindis por la familia terminada. En algún momento de la conversación Anastassia Lizavetta consideró regresar sobre sus pasos y contarle a la hermana lo sucedido, sería quebrarle la ilusión de la familia que le parecía delicada como los vasos de clericó heredados. La hermana mayor estaba pendiente de cuentos de países lejanos, tampoco era que deseaba mudarse para allá ni exigía informaciones detalladas, eran sus ganas de escucharla aunque faltaran novedades. Mi prima le contaba lo visto en las series de televisión, seguro que la hermana mayor conocía hasta el hartazgo lo escuchado pero se hacía la desentendida. Dispuesta a seguirle el juego, sin preguntar la verdadera razón que la llevó hasta su casa, el motivo del desplazamiento de la hermana que se distanció en los últimos tiempos. Contaba escenarios de una película, el informe especial ilustrado de algún suplemento dominical, los programas de viajes vistos en la televisión, esas horas de encantamiento que la llevaron a conocer la ciudad y compitiendo con brío con su ilusión londinense.

Recuerdo que una vez me dijo que pudo hacerlo con tanta facilidad porque todos estuvimos en Nueva York, cualquier viaje a la ciudad del norte será una experiencia de lo ya conocido. Todos cruzamos en auto descapotable el puente de Manhattan, conocemos por dentro la decoración de los restaurantes de little

Italy donde asesinan mafiosos cono ametralladoras y el gusto del arroz con bambú tierno en Chinatown. Llegamos en Ferry hasta la base de la estatua de la Libertad dispuestos a subir hasta la llama, alguna vez en nuestra existencia hicimos jogging por los senderos peligrosos de Central Park y viajamos en helicóptero sobrevolando los rascacielos cuando el sol del ocaso golpea en los cristales centuplicados de las Torres Gemelas. Subimos a taxis amarillos conducidos por un extranjero con turbante venido del mar Indico y cruzamos el famoso puente persiguiendo a pérfidos latinos traficantes de droga; sentimos el miedo de bajar en la estación de Metro equivocada por debajo del Bronx pasada medianoche y conocemos la mampostería de los teatros anunciado las últimas funciones de Cats. Vimos la población multirracial en las calles numeradas frente a enormes semáforos y compramos un hot dog en un puesto callejero de Greenwich Village. Entramos en la recepción de los grandes hoteles como El Plaza sin sentirnos intrusos, perseguimos malhechores venidos del Este por depósitos portuarios abandonados y nos reconocemos proyectados como extras de películas de Woody Allen arrullados por música de jazz de los años treinta. Alguna vez virtualmente subimos las escaleras del MAM, jugamos a la bolsa en Wall Street en el minuto final antes del cierre y gritamos por una canasta triple de Michael Jordan en el último match del play off de la liga NBA.

Le contaba todo eso a su hermana como si fuera una vieja conocida, la hermana mayor simulaba creerle t se servía más vermú en el juego de clericó de la familia, de cuando ellas eran chicas.

-Esas porquerías, dijo la hermana con inesperado desprecio. Se refería no a los vasos sino al manga japonés que mira el hijo, violentos dibujos animados con caracteres occidentales, tara entre dos mundos. Nunca pasan cinco segundos sin que se den un golpe mortal, haya una transformación humana en máquina, se presienta una catástrofe planetaria, surja del fondo del mar un monstruo con pesadillas de destrucción y se ejerzan superpoderes sublimados de guerreros marcados por la derrota en la realidad. La capacidad de engendrar manifestaciones del mal se inocular desde la infancia, junto con el gusto de diseñar jardines zen con arena radioactiva y piedras ensangrentadas de Okinawa. La conciencia de la falta de superpoderes los deja aplastados para el resto de la vida, nadie es nada en el cosmos si carece de superpoderes. "Se van a volver tarados" dice la hermana mayor y Anastassia Lizavetta querría replicar con algo pertinente sobre la educación infantil. El descontrol entre los responsables de la televisión, los beneficios de llevar a los niños de la edad del sobrino a ver espectáculos infantiles, iniciarlo en un taller espontáneo de música popular. Dadas las circunstancias y el duro golpe que sufrió su credibilidad como mujer sensata, la iniciativa puede ser considerada una tontería. Dice:

"en nuestro tiempo las cosas de la televisión eran diferentes, nosotras éramos inocentes y románticas. Ahora vos, allá en Nueva York verás otras cosas que teleteatros, habiendo tantas maravillas para conocer. Pero aquí todo está cambiando, no te creas...

"los argentinos están muy grasas y cuentan historias de conventillo, las colombianas rurales, los brasileños sueñan con

los nuevos ricos, los mexicanos se pasan tres años detrás de un niño robado y nosotras siempre viendo a los otros, balconeando la historia.

"yo me hallo con las historias venezolanas, es increíble. Se parecen más a nosotras, al menos lo que fuimos nosotras, mirá vos quien lo iba a creer... hace dos años pasaron uno que era la historia de nuestra familia. Te lo juro.

"hasta en los menores detalles. Recuerdo que lo miraba con pánico, cada tarde me repetía esto no puede ser, es demasiada casualidad. Sobre todo papá, estaba como pintado, no tanto por el aspecto pero si las reacciones de carácter tan propias de él. Vos te debés de acordar.

"lo digo porque apareció hasta aquel incidente contigo. Nunca me dijiste lo que en verdad había pasado entre ustedes y yo respeto tu silencio, aunque conociéndolo al viejo me lo puedo imaginar. Historias de familia, viejas y olvidadas, pero el protagonista era el vivo retrato de nuestro padre. Sus reacciones cuando algo lo fastidiaba, la manera de administrar el dinero de la casa y hasta el final.

"lo miraba y parecía que el autor había vivido con nosotros una temporada, que alguien de la familia le hubiera contado a un productor nuestras intimidades y te podrás imaginar en quien pensé...

"... ya sé que siempre hay alguna coincidencia, cierto parecido, pero eso era demasiado. Un día me propuse dejar de ver la tira pero era más fuerte que yo, todas las tardes quedaba hipnotizada frente al televisor.

"pensé -a veces me pasa eso de pensar. que el mundo moderno le daba a cada familia la posibilidad de guardar otra forma de recuerdos. Como si nuestras vidas tuvieran el derecho de ser interpretadas por un egresado de la escuela de arte dramático de Caracas y en un futuro cercano organizaran concursos de intimidades. Mándenos el resumen de la historia de su familia, si nuestro equipo de producción lo acepta y selecciona su historia, usted tendrá derecho a una semana en Cancún con todos los gastos pagos; sobre cada miembro de su familia que nuestro comité de selección decida convertir en personaje de la tira, podrá elegir cuál estrella lo interpretará entre un terceto que le propondrá la producción. Piénselo bien y sin precipitarse, su drama inenarrable de un barrio de esa bella ciudad de Montevideo podrá ser seguido y conocido en sus mínimos detalles por la colonia latina de todo el mundo. Hasta en Moscú, donde adoran a Verónica Castro.

"a mí me parecía absurda la idea de representar la historia de nuestra familia en la tierra de Moscú, a pesar de los nombres que nos destinaron. Mirando hacia atrás creo que nos pasaron demasiadas cosas sin darnos cuenta.

"por suerte eso es el pasado. Creía que se trataba de una preparación para una tragedia desmesurada, por eso cuando recibí la carta anunciando tu viaje me vino un chucho terrible. El miedo de que todo pudiera recomenzar y tuviéramos derecho a una segunda temporada de teleteatro.

"te lo juro por mis hijos, estoy segura de que vos también pusiste algo de tu parte para que la situación pudiera parecer tan real y puede que fuera al revés: que reconocieras en el actor rasgos de

papá y hubieras deseado que lo sucedido en realidad haya sido apenas una parodia de teleteatro."

-Pero no vine de tan lejos para que me cuentes comedias venezolanas.

-Tienes razón, ahora que te tengo delante no sé ni qué contarte. Me gustaría decirte que hay cosas bonitas, pero supongo que al llegar habrás observado la degradación del barrio. Me olvidé que vos, viniendo de tan lejos estás acostumbrada a otra cosa. Contá vos".

A la hermana mayor era cierto que le hubiera gustado contar cosas lindas, en los últimos cinco años nada parecía valer la pena en su existencia, al extremo que deseaba ser olvidada por la familia. Lo único que la removía era algo desagradable y se trataba de su trabajo mientras cuidó enfermos terminales, viejos varones cercanos a la muerte que en un delirio final se aferran a la vida de manera increíble. Lo que tal vez la hermana hubiera contado a la viajera sucedió hace tres años, cuando la fábrica de botiquines donde llevaba la contabilidad cerró y de un día para otro se quedó sin trabajo. En ella no funcionaba la frustración de la falta de trabajo ni la necesidad de salir de la casa para rehuir ser ama de casa full time. Bien podría cocinar, incluso lavar platos, como lo había intentado la hermana del medio esa misma mañana con el resultado consabido, y planchar, sobre todo planchar cuellos y puños de camisas. Era más simple: faltaban tres mil pesos para llegar a fin de mes.

Desesperada y como se dice de un día para otro, la hermana mayor de Anastassia Lizavetta fue la mujer más desgraciada del planeta. Debíó salir a la calle a buscar trabajo para sentirse bien y encontrar plata, efectivo, billetes a como diera lugar. A los pocos días consiguió una changa para cuidar un moribundo en Impasa, debía pasar la noche junto al enfermo comatoso sin perspectiva de despertar, un vegetal desahuciado. Pagaban bien y eso ayuda; el moribundo pertenecía a una familia pudiente, la proposición le destrozaba a la hermana mayor su plan de horarios domésticos en tanto durara la situación, ya se irían arreglando sin ella y había que elegir.

A la segunda noche era ella que tenía lástima por la familia pues era partícipe de una situación sin retorno, deseaba que el pobre hombre se muriera pronto y dejara de sufrir. Cuando le pagaron en billetes nuevos la primera vez, fue como si algo metálico hubiera obturado su circuito moral y al contacto del papel moneda rogó para que así se mantuviera el agonizante, durara lo más posible hasta que ella consiguiera otro trabajo que fuera tan bien pagado. Nada le importó el agonizante si es que sufría según comentaban las enfermeras, ni que mejorara lo que era improbable de acuerdo a los pareceres del especialista. La hermana mayor deseó que el paciente a su cargo en la madrugada se mantuviera con vida, estacionario por siempre en ese estado que lo hacía dependiente. Cuáles fuerzas corporales se ponían en funcionamiento cada madrugada para evitar el triunfo de la muerte ella lo ignoraba, qué sueños e imágenes flotarían en ese cerebro al borde del colapso para seguir así manteniéndolo, enviando la débil señal de una descarga

eléctrica, la superaba. Cuál recuerdo justificaba seguir peleando secretamente en la inconsciencia biológica era imposible de saber. ¿Y para qué? En una de esas noches (a esto habían pasado once madrugadas) sobrevino la crisis, cuando la hermana mayor oyó estertores desagradables que la sacaron de la somnolencia. En el piso de Impasa había a esas horas un silencio de muerte, ni se escuchaban las zapatillas de las enfermeras contra el mármol del suelo, tampoco el vaivén de las puertas que dan a las escaleras. El viejo era un cuerpo con convulsiones, la muerte y su cortejo llegando en pompa y circunstancia, había en la habitación una fuerza inhumana queriendo imponer su voluntad.

Durante el primer minuto de las reacciones, ante las sacudidas del agonizante, ella permaneció hipnotizada contemplando el espectáculo del cuerpo vaciándose de vida, decidida a negarle a Muerte que le sacara del bolsillo doce mil pesos que le estaban debiendo. Decidió que ella también pelearía contra Muerte, sola si es que el cuerpo del viejo decidió entregarse. No se trataba de llamar a la nurse como nuera con pánico, solicitar que las enfermeras de la noche aplicaran un tratamiento urgente para sacarlo del combate final y sacudiera del sueño vegetal. La hermana mayor estaba dispuesta a darle a ese cuerpo las ganas que hicieran falta para seguir viviendo un tiempo más y la familia continuara pagando. "Yo puedo hacerlo" se repetía confrontada a convulsiones sin diagnóstico y que ocultaba eludiendo llamar la atención, creyéndose en esos momentos Santa Mujer dispuesta a dispensar un Don Superior que viniera de serle concedido. Fue así que llevó la mano a la cara del casi muerto y

comenzó a acariciarlo, recordándole la presencia tangible de esta parte impura del mundo antes de las almas absolutas. El cuerpo del viejo creyó al comienzo que era la mano de Muerte anunciando la partida; al final de dolores y la aceptación de renunciar a la vida, la inutilidad de controles de la ciencia médica. En el silencio de la noche de Impasa lo abstracto se resolvía en una mano, la supuesta mano de Muerte tirando del tobillo de persistir la resistencia, lo tomaría de la mano de haberse decidido a orientarse por el túnel con la luz cegadora del final. Muerte era la sensación de una mano en el cuerpo, pero esa mano era impotente y sin exigir que se la siguiera al otro mundo; era una mano buscando apaciguar en el último y peor momento de la vida. Muerte era experiencia profunda e incomunicable. Algunas veces Muerte se manifiesta con una actuación que la vuelve invisible; en este caso se asistía a una ruda confrontación ocurrida en regiones profundas del ser corporal distante de cuidados intensivos, un lugar donde los signos vitales confundían su sentido definitivo. Eso duró algo así un minuto que a ellos les pareció más y lo sucedido era una advertencia de Muerte.

El anciano a cargo estaba tranquilo, cierta paz que de pronto se instaló en su rostro, supresión inaudita de las arrugas propias del miedo previo a la entrega definitiva, si bien se marcaba el entrecejo con una arruga de hombre joven pronunciándose cuando la hermana mayor retiraba la mano. "Mi mano" dijo la hermana mayor. La mano de consuelo del comienzo se convirtió en mano de caricia y algo en ese cuerpo (ella nunca lo vio despierto, nunca vio el color de los ojos, tampoco supo si él

escuchaba las palabras que comenzó a susurrarle al oído ni escuchó la voz del moribundo) predispuesto a Muerte lo agradecía. Era como si existiera un acuerdo entre la voluntad de la hermana mayor y el cuerpo inmóvil del comatoso. Se hubiera abierto en las últimas noches una línea invisible de comunicación, el último pacto biológico distante del todo luminoso lindando con Muerte. Como estertores de ahorcado ella percibió un movimiento curioso, cuando levantó la sábana corroborando si estaba cagado encontró una erección. De los testículos del moribundo salía un arco perpendicular parecido a una prótesis, falo inverosímil como si la poca sangre que continuaba circulando por el cuerpo mejorada con productos de agregados por los tubos, se hubiera concentrado en el sexo respondiendo a un llamado. La hermana mayor atinó a mirar hacia la puerta por si la erección despertaba la intriga de la guardia nocturna. Se acercó al vestíbulo asegurándose que nadie había en los corredores y faltaba una hora para la siguiente vuelta de las enfermeras. La hermana mayor sonrió como si hubiera hecho una travesura sancionada por el reglamento de Impasa. De inmediato esa sensación infantil fue trastocada por otra asimilable al velo de una vestal, hetaira al servicio de la última frontera Muerte, que para retardarse la incitaba a claudicar sus convicciones para ganarse unos pesos extra. Reflexionó sobre las condiciones de moral ambigua que parecía inmiscuirse en el incidente.

En el balance pudo más la impunidad de soledad, sus ganas de construir un secreto y verse implicada en un episodio requerido de silencio e incontable. La tentación de concretar algo que nadie

suponía potencialmente en ella, emprender una ruta infrecuente de la abyección, si es que esa sensación que la ganaba podía describirse así. Acercó la mano al enorme sexo del moribundo mirándolo fascinada, confrontando sus impulsos a tanta destrucción que estaba del otro lado del cuerpo lo tocó y acarició buscando alguna reacción en otro lugar. Sólo el sexo respondía al contacto de la mano, el rictus de la boca vieja, el tubo babeado, el blanco seco en la comisura de los labios, el resto de los miembros no reaccionaban a la manipulación de mi otra prima. Cerró los ojos para indagar si lo desagradable e indecente de la escena podía omitirse y no obstante aquello era un sexo masculino y ella tenía la mano seca. Se puso en la yema de los dedos crema humectante, comenzó a hacerlo con intencionalidad difusa, quería saberse haciéndolo, estaba curiosa por la reacción inmediata descartando las consecuencias, es más: se sentía la buena samaritana libertina, si bien la acción tenía aspecto de devoción particular. Temía que alguien llegara en esos instantes y la sorprendiera. Era tarde para detenerse, tapó la zona crítica con una sábana, acercó una silla a la cama y se sentó, colocó cerca una revista abierta y evitó mirar lo que sucedería; así estuvo un rato buscando una cadencia, calculando reacciones, tiempos e intensidad. Pasaron unos minutos del disparate hasta que sintió llegar lo improbable, el golpe tibio viscoso en la palma de la mano entre dedos humectados; resintió el tirón, las convulsiones localizadas impidiendo que se manchara la sábana y los borbotones se sucedían como si la arteria femoral hubiera reventado. Luego destapó y lavó poniendo cuidado como si se tratara de un viejo conocido de la

familia atenta por si advertía otra reacción muscular en el cuerpo. Amanecía, los indicadores electrónicos informaban que el paciente había sobrevivido otra noche de invierno.

Llegaron las enfermeras de la mañana, nadie imaginó lo ocurrido en el cuarto amarillo y menos en los abismos ignorados del paciente. La palabra era la misma repitiéndose: estacionario si bien había una pequeña modificación a nivel cerebral que debía tenerse en consideración. La hermana mayor vivió el resto del día nerviosa, esperando la llamada de los familiares del paciente para avisarle que falleció y estaban a la espera del resultado de la autopsia para insultarla. Nada sucedió ese día que pudiera inquietarla y a la noche siguiente se repitió el incidente de erección con sus acciones consecuentes. Le consta que hubo en el pacto variantes que quisiera olvidar y cuando eso se producía, sobre la mesa de luz comenzaron a aparecer objetos. Anillos antiguos, collares de perlas naturales, formas brillantes para aplicarse en los moños del pelo, bisutería de fantasía de altísima calidad, alguna que otra pieza importante de una artesanía olvidada que usaban las elegantes cuando las fiestas del centenario patrio. Ella nunca supo cuál era el origen de esas alhajas que aparecían sin explicación en la habitación de Impasa, como si algo y eso era seguro las trajera hasta allí desde un lugar distante en un momento de distracción de los sentidos, en una operativa que le estaba vedado contemplar. Durante las semanas que duró el tráfico, nadie de la familia habló de esos objetos, ninguna enfermera preguntó por un anillo olvidado, ningún familiar de internado en ese mismo piso reclamó por un

robo y cuando ella le preguntaba al muerto si era el responsable, el hombre no reaccionaba.

Dejó de cuidarlo cuando una hija del paciente, mujer con la que se entendía a las mil maravillas le contó que alguien, hace de ello mucho tiempo, antes de que el padre presentara los primeros síntomas de la enfermedad y sin que la familia se percatara, les había vaciado el alhajero de la madre. Por un asunto menor ellos fueron a abrirlo esos mismos días y resultó que todo había desaparecido. "Fue hace tantos años, que ni sé por qué se lo cuento; seguro porque presiento que estamos en las últimas, perdóneme." La hija del moribundo indignada y en confianza le fue describiendo a la hermana mayor las alhajas robadas; eran las mismas que ella encontró en la almohada, sobre la mesita de luz, en la repisa del baño y hasta adentro de la cartera. Si la hermana mayor de Anastassia Lizavetta le hubiera contado a la hija del moribundo lo sucedido con su padre las últimas semanas, seguro que la hubieran denunciado y habría terminado presa. En algún momento de la agonía a manera de agradecimiento por el tratamiento de recuperación, el enfermo se las ingenió para traer como presente joyas que fueron de su esposa; que él escamoteó a herederos, ladrones caseros y dilapidaba recuerdos in articulo mortis, denigrándolos a la búsqueda del último placer de tránsito y peaje al infierno tan temido. Pagaba desprendiéndose de lo que más apreciaba de su vida y de manera ritual a esa desconocida osada e intuitiva, enfermera y desesperada, pagaba una noche más, pagaba la caricia retardando el proceso de dejarse ir escuchando el llamado de Muerte, para encontrar allá a su querida esposa,

aunque con cada joya que cedía a las manos de la desconocida se hundía más en las llamas eternas.

La hermana mayor luego de conocer la historia del robo dejó pasar dos días y renunció a la guardia nocturna argumentando que debía volver a su trabajo, un nuevo contrato le permitiría terminar con la situación del seguro de paro. La hija del agonizante entendió lamentándose, pidió una noche suplementaria para buscar a alguien que la reemplazara. Esa última noche ella se permitió algunos excesos y más tarde, sobre la mesita de luz, encontró el brillo de una moneda de oro mexicana. A los pocos días se enteró que el hombre murió entre convulsiones horribles y que no hacían sospechar los meses de agonía calma, con dolores que ninguna droga pudo aliviar ni triplicando la dosis, como si padeciera los merecidos castigos que lo aguardaban del otro lado. Eso le hubiera gustado contar a la hermana mayor de Anastassia Lizavetta y sentirse aliviada de un recuerdo que la acosaba desde hacía años; convencida de que la moneda mexicana de oro era pura fantasía, los chinos insulares las imitaban de maravilla y la hermana llegada de Nueva York terminaría por reprocharle lo hecho. Tampoco le hubiera contado que otra vez lo tentó con otros pacientes y el milagro de Impasa nunca más se reprodujo.

Las hermanas estaban para eso, escucharse sin contar -lo hacían siendo jóvenes- sobre sucedidos de verdad personales. Pasadas dos horas de entrevista, ninguna se permitió el atrevimiento de

ingresar a la charla, que ambas coincidieron en calificar de muy esperada, las historias marcantes y eso que había una presunción de que pasarían años antes de que se diera otra oportunidad. De pronto, alguien en el televisor cantó una canción romántica, era José Luís Rodríguez El Puma avanzando un bonito genérico de teleteatro. Anastassia Lizavetta tuvo en ese instante un deseo incontrolable de huir de la casa de la hermana mayor, cualquier cosa sería preferible a permanecer una hora más allí simulando silencio y mirando cada treinta segundos los vasos de clericó, recuperando olores recordando que nunca vivió en Nueva York. Era tranquilizadora la perspectiva cercana del calabozo, al menos estaría en soledad. Tenía que irse de allí y en los próximos minutos, es una suerte cuando la gente reconoce que no tiene nada para decirse y algo murió para siempre. la urgencia de regresar al segundo turno de la fábrica de calzado deportivo en Nueva Jersey, que la visita fuera el pasado irrepetible y clausurado.

La mayor advertía que la hermana segunda estaba fastidiada, perdía la última oportunidad de contar en confidencia episodios en que le iba la vida y tampoco le importaba demasiado. Estaba harta de evocar años de miseria, fingiendo interesarse con admiración recubierta de fraternal envidia por la nueva vida en Nueva Jersey. La hermana mayor miraba la hora en el reloj Ferretti colgado en la pared, faltaban siete minutos para que comenzara su comedia favorita y la del medio, ahí sentada, probó apenas lo que ella le preparó, contándole de allá sin parar e insensible a su historia en la noche de Impasa. La fastidiaba impidiéndole seguir el episodio de hoy, que prometía

revelaciones determinantes sobre el pasado doloroso de la protagonista. La situación creada era incómoda, las peripecias de Perla Zulema le importaban más que lo que pudiera contarle la hermana del norte. La hermana mayor era una mujer sencilla y quería regresar a su vida de todos los días, con menos hipersupermercados donde se compra todo, hasta yerba argentina, sin supercarreteras de varios niveles y tréboles de cemento gigantescos, quería despedirse de una vez de la verdadera vida de lejos. NY City era más soportable en las seriales de la televisión que en la versión de la hermana segunda, que tenía algo de forzado.

-Tres minutos, dijo la hermana consultando el reloj pulsera y marcando la cuenta regresiva.

En murmullo alguien evocó la hora decidiendo que se hacía tarde, recordando la necesidad de partir con anécdotas para contar y ya habrá otra oportunidad de ponerse al día. Sin que nadie lo hubiera advertido una de las dos pidió un radio taxi por teléfono; eso se extravió en el trayecto. El segmento de la charla entre el deseo de urgencia y la inminente llegada del taxi, cuando existió, se me hace difícil suponerlo. Incluso a la distancia que me halló del incidente, importante pero menor si se lo compara al resto de los hechos, ellas debían fingir con los minutos contados. El taxi llegaría en tres minutos, es posible que el coche estuviera esperando en la calle. La despedida fue rápida, incluyó el nos estamos llamando, comemos afuera una noche antes de que viaje y el pensamiento de Anastassia Lizavetta: qué enorme sorpresa te llevarás mañana cuando enciendas la tele. ¿Serás capaz de venir a visitarme a la cárcel

de mujeres? ¿Habrá llegado a la puerta el Toyota negro? ¿Será el mismo taxista que la miraba por el espejo retrovisor? ¿Si ella hubiera venido realmente de Nueva York hacia dónde iría con el taxi pedido?

Iría a la costa; si ella viviera en el extranjero le hubiera gustado ir hasta Punta del Este a ver la evolución de los edificios en San Rafael, reconocer los lugares de alguna vacación feliz de los décadas pasadas. Al menos debía disimular las ganas de ir a Punta del Este; estación balnearia asociada a años de dulce e intensa locura de la vida despegando como un Boeing. La vez que fumó marihuana y se metió en la cama con el novio y la amiga inseparable de entonces, veranos en flor de experiencias desafiantes llevándola lejos de los olores dejados atrás por una temporada. En ese verano episódico que pudo ser programado por la hermana menor, sabía que dentro de poco su vida sería parecida a la de su familia y eso le resultaba insoportable. Por entonces le gustaba pasearse al atardecer con calzones estridentes ajustados por adelante y que se marcara su entrepierna. Ello debería responder a un impulso erótico profundo que durante aquel verano resultaba crucial; a ella le gustaba ese estilo de caminar recién descubierto, disfrutaba esa manera de entrar a la terraza de los bares y que los tipos, desde los pendejos pajeros hasta los camareros, los veteranos acompañados por viejas maquilladas y los tan pitucos que parecían afeminados, lo primero que hacían cuando ella pasaba, fingiendo buscar a alguien entre las mesas, era mirarle la concha para comprobar si era verdad. Es innegable que desde chiquita mi querida prima tuvo una concha saltona, me decía que luego

del primer impacto todos procuraban fijarle la mirada en la cara, en los ojos, para comprobar la intensidad y calentura de la mirada atravesando los lentes de sol; que debería corresponder a esa ilusión de sexo lila y violeta dibujada por el calzón en licra metido allí medio comido por los labios, en contacto con pelitos dulces y suaves de mi prima carnal. A la espera del taxi esa experiencia del deseo multiplicado parecía lejano, era el patrimonio íntimo y secreto de algún verano perdido cuando tenía entre 20 y 25 años.

Si fuera necesario podría precisarlo para establecer la sucesión correcta de los episodios evocados; es preferible dejar ese recuerdo solar en el quinquenio glorioso, entre tanteos y el comienzo de la vida tal cual es. El plan quinquenal de vivir intensamente intuyendo que no habría escapatoria y llegaría la vida que llegó. En alguno de esos años, durante algunas semanas entre navidad y finales de marzo, en algún apartamento entre el cuarto piso y el penthouse, en algunas horas entre las tres de la madrugada y las ocho de la mañana, con algún conocido entre Lucio y Marcelo, alguna amiga para pasearse del brazo de la barra entre Andrea y María José, algún calzón de licra ajustado entre las piernas derecha e izquierda, caminando sobre una pasarela por Gorlero entre el atardecer y medianoche, entre el Hotel Palace y el Casino Nogaró de la entrada a la península de la fantasía. Un recuerdo de algo entre, que le parecía lejano como su vida de extranjera en los suburbios de New York y ambos más cercanos ahora que sale de la casa de la hermana mayor, que el amanecer confuso ocurrido en la Torre L del Parque Posadas.

Como si aquellas caminatas premeditadas fueran más verdad tangible que lo ocurrido en su hogar esa mañana, caramba con la capacidad de selección que tiene la memoria. Le llegaba al recuerdo la expresión ordinaria de aquella muchacha, el recuerdo de lo que podía haber sido el amor de su vida en secreto y ella que había pasado a su lado sin percatarse. En aquel verano recordado del quinquenio de oro, cuando ella pudo tal vez elegir el destino que estaba deparado para la hermana menor. Había un régimen estricto de ensaladas para no pasarse un gramo y una manera tahitiana de anudarse un pareo, una canción insistente de Lionel Richie que se escuchaba todo el santo día, había la obligación de ir a la playa de moda también a broncearse, la rutina aceiteada de gestos agradables que mi querida prima hubiera querido repetir toda la vida, en tanto concentraban cierta idea insuperable de felicidad y unidad, pero que eran intensos. Tal vez y ella sin saberlo porque estaban sujetos al leve tiempo del calzón lila, que se metía en la entrepierna llamando la atención hasta el escándalo. Esas condiciones que hacían de la apariencia de su sexo el corazón del mundo y por tanto ella era el centro del universo. Hay que ser el centro del mundo aunque sea una sola vez en la vida. Después me contaba -con sinceridad inconsolable y dificultades para hacerlo mediante palabras exactas- que lo sucedido aquellas semanas tenía algo de irreal para disipar cualquier duda y esperanza. Los días fueron coincidencia, el apartamento era prestado, el novio de paso un traspaso dentro de la misma tribu y el calzón lila de los atardeceres, que quedarían grabado en su memoria íntima y las terrazas de los bares de moda, cuando

logró conmocionar el universo masculino, era de la amiga del cuerpo. A esa hora ellas reían, se tomaban del brazo apenas suscitando el equívoco y la amiga le comentaba por lo bajo: "si supieran esos que te la comí toda la siesta." Lo inolvidable resultaba prestado, los pocos días de vacaciones eran prestados a un altísimo interés que nunca terminó de saldar. Mi prima empezaría a pagar cuando llegaran las primeras lluvias de marzo, que cierran el verano como dice una canción de Tom Jobim. Era como si esos días nunca hubieran existido, quizá de la misma manera que no existió el viaje y la vida en las afueras de Nueva Jersey, como pudo no haber existido lo de esta mañana, el cuchillo emboscado en la pileta y el resto. Mi prima se negaba a ir a comprobarlo a la Torre L del Parque Posadas. El sobrino que salió a esperarla ni vino a despedirse de la tía; en ese instante preciso, un súper maldito intergaláctico estaba lanzando un multiataque devastador con el hiperpoder de los multirrecursos con la intención de suprimir el pequeño superhéroe japonés con rasgos infantiles, de fácil identificación para el hijo menor de la hermana mayor. Era el momento menos apropiado para decir un adiós poderoso a la supertía asesina. La cara de la hermana mayor que trabajó hace tiempo en las noches de Impasa saludó unos segundos y apenas el taxi arrancó, volvió de prisa hacia la casa pues llegaría con la comedia empezada. En alguna terraza panorámica de la zona residencial de Caracas estaba en juego la felicidad de una muchacha desgraciada llamada Perla Zulema y que dos años atrás fue segunda princesa de Miss Venezuela. Mientras en la pantalla se retomaban las últimas escenas del episodio anterior, nuestra Anastassia

Lizavetta se dirigía a la nueva terminal de ómnibus de Tres Cruces. ¿Tendría allí alguna cita con el destino? No se pierda el próximo capítulo de esta apasionante novela, que usted puede seguir bajo los auspicios de nuestro patrocinador pensaba mi prima saliendo a la vereda.

-Tres Cruces, dijo Anastassia Lizavetta y el taxista arrancó sin responder ni con un gesto de cabeza.

Sin entablar conversación como los anteriores, buscando llegar a Camino Carrasco para sentirse en territorio seguro; el chofer era del tipo silencioso y por venir ella de donde sabemos, era lo mejor que podía sucederle. Mi querida prima tenía la sensación comprensible de que por última vez miraba esos paisajes inolvidables, el almacén minorista estaba en ruinas, la carnicería envejecida ni había repintado el cartel del novillo sonriente, una estación de servicio abandonada con la insignia de un Pegaso luminoso destruido a pedradas. "Nunca volveré aquí" me dijo que supo y la ganó una tristeza propia de la convicción. Se despedía de una historia que pudo haber sido la suya de no mediar el quinquenio de vivencias excitantes, de haberse quedado habitando una zona que se pareciera al barrio de la infancia, para conocer la suerte lejana de Perla Zulema, la cuarta hermana virtual que decidió huir a Maracaibo.

Consideró cambiar de rumbo, obligar al taxista a regresar al Parque Posadas, era tarde para incidir en cierta inercia de los acontecimientos instalada como un manto de nubes. Su trayectoria resultó equidistante, ella quebró con las manos la

continuidad de vivencias, se abrió en su vida la brecha por donde desfilaban en película sin montar escenas cortadas del pasado. Si distinguió el travelling de su caminata con el calzón lila por la terraza de la cafetería en Punta del Este, fue porque la noción de secuencia la disolvió el ácido del horror. Pudiera ser yo queriendo recordarla en el verano de su esplendor, de manera egoísta sin aceptar que ella estaría rumbo a Tres Cruces pensando en asuntos inmediatos y concretos. Tampoco era que se hubiera arrepentido, nadie se arrepiente de algo pendiente y magro consuelo, quedaba en precipitado la coartada del sueño, otra posibilidad de fantasía proyectada vislumbrando un deseo homicida. Considerar un engaño sensorial o la hipótesis de locura que retorna e insiste; enorme tentación, tranquilidad para la explicación, insatisfacción por alejamiento a sabiendas de la verdad.

Hacía horas que descuidaba las manos, cuando las contempló recostada en el asiento trasero del taxi, le pareció imposible que esas manos hubieran terminado con la vida del marido, tampoco eran manos de una mujer feliz. La hermana mayor tenía al menos un destino de mierda aceptado con resignación que la ennoblecía y la menor las utilizó para modular como quiso su vida. Lo suyo era la irrupción de cierta duda determinante: sus manos eran o pertenecían a los sueños, deseos de felicidad mediocre y equilibrada que estalló en pedazos. ¿Qué había querido ser de verdad mi querida prima? Nunca lo supe con certeza, algo que se guardó en secreto y la unidad intensa que buscó sin exclusiones. Habitar en una casona de Punta Carretas con cocinera y haber sido correo guerrillero adolescente para

vivir peligrosamente. Ingresado al elenco de El Galpón, probarse si era una buena actriz en las obras de Sartre y colgado grabados en la Galería Aramayo por si estaba dotada para la plástica. Le hubiera gustado ser mujer misteriosa y enigmática, recitando poemas del cante jondo de Federico García Lorca, cubierta por un seudónimo en mantilla de huérfana gitana. Escribir una novela lacrimosa en primera persona con la historia que terminó protagonizando. Nada de eso ocurrió, supongo que su deseo prioritario fue sencillo y las manos eran testimonio de la absurda distancia entre dos situaciones. La vida fue el fracaso previsible por intentar reconciliar las historias de tres hermanas y más cercanas de lo que supusieron.

Anastassia Lizavetta evitaba mirar el paisaje desolador de Camino Carrasco con chimeneas de fábricas de ladrillos apagadas, pavimento roto vacío de serpientes, edificios de cooperativas a medio construir y gente de cabeza gacha emprendiendo el rumbo de calles perpendiculares hacia ninguna parte. Antes era diferente. Luego de años cerca de New York era imposible identificarse en el andar falsamente emprendedor de muchachas buscando las paradas del 105 para llegarse al centro en ómnibus abarrotados de silencio. Ella rechazaba contemplar el camino desandado y buscando distraerse se concentró en la decoración de la parte delantera del taxi. Había en el encierro un olor a frutas rancias sinónimo de limpieza y una calavera de plástico que encendía ojos rojos cada vez que el coche frenaba. A la derecha San Jorge y el gato de juguete saludaba de cabeza a los transeúntes gracias a un resorte, San Cristóbal realista de estampita y en letras doradas presidía la inscripción "despacio,

tus hijos te esperan." Nada en el interior de la cabina había dejado centímetros al espacio libre, había pánico al vacío, objetos colgados, calcomanías endiosando centrodelanteros famosos, mítico perfil del comandante Guevara y postal de cataratas en la que el agua parecía moverse. El taxista permanecía impávido y en silencio para que el pasajero se extraviara ante el muestrario que tiene algo de altar. En el centro geométrico de la caja había una imagen de Cristo en versión comedia musical años sesenta, entre rayos luminosos, Jesús con champú más deslumbrante que el que le fuera aplicado a ella en la peluquería, Cristo tal como aparece en las nuevas iglesias evangelistas. Cerca un Topo Gigio y había más, aunque era tal vez mi prima que comenzaba a proyectar los sueños. Iconos de Elvis en su apogeo, una foto vieja de Serrat, el aparato marcador de la tarifa provenía de un casino pobre de Las Vegas.

El conductor que podía confundirse en la decoración tenía aspecto de hombre tranquilo, esa tarde que comenzaba tal vez el turno, él escuchaba un programa en la radio donde participaban los escuchas y abundaban alusiones de tono pícaro. Algo en la visión se le escapaba a la pasajera, había por ahí el comienzo de una leyenda, Uruguay campeón de ... pero el resto –ella suponía que se trataba de un deporte de equipo- no llegaba a distinguirlo; seguíamos ese día siendo campeones de algo y eso ayuda a la moral. Cuando avanzó la cabeza para completar la inspección del cubículo ella vio el termo y varios casetes copiados artesanalmente. Durante el viaje a Tres Cruces la música fue desplazada por el diálogo llevado adelante por el conductor del programa. "¿Y tu novio te chupa el caramelo de

frutilla, le gusta manosearte las trenzas, te la mete en apuro, te hace tragar las mentiras?" decía el animador. Los radioescuchas dispersos sonreían comprendiendo -luego de un esfuerzo de concentración- lo que en realidad quería decir el ingenioso artista radial; el cometido del programa era no dejar pasar cinco segundos de antena sin avanzar un fino juego de palabras. Los uruguayos siempre nos caracterizamos por el humor sutil, nada que ver con la guarangada de las revistas porteñas decía el quesero, y en eso el marido de mi prima estaba de acuerdo; a ella el diálogo le cambiaba las ideas, escuchar eso en tales condiciones tenía algo de experiencia alucinante. Anastassia Lizavetta armaba la coartada para explicar al pesquisa encargado lo hecho esa tarde, debía recordar el santo y seña que podría salvarle el cuello: ¿le gusta manosearte las trenzas? Eran mensajes en clave venidos de otro planeta.

Ella me llegó a contar y dijo que siendo tal la confusión de aquellas horas, preparó durante el viaje a Tres Cruces la coartada ciencia ficción forzando la imaginación. Estaba dispuesta a jurar que fue raptada por un OVNI venido de otro planeta y no era responsable del asesinato del marido porque la noche de antes se encontraba bien lejos del Parque Posadas. Los hechos sucedieron de la siguiente manera: a eso de las 19.h30 horas volvía como todos los días del trabajo, cansada pero contenta de regresar a la célula familiar, un accidente de circulación (podía verificarse ante autoridades de tránsito)

impidió que descendiera en la parada correspondiente. La policía había desviado el tráfico lo que la obligó a bajarse del transporte capitalino más lejos de donde lo hacía habitualmente. El espacio que la separaba del comienzo de las Altas Torres del Parque Posadas, un enorme terreno abandonado es reconocido por la soledad del lugar y la iluminación inexistente, en la demarcación del arroyo Miguelete, cerca del callejón Lautréamont y próximo de la plaza Gabino Ezeiza.

En esa zona durante el invierno pasado se produjeron una serie de agresiones, manotazos de bolsos de mano y carteras, golpizas gratuitas, vejámenes brutales contra pobres mujeres fabriquetas, incluso señoras mayores. Era comprensible el temor de mi prima ante la perspectiva de avanzar sola en tales andurriales sin otra alternativa. Condicionada por esos temores y la crónica policial exagerada por el queso de la feria, con la esperanza de encontrar un vecino del Parque que hubiera bajado a pasear la mascota, personas de catadura tranquilizante, ella avanzó por el descampado llamado espacio urbano verde. Cuando recién se mudaron eso era la tierra baldía, resultaba inexplicable la razón por la cual allí no se construía ni una plaza, el queso feriante de izquierda avanzaba la causa de una sucesión familiar de litigio complicado, como la famosa saga de los Correa. Cuál no sería su sorpresa cuando, en lugar de la agresión de algún degenerado merodeador amparado por las sombras de las inmediaciones, saliendo de un escondite, aprovechando la complicidad de la hora y con la cobardía propia de sujetos mal entrazados, retenidos a la espera de lanzar sus bajos instintos, aguardando la víctima propicia, en lugar de ello

advirtió que era bañada, inundada por una luz extrañísima sin ninguna fuente identificable, que verosímilmente podría suponerse en ese lugar a tales horas. Se trataba de una luz cegadora ajena a una alucinación y accidente físico dirigiéndose hacia ella con intenciones execrables. Reaccionó buscando un refugio y con la luz llegó la convicción de que cualquier oposición sería inútil. Seguro que pretendió movilizarse, ponerse a buen recaudo pero además de las conocidas propiedades de la luz, los focos poseían una capacidad hipnotizante más poderosa que sus sentido puestos en estado de resistencia. Dijo que pensó en entregarse pero bien sabía que el asedio súbito -como si se tratara de vil impostor merodeador- pretendía de ella una resistencia prolongando la cacería y fue durante esas consideraciones cuando se desmayó.

Lo ocurrido mientras perdió el conocimiento escapó a su memoria, lo perdió como disco duro atacado por un virus y la rememoración le jugó una mala pasada. Fue durante ese tiempo olvidado que pasó la cosa horrible de que se la acusa y sólo puede contar (y bajen por el amor de dios la intensidad de esa luz que le quema los ojos) lo que sucedió una vez despierta. Dijo estar completamente desnuda y tirada sobre una plancha purísima tallada sobre cristal de roca que daba calorcito por el cuerpo. Se despertó, quiso moverse y fue imposible, en esos intentos destinados a la inutilidad se percató de que tenía el cuerpo fijado a una estructura anatómica manteniéndola prisionera, suspendida en el aire y que la posición resultaba parecidísima a la de un examen médico. Lo supo de inmediato, fuera lo que sea que le hicieron los secuestradores o pensaban

hacerle tenía relación con su aparato reproductor. Sin duda la secuestraron, estaba distante del lugar del golpe y a esas horas sería allá una desaparecida en la Tierra. El ambiente donde se hallaba presentaba reminiscencias conocidas, que fue confirmado por el aspecto de forma inhumana del primero de los seres que se acercó a mi prima. Ella había leído muchas novelas de ciencia ficción en los años dulces y una vez me contó en detalle esa escena del rapto cósmico, de algo que estaba segura le sucedió. El ser que se acercó tenía el aspecto de concentrar el resultado de un intenso trabajo de la técnica de los efectos especiales, como los modelos de diseño para las películas de ciencia ficción tampoco tenían voluntad. Era clarísimo que había sido abducida por entidades extraterrestres y entonces la pregunta: ¿por qué yo? Luego ese absurdo temor de abandonar el mundo sin haber dejado un mensaje a fin de que, si una vez culminados los experimentos la devolvían a Montevideo con efectos de amnesia, nadie le creería lo que estaba viviendo.

La razón de haber sido la elegida debía responder a la coincidencia azarosa que se sucede en Montevideo sin ser advertido como constante esencial del universo. Mi prima contó que hacía un doble esfuerzo en esa zona de la conciencia habilitada cuando se trata de despertar de un potente somnífero; deseaba recordar cada detalle de lo sucedido, era la experiencia más devastadora de su vida y quería al tiempo olvidar esos pormenores. Estaba convencida de que en el futuro habría dolor y pesadillas, repugnancia e ignorancia. Sin poder moverse miró hacia uno de los costados y comprobó que en un monitor se escribían –transcriptos en varias lenguas occidentales

reconocibles- sus pensamientos siendo mensajes traídos por viejas máquinas teletipo, ella pensaba como si fueran mensajes emitidos por las viejas máquinas teletipo y la formulación aparecía en la pantalla del monitor. Qué vergüenza, me dijo que pensó, ahora debo pensar y no pensar en lo que van a hacerme. Debo cantar, si, cantar: cuidado el aparejo pescador tal vez esté enganchado un surubí... me dijo, riéndose, que fue lo único que se le ocurrió en un momento de desesperación sintiéndose la novia del Paraná. Cantar negándose a pensar, esa decisión de "negarse a pensar y cantar" aparecía transcripta en la pantalla del monitor que ellos permitían que mi prima observara. A eso, eran más los personajes similares que se acercaban al modelo de mesa de operaciones donde estaba fijada y debía ser un sueño. Tenían aspecto de ser lo que se supone que deberán ser los alienígenas cuando los encontremos; le decodificaron el pasado, en esa posición de prisionera ella era objeto de una experiencia. A pesar de la tecnología, parecían poseer los secretos y de pronto como si fuera de una bomba disimulada entre el instrumental, uno entre ellos le acercó a la cara un aparato parecido a un paraguas que lanzó un gas frío. En los primeros segundos Anastassia Lizavetta se confundió, el gas luego le permitió a la vez que iniciaba sus efectos primeros entender: el gas era el aliento del padre tal como lo recordaba de una noche de verano, de cuando no sabía. Ignoraba que el padre estaba borracho en el momento del recuerdo, no podía saber que era aliento de vino tinto y detrás cierta evocación de ginebra, de caña también. Lo supo después, tampoco ignoraba que fue en ese verano bochornoso cuando comenzaron a

apuntarle los pechitos y lo que estaba haciendo el padre – habiendo embriagado la conciencia del tabú- era manosearla (ya era manosearla) de manera inconveniente. De regalo le estaba armando un recuerdo para el resto de la vida y la orden de que pasara también ella por el alcohol buscando olvidar lo que estaba ocurriendo. En aquel entonces para salvarse mediante la omisión, negando la realidad mi prima atribuyó el gesto a la experimentación que sobre su cuerpo púber –donde comenzaban las modificaciones esperadas- realizaba una criatura venida de otro mundo. Para mayor impunidad asumió la imagen paterna y eso tampoco era su casa sino una ficción para ganarle la confianza.

Una vez más el padre se comportó como un cobarde, es lo que ella dedujo con el correr del tiempo. Tardó y finalmente aceptó la verdad implicada en la escena, habría preferido algo de violencia doméstica posesiva y aquella noche hubiera terminado por violarla de una buena vez. Más sencillo para los afectados, otro clásico de recuerdos primeros y memorias familiares, miradas desatadas mediando la coartada del trago amargo. La madre que niega la reproducción del gesto sin prohibiciones, manos cada noche más brutales y violación inicial de pertenencia e incesto instalado en la memoria; prueba de amor primitivo, síndrome de enfermedad masculina, algo que se puede tratar en una terapia consistente que permita al menos administrar el trauma. Acto desgarrador sobre el cual se puede consultar abundante bibliografía, algún caso similar retenido por tratadistas vieneses y que se lee resumido en publicaciones de divulgación. Algo pesando en la conciencia que suele evocarse

en programas radiales de consultorio sentimental para sentirse mejor. De esa violación culposa y antropológica con algo de suerte se puede salir mediante una terapia, relegando el silencio familiar, la complicidad maternal y la culpa heredada; se le puede contar al marido una madrugada que tendrá ganas de golpear al suegro hasta matarlo, terminará asimilando la zona oscura de la compañera hasta culminar amándola furiosamente; se puede escribir un libro testimonio con la historia y que llegado el momento puede recoger notas periodísticas favorables. Digamos que con ese acto evocado violento, se puede elaborar la terapia posterior y administrarlo en el conjunto de humores restantes entre sentimientos contradictorios. En cambio, con ese recuerdo indefinido que el padre le legó nada se puede hacer; con esa única noche que le impuso el límite perturbándole a la vez infancia y pubertad, la jodió sin el pasaje al acto tan manido en las revistas del verano. Mediante esa manera cobarde de lamerle el vientre con la lengua trabada en el boliche y el abandono de la mano (que se atrevió a acariciarle la rajita sin vello por debajo de la bombachita de algodón con un gatito bordado y le metió un dedo para sentir si su hija se mojaba sin gobierno), con esos minutos sin resolución nada se puede hacer; es un vómito trancado en la traquea me dijo ella y menos se puede salvar algo con aliento pesado de vino baratieri. Le hubiera perdonado al padre haberla violentado con la excusa miserable del calor pesado y húmedo del verano insoportable: con la coartada del vino hasta confesar un no sabía lo que hacía, le hubiera perdonado; pero ese aliento que la dejó virgen tratándola como a una cualquiera fue la causa central del odio

que ella sentía por el padre. ¿A eso se habría referido la hermana mayor cuando recordó "aquel episodio con nuestro padre"?

Los extraterrestres demostraban que ella no pudo apuñalear al marido por incompatibilidad de tiempos y lo detectaron con devastadora precisión; pretendían indagar reacciones en su sexualidad cotejada al olvido, llevándola a emociones del momento que ella no confió a nadie. Debía encubrirlas en otra historia que buscara ser creíble por el ridículo y ni siquiera a mí que me creía albacea de la totalidad de sus secretos. En la escena tampoco podría afirmarse que ellos la habían sometido en exceso, una de las formas extraterrestres se colocó sobre su pecho desnudo remedando la posición de misionero y delante de los ojos aterrados de mi querida prima se transformó en gelatina con textura, color y olor del esperma. El esperma había accedido a otro estado de la materia, se fue deslizado sin caer en forma compacta acompañando la forma de la pelvis y metiéndose en la vagina inundándola, preñándola de la escena ocurrida esta misma mañana. Ella cerró los ojos y sintió una sensación según me dijo nunca experimentada con anterioridad y supo que tampoco lo volvería a sentir al menos si permanecía en este mundo. Algo que sólo podría resultar evacuado por la voluntad de sentir una sensación más fuerte: un asesinato sin sentido. Salvo que haciéndolo, llevando adelante el experimento le confiscaban algo que tampoco tenía por seguro. Puede que ellos la estuvieran liberando, la condicionaban a que el recuerdo mejor guardado tuviera continuidad, aunque fuera en condiciones inhumanas de laboratorio. Lo que ella creía ser una experiencia sexual abominable fue una indagación en la galería

subterránea de los recuerdos: todo lo hubiera soportado, excepto el olor a vino barato que salió agrio de la boca del padre aquella noche de verano, de la lengua paterna que buscaba con insistencia el cuello, sabiendo que era de su segunda hija aquel enero que él descendió hasta la inmundicia y exigiéndose el derecho de conocer hasta dónde podía llegar. A ojos vistas se suponía que "ellos" indagaban en formas nunca exploradas de las posibilidades del gozo, la penetraban asexualmente bajo condiciones de control como no lo podía hacer ningún hombre nacido de mujer. Ni su padre si aquella noche bochornosa de verano además de la mano, le hubiera metido el pito entre las piernas, mientras en la mano tenía un pañuelo sucio por si la gurisa comenzaba a gritar.

Se suponía que Anastassia Lizavetta estaba llegando a un equilibrio de memoria y deseo, culpa y sensualidad por el camino de la excepción. Ello debería conducirla hasta un éxtasis único y absoluto incluyendo la amnesia de lo hecho al comienzo del día. Algo falló en el experimento, en lugar de la forma hecha de materia remedando esperma, penetrándola con secuencia de amante bien dotado y conecedor de la fisiología femenina, sintió que allí había tomado lo que el padre bebió de alcohol aquella noche -las exactas medidas- antes de venir al cuarto a darle las buenas noches y acariciarle el sexo. No, dijo mi prima, a denigrarle la conchita con el dedo mayor y respirarle cerca de la cara lamiéndole el cuello con la lengua erizada por la pésima calidad del vino. Tal vez por ello falló el experimento de los extraterrestres, esa escena de transferencia que yo tenía agrado en escuchar. Entonces sintió una marea incontenible saliendo del

estómago, acidez fétida, arcadas de vómito final, oleada de repugnancia y apenas tuvo tiempo para inclinar la cabeza que le fuera liberada. El vómito inducido salió en torrente de fuegos artificiales con grumos de color bordó intenso; algo irrefrenable cayó sobre los pechitos aquella noche del verano bochornoso convertidas en enormes tetas, con pezones marrón claro parecido al pelaje de Bambi. Mi prima se acordó de ello cuando se despertó en la puerta de la casa sin saber cómo había llegado hasta allí. Era cierto la pérdida de conocimiento, había vomitado y se trataba del primer síntoma del embarazo asociado a ese recuerdo intergaláctico.

El taxi avanzaba por la Avenida 8 de Octubre y habían pasado por el café San Antonio de la esquina con Propios. La Avenida considerada desde el taxi era extraña como si Anastassia Lizavetta viajara en una nave venida del espacio, los paseantes que observa en las veredas caminan apurados y motivados por idéntico objetivo, seres contaminados sobrevivientes de una tragedia atómica, mutantes ubicados en una zona intermedia que parecía caracterizar a la ciudad. En pocos años perdieron la condición de habitantes sin ambiciones de barrio tranquilo y modesto, accediendo al ritmo de subconsumo miserable de cuando el capitalismo se instala a exigir el dinero en moneda de los pobres. Si no logras alcanzar el Capital, el Capital se traslada hasta tus deseos elementales, palabra de quesero lector de Brecha. Las vitrinas de los comercios tampoco alcanzan a

acompañar el vértigo de la producción industrial, las mercaderías se amontonan en la entrada de los locales y acometen en veredas rotas interfiriendo la marcha de los transeúntes. El avanzar sin considerar la imperiosa necesidad de comprar algo se hace imposible, la vereda es un corredor de lentes de sol fabricados en Saigón y por allá cerca. Juguetes inflables de poliuretano y saquitos de lanas tricolores tejidos en talleres clandestinos, mates de variados materiales y artesanías producidas con métodos mecánicos, se amontonan pilas de vaqueros con falsas etiquetas internacionales y marcas salvajes. Los puestos de periódicos venden todo lo que produce la industria editorial internacional, semanarios de economía sin lectores en la barriada, revistas pornográficas ocultas en sobres plásticos negros y redactados en cuatro lenguas, títulos mensuales dedicados al avance del Metal Rock en el mundo libre y chismes verdes de las estrellas de teleteatros caribeños. Un puesto de golosinas con wafles de un relleno rosado repugnante, bombones y tabletas de chocolate donde el cacao es lejanísima evocación, golosinas contrabandeadas, puestos de garrapiñada manipulados por dedos con costra negra debajo de las uñas, muebles de mimbre barnizados a la apurada y sillas de cármica clarita, heladeras marca Siam puestas en la vereda atadas con cadenas y juegos de living de muestra, mesas de saldos con trapos arrugados que las mujeres revuelven de manera incesante sin saber lo que buscan.

La antigua paz del barrio es irrecuperable, la excusa de la pobreza se resolvió en oferta perpetua y si los pobres están sin ánimo para ir al bazar el mercado viene a los pobres. Es la crisis

del Sistema, el Sistema se reproduce en los desheredados del mundo, ellos son el último avatar del Sistema, el Sistema no respeta límites dentro de la condición humana, nosotros estamos en el Sistema, suponíamos luchar contra el Sistema, nos pensamos resistentes al Sistema y somos el Sistema. La pelea de los comerciantes por instalarse en determinada cuadra, la preferencia por la orientación de la vereda, la medida exacta, las dimensiones del puesto, el alquiler de los depósitos a un par de cuadras y los vigilantes uniformados con perros flacos embozados, para proteger la tentación del mercado de los pobres del deseo frustrado de los pobrísimos, los que llegan desde cantegriles cada mes más próximos a las avenidas. La gente se desviste entre tubos de hierros y cortinas sucias de plástico para probarse pantalones de tela áspera, buscando que corpiños sueltos y fin de serie se acomoden en tetas jóvenes alicaídas. Por el embaldosado y en sentido contrario a la dirección del taxi pasa un grupo de individuos tocando una batucada infinita y monótona pidiendo plata para tomar vino suelto al final del trayecto, seguro que en los últimos boliches de la Curva de Maroñas. En el sitio donde había un cine se anuncia y de inmediato una excursión al auténtico Reino de Dios, donde vegetaba una librería especializada en textos para estudiantes se promete la liquidación hasta acabar con el stock a todo por tres pesos. Cada tanto se observa la secuela inamovible del incendio de una conocida mueblería que quedaba allí y de vidrieras despanzurradas, en señal de algo relativo a lo efímero del afán humano por luchar contra el tiempo. "Esta es nuestra

5a. Avenida. Nueva York en los barrios pobres deberá ser algo

parecido" piensa ella, después de todo no se estaba mal en el Parque Posadas.

Hace años que no observaba la otra ciudad coexistente como si viviera en el extranjero, ella se fue acostumbrando, parece mentira que eso la asombre ya que cada día ella gestiona créditos para todo: un horno microondas y dos pares de zapatos, lentes de una enorme miopía de nacimiento y vestidos de novias de segunda mano, excursiones en autocar climatizado a Blumenau por un fin de semana y dos domingos en las termas del litoral a media pensión, veinte litros de pintura Inca, para un kit de cuchillos coreanos anunciados en la televisión. El alma en esa parte de la ciudad se batió en retirada, algo de lo que se llamaba Montevideo y que como un experto recorría barrios de la ciudad estaba en desbandada insolidaria. ¿Dónde estaría ese espectro maltratado? En conmemoración de la muerte de esa zona alguien, con poder suficiente para evangelizar el paisaje compartido, levantó una cruz enorme en el corazón de la ciudad. Mástil despojado de una ciudad que se va por el mar de la historia a encontrar su naufragio. De repente, la ciega un sol de explanada, nuevas vías de acceso, rampas entre muros de ladrillos, una frenada sentida, el tipo silencioso que anuncia una cifra cercana a los 30 pesos y una mano exterior que le abre la puerta. Un hombre con maletín Samsonite quiere subir al taxi impaciente pues ella demora en juntar los billetes. Seguro que fue el vermú que bebió en la casa de la hermana mayor que le cayó mal y casi ni comió, porque no estaba acostumbrada a beber alcohol a esa hora y quería cuidarse evitando llenarse de porquerías caseritas de aperitivo. Parecía mentira, tenía hambre.

Esfuerzo físico de la mañana, vagabundeo a tientas, inconsciencia de movimientos posteriores a aquello, fatiga de la memoria inmediata trabajando a destajo en un lugar incierto del cerebro, esfuerzo invertido en la mentira y lo que vieron sus pupilas, como si el crimen del amanecer le hubiera abierto los ojos y el mundo fuera otro.

Noticias recientes del Infierno: adentro del gran galpón llamado Shopping y centro comercial era lo mismo con apariencia de orden. El Shopping Tres Cruces tiene claraboyas verdes imitando las casas antiguas donde la gente tomaba el fresco. Estaba decorado de información, lanzado en una provocación y obvio que especial por una fiesta que se venía por esas fechas; podía ser el día del padre, la jornada de la secretaria, la inminencia de un fin de semana largo, el día de algo, suegros, cuñados, primos, amigos, médico, secretarias, había que comprar como si fuera navidad siendo otras las guirnaldas. Si el amarillo de los chirimbolos promocionales virara al rojo, podría especularse que se estaba cerca de fin de año; era una hepática navidad amarilla desmejorada, filtrada e indispuesta como al comienzo de la mañana. Mi prima recordó que era la temporada ideal para renovar la ropa interior, pasó frente a una boutique de lencería, local con buena mercadería y se detuvo a mirar la vidriera pensando que era un mal momento; allí donde pasaría los próximos años las tangas con bordados rococó podrían ser consideradas provocación. Anastassia Lizavetta suponía que haber asesinado al marido con un cuchillo de cocina le daría cierto ascendente merecedor de respeto entre las detenidas.

¿Había uniforme en la cárcel de mujeres? ¿Le darían un traje de lanilla a rayas con el número capicúa bordado en el pecho?

En el interior del Shopping Tres Cruces estaba la terminal de autobuses, sería su última oportunidad para escapar hacia Punta del Este tal como lo había considerado en la inminencia de Perla Zulema, por un altoparlante se anunciaba la salida del primer coche dentro de diez minutos. Si ella se decidía y había lugares libres -ante esa ventanilla había poco movimiento de público- en menos de dos horas podría estar allá frente al mar y se dijo que iría a ver las olas. Se pararía en la saliente rocosa donde se escinden las aguas de las playas Mansa y Brava, punto imaginario donde desemboca el Río de la Plata y comienza el océano. Mi prima contemplaría la línea de frontera marina por última vez, ese pasaje del pasado de futuro incierto, frontera señalando el tránsito de la calma a lo desconocido. Decidirse era fácil, la ventanilla quedaba a pocos metros de donde estaba sentada; ella observa el panorama en los instantes de hesitación a comprar el boleto, como si el autocar la estuviera esperando desde la mañana temprano. Mi prima miró los números rojos del reloj de cuarzo que avanzaba avisando a los viajeros, al empleado voceando la inminente partida del ómnibus al que pudo haber subido; él mirándola por si fuera una mujer distraída, medio boba. Con febrilidad disfrutó esos minutos de inminencia, contempló los movimientos de la gente despidiéndose en el hall y la marcha agitada de los apurados de último momento. Cada rato se repetía lo definitivo de esos operativos a medida que los autocares abandonaban la plataforma, buscando salidas de la ciudad, las carreteras llevando rumbo al interior del país. Cuando

faltaban tres minutos para la hora señalada, con golpe ruidoso el boletero cerró la ventanilla de venta de pasajes; dos minutos antes el funcionario observó las inmediaciones insistente y cerró la puerta que conduce a los andenes. Durante un minuto se oye el motor del autocar estacionado en el andén número dos acelerando y el ómnibus partió puntual, el ómnibus que estaba destinado para que viera la ola encrespada que anuncia el inicio del Atlántico, al final del Río de la Plata que delimita la ciudad.

De haberlo querido Anastassia Lizavetta se hubiera hecho la distraída cuando sintió el peso lardo de la mirada. Un rayo hurgador que la eligió estaba acariciándola sin pedirle opinión y se fijó en el cuello buscándole los senos entre la blusa. Le recorrió despacio las piernas en sentido ascendente, desde la punta del zapato hasta el borde de la pollera y más, se la levantaba buscando la liga, el botón del portalingas, la tenue dulzura de la panti atravesando entre el tramado de la media y la carne ajustada. Era comprensible, además de las formas de su cuerpo que podría atraer las miradas en el momento de reposo, cuando se tranquilizó el movimiento de locura precediendo cada salida de pasajeros en la Terminal, dos razones la hacían un posible objetivo de miradas a pesar de la hora. El cuidado con que se había vestido, contrastante con el aspecto informal de la gente que a esa hora deambulaba dentro del centro comercial; el teñido, que hurlaba haber sido aplicado hacía pocas horas. Obviamente, el que estuviera sola y sin disimularlo; una mujer sola es apetecible, abarca el conjunto de

probabilidades y si había otras mujeres solas ninguna estaba vestida de esa manera, que ahí a tal hora podía considerarse una bravata.

Sintió la mirada y le pareció natural, con algo de mala conciencia Anastassia Lizavetta pensó que se trataba de la policía siguiéndole los pasos, aguardando pacientes la oportunidad de detenerla. Era probable, pues mi querida prima mató al esposo y de manera terrible para hacer posible la hipótesis criminal de la entrada de un loco o un mono furioso en el departamento cuando ella abandonó el hogar. De ello daría explicaciones en el momento oportuno "porque ninguna mujer luego de haber asesinado al marido de una manera brutal, al menos que sea un monstruo, se habría dirigido a la peluquería a teñirse el pelo de rubio platinado." Esas hipótesis "de la incompreensión de la pasión sanguinaria y la frialdad del comportamiento", constituirían una paradoja difícil de conciliar para los investigadores encargados de su caso. Al menos que... y era entonces donde podría incorporarse la figura del casi seguro amante. Ella -la esposa legítima- luego del crimen transitó por la ciudad borrando pistas, pretendiendo desconcertar a sus seguidores e "incluso cambió radicalmente de aspecto". La impaciencia, la excitación del crimen y sus razones "fueron tan poderosas que no resistió la tentación de encontrarse con su amante esa misma tarde." La idea le pareció interesante, estaba allí para encontrarse con su amante instigador del asesinato del marido. ¿Qué palabras se dicen los amantes luego que eliminaron al que molesta interfiriendo en los planes? ¿Cómo es que la pasión hace olvidar la culpa si no es de manera trágica?

¿El primer coito luego del asesinato premeditado, qué diferencia de intensidad tiene con los anteriores de la clandestinidad? ¿La idea del crimen estaba implícita la primera vez que fueron a la cama o surgió inmediatamente después? ¿Cómo controlar la posibilidad de la culpa y el arrepentimiento que pueden alcanzar a la impotencia?

Eran interrogantes absurdas, como si para alguien que desconocía las razones de su acto el crimen tuviera la necesidad menor de buscar la coartada, una explicación psicológica, la razón argumentada como continuidad de cuento con sillones y parques. Desde ahora todo sería sencillo, la idea sobre la existencia del amante en su banalidad podía satisfacer la curiosidad y abriendo especulaciones, cerrar el caso haciendo olvidar verdades intensas en el comienzo del gesto. La ausencia del amante pondría el caso al revés dando lugar a un sinfín de probabilidades. La existencia del amante pasional y más si existía entre ellos una complicidad, lograría escamotear lo escabroso instalado en el crimen: "los amantes sanguinarios" harían olvidar la historia subsidiaria del marido muerto. Los culpables confesos se transformarían en personajes más interesantes que la víctima, el público establecería una relación entre detalles maliciosos del crimen y el fantasma del orgasmo similar a un rito satánico.

Ella sintió curiosidad por observar al hombre que la miraba; había por ahí otros hombres solos en la vuelta, aguardando que alguien descuide un bolso, esperando la llegada de muchachitas del interior a la búsqueda del casting televisivo, tipos promoviendo la billetera voladora, un billete de veinte reales

tirado por el suelo, oscilando la mirada entre panorama e ininteligible naturaleza de sus uñas, llevan las manos del bolsillo del pantalón hasta acomodar el cuello abierto de la camisa y se desplazan en cámara lenta, interesados por detalles insignificantes para el común de los mortales, alternando entre minutos con quietud de reptil adormecido a la necesidad de caminar hasta pasar inadvertidos. Los hay desde niños extraviados hasta adolescentes con zapatillas deportivas, hombres jóvenes vestidos para ir al trabajo hasta veteranos decadentes, ensayando imponer la experiencia de la derrota a la velocidad. El que la seguía era del último grupo, un nostálgico, los otros estaban ocupados en la eficacia y productividad negociando tiempo y rentabilidad, sin minutos para perder. Sólo los veteranos de otra generación -copetines y gemelos en los puños de las camisas- aceptan la debilidad de contemplar la presa y sacrificar un negocio lucrativo con la idea de cargársela de improviso, dejar atrás algún cuento del tío como el del billete de lotería con premio; ellos pueden tener la fórmula de abordaje que pretendiendo ser simpática resulta brutal, sólo ellos juegan a la quiniela del fracaso en los intentos. Saben que a falta de jubilación en el ocaso vital resta la perseverancia, la indagación del milagro repentino con gran golpe. Esos hombres cargan a las mujeres solas no para joderlas como antes en la juventud, sino por sentir la ilusión de que aún son machos sobreviviendo del circuito. Lo hacen para diferenciarse de las nuevas camadas de depredadores a quienes desprecian, sin olvidar la ley darvinista del desplazamiento.

El hombre en cuestión había pasado del azar a la delación de sus hábitos, de la observación ocasional a la mirada insistente; parecía especular sobre si había llegado el momento de intentar una fórmula gastada de abordaje entre varias. La miraba a mi prima, la estudiaba a la mujer, trataba de adivinarla, adelantarse a sus reacciones, evaluaba sobre qué tipo de mina era para en consecuencia intentar la estrategia adecuada. La estampa de Anastassia Lizavetta lo desconcertaba, el tipo demoraba en acercarse dudando de los argumentos a aplicar, de él mismo; ella pensaba en otra cosa, no parecía dispuesta con lo que le pasaba por la cabeza y las manos a vivir otro momento de malentendidos. Igual se dejó mirar para no pasar por una mujer desagradable, ser considerada una desgraciada y agrandada. Cuando dejó de sentir el calor de la mirada, supo que -decidido- el hombre se acercaba; mi prima reaccionó, se levantó yendo a la escalera mecánica y dirigiéndose hasta la primera planta donde estaban las tiendas paquetas. Le estaba haciendo falta una bolsa para seguir deambulando por el Tres Cruces con cierta libertad. El ómnibus hacia Punta del Este había partido, estaría dejando atrás la doble vía de Avenida Italia y mi prima sin saber qué hacer, con el autocar huyó el último de los deseos inmediatos, se quedó sin la oportunidad del viaje y tampoco había en perspectiva un amante que la aguardada. Temblando de emoción para que narrara detalles del asesinato del marido, mientras ellos se desnudaban como cuerpos conocidos; susurrarle del momento en que ella entró al dormitorio con la cuchilla en la mano enguantada para borrar huellas y ante la inminencia del orgasmo. Debía disfrutar ese deambular, sería la

última oportunidad de comprar algo para ella en plena libertad y con ese cuerpo que llamaba la atención. Dicen las revistas -ella me decía siempre dicen las revistas cuando algo no le venía directo del corazón- que cuando hay un golpe de frustración anímico, una depresión, lo mejor es ir a la peluquería -algo que estaba hecho- y satisfacer un antojo.

Eso: para completar el código de las compensaciones inmediatas faltaba el antojo y era una buena oportunidad. En vista del día que se aproximaba a festejar (día del padre, la secretaria, la esposa asesina) la promoción prometía bonísimas oportunidades a precio de regalo. Hay antojos de varias naturalezas, desde el ataque repentino hasta el que llega luego de pasar por la peluquería, el antojo que coincide con el comienzo de unas vacaciones, el provocado por una llamada telefónica. En su caso era diferente, debía establecer la causa original del antojo sin error; si se considera la gravedad del hecho y el poco tiempo transcurrido, el factor determinante fue el asesinato del marido que no presumía móvil aparente si bien debería tenerlo. Acto que se negaba a la primera razón respondiendo a una hipotética causa pretérita, acaso confundida con el caos creciente del universo.

Hasta cierto segmento del día ello podía establecer la diferencia entre lo hecho y cada nuevo gesto que emprendía. Desde hace unas horas, mi prima perdió el sentido de la correspondencia limitándose a avanzar moviéndose. Extravió la distancia con la reflexión, estaba lanzada en una impulsión imprevisible de acciones, economía dentro de la cual el antojo revelaría su importancia de no ser satisfecho. Así como así la ganó el egoísmo, la idea de que con el crimen del amanecer cortó el nexo con los otros seres de su entorno y acentuando la soledad de su existencia. De ello -comentario superficial- se deducía la conciencia de que pasó años buscando ofertas para los otros; ofertas masculinas en escasa originalidad, donde el primer lugar lo ocupaba el hijo y sistemáticamente el último pensamiento era para ella. En los antojos y la comida, los intereses mínimos, el orden de planchar la ropa, en el recuerdo de aniversarios, el pedido de hora para el dentista. Sin que nadie se lo hubiera dicho ni llamando la atención al respecto, ella siempre resultó la última, como si una combinación entre convenciones sociales y la genética así lo hubieran determinado. En todos los casos la sociedad incluyendo emociones, la vida de familia y colegas de trabajo, ella pasaría del último lugar al primero en consideración, por esos minutos de sinceridad en los cuales se permitió hacer lo que pensaba. El crimen fue una forma del ya basta y esto mío es insoportable. Su foto en gran plano estaría en los informativos del atardecer, los diarios se disputarían la historia escabrosa para aumentar tiraje y es probable que hicieran de ella el objeto de una película. ¿A quien le gustaría descubrir actuando su vida en la pantalla? Ese detalle lo consideraría después, puede que a

Norma Aleandro si sigue actuando como hace unos años cuando la vio en el teatro Stella d'Italia.

Quizá por eso ella se hizo remarcar en la boutique, tenía la simpatía inapropiada de alguien que viene de protagonizar lo terrible, dudando entre varios modelos e insistió en mirar varias veces a la muchacha, que se percató de que "algo raro estaba sucediendo." Más que huir pasando inadvertida, trataba de dejar señales visibles de su pasaje por los lugares, indicaciones en los bosques, como Teseo entrando al laberinto y evitando pisar huesos roídos. Lo haría para facilitar la reconstrucción de las horas posteriores, por si lo sucedido era el sendero que conduce a la locura y mañana, encerrada en un mutismo definitivo, no lograra acordarse de nada de lo hecho y pudiera tener la oportunidad de regresar. La esquizofrenia es el amante de la cordura, si se argumenta en un arrebató de locura esa explicación puede ayudar las primeras horas de detención. Al menos para el populacho y si se agrega "los signos evidentes de un proceso de deterioro de la razón progresiva, acelerado e irreversible" la tranquilidad de los interesados será total. Babearse gritando tirada en un camastro, integrarse al coro de las locas de remate que ni se quejan de la miseria en que viven, porque tampoco se dan cuenta y además se lo merecen, que parecía ser otra forma adecuada de castigo. Sea cual sea el informe final, tal como sucedió, el escrito testimoniando dirá que, en las horas posteriores al crimen la asesina se dirigió como si tal cosa, sin medir lo tremendo de lo hecho al Shopping Tres Cruces. Tuvo presencia de ánimo suficiente para comprarse una pollera y así la pollera, antojo y complemento para sentirse bien

luego de haber pasado por la peluquería, se volvía prueba decisiva de sangre fría, mentalidad carente de sentimientos tales como culpa, penitencia, remordimiento y afectividad. La pollera probaría lo negativo dejando atrás lo único que en verdad fue, un antojo súbito en la zona "después" aprovechando la promoción para el día del abuelo o del cuñado.

Era una pollera bonita, de una popelina liviana tipo tubo y que podría ir bien con todo, de un beige distinguido y hasta combinaba con la chaqueta que llevaba puesta. Mi prima siempre fue coqueta y desde jovencita; la empleada le propuso una blusa y chaqueta al tono, tal vez para la semana próxima y si es que se decide. Había que elegirla bien, seguramente sería con esa pollera que venía de comprar a pagar en dos veces, lo que era un primer gesto que buscaba denegar lo sucedido en el Posadas hace unas horas o unos sueños, que se presentaría delante del juez a responder por el crimen. Sería incómoda para subir y bajar de la camioneta en los traslados al juzgado de instrucción; en esos trámites estaría incómoda, en las fotos dando cuenta del procedimiento se le verían demasiado las piernas, con lo cual los lectores se inclinarían (efecto de los sentidos y deslizamiento de fantasmas incorporados al episodio) hacia causas de connotación sexual pecaminosa, quitándole el misterio al gesto, decidiendo en el living de su casa otras razones vulgares. La compra compulsiva y controlada respondió a una razón práctica, otra manera de hacerse notar, asegurarse ella que seguía evolucionando en el mundo real ya que por momentos podía dudarlo. Al pagar mi prima le dijo a la vendedora: "Usted pensará que estoy loca", pero en ese momento cuando el cambio

parece inmotivado decidió cambiar la pollera por los pantalones azules que se probó primero, cambio súbito igual que el deseo de teñirse estando en Tienda Inglesa. Era obvio que la vendedora se fastidiaría, pero hay tanto paro en el mercado de la vestimenta que la muchacha ocultó su fastidio y respondió sonriendo "para nada señora, de ninguna manera" y aceptó los cambios; más la fastidió porque, siendo notorio que se trataba de una prenda para uso personal, mi prima le pidió que la preparara para obsequio.

Me dijo que lo hizo para darse una esperanza, por absurda que pareciera dadas las circunstancias y sin querer fastidiarla. En algún momento del día tendría la oportunidad de abrir un paquete de regalo, el último que recibiría en su vida y cambiarse para entrenar algo nuevo, lo que a mí me pareció triste y significativo. Esos minutos, usados para enfilarse los pantalones serían para ella en aquel día los más esperados, como si el día además de la satisfacción del antojo hubiera hallado un objetivo. "Me pareció rara su actitud, tardaba en decidirse y de una manera tal que me sentí molesta. Después de parecer tan femenina en sus gestos, en las dudas por decidirse y la forma de acariciar las telas, terminó eligiendo los pantalones. Incluso me preguntó a qué hora salía de trabajar porque no deseaba terminar sola el día." Tranquilizador era que mi prima tenía la bolsa de un local del Shopping Tres Cruces, lo que parecía un calvario y podría caminar por el centro comercial entre corredores atestados de gente sin ser reconocida. Su sueño realizado en aquellas horas, ser una más de las mujeres andando

por ahí mereciendo la ilusión del anonimato, la amnesia y el olvido de lo inolvidable.

El tipo merodeador, amante supuesto y oportuno para dilucidar parte del misterio, policía discreto tras sus huellas, él quien fuera rondaba en las inmediaciones. Antes de la compra de los pantalones dejó pasar la oportunidad de abordarla, pero mantenía la perseverancia de centrarla en la trigonometría de la mirada inquisidora. Anastassia Lizavetta debió hacer algo, un gesto corporal que lo incitó a continuar la persecución; ella no resultó en su actitud de denegación del contacto tan convincente para desencantarlo, disuadirlo de seguirla. Instalada en el juego de permanecer dentro del Shopping tenía una bolsa que podía demostrarlo, que la hostigara un hombre es algo que le podía suceder a cientos de visitantes del centro comercial. Caminó en varios sentidos sin rumbo fijo, el ómnibus que partió hacia Punta del Este estaba lejos y reconoció que no sabía para dónde ir. Recuerdo que me dijo que en el centro comercial había una fuerza impidiéndole salir, la dejaba moverse en el interior cortándole el escape en solitario. Ese algo le impedía desplazarse hasta los taxis y ponerse en la fila a esperar coche; salir caminando del centro comercial cuando el sol cae sobre la ciudad, llueve y sopla el viento sur es agotador, los alrededores están enjardinados estando el complejo construido en un

descampado. Tuvo una sensación desagradable, comprobando que desde hacía una hora la gente que cruzaba era la misma. Hasta pensó que el lugar era una ilusión llevada adelante por actores, nunca existió el Shopping Tres Cruces se dijo. Todo lo que contemplo es virtual, incluyendo el tipo que me sigue acosando y la fantasía del amante cómplice en el asesinato del marido. Es el policía que sabe lo sucedido esta mañana en el Parque Posadas junto a otros hologramas que construye mi pensamiento. El centro comercial es innovación de parque de diversiones para mujeres desesperadas, nueva concepción de la prisión femenina, el edificio estaba a poquísimas cuadras de la verdadera cárcel para mujeres de la ciudad. Haber construido un conjunto de tiendas tan próximo nunca es casual; originalidad de encierro para el alma femenina, la pena consiste en poner al alcance de la condenada las tentaciones, amantes de aspecto diferente, vías de escape posible a las playas del Este y la frontera norteña, taxis en la puerta, guardianes con la apariencia de mujeres apuradas, vendedoras de ropa y adúlteras impacientes. Una batería de negocios para comprar con tarjeta de crédito, farmacias para la indisposición y peluquerías por si irrumpen ganas de teñirse. En esta ciudad los centros comerciales se construyen cerca de cárceles, sobre terrenos que fueron sanatorios de apestados, en prisiones remodeladas para la ilusión de que todo puede venderse exceptuando la libertad y la muerte.

En algún momento de la jornada Anastassia Lizavetta fue juzgada en ausencia de la acusada y la sentencia se dictó sin escuchar descargos, rechazando la apelación. Estaba en la

prisión, dentro de la cárcel que le destinaron, en cualquier momento lo anunciarían por los altoparlantes entre canciones de Madonna y Sting. Esa coincidencia de estar pagando el crimen me dijo que la dejó indiferente, como si cansada de huir y negándose a dar explicaciones, se sintiera aliviada por comenzar a purgar la pena. Ella la suponía eterna ante la falta de elementos atenuantes y ausencia de signos de arrepentimiento en las primeras horas posteriores al crimen. Rechazaba sentirse culpable en el sentido superior, recordaba lo sucedido, estaba dispuesta a admitir ante extraños que aquello fue horrible pero sabía -le apaciguaba el espíritu- que en algún lugar de la ciudad y su memoria, lo que estaba buscando desde que salió a la calle con el carrito de la compra, deberían estar escritos hasta el final los protocolos de lo sucedido. Ello sin pretender un argumento original que la dispensara del castigo, de ninguna manera, faltaba más... Debería haber una explicación razonable a lo que pasaba por ser una aberración. El detalle que ella descuidó durante largos años de convivencia con el marido, un secreto del muerto que fue descubierto y tan terrible que mereció una respuesta exagerada. Informe confidencial perdido en su personalidad de esposa, que permaneció reprimido (por utilizar fórmulas hechas) y por alguna razón se manifestó al amanecer. Con tal fuerza que fue imposible administrarlo a voluntad y cuyo pasaje al acto tomó la forma de gesto criminal. En cualquiera de las circunstancias, lo que ella buscaba era una relación aceptable, el motivo es siempre más interesante que el autor de los crímenes.

Estaba a media tarde y el cuerpo se lo hacía saber. La densidad de experiencias vividas y nuevas elucubraciones mentales consecuentes no le impidieron al cuerpo seguir con sus funciones. La sublimación fantasiosa de que el edificio podía ser la cárcel que le asignaron, fue como si el reloj interior hubiera marcado una hora reglamentada. Le vinieron ganas de orinar y un ataque de hambre, como si el cuerpo estuviera feliz de zafar por un rato de la disciplina de guardar la línea en el escape. ¿Después de lo sucedido podría tener hambre? ¡Y cómo! me dijo mi prima. ¿Luego de lo sucedido disfrutaría de algo? le pregunté con cierto asombro. ¡Claro que sí! De manera específica tenía apetito de cantidad, comidas poco recomendables para mantener la silueta y pensaba en aceite de oliva, queso parmesano, cucharitas de mayonesa y pan pasado por el plato. En ese momento renunció a ser controladora de sus actos, el hambre como alimaña estomacal decidió que se limitaría a esperar que la vinieran a buscar y nada podía hacer que le quitara ese pensamiento.

Evaluó ir al baño público y desistió, bajó por la escalera mecánica a la planta de autobuses para dirigirse al café y cervecería La Mostaza. Si bien siempre hay gente (yo mismo fui varias veces antes de ponerme a escribir sin saber lo que buscaba), cuando ella llegó había pasado el aluvión de los almuerzos, los camareros estarían fatigados y podría elegir una mesa a su gusto. Cuando entró en la cervecería preguntó por los baños, fue y se encerró en una cabina. El olor a creolina mentolada era intenso, lo que decía de la higiene del lugar, se pasó el papel entre las piernas y vio que coloreaba; falso día, el color

anunciaba que el trastorno que protagonizó adelantó los procesos, "mi cuerpo reaccionaba como si hubiera pasado una semana del suceso". Las funciones del cuerpo querían salvarse desentendiéndose del pensamiento, recobrar un ritmo normal de vida. Entre la conciencia desordenada y la mecánica corporal ocurrió el malentendido de una semana; un ajuste de calendario anormal, orden irrevocable haciendo desaparecer una semana de su vida, los siete días que comenzaban en el baño de La Mostaza. El rojo era incipiente rosadito, el metabolismo le acordaba unas horas para procurarse las compresas y sabía que la hemorragia del tiempo no puede detenerse con ningún tampón por más absorbente que fuera.

Quizá en esa semana que jamás existió ella escribió las horas, fechas, dibujos, teléfonos y calendarios que estaban grabados en la puerta del baño convocando citas a ciegas invitando a gestos brutales sin preliminares. Anastassia Lizavetta sabía lo que le gustaba a su marido en la cama, al menos creía saberlo hoy al amanecer; hasta ayer a la noche suponía conocerle pequeñas perversiones, los vicios y ahí estaba sentada, habiendo perdido el cuerpo del esposo, una semana de erotismo desenfrenado. El resto del baño estaba aceptable, pudo lavarse las manos sin asco y tuvo el estado de espíritu para reacomodarse la pintura de los labios delante del espejo.

De este lado estaba ella hoy con la conciencia saturada por lo sucedido en las últimas horas: la ella del reflejo era la de la sangre rosadita y flujo incipiente casi púber. Era mi querida prima "la semana próxima y en el día calendario que debía venirme la regla", hasta dijo "normal", pero le parecía absurdo

hablar de normalidad dadas las circunstancias. La conciencia y el cuerpo se habían disociado en los baños de la cervecería La Mostaza del Shopping, frente por frente a la Terminal de ómnibus que llevan al interior del país. La verdad sobre mi querida prima estaría en algún territorio a medio camino, a medio tiempo entre la de aquí sintiéndose culpable y la otra mujer libre que se preparaba para un evento social, desmemoriada de lo ocurrido la semana previa. Se demoró en los retoques disfrutando y negándose a separarse de su propia imagen. Nunca más se vería así de bella, era la última vez de una contemplación parecida; era el retrato último de lo que alguna vez quiso ser y el crimen le hubiera deparado una hermosura inesperada. En cuanto abriera la puerta del baño de La Mostaza y entrara en los salones de la cervecería, en ese preciso instante comenzaría a envejecer. Extraño privilegio, no todos los seres acceden a la revelación de ese segundo excepcional que supone dolor y resignada aceptación.

Los signos de su feminidad trágica se movilizaron, como si ninguna compresa retuviera la sangre saliendo recordando la otra y nunca el pelo hubiera tenido ese rubio perfecto, sin trazas de peluquería alcanzado un lejano verano en la adolescencia, como si nunca los labios hubieran tenido ese equilibrio angelical entre textura, calor, elasticidad y la mirada. La mirada inconfundible de esa mujer luego de cometer un crimen, que los noteros de la crónica roja calificarán con los adjetivos más denigrantes. Cosa curiosa ahora que lo escribo, en el máximo dolor mi querida prima con la ayuda del cuerpo se proyectaba una semana hacia delante. Como si yo hubiera terminado de

escribir este repertorio se sentía aérea, viviendo el instante preciso del comienzo de la decadencia (pronto ocurriría, en tres minutos apenas) y coincidiendo con la llegada de la perfección exterior. Me comentó que nunca se había sentido tan hermosa y deseable, ni cuando bailaba suelta escuchando canciones de ABBA en el centro de la pista de las discotecas a la moda en los lagos de Carrasco. Tuvo ganas de empezar a bailar y desnudarse, me dijo que en esos momentos hubiera disfrutado estar en un peep show. Mi prima tenía algo de exhibicionista corporal, le hubiera gustado que incluso el marido la hubiera visto en esa situación secreta, que la mirara el espíritu del muerto y hasta que yo mismo la mirara. No por ese fantasma visual, tampoco por el calor sofocante, tal vez tampoco fue ella sino la otra, pero advirtió que la del espejo parecía fugada. No ella, y que un botón del escote zafó del ojal de la otra que sonreía.

Hubiera continuado en la contemplación pero alguien entró al baño, la intrusa era una mujer con una criatura que estaba mal del estómago y marchó derecho a vomitar. Mi prima recogió de prisa los productos cosméticos que había colocado sobre la piletta y los metió en la cartera, avergonzada por haber sido puesta en evidencia cuando vivía un momento tan íntimo. Le había agradado lo visto y quiso dar una última mirada antes de salir. Nada, nada en el espejo. Sólo las puertas de la cabina como si ella de la semana próxima se hubiera emancipado y nuestra Anastassia Lizavetta diluido en la transparencia inmaterial eléctrica. Luz de baño público cuando termina marzo al sur del Ecuador.

Anastassia Lizavetta creyó ver a la otra, esa ella de la semana próxima y estática en medio de la escalera mecánica, la pollera que llevaba puesta era la misma que rechazó hacía un rato en la boutique. Mi prima de este lado del espejo del baño de La Mostaza estaba sin ánimo para indagaciones inteligentes y se desinteresó de conocer el final de la aventura. Permanecía en el presente, podía recordar las manos tal como eran durante la mañana, el calor ruidoso del secador en la peluquería, la acidez ascendente del vermú bebido en casa de la hermana. Licor rancio y viejo como si después de años nadie en la casa hubiera abierto la botella. Instalada en la mesa que quiso –se tratara de una de las últimas voluntades de mujer libre- pidió jamón glaseado con ananá, canelones rellenos de choclo y para tomar una coca. Necesitaba concentrarse, decantar el barullo del lugar que hace una hora la puso al abrigo del remordimiento acosándola, habiendo descubierto la cadencia del lugar, una cinta de audio que se repetía, la reiteración horaria de llegada y salida de ómnibus interdepartamentales e internacionales, cambios de turno de empleados de la plaza de comidas, apertura de locales de crédito instantáneo, renovación de promotoras recorriendo el lugar uniformadas de colores vistosos con bolígrafos y formularios: horror de haber descubierto tarde el modo del funcionamiento del Sistema que contribuyó a perderla. Se dijo que debería cumplir con el designio del lugar y del nombre, la sospecha de la cárcel y la imagen de la semana próxima habían

sido las primeras dos cruces. Faltaba la tercera de su calvario antes de buscar las fuerzas para abandonar el sitio que comenzaba a abrumarla. Deseaba escapar del horror del presente y como sería inconducente seguirse a ella misma en la configuración de la semana que viene, a pesar del rosadito en la intimidad, dejándose llevar por la escalera mecánica, restaba el bunker del pasado. Estaba bloqueada, el fichero del pasado exigía la clave de acceso, una palabra de paso que olvidó, los siete signos que abrirían el enigma del pasado por completo. ¿Cuándo había venido aquí por última vez? La respuesta era menos que cero. Lo intentó eso de adelantarse a las celadas de la vida por el atajo de la cartomancia. Una vez que le tiraron las cartas la médium profesional le anunció problemas por secuela de aventuras entre pasión intensa; algo había fallado en los augurios, quizá la pitonisa se calló por piedad a la consultante. En la tirada en ningún momento asomaron las cartas que debían designar un día crucial como el vivido; puede que lo excepcional fue que el crimen desafió la fuerza del destino, quitándole el aura de inevitable que se le asigna, dejando en sus manos la tarea de escribirlo. Esa orientación resultó bloqueada, otra vez lo intentó por el análisis clásico, practicado como juego social con un estudiante adelantado de psicología –yo mismo- pero el resultado tampoco fue satisfactorio. Como si lo hecho se hubiera generado en zonas del cuerpo, del lenguaje, de la conciencia y destino de cuya existencia no se tenía la mínima sospecha. El jamón glaseado con ananá, enorme porción como si en La Mostaza supieran que era su última comida de mujer libre, tampoco llamaba a grandes conexiones reveladoras. Félix

Mendhelssohn - Bartholdy mostró el camino inexplorado, un sonido electrónico evocaba un reclame de vestidos de novia con la marcha nupcial de Sueño de una noche de verano; por la boda, el sueño, el verano y contraste de hadas del bosque con seres sobrenaturales venidos de otras selvas, mi prima se orientó a un recuerdo. "La llamada" dijo y le llegó nítido el último recuerdo significativo de su vida de antes de haber encontrado y frecuentado al hombre que acuchilló hace unas horas, el ensayo para algo peor. Era revelador la importancia que adquiriría ese detalle absurdo del recuerdo previo a conocerlo, la encrucijada descartado donde Anastassia Lizavetta pudo haber tenido otra vida y saber cómo era estar del otro lado del espejo: ser ella la persona asesinada y que otro cualquiera estuviera en La Mostaza ahora. Frente al jamón con ananá, indagando las razones que lo llevaron a matar, topado al último recuerdo antes de encontrar a la muchacha llamada Anastassia Lizavetta. Nada la alejaba de la pulsión de matar pero podía distanciarse del cadáver, del hombre muerto en la cama y por su responsabilidad; al menos que estuviera tan loca que ni pensara en la posibilidad de negación del crimen, lo hecho con sus manos enguantadas no fue abstracción fantaseada. Buena parte de la respuesta debería estar en el cuerpo descomponiéndose del muerto, necesitaba realizar una autopsia nupcial del cadáver estropeado dejado en el Parque Posadas, en alguna habitación de la Torre L. En ese hombre debía conservarse parte de la esquiva ecuación y por ello –sospecha sin verificación posible de la respuesta en un cuerpo pudriéndose- le vino a la mente el último recuerdo de antes de haberlo conocido, antes de haberse

jurado amor eterno; en el recuerdo nítido lo más notorio era la ausencia de él. Uno bien sabe en qué momento se decide a jurar amor eterno, lo que quiere decir más allá de la muerte.

El último recuerdo nítido de antes de conocer al muerto, de su vida sin quien sería su marido era de una noche de carnaval, cuando con unas amigas decidieron ir a las llamadas del barrio Sur. Las muchachas estaban felices, con la hermana de Brasil que sólo volvió al Uruguay recién después que murió el padre, viajó la conocida de Florianópolis. Anastassia Lizavetta decidió que la conocida venida de Florianópolis por el hecho de ser brasilera adoraba el carnaval por encima de todo, tenía el ritmo metido en la piel y quedaría sorprendida de descubrir que, tras nuestra aparente apatía existencial, los uruguayos somos capaces de propiciar la alegría colectiva. Quizá por el entusiasmo excesivo, olvidó que de festejo secreto ghettoizado de comunidad negra montevideana, traída a la muy fiel y reconquistadora Montevideo como sabemos. Secuela de la miseria colonial africana, la llamada se volvió un amontonamiento humano donde nadie conseguía una perspectiva gratificante, la gente decidía bailar en las calles del barrio sur una vez al año y el acontecimiento se transmitía por televisión durante horas. Por razones espontáneas mi prima decidió darle a la conocida venida de Florianópolis una lección

algo detallada, explicándole en qué consistía la llamada. Cursillos simulados de charla, que iban desde la historia de los marginales del racismo ambiente a la astrología negra, la variedad de la línea de tambores para distinguir el diferente diámetro de lonjas, personajes típicos que integran el corazón de la comparsa, incidencias del ritmo candombe en la música popular y la evolución escénica de las agrupaciones en los últimos años. Lo que debería ser una invitación formal sin secuelas mayores, se volvió disertación –tendencia bien nuestra- pretendiendo demostrar que no somos racistas y hasta podemos emocionarnos con su cultura, al menos una vez al año que de eso se trata.

Es indudable que la fiesta actual en su afán de amplificaciones está distante de las intenciones primeras que la motivaron, pero podría asegurar que el principio permaneció intacto. Una noche de febrero los tambores de los diferentes barrios de la ciudad donde viven negros y descendientes, movidos por algo de orgullo competitivo (el palio de Siena y el carnaval de Río están motivados por una intención similar) se llaman unos a otros. Una suerte de mensajería sonora remedando mitos ancestrales, relacionados con la reproducción, alimento, guerra por el territorio y diálogo con los muertos hasta el encontrarse para hacer la fiesta orgiástica de sonido, diciendo con parches lo que el blanco impide cortando la lengua. Con pantomima coreográfica burlando amores envejecidos y enorgulleciéndose de la continuidad, que baila la pujanza de la sexualidad y avanza en escuadrones ataviados de una raza en peligro. Cuentan quienes lo vieron antes de las mascaradas recientes, que el ritmo

inicial era emotivo y tocante. Desde hace un tiempito la falta de imaginación de nuestra pequeña burguesía citadina, el inmiscuirse de blancos tomándose por negros hace que vayamos a ver, lo que equivale a rapiñar otras formas de los grupos culturales. Las llamadas es un caso típico, el resultado de tantos afanes planificados es ahogo y empujones; igual hay que hacerlo, como si una orden superior pudiera más que la contención de los prejuicios y saltarse la cita colectiva dejara un gusto amargo de intolerancia en la boca. Cuando podemos mostrar a los extranjeros algo nuestro y sin aclarar que es de otros, estamos contentos justificados de nuestra existencia en el cosmos. La operación de marketing apenas disimulada y en los últimos años tomando la delantera de forma escandalosa, un refuerzo policial para disuadir y disolver incidentes a puro palo, un logaritmo asombroso de borrachos al final del desfile, resultan ser escenas determinantes. Abundan incidentes saturados de procacidad, algo del alma de la llamada se extravió para siempre y puede que se haya vuelto invisible.

Así estaban las cosas los días previos. La noticia del arribo de la conocida de Florianópolis incrementó la excitación del grupo y mi querida prima se designó para adoctrinar a la visitante extranjera. Había en el ambiente una difusa agitación y la obligación de divertirse, al fin de cuentas lo que se vería menos era "la llamada" que la gente divirtiéndose. La intuición de que siempre pasaba algo al otro lado de la marea humana -sobre todo luego del desfile-, el hecho de ir atrás aparentando participar pero en verdad cerrando y perteneciendo más a la nada, era la ilusión de la integración en el evento excitante por

tratarse de algo ingobernable. La otra venida de allá donde saben de eso, miraba a la instructora, desconfiando de que la llamada, vinculada con precaución a la alegría popular montevideana, requiriera en las instancias previas tantas explicaciones como la decoración en playa de Santinho. A último momento se interpuso algo molesto en los planes, la encargada de la apología de la llamada y que debería ser la guía experimentada en el terreno asfaltado, fue retenida: una hora apenas, el atraso de una hora en el trabajo, nada excepcional por otra parte, cuestiones imprevistas de rutina desdibujando el trazado original. Sobre la marcha se resolvió que el grupo iría a las seis de la tarde, si bien la instructora improvisada recién se liberaría de la oficina a eso de las siete. Era tarde y casi imposible intentar modificar lo coordinado por el grupo, sería injusto que por su culpa la conocida de Florianópolis se perdiera el inicio balbuciente de tanta maravilla prometida. Fue cuando mi querida prima pronunció la fórmula inadecuada: "nos vemos allá" y queriendo evitar desencuentros, se dieron instrucciones precisas sobre hora, lugares, tiempos de espera y alternativas. La esperanza callada de que el encuentro sucediera de acuerdo a la planificación, la cita esa tenía una probabilidad de concretarse equivalente a cero. En tales situaciones ello no se considera y de pensarlo se desechan por improbables, siendo el deseo del encuentro más fuerte.

Pasaron las horas, luego de salir del trabajo mi prima hizo lo posible por seguir las instrucciones; cuando a la hora más o menos exacta pudo por fin aproximarse a la zona acordada para encontrarse, había ante ella un muro humano entre el cual era

imposible avanzar. El punto acordado, para desgracia, estaba a menos de ciento cinco metros de allí donde quedó fijada. La conciencia de la muchedumbre funcionaba en masa ciega desprovista de razonamiento sin espacio para expandirse. Ese todo compacto había comenzado un movimiento oscilante, seguía el ritmo de tambores comenzando a repicar en puntos alejados de la ciudad y de tal situación colectiva, tampoco las criaturas parecían salvarse. La voluntad era insuficiente, lo que quedaba por hacer era la resignación resistente y ganar algunos pocos metros. Ella se dijo que con esfuerzo podría avanzar lentísimamente al interior del animal reptante, si hubiera estado a las seis estaría adentro de animal configurado y es más: en el momento preciso en que el animal se configuraba, estando fuera mi prima querida advirtió una figura desconocida del miedo. Era absurdo que ello sucediera, en el orden de las cosas esa noche era una invitación a la diversión. Ella quería estar del lado de adentro animal, encontrar a la conocida de Florianópolis y pasar al seminario práctico, enseñarle en las calles del barrio sur montevideano la diferencia de cadencia en el baile, marcar la distancia con el samba a nivel de los hombros, mostrar el golpe de cadera femenino que establece la diferencia. El movimiento brasilero requiere de un apoyo delizándose desde el primer momento en la mimesis de la sexualidad desenfrenada, menos baile que evocación insensible de la cópula. Aquí el movimiento de cadera es femenino acotado y más que incitar al deseo, sugiere que lo rehúsa, un "mirá pero tal vez te rechazo" le había comentado a la de Florianópolis durante el almuerzo.

Algo así como una hora, ese fue el tiempo que calculó que le insumió alcanzar la esquina de la cita, era previsible que las otras no esperarían. Ansiedad inherente a la circunstancia, obligación de desplazamiento en y siendo la multitud, sonido de tambores cercando esa zona de la ciudad, lentitud del animal reptante y humano, esperanza del encuentro casual más tarde, las obligaría a movilizarse una fuerza generada por la concordancia llamada. Habían pasado diez minutos de la hora convenida, si ella hubiera estado ahora allá apenas a una cuadra y una hora de distancia de alguien atrasado, estado allá con la visitante de Florianópolis, desde luego hubiera sugerido avanzar para disfrutar lo mejor del espectáculo, que para eso había venido sin impacientarse por atrasos. Se resistió a integrarse sola lateralmente al animal formándose; en actitud de rechazo y renuncia caminó en sentido contrario, buscando filamentos dejados por el paso de esa especie animal en su avance. Inventando la estrategia para encontrarlas, imaginar cuál sería el circuito que pudiera juntarlas hasta el momento que ellas, las otras, esperarían dos minutos mirando para todos lados y hacia la muchedumbre, por si la identificaba cuando dejara de mirar en puntas de pie estirando el cuello, concentrándose en el paso de comparsas desfilando. La noche aquella era noche de verano profundo, peligroso y hostil, algún fenómeno climático más el juego acústico entre lo carnal multiplicado con la vetustez colonial de los edificios, hacían del primer cielo montevideano una caja acústica perfecta. La ausencia de motores en marcha podía percibirse mientras el sonido del animal reptante conformándose se devoraba a sí mismo. Era de esperar como si las tonterías fueran destinadas a

ser trituradas, rumiadas y -por el contrario- la tensión de lonjas templadas a la llama, improvisada en la vereda con papeles de diario, el golpe del palo corto y dedos vendados para evitar emanación de sangre, ecos de maderas -chico, piano, repique- la memoria de tablas de toneles, barricas de yerba y caña blanca, flejes machacados a martillo en forjas improvisadas en el último patio de conventillos sobre la otra calle, fueran lo imprescindible. El momento del golpe justo y preciso, cuando la pantorrilla del candombero deja la luna tensa y sucia al aire, en la materia aérea y ángulo de inclinación inexplicable porque se sabe desde antes, desde el origen: ese sonido viaja entre el aire y a decir verdad nadie conoce la peripecia secreta de las ondas del tam tam originado en la selva africana.

Instalada en el capítulo del último recuerdo antes de conocer al esposo muerto desentendido del animal, evitando ser devorada y sin premeditación, ella llegó al punto perfecto de la ceremonia de la llamada. Punto oscuro buscado cada año en el rito tribal de tambores sin alcanzarlo y que alcanzan unos pocos. Lo explica un cuento poco conocido incluso entre los que participan cada año en la fiesta. El cuento dice que la llamada se hace para el elegido, lo que se llama es una sola persona de la región y que en la noche de los tiempos esa expresión -significando nuestra ignorancia actual- designaba al jefe o adivinador de futuro. Alguien que hablaba con ancestros desaparecidos, muertos en combate y devorados por el león, hablar con quienes la vida les fuera arrebatada de manera violenta. Cuenta el cuento que la fiesta colorida, multitudinaria y ensordecedora, tiene esa modesta finalidad secreta nunca declarada, los tambores en lo

que tienen de misterio y resignación, traspasando la masa de posesos y danzantes intuyen cuando se juntan que suenan para una única persona. La llamada es la epifanía de un rito de iniciación para un espíritu desconocido y que lo ignora. Sólo lo sabe en algún momento de esa noche única en el año y el rito se oculta de manera astuta en la apariencia de una llamada para todos. ¿Quién puede afirmar o negar la veracidad de la leyenda incierta que, desde la concentración del barrio sur y desandando el recorrido hasta los antiguos quilombos originales, se lanza camino adentro? Fundiéndose con la pestilencia de cargueros esclavistas metiéndose en el corazón africano antes que se conociera la existencia del hombre blanco, que acaso sólo presienten las fieras insomnes en la copa de los árboles. Viene al caso esa sincrética leyenda urbana, porque algo se modificó en la vida de mi prima cuando del autodomínio se deslizaba a la desesperación. Viviendo la frustración rabiosa por haber llegado tarde, sintiendo la fiesta pedagógica con la conocida de Florianópolis perdida, estaba por llorar de rabia; allí de pie resignada, cansada con los pies hinchados, viendo que el animal reptante se alejaba hacia el otro extremo del mundo. Por las calles en pendiente el animal reptante semejaba una enorme serpiente africana hipnotizada por hechiceros tamborileros de nuestra aldea.

Ella se detuvo a fumar un cigarrillo; nerviosa por el desencuentro, dando pitadas rabiando contra todo y nada en particular, fue así que accedió al conocimiento. El alejamiento del animal reptante arrastraba el ruido de la llamada hasta la orilla del río, mi prima estaba detenida en una vereda destrozada

y tenía los pies metidos en la tierra. Una brisa nada inocente movía los árboles en un radio de una veintena de metros, las casas del entorno estaban cerradas, como si los moradores hubieran huido de prisa. Ni una luz en las ventanas, si estaban adentro escondidos decidieron desentenderse de lo sucedido esa noche en la aldea, sospechando que sucediera algo. Anastassia Lizavetta no temía ese vacío propiciando el alejamiento incesante del animal reptante, miró hacia el cielo justo cuando pasaba del azul crepuscular del último reflejo solar al negro absoluto de la noche llamada. Cuando las estrellas alcanzan el máximo poder de luminosidad y se despliegan un fuego artificial que viene durando desde siempre, desde las divinidades de ellos y festeja la invención en los primates del ser superior, producto del hongo alucinógeno de la temporada de lluvias y la fermentación de la fruta del árbol que dejó de existir hacia el siglo XVII en el ecosistema universal, fruta más perdida que prohibida. Un pájaro –debió de ser un pájaro- cantó en la noche y dijo algo en su lenguaje pájaro, mi prima nunca había escuchado un canto parecido al de ese pájaro. Imaginó que podía ser un pájaro de la selva africana desviado de la ruta migratoria por curiosidad al percibir tambores golpeados al unísono.

Era absurdo, sentía un olor intenso a tierra mojada y hojas enormes maceradas por el paso de pezuñas presurosas de criaturas montaraces. En esa coincidencia de apariencias, creyó ver a un leopardo de ojos de brasa evolucionando con sigilo por los pretilos de las casas vecinas. La cabeza le parecía liviana como si la hubiera metido en el vacío absoluto, el encuentro con

la conocida venida de Florianópolis perdió sentido. Comenzó a escuchar un tambor suave creciendo en importancia, era su propio corazón; mi prima fumaba sin parar y se oía respirar, movía una pierna y articulaciones de las extremidades, escuchaba los movimientos peristálticos del bajo vientre, el crujido de piel reaccionando a oscilaciones de la temperatura ambiente. El cuerpo era antena sensibilísima, lo que debía ser resultado del fastidio del desencuentro por menos de una hora y ciento cinco metros de distancia. Se propuso que a pesar de la angustia creciente se resistiría a sollozar, entonces escuchó los primeros tambores verdaderos y no el retumbe traduciendo el reacomodo de su cuerpo a la nueva situación. Los reconoció de inmediato, eran tambores de la Unión y mi prima oía con una nitidez como si las lonjas estuvieran cerquita. A los pocos segundos se sumaron otros y luego otros y que ella pudo identificar sin excitación, eran comparsas del Cordón. Los tamboriles de ambos barrios superpuestos deberían producir un sonido único y ella lo escuchaba al unísono separadamente, podía distinguirlos fácil, descomponer el sonido sumado de cientos de tambores; su reacción fue taparse los oídos, algo de esa individualización resultaba monstruoso y fue inútil. No percibía con los oídos, escuchaba esos tamboriles, me dijo, con si cuerpo y espíritu. Cuando a su turno se incorporaron los tambores del Cerro fue evidente que sería inevitable, negándose quedó anestesiada -animal cansado sabiendo que será devorado antes del amanecer por un depredador invisible-, supo que le estaba sucediendo algo único, que nunca contaría ni en confidencias a la de Florianópolis, menos a las otras. Nadie le

creería lo que vivía en ese recuerdo intenso, el último previo a que el marido entrara a su vida, que reapareció unas horas después que ella lo desprendió de la existencia. Dirían que era excusa y justificación por haber fallado cuando el encuentro que ella misma había publicitado. Una vez activado el mecanismo nada podía detenerlo y se sumaron eco y sonido de miles de lonjas tamborileadas. Buceo y la Ciudad Vieja, Palermo y La Figurita, Piedras Blancas y la cuerda de Libia y del Hipódromo; los borocotó borocotó borocotó chas chas estaban incrustados en su cabeza y accedió a la transmisión sagrada, trascendiendo la intención de baile callejero para ciudadanos bebiendo cerveza del pico y de lo que ella creyó hasta ese momento relativo al sentido usual del llamado de los tambores. Me contó que en esa situación tampoco estaba segura de entender lo sucedido, había sido transportada a otro nivel del mundo, de la percepción y estando en pleno aturdimiento era sin importancia. Menos creía que algún día llegara a comprender lo sucediendo en la zona de lo incomprensible.

¿Cuánto duró esa experiencia de alucinación en un territorio ocupado por la multitud? Pocos minutos si es que puede hablarse de duración en ese sentido. Un trueno que sí era selvático logró despertarla del letargo, un relámpago aterrador por desértico atravesó el provinciano cielo montevideano desprovisto de almenas, pasando hasta lo improbable de una enorme y redonda luna rojiza como se ven pocas veces en la ciudad. Idéntica a la que asomaba cuando la futura fortaleza era un montón de ranchos con ratas voraces y niños muertos, cuando llegaron los primeros esclavos a las costas del Plata destinados a sobrevivir

en minas de antracita del altiplano americano. Sintió que la brasa del cigarrillo le quemaba los dedos, ella los apretó más, sintió el placer del dolor del fuego y la calidad de dolor inexistente en su memoria. Por ahí cerca una ventana se abrió y en la zona comenzó el movimiento de vecinos restituidos a sus costumbres, lo que debía pasar esa noche en esa zona de la ciudad esperado y temido había sucedido. Saliendo de la oscuridad de un portal cercano una mujer avanzó hacia donde ella estaba; cuando estuvo a su lado le preguntó la hora, era una negra muy vieja, mujer negra sin edad que tenía ojos blancos de ciega de nacimiento. Anastassia Lizavetta sintiendo el dolor de la brasa entre los dedos le respondió y nunca pudo olvidar ese minuto que la restituía del otro lado a la mentira del mundo. La vieja negra ciega le dijo gracias con voz firme y se retiró. Alguien reventó contra los adoquines de la esquina una botella de cerveza Norteña vacía y era un signo.

La ceremonia de la llamada degeneraba, comenzando a perder la levedad de un recuerdo sagrado que se mantiene por unos minutos, de lo contrario sería insoportable. Algo la llamaba, mi querida prima caminó con seguridad recuperada; a su nuevo avance la muchedumbre -que dejó de ser un animal reptante- le abrió un corredor en el laberinto para que avanzara. Fue así que sin dificultades se encontró con el grupo de las amigas, "con excesiva facilidad" me escribió cuando otra vez evocó el recuerdo y que seguía siendo misterioso. Lo habitual, lo queero insoportable, lo siento por el atraso, peripecias del desencuentro entre comentarios consecuentes. Mi prima intentó ocultar lo que le había sucedido hacía un rato, lo venía logrando e incluso se

había integrado con las chicas a uno de los cortejos. Hasta se toparon de frente con una comparsa compacta y altamente profesional, conjunto que pasaba por ser la prueba ejemplar y concluyente de lo que se conoce por llamada montevideana. Todo marchaba estupendo y la conocida venida de Florianópolis la miraba con insistencia; cuando se percató de ello, creyó que se trataba de recordarle la disparidad entre la versión avanzada durante el almuerzo, su casi curso magistral y la consistencia de la turba alineada que se movía en todas direcciones. La llamada era hidra venenosa sin cabeza dirección ni criterio, turba montevideana que se estaba desplegando, algo desordenado que sustituyó los momentos de puro espectáculo rítmico visual, mientras los incidentes se sumaban cada pocos metros. Advirtiendo la nerviosidad de la isleña que parecía dar vueltas para interrogarla, mi prima tomó la iniciativa y le preguntó a la conocida venida de Florianópolis qué le había parecido. La otra, luego de tocarle a mi prima la frente con la yema de los tres dedos centrales de la mano derecha, le dijo que bien y que no era nada en relación a lo que a ella le había sucedido, agregando que un día de estos tendrían que hablar a solas. Mi prima sonrió, dijo que llegar tarde a una cita carnavalera es normal y volvió a sentir la punzada de quemado entre los dedos.

Luego de vivida esa experiencia ambigua y que a mí, cuando la conocí en la segunda versión que decidió contarme –donde agregó la secuencia final con la negra vieja y ciega- me pareció que la preparaba para ser la sacrificada en un ritual venidero, embeberla de indiferencia ante la muerte violenta aguardándola en un recodo de la vida, Anastassia Lizavetta jamás regresó a las llamadas, siendo como era de sus defensores más entusiastas. Aquella última noche de tambores descubrió la verdad escondida detrás de la puesta en escena y al otro día fue que conoció a quien sería su marido.

El barrio Tres Cruces debía tener una comparsa de tambores combatiente, de lo contrario era inconcebible que encerrada en el local comercial ella hubiera recordado la noche cuando aceptó el pacto con fuerzas selváticas que nunca la abandonaron: la ceremonia colectiva formando el último recuerdo de su vida de antes del marido, al que mató con saña inexplicable esa misma mañana. A no ser que barajemos la referida hipótesis del sacrificio, la intervención de fuerzas que volvían a exigirle el cuerpo mediante órdenes que prescindían de su parecer. En el centro comercial el cuerpo de Anastassia Lizavetta recibía otras vibraciones según me dijo, lo escribió en un cuadernillo que utilizaba para recordar los "extraños pensamientos" que le pasaban por la cabeza. Después del incidente le dio por escribir a mi querida prima, una pulsión que quizá la ayudó a ver más claro, obligándola a vivirlo al menos en pensamiento una segunda vez. Almuerzo copioso, recuerdo de la noche de llamadas cuando se desencontró con la conocida venida de Florianópolis y tampoco se trataba de la ropa recién comprada:

la mirada la presentía por ahí, cercándola y esperando que ella hiciera un movimiento delatando su estar a la intemperie. Se vio siendo la observada como hace algunas semanas atrás en otra circunstancia alejada y peculiar, cuando observó a la pareja en aquella plazoleta rememorándole similitudes de experiencia desagradable, testigo adivinando un diálogo del que no se distinguen las réplicas.

Ella era la otra, la que el tipo observándola suponía. Ama de casa decidida a salir de la encerrona con desesperación y se notaba la impericia en sus modales. Estando segura de que el tipo mirándola nunca daría con la verdad, se le dio por pensar lo que él pensaría en esa intersección de presencias; que no era yiro deambulando porque evitaba cruzar miradas de manera evidente, debería ser mujer sana y normal, bien vestida, originaria de un entorno familiar respetable. Si tan sólo hubiera tenido la intención de estar allí y limitarse a las compras ¿por qué permaneció una hora dando vueltas subiendo y bajando escaleras, simulando aguardar un ómnibus, mirando vidrieras más de una vez, sentándose en la cervecería? Tampoco era que venía allí a encontrarse con alguien, amiga o macho, ni movía la cabeza con impaciencia de estar buscando a alguien entre la multitud, con conciencia culposa de quien llega con atraso a una cita. La conclusión difusa era que se trataba de una mujer buscando algo raro y que ni ella misma sabía con certeza qué era. De lo anterior, podía pensarse que era un ama de casa sujeta a secuelas de la crisis psicodoméstica; aburrimiento, relación deteriorada con el esposo afectando al trato y el deseo, tampoco tan mal como para haber pasado a la etapa del amante

institucional reclutado en el horizonte conocido. Habiendo desbordado la cuota del aguante y saturación, acercándose a la llamada resolución del desconocido, momento crucial de "el primer tipo que se me cruce".

El hombre que la observaba, sorprendido pues la situación avanzaba de acuerdo a sus intereses, me contó mi prima, el desconocido ese quería armar la ocasión. Ser la ficha del primer tipo que se me cruce y ella aceptaba que en tales circunstancias, el aspecto despreciable y desagradable del sujeto era decisivo para resolver la coyuntura. Hay, creo y todavía, algo mágico romántico en las parejas que se cruzan en la calle siendo desconocidos y de inmediato, sin mediar palabra, saben que en menos de dos horas estarán en la cama fornicando de manera salvaje. Juego silencioso, sorpresivo, del que nadie se atreve a recordar las reglas que se disponen pocas veces en la vida; cuantas menos explicaciones mejor e imponiendo el síntoma de vulgaridad. Anastassia Lizavetta no vivía momentos acuñados por la casualidad, buena parte de la fuerza evocada quería insistir que vivía ese momento, como si el olor dulzón de la sangre conyugal le hubiera quitado la ilusión y la idea del sueño, incitándola a una actividad frenética de cuerpo y mente. Algo que ni siquiera podía contenerse en el crimen cometido, que sólo otra vivencia de la sexualidad podría exhumar, una profunda alteración personal lindando la enfermedad. El tipo que la seguía era poca cosa pero sería él, demasiadas reticencias al avanzar evidenciaban la estrategia paternal, conversación para deslumbrar muchachas analfabetas desgraciadas, mujeres que comienzan a perder memoria y dignidad. Mi prima hubiera

preferido otra catadura como fantasma de la inminente degradación determinante por irreversible, otro príncipe azulado chabacano, pero así marchaban de torcidas las cosas ese jueves de marzo.

-Vamos.

Bastaba la palabra brutal, el misterio despreciado en la orden, sobreentendidos obscenos, perversidad reactivada, la palpitación de inventar una historia aunque fuera vomitiva. Fue innecesario evocar nombres falsos, tampoco la pregunta por la soledad y algún parecido con una lejana amiga en una tarde tan linda. Menos la mentira de la reacción sorpresiva cuando la descubrió cerca de la zapatería, tampoco la ocurrencia de ir a charlar a un lugar tranquilo siempre y cuando le parezca bien.

-Dale, pero sin explicar nada replicó mi prima, pensando que en la respuesta, el tipo se transformaba en la función que una zona íntima usaría para alcanzar la abyección complementaria.

Lo miró y siguió hablando despreciándolo de entrada: "detesto los apartamentos de los tipos vulgares como vos, al menos tendrás que pagar algo por un par de horas." Se le adivinaba entusiasmado habiendo perdido la tensión del acoso a la mujer, el acostumbramiento, aguardando el fracaso antes de regresar a morir en alguna pensión, tratando y sin conseguirlo que el tiro del final saliera bien. Quizá no aguardase en respuesta tamaña agresión acechando la actitud defensiva, necesitada de sonrisas y circunloquios, con temor de haber caído en manos de una loca.

Era tarde para retroceder, estaría pensando en salir de la situación y despedirse sin perder dignidad, la autoestima masculina por el piso, retocó mi prima en su versión telefónica. Al rato y como líneas de espacios diferentes se acercaron a la fila de taxis, ese parecía ser el único lugar del mundo donde ella podía sentirse a gusto. Hoy jueves mi prima había subido a más taxis que en los últimos dos años. La memoria iba por su lado y el cuerpo era independiente, la voluntad estaba sublevada desde temprano en la mañana y el reloj marcaba una única hora detenida, comenzaba a olvidar el nombre de familia y tampoco tenía noticias de la ciudad donde decidió perderse. Construía el primer recuerdo luego de haber asesinado al marido, espejo de la memoria olvidando lo existido entre la noche de las llamadas y lo que ahora estaba haciendo de ojos abiertos. El reconocimiento palpable del mundo sabido de memoria se volvió una serie de imágenes de hostilidad, enorme complot de signos ignorados con la finalidad de poder destruirla, ella dejó de ser una persona coherente, actos y gestos partieron en fragmentación disonante. Había saltado en tantos pedazos la que ella fue hasta anoche que nadie podría reconocerla si la cruzaran en la calle, ni el marido si viviera.

¿Qué estaba haciendo ahí y con ese tipo? El hombre fumaba nervioso y ella miraba hacia fuera. La orden al chofer fue breve. "Cortijo" dijo y nada más que pudiera romper la armonía perfecta presentida. La pareja se hizo la promesa de no emitir palabra pero el tipo, temeroso de que la nerviosa paloma volara, comenzó a acariciarle los muslos cerca de la rodilla, la pantorrilla, por encima de la pollera en los minutos siguientes y

así recordarle "mirá que vamos a coger así que no te hagas la boba." No parecía loca regalada sino una profesional del delirio, el tipo se enfriaba al verla aceptar sin oponer resistencia, dominando la situación por anticipado, como si ella hubiera sido siempre quien tomó la iniciativa, decidida a hacerle pasar vergüenza una vez desnudos y metidos en la cama. De pronto sintió el chucho, le miró las manos porque de ser enormes podría tratarse de un error de apreciación y él no quería vivir ese tipo de engaños. La tipa en cuestión tenía manos cuidaditas, delicadas, incapaces de matar una mosca. El hecho de tenerla cerca le hizo bajar las pretensiones donjuanescas, se concentró en mirarla y las explicaciones que se le ocurrían eran insuficientes: había gato negro encerrado. El tipo se consideraba semiprofesional de la aventura de los levantes y después de tantos años de trillar, creía conocer todos los casos de figura. Si bien en los últimos tiempos estaba obligado a rejuntar mujeres quemadas, cadáveres pintarrajeados; en ellas eran más que posibles súbitos arrebatos por una carga de humores espesos y hasta venganzas calculadas. Había con esta mujer algo que salía de los modelos conocidos que a él, experto y fino conocedor del alma femenina le daba mala espina. Estaría más tranquilo si hubiera pasado la hora y ya estuvieran en un taxi saliendo de mueble, del otro lado de los hechos y pudiera hacerse el interesante sobre la eventualidad de un próximo encuentro luego de haber intimado; comenzara a divertirse viendo como ella ocultaba la verdadera dirección de la casa y por temor a un escándalo replicase "dejáme por aquí nomás" y él contestara canchero "claro, claro..."

Era indudable, recordaba mi prima evocando la situación, esa nueva experiencia taxi del día que el tipo lo que menos buscaba eran complicaciones. Había algo "en mí, en mi comportamiento" que él no lograba controlar, "y eso que faltaba la información principal." Yo comprendía. ¿Cuál es el estado de ánimo después de haber acuchillado al marido e irse con un desconocido a un mueble? Supongo que estaba evitando circunstancias atenuantes, sobrecargando el acto de impudicia, adornándolo de escándalo e inmundicias para que nadie preguntara por la naturaleza real de lo hecho, empezando por mí mismo. Tenía horror por si llegaba a comprender razones de las fuerzas arcaicas que la impulsaron a hacerlo. Eso me decía mi prima y se sonreía de los test a que fuera sometida durante meses, "las únicas manchas que hubiera sabido interpretar sin equívoco serían las de sangre que quedaron sobre la colcha de la cama, las únicas manchas."

"¿Qué mirás?" le preguntó cuando fue evidente que algo le pasaba al tipo, relámpago de otro pensamiento pues las manos paseanderas permanecieron quietas y del lado de las telas. Estaba con la mente ida y lejos. "Ah, ya entiendo" siguió mi prima, como si la zona inferior del pensamiento estuviera ocupada en otra cosa. "Sos de los sensibles que quieren explicaciones. Vos querés que te cuente las razones de por qué estoy contigo camino de una pieza miserable. No te basta con haberme levantado sin haber siquiera pagado un vino, no te alcanza con quedarnos callados sin repetir otra vez la sarta de imbecilidades que les contás a las infelices, esas que dudaron entre envenenarse con matarrata en una pensión o seguirte la

corriente. Querés que haya un paréntesis humano, un diálogo, porque después de todo no somos perros y te diga las razones de haberte considerado a pesar de estar vestido así, con una limpieza de dientes que deja tanto que desear. ¿Es eso querido?" "También se puede aflojar un poco la mano" dijo el hombre, que él solito entró en la trampita de las conversaciones. El taxi tenía mampara, desde atrás el tipo dudaba si el chofer estaba escuchando la conversación y le desagradaba; el chofer era lo de menos, el que hubiera preferido no escuchar a la mujer era el tipo y era tarde para hacerla callar. En ese alegato inesperado, advertía el peso de los años cuando se vuelven lastre de la existencia y la cerveza bebida durante los meses de verano se concentraba en los pies. Ella lo contemplaba de tal manera despreciativa que a él le daría pudor desnudarse en el amoblado. Necesitaría tomarse un par de tragos y recuperar la confianza porque la fulana, como sucede la mayoría de las veces, podía haber alcanzado la fase arrepentimiento. ¡Cuántas veces debió terminar la negociación con mujeres hablando y hablando, mientras el taxi esperaba en el garaje del hotel de alta rotatividad, hasta trancando el ascensor de un edificio de apartamentos!

Hacía unas horas que Anastassia Lizavetta venía escapando de un perímetro que pudiera asimilarse a la realidad, como si le costara una enormidad, hubiera decidido negarse a pasar de un territorio a otro y el complejo juego de las cajas chinas iniciado al amanecer, que comenzó con un sueño perturbado y la traía hasta el taxi ese, donde hablaba como persona desconocida, guardara sorpresas tramposas. Por ese presentimiento de

inclusiónm la historia verbalizada estaba relacionada con un sueño que tuvo repetidas noches vinculado con su cuerpo. Ese sueño, que ella me contó dos veces y sin variantes cuando jugábamos a la terapia -por lo que deduje su verosimilitud- era el siguiente. Cuando comenzaba a tener pronto el ajuar para la criatura, suavizar la sonrisa de madona renacentista con certeza y apenas se le notaba la panza, allí pasó. Recordaba despertarse y le venían contracciones, era entonces que llevada de urgencia dentro de un taxi -otra vez un taxi- expulsaba del cuerpo algo sin saber lo que era. No se trataba de un feto petrificado ni de un monstruo, como suele suceder en ese fantasma de rechazo. Era una suerte de criatura, cuerpo reducido y piel seca, charque animal, cosa momificada que hubiera estado instalada en ella no el tiempo habitual de gestación, sino desde antes y mucho. Como si la cosa (era el intento de interpretación de mi prima) hubiera comenzado su lenta gestación con la primera conciencia del cuerpo reproductor. Ese sueño se lo contó al tipo durante el trayecto buscando ayuda, hurgando entre las entrañas de su cuerpo y el depósito de la imaginación alguna imagen que la ayudara a entender lo sucedido. Se lo contó con otras palabras y dio la impresión de que le había ocurrido esa misma mañana; además, supongo, cuando contaba el sueño luego del crimen, por primera vez, dentro de un taxi, a un desconocido, las manos no pararían de circular encima del vientre. Demostrando cerca del sexo ella seguía la línea de las manos regordetas del tipo que la había acariciado hacía un minuto. El tipo no recibió la historia como un sueño para poblar el trayecto hasta Cortijo, sino como algo que sucedido; en eso tenía razón y peor: podía suceder

cuando con los tragos encima se decidiera a bajar con la lengua, justo cuando esa cosa repugnante saliera y se le incrustara en la jeta.

El tipo dijo en sus declaraciones en dependencias policiales que asco, pero fue el miedo lo que le cortó la inspiración y le desbarató en el taxi rumbo al mueble, los planes rectificados mientras se le acercaba en el centro comercial. "Mejor la dejamos aquí" le dijo él, "cagón" le contestó ella. A esto estaban metidos en el garaje de la pieza nueve del Cortijo y el pistero esperaba la salida del coche mirando para otro lado. "Pagá y vamos" ordenó ella, se bajó del taxi y cerró la portezuela de su lado. Una vez afuera del coche mi prima no se percató de lo sucedido; el taxi con el tipo adentro dio marcha atrás y salió a la disparada. El pistero discreto, sin enterarse de lo que había pasado entre los tres y en vista de que faltó la contraorden, bajó la cortina metálica dejándola al pie de la escalera, sola, como si viniera de despertarse sin saber dónde estaba.

Las cosas tampoco sucedieron como ella lo había imaginado, si bien la situación estaba menos mal de lo previsible; era la primera vez que se hallaba en esa situación, seducida por un desconocido y abandonada de apuro. La curiosidad la indujo a subir la escalera conduciendo a la habitación pasando una tras otra las puertitas llevando al dormitorio. Al entrar en la pieza en penumbras se sentía el olor de la pareja anterior, el desodorante

ambiental era de los peores del mercado y el perfume de la última dama alojada en el antro noveno de los buenos de tarifa intermedia. Las luces tenues eran erótico tenebrosas, mi prima lo distinguía todo bien definido en sus contornos y espesor, los sentidos hallaron allí un incentivo de percepción. El espectro afrancesado de Chanel y el spray ambiental con aroma picante a florcillas silvestres, el almidón industrial utilizado para lavar las sábanas sexuales, la creolina adquirida al por mayor y tirada en el inodoro directo de la botella de plástico. El sudor estaba evaporándose por efecto de la climatización, la cera reciente sobre la mesita del medio, el olor a tabaco frío y restos de jabón tirado en el suelo que escapó al control de las muchachas de la limpieza. Ese olor penetrante de una toallita higiénica que alguien cambió allí durante las últimas doce horas, pegada al fondo de la papelera y un preservativo apelmazado con aire interior que insistía flotando en la cubeta del baño. Se advertía el apuro de los últimos minutos por dejar la pieza libre, la música tenía problemas de reproducción, los parlantes eran viejos y de allí salía una dudosa selección de old hits, celadas de falsa nostalgia, promedio de éxitos de veinte años atrás, programados creando la ilusión de que todavía se está en la juventud, suponiendo que se continúan escuchando nuestras canciones. Encerrado en esa pieza no se podía acertar la hora que era ni el día, menos la ciudad que había afuera tampoco la temperatura verdadera de los termómetros ni la disposición acusadora de la cocina en el Parque Posadas.

Ella pudo pensar -esto es de mi propia cosecha- que el día que estaba sucediendo era algo ocurriendo en el futuro. Creer que el

tipo que la levantó con soltura en el complejo comercial y quedó abajo en la entrada, pagando el taxi era el jefe de OCA, el cuñado que siempre la mira con ojitos o el novio de la mejor amiga de cuando era soltera, el quesero de la feria tan de izquierda. Que alguno de ellos tal vez había pagado el taxi y se demoraba en el baño, pero vendría en un par de minutos para revolcarse con ella dos horas en la cama, y luego cada uno por su lado voluntario retornando a sus actividades habituales. Esa semipenumbra de amueblado, de casa de citas, los olores acumulándose en el aire denso, el hecho de que ella estuviera allí y la música del tiempo de la nostalgia –en menos de quince minutos escucharía Dancing Queen de ABBA- la inducía a las ganas de fornicar en el sentido tradicional sin preliminares y liberada de la pena de la muerte. Estaba viviendo algo original en una circunstancia insólita, le agradaba la soledad de esa configuración que vivía (la segunda del día) y hasta se daría el gusto de pagar con la tarjeta de crédito familiar del lugar de trabajo, lo que tenía su encanto. A esas horas del día acumulado y con menos tensión viniendo de la gente en las proximidades, se tiró en la cama intentando descansar. Como habiendo perdido la noción de la situación y con intención de hacer algo inhabitual, le vinieron ganas de tomar un trago. Llamó a la recepción y pidió J&B con castañas de cajú, un toallón grande con jabón de calidad y tres preservativos.

En menos de dos minutos, seguía toqueteando botones adivinando la lógica de las luces que salían de todos lados y verificando que el cenicero estaba pegado a la mesita. Sintió en la puerta los golpecitos de la servidumbre, estuvo a punto de

decir que lo dejaran en el suelo pero quería ver lo que había del otro lado. Abrió y encontró una veterana vestida como enfermera de mutualista, con chancletes de goma para pasar inadvertida cuando transita los corredores. El ver ahí de pie a la mujer fue inquietante y algo pasajero la culpabilizó, enviándola al futuro cercano. Mi prima le aguantó la mirada y dijo "gracias", como si una enfermera de hospital, celadora de cárcel, espectro del pasado, le hubieran traído la primera comida luego de una noche de pesadilla. Otra vez a solas llevó la bandeja hasta la cama y se acomodó pensando en un pic nic. Se sirvió un trago con muchísimo hielo, levantó una parte de la cobija, se tiró con el cuerpo sobre el colchón, como si en gestos regresara al lugar del crimen y hubiera decidido jugar a ser ella la víctima. Con el mando a distancia prendió la tele suspendida del techo, sabía lo que quería ver y las imágenes la satisficieron como si las hubiera acordado un geniecillo libertino. A medida que la película avanzaba se fue desnudando al tacto sin quitar la mirada de la pantalla, rabiosa contra el cobarde que se asustó con esa imbecilidad que le contó. ¡Se creyó el cuento del crío muerto como si fuera verdad y no un sueño perturbador e irrealizable! En la tele el orden del zapping insistía en la pornografía, tres cadenas con fantasmas debutantes que a ella le hubiera gustado vivir alguna vez en la realidad. Variedad de posiciones sin escenas de apuñalamiento, para snuff movie sin fingimiento estaba el que protagonizó esa mañana, si hubiera tenido una cámara video como la gente que captara esos minutos salvajes. Eran apenas fantasmas, aunque dudo de que la traducción sea de lo mejor, tan bien llevados por esos guionistas mal acusados

de falta de imaginación. Había seres masculinos de países exóticos en erección permanente con miembros desmesurados en relación a la media nacional, pluri penetraciones sobre la misma mujer con variedad de elenco y eyaculaciones epidérmicas conjuntas; intenso lesbianismo incitado por una parafernalia hiperrealista de caucho opaco y transparente e incluso transmutación visible entre la sexualidad. El gesto del cuerpo como prisión y la inventiva para escapar de dicha encrucijada (en la época de ella joven no había esas cosas), ella se preguntaba si la incorporación de los videos a la intimidad sexual y la proliferación de la industria pornográfica tenían relación. Sin el espacio mental para la contribución de la imaginación, el video del circuito interno cumplía la función de dar virtualmente lo que no podría producirse en lo real, de la papisa, del queso, la frutera, de ella misma, la peluquera y su asistente. ¿Lograba un incentivo del erotismo clásico? Por ello se suponía que la gente dedicaría tiempo a la sexualidad, si en ello se considera el tiempo de visualización del film. Insistía la hipótesis de la visión que podía incentivar el deseo, desinhibir barreras y a ella le interesaba saber si perdió variantes del erotismo por carencias tecnológicas. Viendo a una enorme rubia haciendo creer que era sueca estilo ABBA, introduciendo un enorme consolador de cabeza doble a una muchacha hindú con lunar en la frente, rememorando algún grabado policromado del Kamasutra, consideró injusto quedarse viuda justo cuando comenzaba la globalización. Si se omitía el detalle del asesinato, si hubieran sido otras las causas de la viudez repentina, cáncer de laringe, accidente laboral, crisis cardiaca hereditaria, luego de

un silencio prudencial mi querida prima sería objeto de variadas bromas relativas a su nuevo estado civil. La viuda alegre para comenzar, cada cual lo llora por donde más lo extraña si en medio de una reunión marchaba al baño, la cama fría y la concha caliente, a ver si vuelve como Vadinho en Doña Flor. A eso estaba destinada, y entendió que pasaría mucho tiempo antes de volver a estar en una situación tal que hiciera posible comentarios de mal gusto.

El escenario en Cortijo podría ser su dulce despedida de la vida de casada y en esas cosas pensaba, me dijo, cuando se sirvió el segundo trago de J&B dudando si pedir una segunda botellita. Viendo eso, el estar sola luego de ahuyentado al galán refractario a la historia del crío malformado, la situación parecía natural, continuidad del sueño enigmático insistiendo en proseguirse. Claro, ella pudo haberse dormido en la peluquería mientras le aplicaban la tinta, estar todavía allí recordando a la hermana que se marchó a tierra caliente; estar entre dormida en uno de los taxis que tomó desde que salió a hacer las compras de la feria. En esa penumbra de la conciencia que proporciona el J&B bebido en pelotas y tirada en una cama, sin pareja, viendo una película porno en una casa de citas, la desconcertaba la unidad percibida en sus gestos extravagantes comparados con su conducta habitual, el no saber cuál era la última escena que recordaba de su vigilia. Entendiendo por tal la vida normal que tenía ayer mismo, un apartamento en la Torre L del Parque Posadas, marido, un hijo al que darle una hermanita, empleo seguro en OCA y el sueño de pasearse por las calles de Londres tarareando Sargent Pepper's lonely hearts club band.

De ello la distanciaban unas horas, puede que allí comprendía que la vida era una serie de escenas de las que no podía distinguir los límites y por algo deberían señalarse, un cambio de color, la diferencia de temperatura, otra disposición de los hechos. Tal vez el cambio no se produjo cuando mató al marido, eso era lógico en una serie de incidentes que la acompañaban desde la infancia, ocurrió cuando decidió teñirse de rubio. "Me estaba masturbando" ella me dijo –parecía al recordar que narraba una anécdota inventada y vulgar- que se acariciaba nostálgica de no tener los artefactos que esgrimía la joven de apariencia hindú, enterrándolo como uno de los brazos de la divinidad Shiva a la virgen vikinga, en esfínteres empapados de gel y abriendo agujeros paradigmáticos del deseo, sexos culturales de circulación internacional como las canciones de ABBA. Estas escenas de sólo escribirlas me desconciertan, volvamos a los aspectos serios que pueden incluirse en un informe.

Si todo se desarrollaba normalmente en el mundo y estando en su momento actual, podía afirmarse que siendo optimista resistiría veinticuatro horas en situación de fuga y escape libre. Cuarenta y ocho a lo máximo y que luego de los engorrosos trámites judiciales terminaría (sin atenuantes para justificar su crimen, aunque ahora que sigo por escrito sus recuerdos fragmentados y los sucesos del día terrible, acaso sin llegar a entender pueda llegar a un tiempo de silencio, dejar constancia de mi incapacidad para deducir el misterio que es la vida de mi querida prima) por algunos años en la cárcel. En eso sonó el teléfono en la habitación, no fue ella la que pidió una cámara

Polaroid, pero la interrupción le sirvió a Anastassia Lizavetta para volver a la realidad en su insoportable continuidad. En la oscuridad buscó el relojito sobre la mesita de luz y comprobó que habían pasado más de dos horas. "Tenemos que irnos papito" hubiera dicho en otras circunstancias, "es la hora que el nene vuelve de la escuela". Lo único que veía en el espejo de arriba era su cuerpo desnudo. "Tengo que hacer gimnasia" se dijo, empezar un régimen y se preparó para marcharse del Cortijo. Creyó estar sin plata en la cartera pero tenía unos miles de pesos, tampoco una enormidad pero en la desesperación mañanera, seguro que manoteó entre los calzones la reserva en efectivo, "por si pasa alguna emergencia" y en efecto había pasado alguna cosa. Lo que cambiaba era que haría lo que se supone deben hacer los señores en esas circunstancias: pedir la cuenta, salir al zaguancito, arreglar en efectivo, dar la propina, pedir por teléfono que enviaran un taxi hasta la cortina metálica y que el pistero avisara cuando llegara el coche. Tenía miedo de olvidarse de algo sobre la mesa de luz, alguna alhaja con fuerza de amuleto. Al escuchar que abajo sonó la bocina ella salió del departamento; adentro, en la pequeña pantalla era la sueca que se había procurado un consolador de dos puntas, como los dioses hindúes de párpados pintados que tienen varios brazos y amenazan la relativa coherencia del mundo.

La historia que cuento sería otra si el mundo fuera apenas como ayer cuando ella preparó la cena. Concebir como posible un regreso al pasado, haberlo detenido al Enorme Reloj y que el tiempo perdiera linealidad siendo sumatoria de situaciones intercambiables. Ayer la vida era normal y mi prima pudo haber emprendido algo diferente a la rutina bondadosa como lo hizo; a pesar de lo agitado del día (últimamente sus días eran agitados tanto como sus noches) la segmentación de las horas y la fuerza de las costumbres de los últimos años se reiteró. Tratando de recobrar algo de lo que fuera su normalidad, intentando pasar lo vivido en Cortijo a una escena irreal, cotejo con la pulsión de deseos que debía estar normalmente reprimida, fue ahí que consideró pedir un taxi y marchar a la zona donde trabajaba. Quería estar en los alrededores a la hora cuando solía salir del turno y conciliar –de ser posible– dos Anastassia Lizavetta que en algún momento de la mañana decidieron bifurcarse, observaría cómo resulta el lugar sin ella en el encuadre. Nadie se percataría de su presencia desplazada clandestina. Los cambios introducidos en el interior y las secuelas en su aspecto de la intensidad psicológica, eran invisibles a los demás. Había hecho lo máximo para dejar de existir, buscando desaparecer por el atajo amenazante de lo insoportable. Lo vivido las últimas veinticuatro horas –porque ayer a esta hora y allí mismo, si se decidía a ir era aceptada en el paisaje– la convirtieron en otra mujer, otras mujeres. Ella era las otras y le constaba que nadie, incluyendo las compañeras de los últimos años de trabajo,

estarían dispuestas a reconocerla con su actual aspecto. A partir de hoy y por siempre sería estimada una desconocida, otra mujer no la que fue y podía asegurarse que la historia pasada estaba con la presente. Eso de acuerdo a las otras, la denominada Anastassia Lizavetta se quedó sin historia continua, sucedió un corte brutal y el pasado al que la nueva Anastassia podía aspirar, se condensaba en lo hecho luego de despertar ese jueves. Lo que quisiera recordar de lo ocurrido apenas ayer la ubicaba en la condición de otra mujer. ¿Alguien del entorno podría determinar el momento justo de ese dejar de ser la prima mía de antes?

El único ser que podría dar testimonio de la persistencia espiritual por debajo de los cambios superficiales, era el marido y estaba bien muerto a esa hora. Ella era criatura imprevisible que sería negada, la que las compañeras de trabajo conocían no era aquella que dicen que hizo eso y mi prima se circunscribía al departamento de la torre L del Parque Posadas. Si agregaba el rodeo consecuente de las horas siguientes, la confusión sería mayor y esa improvisando era una desconocida indigna del trato de la otra que frecuentaron. En ese momento nadie conocía a las mujeres que habitaban el cuerpo de mi prima. El enigma de la persistencia con la inconcebible transformación, se incrustó en su interior como si protagonizara una novela fractal buscando su unidad. La novela de mi prima, que se llamaba así por capricho del padre, malgrado lector de novelas de Dostoievski y traducidas al castellano después de la guerra civil española, hombre difícil que se tomaba por personaje del ciclo de los endemoniados.

Mi prima tampoco sabía si valía la pena intentarlo eso de volver al lugar, dependía de si lo hecho "hubiera sido ayer" y estaba dispuesta a encontrar algo superior para comenzar lo que parecía una inevitable redención. La vida continuaba a pesar de los accidentes incorporados, como si hubiera descubierto la intensidad de pasar a la vivencia del pecado total. Le funcionaba un automatismo aceitado sin trabas y alejándola de la divinidad redentora, una fuerza la empujó al método brutal de desafiarlo para saber si existe. Comprobar si lo insoportable producía un eco de piedad y reprimenda en una zona alejadísima del cosmos, si la fuerza del acto de sacrificio arcaico despertaba iras cercanas al momento áspero de la creación. Lo que ella suponía vida normal estaba regulada por una serie de acciones repetidas, el infierno era una constancia de bondad en un mundo parloteando su vocación maligna. ¿Sería por eso que lo suprimió? ¿Fue un gesto simbólico apropiado a lo sagrado más que a la esfera de la conducta humana? ¿El ritmo encontrado era imposición lenta del marido? ¿Qué tipo de prueba secreta protagonizó? ¿Ante quien debería dar cuenta de su acto?

Ella determinó que lo mató al hombre para cometer la falta de observarse desde afuera de la rutina y que su vida fuera un absurdo culebrón llegando al último episodio del desenlace. ¡Hay niña! le diría una sirvienta negra y gorda, con todo lo que usted trabaja en esa condenada empresa... que seguro hija mía no le pagan lo que usted se merece de salario. A esa hora ella haría la compra de último momento antes de recibir a su hijo. Historias que hicieron de la mujer un personaje ridículo, motivada por un horizonte de romance y maternidad. Le bastaba confesar su

aventura con el cuñado un mes antes de casarse y el viaje a Melo para comprarle el hijo a la madre verdadera con falsos papeles, insinuar una inseminación artificial en Buenos Aires con donación de jugador de polo de San Isidro. Eso y algún chantaje, otro secreto sin importancia, para que la maternidad enaltecida se transformara en teleteatro. Si alguna vez pensó vivir un cuento de hada madrina original, si aceptó vivir el guión de una película mediocre conformándose con un drama más clase media que popular, si hace pocas horas -las horas en su cabeza se amontonan- con el argumento de la sangre mi prima creyó vivir una tragedia, hacia la media tarde, teñida y viniendo de Cortijo, mirando la salida de su lugar de trabajo -de decidirse a ir para ese rumbo- se sentiría más próxima de un radioteatro, historia lateral de telenovela mexicana.

Por si faltaba algún detalle, ella sufrió la experiencia infantil de una madre superiora que, hacia el final de la primaria, porque era una niña con problemas de carácter, la internaron en un colegio llevado por monjas modositas, que aconsejaban sobre la existencia efímera y terrenal, la acosaba de direcciones espirituales para que, mediante la práctica obsesiva del rezo permanente se volviera señorita digna de la sociedad. Por entonces, a mi prima le era fácil verse en niña dicharachera rezándole a la Virgencita milagrosa para que mamacita se cure de la tuberculosis pertinaz y el padre millonario descubre la verdad oculta por hermanastras brujas, novias falsas vírgenes mentirosas y socios traicioneros. Ah... esa carta escondida... ah... ese lugar donde se halla oculta la verdad que tarde o temprano vería la luz del día...

Quería repasar su vida, había roto la pantalla buscando escapar a esos guiones interminables que hacían de la vida algo complejo y decidió cortar la historia por la mitad. Nada de lo programado era verdad y alteró el rumbo de las estrellas decidiendo por su propio destino, escribirlo, cambiar las coordenadas de su nacimiento: para las nacidas bajo el signo de Géminis la jornada se presenta tranquila. Domínese y evite conflictos con la pareja, tendrá hoy una tendencia a gastar más de lo debido, ponga atención a los pequeños accidentes domésticos en la cocina. Menos trabajo que el mundo gira igual y dedique la jornada a darle placer a su cuerpo. Un cambio de peinado es a veces la solución para alterar el humor, un paseo por la ciudad puede cambiarle las ideas, Montevideo está hermosa. Recuerde que por unas horas todavía es una persona libre y los problemas, aunque parezcan inmensos para sus capacidades, pueden solucionarse con un poco de buena voluntad.

Olvidó si ella lo decidió, lo había escuchado en la radio de uno de los taxis, fue esta mañana en la tele antes de salir con el carrito para la feria o desde la casa de la hermana ella lo consultó por teléfono organizando el resto de la tarde. Lo innegable era que la conformación de los astros en el cosmos determinó que ella escribiría hoy su horóscopo personal. Es lo que estaba haciendo mientras yo redacto y alguien a la vuelta del tiempo

lee. La órbita de los planetas, la incandescencia de las grandes novas, el decurso del big bang y el misterio de la expansión, infinitas lunas opacas de planetas y estrellas enanas moribundas, agujeros negros negados a la visión, tensores sosteniendo la creación y la gravitación universal, el cero absoluto, la antimateria influyendo en la totalidad, el principio de rotación elíptica, la extensión por millares de estrellas, los desplazamientos rítmicos de Casiopea, la posibilidad de vida orgánica e inteligente en otras alejadas regiones del cosmos – sin excluir la hipótesis de un dios en tanto principio organizador – habían confabulado para decidir los gestos decisivos que ella había emprendido. Sucede que en Montevideo esa mañana más coqueta que nunca, una serie de hombres sabios en Física y los misterios de la materia, en libros sagrados de la antigüedad, símbolos animistas y su traducción a los eventos de la vida consuetudinaria, las equivalencias entre hemisferios y la fuerza de la luna, decretaron, para los nacidos bajo el signo de edad variada y sexo diferente, una aproximación simpática que luego se aplicó a su propia historia en términos de fácil comprensión. El misterio y enigma del universo y de la vida es en el fondo simple, atención: no es que falte libertad y libre albedrío, se trata de un conocimiento aproximativo. Nadie predijo para los nacidos bajo el signo de Géminis “hoy puede matar a un ser querido, seguro que cometerá un crimen horrible por causas relacionadas con la influencia de Mercurio sobre Júpiter”. Nadie lo dijo, la astrología escamotea por precaución de enfermera con ética el secreto de la muerte, prueba decisiva de su falta de grandeza ante el Gran Secreto. Muchas actividades manuales se pueden

llevar adelante sin incidencia de esquilas de la antigua ciencia Asiria, ni programas informáticos que intentan suplir a las pitonisas que predicen las tragedias domésticas.

Ella dejó pasar una hora, como si la evolución astrológica de su destino coincidiera con el tiempo del viaje en ómnibus hasta la cena. ¿Mi prima había intentado otros regreso al hogar? Nadie lo sabe. El horóscopo hace girar el destino grandilocuente sobre los nobles temas del dinero, la salud limitada a la gripe y el reuma, la vida sentimental según el ars amandi de fotonovelas traducidas. En una rotación sumando su extravío al movimiento de los planetas mi querida prima se fundía en un tiempo cósmico, derivaba hacia la extensión desconocida de lo que ella pudiera hacer y fue así que alcanzó alguna conclusión: los aciertos deducidos del avatar de los astros y la singularidad de la persona enfrentada a la infinita adversidad del cosmos, afectaba sólo los satélites de la vida. Ella ingresó hoy en fase de colapso definitivo, el único destino era el inmediato de la próxima hora y vinculado a la preparación de la cena.

El universo estaba transformado en una receta de cocina, por la mañana y en la tarde, en la tele, la revista y los diarios, en programas audiovisuales y suplementos policromados de la prensa. Era el olor del lenguaje y casi poético, lo esencial se desplazó de la comida a la receta, la vida se volvía ingredientes originales y proporciones atinadas, preparaciones simultáneas, tiempo de cocción y consejos útiles para la presentación. Cada tanto se insistía con acento de "esto deben recordarlo bien" la cocina son colores y perfumes. Estaba cocinando su confesión en receta exclusiva y para qué pasar al lenguaje formal: se toma

el cuerpo de un marido dormido y tibio que viene a ser ingrediente y pieza principal. Mientras se encienden las hornallas de la cocina Delne, se selecciona un cuchillo de diseño oriental especial para la operación de deshuesado. Con la presa viva en estado de catalepsia se procede a cortes sucesivos tratando a la vez (ese es el secreto) de sangrar y afectar partes vitales, haciendo que la muerte llegue en el momento cuando la sangre sale abundante de la pieza. Como en toda operación de plato exótico lo clave es la transformación interior de quien cocina. En otra cacerola se prepara algo de verdura, un panaché con toques de pechito de cerdo apenas pasado por aceite, y si bien las especies predilectas pueden ser de origen hindú, se recomienda la utilización de hierbas nobles: ajo, perejil, orégano y otras menos frecuentadas entre nosotros. Hay quienes prefieren nuez moscada sin exceso, ipero en todo plato debe haber una pizca de creatividad! El plato del marido cocinado en su salsa es especial por la falta de premura, como en el caso de algunas aves el secreto está en el caprichoso tiempo de la putrefacción. Debe dejarse el cuerpo desangrado del marido en la misma cama donde se procedió a tajarlo hasta la muerte, esperando que los coágulos retengan sangre interior suficiente y así el proceso de putrefacción suceda de manera más natural que en una morgue. Se cerrarán puertas y ventanas, el final depende de la regulación de luz y aire en una pieza principal durante los últimos días. Pasadas cerca de doce horas de la muerte, la pieza produce un olorcillo agridulce cuya virtud consiste en escaparse por las hendiduras. Dura poco tiempo, la cocina es el misterio de esos segundos donde la materia principal se metamorfosea. Para ese

plato, donde el resto puede quedar encaminado –es lo que se llama el punto invisible- el momento cuando hay que proceder a la extracción de los 700 gramos necesarios (900 gramos si se trata de tres comensales) y nada más. El resto a la basura, el valor de un plato reside en la cantidad del desperdicio. Se puede cocinar el hígado, el cerebro y los riñones pero nunca a la vez, por ejemplo hígados y riñones.

Ella mira el reloj igual que si tuviera una asadera en el horno, se cumplirían nueve horas y el cuerpo estaría en pleno proceso. Si tiene el coraje de decirlo sin derrumbarse le gustaría ver la cara del comisario cuando ella recitara la receta. De chica nunca le gustó el hígado ni cuando se lo preparaban cortadito y salteado con un poco de cebolla, la madre decía que mi prima era jeringa para las comidas y estaba en lo cierto.

Era casi la tardecita del último jueves y si lo vivido hubiera sido una pesadilla, el día debería haber finalizado. Anastassia Lizavetta suponía que luego de lo ocurrido hace unas horas en la torre L del Parque Posadas permanecería despierta por siempre. Nunca más podría dormir. Emulando una locutora profesional estaría destinada a contar cientos de veces su gesto, dar explicaciones sobre lo hecho y deducir incidentes de la infancia, detalles de su vida de pareja para aclarar "el más inexplicable caso de crimen pasional de los últimos años." Iría a la televisión, su caso daría que hablar en los programas de la mañana entre recetas de pollo Strogonoff, consultantes de la

dieta primaveral y métodos para dejar de fumar dos paquetes por día. El crimen mercancía sería evocado en programas polémicos, recién entonces existiría, la mediatización sería la prueba del Fiscal y el crimen -recién entonces- se habría cometido. A lo sumo dos semanas de alboroto periodístico, luego la noticia se diluiría como azúcar en té con leche y en pocos años ni el hijo se acordaría de los pormenores del asunto. La rotación de propietarios en el Parque Posadas la llevaría a la leyenda discreta de la Torre L, la papisa un buen día desaparecería de la feria y el quesero perdería la memoria hasta volverse un viejo que roba treinta gramos de gruyere en cada pesada de la balanza adulterada. En el barrio otros asuntos sórdidos la habrían sustituido, las mellizas prostitutas, el jubilado pedófilo, el herrero que enloqueció y mató la familia a martillazos. La hiperinformación es la forma paradójica de la amnesia, el crimen pasional es inexistente de no mediar una premeditación en las circunstancias mediáticas, sería el Triunfo y Apoteosis del Olvido. Lo lógico es que hubiera pedido un taxímetro desde la pieza considerando la excepcionalidad de lo ocurrido, pero salió caminando sin importarle la mirada de los otros que a esa hora para ella eran nadie. Cuando abandona Cortijo el pistero simula estar distraído sin perderse detalle, por si la mujer dejó un tipo muerto en la pieza y hay que explicar a la policía el incidente. Una pareja de estudiantes, sin dinero para el taxi además de la hora de cama, asume el ingreso desafiando costumbres de la sociedad que terminará por digerirlos. Testigos de poco fiar en las veredas, faltan vecinos cuchicheando como sucedía antes, se ven escenas más excitantes en la televisión por cable y sólo los

vehículos que se escuchan avanzar parecen comprenderla. Sería aconsejable caminar hasta la avenida principal, llegar a la primera esquina y subir por Pedro Vidal hasta el corte de Monte Caseros. De ahí alcanzar Larrañaga, buscar la gran avenida y el descampado donde se cruzan varias calles. Era una buena zona para encuentros cuando ella era joven, cerca del liceo Dámaso y del Parque de los Aliados, bajando por la doble vía de Centenario, estaba la escuela al Aire Libre. El instituto donde enviaban a las muchachas enfermitas de los pulmones, como la hija de los judíos austriacos que un buen día salió del barrio para nunca más regresar. Ahora mismo mientras la aventura parece lanzada hacia el final, ella busca refugio en el pasado. En una simetría de dos segmentos de tiempo desparejo cada movimiento de ese día remitía a un episodio anterior. Agotada de reacciones instintivas, ella dudaba hacia dónde dirigirse en la próxima hora. Era una mujer sin futuro, cada gesto intentado duplicaba lo hecho alguna vez con anterioridad repetida, confirmando la predestinación. Se agotaron las pasiones que explotaron junto con el crimen, estaba en la etapa adolescente lanzada al manido recurso de la regresión.

Caminaba sin rumbo y extraviada, el mandato activado en alguna parte de la memoria tenía reglas secretas. Mi prima intuía una cita pendiente con un lugar preciso, sabía que debía darse prisa antes de que alguien la interceptara en su deambular; regresándola a la mañana del día que venía transcurriendo y considerando anormal algo que le ocurriría recién dentro de muchos años. Antes del fin de la aventura tenía que apagar por última vez las velitas de la torta sonriendo. Hacía una vida que

evitaba esa parte de la ciudad fusionada a su existencia pasada, la zona era este jueves –día que cambió la configuración del mundo- un baratillo que perdió respecto de convivencia. Mi prima tenía un recuerdo agradable de la doble entrada de la escuela Felipe Sanguinetti, evocación sentimental donde había árboles frutales, vendedores de barquillos y pájaros veloces revoloteando. Había caminado el trayecto que algunas horas antes hizo subida en taxi, más temprano, cuando fue de la casa de la hermana mayor hasta el centro comercial, con la idea de tomar un ómnibus hacia la desembocadura del Río de la Plata. Reconociendo algunas ruinas comenzó a latirle el corazoncito de muchachita de barrio. La actividad arterial se aceleró a medida que se acercaba a la esquina de la confitería La Liguria. ¿Era posible que alguna vez le hayan festejado los quince años en esos parajes, dándole la bienvenida a la vida adulta?

Era verdad en algún arrabal de la vida pasada la elección de tarjetas con letras doradas en relieve y el reparto a domicilio de invitaciones. Como lo eran las pruebas para el vestido en el taller de la modista de la otra cuadra de la casa, la súplica para tener en la fiesta un conjunto musical en vivo que tocara los éxitos melódicos del momento pasados por la radio. Ella participó en la selección de las mejores fotografías para el álbum y se permitió sugerencias para el diseño de la enorme torta, que sería partida con una pala plateada inocente y premonitoria hacia la medianoche, antes de que se marcharan a dormir los primeros viejos. Ahora que recuerda, ella podía repetir el orden y nombres de hombres y muchachos con quienes bailó el vals para abrir el festejo. Anuncio del cambio de pareja en la vida futura, lo hacía

mientras los invitados festejaban a cada cambio aplaudiendo su seducción, preanunciando un nuevo fracaso. Ella podía recordar los nervios ante los regalos, la rabia por la tormenta que se abatió sobre Montevideo las primeras horas de la tarde y amenazó con aguar la fiesta. Las expectativas por los amoríos que le consumían el pensamiento (también hoy desde que se despertó) y la sensación por una vez en la vida, por algunos segundos que pudieron ser aquellos cuando él la invitó a bailar y se sintió una princesa. Cuando la fotografiaron reflejada en el gran espejo del salón de recepción y la pala de plata hendió con temor al bizcochuelo rosado del primer piso de la torta. Subió escalinatas cubiertas de caminero mullido sobre el que era agradable desplazarse, sabiendo que la esperaban, porque ella era el centro del mundo y en pocos momentos se convertiría en la reina de la noche. ¿Qué sucedió en el mundo entre la foto que le tomaron con las compañeras de liceo la noche de los quince años y el extravío de vagabunda amnésica tratando de hallar las ruinas triangulares de su vida? ¿El pensarlo era una manera de comenzar a pagar el crimen? El noviecito de la fiesta de quince se extravió en el basurero sin incinerador de la vida, el padre que fue el primero que la sacó a bailar, el primero que quiso penetrarla una noche repugnante de verano murió de un cáncer fulminante que lo exoneró del sufrimiento.

El infierno anunciado era ella bailando y vestida como una futura novia los temas lentos de Los Delfines, sonriendo y sin comer un francesito, un jesuita, ni una pildorita por miedo a vomitar y lo horrible; ocurrido cuando la primera persona invitada a la fiesta se despidió, anunciando que la fiesta comenzaba a terminarse y

la felicidad tan soñada concluía. A partir de mañana no habría plan de salvamento para sustituir la felicidad vivida. Luego pasaron muchas horas que fueron nada; cuando por fin quedó a solas y se desnudó a los quince años de edad, en su cuarto inocente con juguetes protectores de recuerdos infantiles, muerta de hambre, el milagro anunciado no sucedió. Las amigas que vivieron la misma situación dijeron que se quedaría despierta de tan contenta que estaría, pensando en la dicha vivida la noche que terminaba y una vez más le mintieron esas malditas para hacerla sufrir, llevarla a una modalidad hasta entonces desconocida de la crueldad. Lloró como nunca sin tener clara la razón, se le secó el corazón de tanto llorar y en aquella noche agotó las lágrimas faltantes en el presente, cuando vio el decorado destruido de lo que -había fotos en algún lugar que lo probaban- resultó su mejor escena en la comedia que le asignaron vivir. Eran días de la debutante tan bien recibida en la pocilga de la vida y tenían el descaro de festejarlo. Engaño e ironía, réquiem premonitorio a ritmo de slow y luces apaciguadas, Stabat Mater de la infancia en un disco vinílico. Horas cuando la vida es algo prometedor que está por delante y sin sombra de trampa. Se parece a la felicidad, se viven los instantes suicidas de acelerar las horas de avanzar hacia lo que aguarda para colmarnos de dicha y ni asoma la mínima idea de la profundidad del horror.

En esas mismas veredas sucedió en la mitad de la vida el engaño colectivo, trampa biológica y equidistante, ilusión de los sentidos, orden de que cada vivencia sería excelente en el futuro estimulante. Desandaba el camino -porque allí recogió el cuchillo

de la calle- confundiéndolo con la pala para cortar la torta quinceañera de pilares griegos y colorantes rosados, intuyendo que las salidas estaban clausuradas. El decorado abandonado y que años atrás cumplió el cometido de engañarla le mostraba su realidad. Ella se volvería loca porque en el mismo día ajusticiaba también recuerdos y sus recuerdos perfectos se convirtieron en baratillo. El primer amor de película estaba en oferta, tres por diez pesos, las ganas de ser algo en la vida se vendía con una tostadora de regalo. La vida decente tenía etiqueta falsa y la ensamblaban en alguna parte de la zona franca, las decisión de cambiar el mundo tenía olor a garrapiñada y el mañana aroma a chorizo quemado. En el afán de hacer el hombre nuevo la idea colectiva olvidó proyectar la mujer nueva. La familia estaba entre una materia del liceo y la música tropical, la cultura nacional debería ser el ruido del paso lento del carro de basura y los bocinazos de los nuevos modelos de ómnibus de la empresa Cutcsa. El sentido de la existencia estaba a la venta, ella pudo pensar que la razón última del crimen en su hogar del Parque Posadas fue obligarla a un recorrido paródico de su adolescencia, viaje al pasado que de otra manera nunca habría emprendido. Era contemplar su vida expuesta en la vidriera central de las tiendas: "soy estos puestos callejeros que traducen la verdad de mi vida. Mi vida es un calzón tirado en una mesa de saldo y en un talle que no le entra a ningún culo. Calzón descolorido por semanas de exposición a la intemperie, sucio por el hollín, el sol y el manoseo de cientos de manos de mujeres" y sin conocer los motivos que la condujeron a ese descalabro.

En un momento inadvertido de su juventud se cortaron las amarras atándola al muelle, su proyecto derivó a la vida inauténtica, ella dejó de decidir comenzando a aceptar la vida tal cual es; en cuanto al resto es fácil de adivinar. Pensó en la fiesta de quince y las muchachas de su clase de liceo, si ahora se las cruzara por la calle no reconocería a ninguna entre ellas. En una ciudad tan chica como Montevideo treinta muchachas se perdieron de vista en veinte años, eliminadas por un criminal en serie con manías sistemáticas, jamás hallaron desde entonces una razón válida para reencontrarse. Todas huyeron escapando a la constatación perentoria que sospechaban, cuando pegaban en los cuadernos la foto en colores de Sandro y de Roberto Carlos. Tal vez ese día, cumpliendo un plan secreto aquellas muchachas cometieron un crimen horrible en sus respectivos domicilios, algo que ella no consideraba falta sino revancha por haberse desviado del camino; sería una enorme satisfacción, matar y ofender a la sociedad pacata dejando una traza brutal de su pasaje por la vida.

Mi prima sabía que mediante lo horrible imperdonable cometido, de manera desesperada despertaría el recuerdo adormecido de muchachas cansadas, entregadas y que se habituaban a la idea de envejecer esperando la muerte, sin nadie intuyendo su existencia ni que fueron hermosísimas como diosas a los quince años. El crimen como reivindicación, ganar el derecho a regresar

al punto de partida del juego: 4 de junio de 1972, 8 de Octubre y Cipriano Miró, confitería y Salón de Fiestas La Liguria, Anastassia Lizavetta Zabala tiene el agrado de invitarlo al festejo de sus quince años. Cuando todo era posible, como si en esa ciudad la felicidad se terminara con la adolescencia, excluyéramos nuestra vida adulta sin escepticismo ni derrotas e intramuros, donde madurar equivaliera a joderse las ilusiones comenzando a morir. Ella lo mató, quiero suponer, para regresar a la esquina de La Liguria liberada de un cargamento de fracasos con intereses acumulados y subir las escaleras en demoliciones con alfombras cubiertas de basura. Recuperar el olor de saladitos calientes y pimpollos reventones amarillos colocados en floreros con agua mineral, para que duren más, de masas de crema pastelera y licores sin alcohol y colores intensos de pociones mágicas. Esas explicaciones nadie está dispuesto a escucharlas y menos a entenderlas, son el espejo devastador de nuestra propia vida. El de mi prima era un crimen romántico y la gente querría que fuera relacionado con sórdidas razones. Un tiempo cuando la perfección anhelada eran tres mozos engominados entrando a la vez al salón principal de La Liguria, bandejas repletas de vasos de sangría con fruta fresca cortadita, chaquetas almidonadas por madres contentas porque el muchacho adquiriría hábitos de trabajo y un flash poderoso la enceguecía cada vez que se disparaba. Dejando constancia de ser necesario, por si hubiera interés en el futuro, de su última expresión inocente antes que recomenzara el desastre. De que las campanas de la Iglesia San Agustín informaran a su manera eclesiástica, que la vida era más parecida a la miseria en las

urgencias del hospital Pasteur que a las cocinas de la confitería. Lo normal es la agonía miserable en la asistencia pública y no la música con hits del mes pasados en CX 50 Radio Independencia. En la calle, varias personas pedían firmas para un plebiscito pretendiendo salvar los servicios públicos en amenaza de privatización, sin estar convencidas de si había algo que valía la pena salvar. Nadie juntó firmas para salvar La Liguria de la demolición, eso que allí se preparaba el mejor San Martín dulce del mundo, lo que no era poca cosa y el salón era de una delicadeza sin par. Cuando dejó atrás la zona comercial de la Unión, ella ingresó en una pradera llevando al territorio de la infancia y la confrontación con el presente resultó violenta. Si se hubiera hecho el análisis de diván -que postergó hasta que fue tarde- el itinerario elíptico por los recuerdos, si bien podría tener el dolor de la recuperación conciente, demostraría al menos la voluntad de encuentro y recuperación. Probando el afán de hallar una salida, conciencia de enfermedad tratada, suponiendo al menos una esperanza de resolución. El crimen era su mayor historia de amor y su análisis concentrado, a falta de recuerdos traumáticos, se lo debió construir para darse el derecho a regresar sobre sus pasos. Recordar momentos inertes de su felicidad, buscar el cruce cuando su vida de muchacha se empezó a marchitar. Era una historia de consulta que presupone el final próximo de una terapia.

Sin embargo, cuando la confrontación se producía en la evolución de la materia expuesta a la intemperie, la vida, el pasaje de los años se representaba en insignias luminosas y locales abandonados, portones derruidos, caserones

desaparecidos. La infancia eran baldosas faltantes en la vereda que nadie repuso, grietas y fallas en la carpeta asfáltica, terrenos convertidos por la usura en parking salvajes. La numeración de chapas de calle en las puertas que avanzaba hacia el infinito y ella andando en línea única y sinuosa, sin salida. ¿Cuáles serían las cuatro cifras gritando el final de la Avenida Eterna? La gente amontonada y esperando transporte resultaban más convincentes que las técnicas de hipnosis. Cartelones anunciando el baratillo permanente más que el peligro de transferencia con un analista y yo metido, que me preguntaba como un imbécil si podría hacerse algo al respecto sin haber nacido en Viena. Los recuerdos eran netos y la infancia invención que dejó de existir, la vida mutación y que en ella pasó de forma inexorable por la decadencia.

El territorio de la infancia de mi prima, visto ahora tarde y con culpa, luego del episodio terrible, me parece invadido por otra forma menos digna de la miseria. Si ella tuviera que dar pareceres a un terapeuta de control carcelario (que podía ser yo mismo, si bien dadas las circunstancias es desaconsejable) diría que estuvo condicionada por el complejo del baratillo. Menos prestigioso que los traumas de situaciones arcaicas próximos a la verdad. Su vida podría resumirse en aprender fórmulas: liquidaciones, terminación de stock, todo por diez pesos hasta terminar, oferta incomparable, tres por cincuenta, precios de remate, oportunidad única, promoción al costo, precios increíbles, hasta agotar, promoción del mes, la venta monstruo después del incendio devastador, aunque usted no lo crea, por cierre definitivo, lleve ahora y pague después, usted fija la cuota,

pague en tres veces sin intereses, 10 por ciento de descuento pagando en efectivo, se aceptan todas las tarjetas y sistemas de crédito, firme ahora lleve ya y desembolse después, compre lo que le venga en gana sin agredir el bolsillo, se aceptan dólares, saque cuentas y disfrute, el mejor cambio por monedas extranjeras, se compra oro al gramo.

Eran esos mitos de la infancia y los eventos definitivos ocurren los domingos cuando los negocios cierran. Los recuerdos eran precios anotados en la calle y vidrieras de la zona comercial de la Unión, pudiéndose resumir con el slogan de una gran tienda: vendemos millones ganando vintenes. Divisa curiosa para entender el secreto de la vida, esa sería la fórmula ejemplar de la infancia: padecemos millones recordando vintenes. Ella conocía el precio de túnica y zapatos y útiles escolares, el costo incluso de aquello que le estaba prohibido. Sus tabúes eran objetos que la familia sabía que no podría adquirir. ¿Un crimen horrible como el cometido esa mañana se explicaba por la prohibición de entrar a los almacenes lujosos de la gran Avenida? La infancia de Anastassia Lizavetta antes del daño era el recuerdo de la pobreza y el tener que contar monedas para comprar aceite suelto y pan flauta cortado al medio, dos aspirinas, cuarto kilo de azúcar. La infancia era la diaria tarea de no malgastar el sueldo y cuando un helado servido en cucurucho es una excepcionalidad. Hay algo en el crecimiento que marcha al revés, la regresión podía contarse como se cuentan los vintenes antes de salir para el expendio municipal. El fondo de recuerdos era para la familia de mi prima un monedero intocable y los objetos fetiche alcancías de formas variadas. Ella se percató

de esa evidencia porque luego de lo hecho la mañana, de haber andado perdida por el día, cuando regresó a las calles de la infancia en reacción lógica e inocente de alguien que protagonizó un acto absoluto, que a cada minuto que pasa se le escapa de la comprensión y pronto desearía olvidar, de ser posible, pasó caminando esas mismas calles con billetes apretados en un puño. Como antes, el secreto consistía en que esa mano no se abriera por nada del mundo; de hacerlo por un momento de duda y debilidad estaría perdida.

Un recuerdo persistente de la infancia (descuidé esa etapa de la vida de mi querida prima, que puede ayudar a entrever y explicar el final que comienza) de los que se niegan a desaparecer - también cuando se interpone otro determinante- se relaciona a cuando ella perdió un billete de diez pesos. Más que por lo que pudieran reprocharle, por la pena que sabía le causaría a los padres, me remarcó al evocarlo desactivando su potencia retardativa. Cuando jugábamos al análisis era el primer episodio que surgía nítido, si mi memoria no me traiciona, que le pertenecía como el color del pelo y sin derivar hacia el olvido que trabajaba a nivel de la conciencia superficial; algunos recuerdos se niegan a ser teñidos como la cabellera.

Aquella otra de la falta involuntaria fue una mañana nefasta para la segunda de las tres hermanas, día de revuelo que sometió al conjunto familiar viviendo un evento excepcional. Antes que confesarlo prefirió huir del hogar, primer gesto que los demás no

esperaban de ella, como si sus explosiones emocionales fueran incoherentes con la razón que la produjo. Miedosa de perderse si doblaba varias esquinas y salía del camino recto, ella caminó hacia las afueras de la ciudad. En dirección a la más cercana localidad, a unos veinticinco kilómetros de la casa y que, para la niñita que por entonces era mi querida prima, estaba tan distante como los cuentos sobre Londres. Recordaba cerrando la aventura dolorosa, que un patrullero policial la interceptó a eso de las seis de la tarde, mientras se debilitaba la luz del día. Tenía sed y hambre, estaba avergonzada y eran tantos los temores que ni se imaginaba extraviada. Recordaba al recuperar en detalle la experiencia, que la interceptaron en la entrada del Instituto de Ciegos sobre la ruta y cerca de Libia, casi en plena campaña descampada. Pocas cuerdas de contarlas objetivamente y a decir verdad ella no llegó lejos. Fracaso y frustración, prueba de su incapacidad para salir de situaciones difíciles, poner distancia con el peligro y salida que estancaría en un sarcasmo: cállate infeliz, que lo más lejos que llegaste es al Instituto de Ciegos del camino Maldonado... Fue lo que sucedió y la ennegreció el resplandor del paisaje perturbador.

La vida presente cambió de sentido y caminando sobre las huellas de antes ella recobró la emoción original, podría decirse que la provocó con violencia. Sus escenas determinantes fueron perder un billete de diez pesos color lila y apuñalar al marido dormido, síntesis escueta para encerrar el misterio de una existencia. Puede que la terrible verdad, sea que la vida fue lo sucedido antes de ser interceptada por un patrullero un atardecer en la entrada sobre la ruta del Instituto de Ciegos y lo

que viene ocurriendo, después que cerró la puerta del dormitorio sin el guante ensangrentado. Entre ambos gestos involuntarios vivió un sueño, la vida era fuga perpetua y estaba fatigada por lo tenido que soportar. Manoseos familiares y el grito de jefes, las veces que debió aceptar la humillación para no pasar por tarada y el lánguido matrimonio. Hubo momentos gratos que le permitieron realizaciones en el plano humano y profesional, por alguna oscura razón nunca repitió una felicidad parecida a la entrada al salón superior de la confitería La Liguria, cuando celebró los quince años. Así debería ser la vida y por siempre, ella sobrevivió en una línea sinuosa y asfaltada teniendo en el extremo sur la Escuela al Aire Libre para niños tuberculosos y del otro lado el instituto de Ciegos. donde enseñaban el lenguaje Braille con la yema de los dedos, sin guantes de goma.

Lo ocurrido en el Parque Posadas fue simulacro, maniobra de distracción mientras los utileros cambiaban el decorado de la escena que le estaba destinada. Mi querida prima buscaba certezas sobre el pasado y el fracaso con los restos de la confitería La Liguria resultó rotundo. Comenzó a mirar hacia la vereda con insistencia, se fijaba junto a los árboles y levantó del suelo volantes de propaganda callejera para verificar si se trataba del billete de diez pesos que perdió siendo niña. El crimen del marido pasó a segundo plano, lo que deseaba era hallar aquel billete y volver a la casa, que se la perdonara y nunca más le dijeran que a lo más lejos que había llegado era al Instituto de Ciegos. Pudiera ser que se lo hubieran robado en la panadería y quién sabe, cualquiera se sentiría tentado por el color del papel brillante del billete que parecía valer mucho más

que su valor real. Era el billete de un país que dejaría de existir cuando esos billetes salieran de circulación. Una letra de cambio implicando la vida de la muchachita, garantía y testamento que la acompañaría hasta la hora de su muerte. Era probable que lo hubiera perdido, nerviosa como estaba por la insistencia del medio tío para que ella lo dejara ver.

El medio tío en cuestión tenía apenas veinte años y para mi prima era un hombre hecho y derecho. Ella pudo hacerlo eso de mostrarle, además él le decía que no había nada de malo pero la inquietaba el hecho de que debía hacerlo. Por la manera en que se le pedía eso, la insistencia en el secreto y en la promesa de lo lindo que sería ella intentaba escapar de la casa. Cuando no estaba en la escuela o en la casa de las amiguitas, se proponía para hacer mandados y ausentarse de la presión. El medio tío disimulaba su agresividad, hablaba mucho y dando por descontado que cualquier tarde el jueguito recomenzaría. Nadie le preguntó por qué perdió el billete de diez pesos: lo había perdido por tonta. Ella podía perder la inocencia a los siete años para darle un placer perverso al medio tío y eso estaba dentro de las celadas de la vida; aprendizaje de la existencia, secretos de familia, lo que se olvida con el tiempo, sumatoria de nuevas obligaciones, lo correcto. La pérdida del billete decía algo y temprano de la falta de riqueza de su vida interior. La escasa responsabilidad para evaluar el valor del billete perdido, que recuperaba una función mágica y previa incluso a la invención de la moneda como valor de cambio. Había un desprecio a los otros por haber perdido ese billete, que tanto sacrificio le costó ganar al padre y administrar a la madre. Ella podía llegar a

perder el nombre para ser la muchachita que había perdido el billete de diez pesos y sus recuerdos íntimos serían resumidos por los otros: "¿te acuerdas de cuando perdiste el billete de diez pesos?" El horror nunca son los recuerdos, sino nuestros recuerdos impuestos por los otros para exonerarnos del olvido. Ella huyó aquel día cuando el medio tío le dijo "así que no quieres dejarte mirar para que te examine, pero andas por ahí perdiendo plata. Es muy feo sobrina, cuando se enteren en el barrio te van a tomar para la chacota" le dijo y sonrió, insinuando que él mismo sería el encargado de divulgar la noticia en el barrio, al menos que secreto por secreto... Ella me dijo que se puso a llorar y allí mismo se levantó la pollera, mordió con los dientes el ruedo con gusto a dobladillo, con las manitas libres separó el elástico de la carne y bajó la bombachita hasta las rodillas que parecían temblarle. El medio tío la miró un largo rato, incrédulo, subyugado por lo esperado tanto tiempo, orgulloso por su poder de convencimiento y luego que recuperó el uso de la palabra dijo "basta, que hay moros en la costa". Los moros eran la media hermana, la madre de mi prima y mientras ella se acomodaba las prendas como si estuviera saliendo del baño él agregó: "no pasó nada tontita y ni una palabra a nadie, si quieres te puedo dar el billete de diez pesos y podrás decir que lo encontraste en el zaguán. ¿Qué te parece?" Anastassia Lizavetta huyó por esos segundos diez pesos; al final del día, cuando regresó a la casa acompañada por dos oficiales de policía, el medio tío que recién llegaba a la casa, luego de haber perdido la tarde en un boliche de la otra cuadra, jugando a la baraja y sin tener la menor idea de lo sucedido durante las últimas horas con su sobrina, quedó

pálido y menos seguro que esa mañana, cuando amenazó con ser informante del extravío ante los vecinos. El mayor temor era que la sobrina hubiera contado algo de la escabrosa entrevista antes de que llegaran los moros a la costa; él estaba armando el cuento de la excusa del juego y las exageraciones de la gurisa, que la niña venía de un momento difícil por perder el billete y buscaba el diálogo tranquilizador. Desde esa fuga de mi querida prima nunca más le volvió a pedir aquello tan secreto y se la agarró con una vecinita. Al año del episodio el medio tío murió de una septicemia en el Hospital de Clínicas y ella acompañó a la madre cuando fue a reconocer el cadáver. Por más que Anastassia Lizavetta buscaba en la vereda el billete lila de diez pesos no aparecía por ningún lado.

Entre la memoria inasible y la escritura se suceden los capítulos. La historia marcha hacia la Gracia de mi prima y el mecanismo está aceitado, la complejidad se vigila tanto en sus detalles que el descuido de un par de horas fue suficiente para acelerar la expansión. Mientras yo escribo, en algún momento viniendo del pasado mi querida prima cae en el fondo del día. Memoria y culpabilidad se acoplan, la realidad opera donde se supone que debería estar ella, indagando para salir adelante, de no haber ocurrido el accidente del comportamiento perturbando el sentido hasta del más lejano recuerdo. El tiempo narrativo transcurre indiferente al carácter traumático de los hechos multiplicados,

tiempo segmentado en palabras y el silencio que supone la reflexión; sin sospecharlo, el barrio del Parque Posadas se prepara para el escándalo que estallará en pocas horas. A la espera yo recibo cada día de manera distinta la onda expansiva del evento y que reconstruyo de manera imperfecta, me estremece que el ascensor funcionando -mientras termino la frase- es el mismo que escuchó mi querida prima al despertar aquella mañana, transfigurada en otra Anastassia Lizavetta haciendo que me halle en esta situación deliciosa e incómoda. Ella renunció a huir, es inútil intentarlo ante la falta de premeditación y reacción. Luego de comprender sabe que es imposible, la mujer se aleja del epicentro de fusión pasional que terminará por recuperarla. La distancia es breve entre la cama donde comenzó la novela y las puertas del Instituto de Ciegos, donde culminará dentro de algunos minutos. Puede recorrerse en un viaje de taxi, transcurrieron doce horas en la vida de una mujer, de mi querida prima. Ni tan siquiera un día completo, al parecer ella no merecía un día entero de veinticuatro horas para su entrada en la leyenda. Entre lo extraordinario y el final se sucedieron doce horas sin que las viéramos pasar; tiempo de manifestación de gesto defensivo insensato privado y público con salpicaduras de sueño. Doce horas en la vida de una mujer uruguaya ordinaria y casual sin que quiera decir nada de particular. Deberá esperar hasta mañana para tomar conciencia de lo ocurrido, lo creará recién cuando lea el informe detallado en la prensa y sus manos le cuenten el secreto del extravío circunstancial. Las doce horas que duró la verdadera historia de mi prima -vuelta entera de reloj pulsera y la mitad del día-

fueron la búsqueda del error y apuntes del dictamen correcto. Sin buscarle reacción con cinismo en el juicio y expresión, el acto feroz fue decisión impugnabile en minutos fluctuantes, mientras preparaba el desayuno para la familia.

Así de previsible va finalizando su historia concentrada, digna de memoria colectiva porque decidió asir el cuchillo entre las manos y luego lo que siguió fue lugar común; como si las historias tuvieran un final predecible y cierta satisfacción infantil pudiera dejar sin efecto las explicaciones requeridas. El mundo serían los hechos, la suma de pequeños hechos acaecidos en la Torre L del Parque Posadas y debemos cerrar las explicaciones, de la misma manera que se nos impone ponerle fin a la escritura. Se pueden adelantar conjeturas buscando una falsa tranquilidad, ninguna sería tan convincente para disipar las dudas que se suman a medida que se agregan hipótesis. ¿Qué más se puede decir luego del crimen y las secuelas del deambular por la ciudad? Esa es la parte de la verdad que puede ser narrada; si la vida resultara infinita, en una concesión de la ficción el drama solar de mi prima exigiría una caída dramática. El día resultó rico en experiencias variadas e incluyo en ello el intento de reconstruirlo con la imaginación, como si la hubiera seguido de cerca emulando un lobo en celo. Hacerlo con cartas, recuerdos desvirtuados, recortes de prensa, confesión vertida imperfectamente, chismes de vecindario, transferencias inconscientes, deducciones interpretativas, suposiciones que deduzco de pasearme por donde sucedieron los hechos. Con la ilusión de que los lugares terminen por darme su parte de verdad, resaca de lo

comprobado luego de repetir cientos de veces el mismo itinerario.

Traté de advertir la presencia del crimen en cada ocasión que nos cruzamos sin lograrlo; con la basura que debí escuchar por el barrio y la conciencia de que hay secretos a lo que mi exageración, mirada de experto y pluma de aficionado ni siquiera podía acceder. Día intenso pues, entre pulsiones de muerte, recuerdos imborrables, anagnórisis de pitonisa y orgullo, culpabilidad y fantasía sensual, los nexos entre el interior mental y la realidad eran a cada minuto más endebles. Lo vivido dejaba de ser el día más denso de su existencia para volverse materia narrativa de jornada ficticia e inventada por alguien fantasioso. Guion confuso de película que nunca será filmada acusada de exceso de delirio; la aceptación de la maraña entre hechos y versiones, verdad y verosimilitud de ninguna manera evitaría que las cosas sucedieran. Lo curioso es que incluso el hecho banal y absurdo de ser sometido a variadas interpretaciones, subir a un taxi, tomar un cortado, cortarse el pelo, en cierto momento me desborda, lanzándose en variaciones exponenciales y ello a pesar de mi control que quiero suponer estricto. Hasta hemos tentado cierta objetividad, condición que siempre se atribuye a la prosa periodística. Si al menos ella fuera un personaje histórico habría lectores dispuestos a creerlo, pero tratándose de la vecina del Parque Posadas el horror es preferible tirarlo a la basura, esperar el recolector de olvidos que conoce la ubicación del Gran Incinerador. Lo más honesto sería dejar el final del día en sus propias manos, suponer que es ella quien lo escribió desde el ruido primero como de hecho lo hizo.

Mi prima lo escribió con gestos explícitos y yo transcribí de manera imperfecta. Es lo que haré como si a partir de ahora yo fuera ella, dejarlo en el dominio de los supuestos, renunciar a mis intentos de explicación intimista y falta de objetividad, estabilizando el final fuera de sus intenciones (orgullo desmedido, vana pretensión... que serían difusos), tentando la aproximación a cierta entropía de sus pensamientos.

Volvamos a los últimos tramos de lo escrito sobre los gestos de Anastassia Lizavetta con sus palabras y mi escritura que copia fielmente lo que quiero atribuirle para salvarla. El reencuentro lógico e involuntario, ese ir hacia afuera de la ciudad equivalía al retorno a la infancia. La dimensión desesperada le trasladó el cuerpo al mismo escenario, trascendiendo evocaciones melancólicas que se cotejan con interferencias accidentales. Anastassia Lizavetta decidió llevar el cuerpo sin dormir y el mismo fuera de control en el momento del asesinato a circunstancias de antes, creando una zona neutra que escapa del presente y la memoria. Estado tercero al que se le atribuye escasa importancia, reinstalación en la conciencia y superposición del recuerdo con el presente. Visión doble que destroza pudiendo conducir al suicidio, vértigo de imágenes sin administrar difícil de relatar aunque persevere en la contradicción. Algo que transita por la vivencia de matar con las propias manos ejerciendo sobre la escritura una doble presión: el deterioro que advirtió en escenarios de la adolescencia se alteró cuando, en ese estado tercero ella penetró en la zona cercana de la casa donde vivió los años de la infancia. Si bien

renunció a ir hasta la casa por temor a ser atrapada, debemos notar que está huyendo y es una prófuga.

Soy la única sospechosa de un crimen horrible, las interferencias con recuerdos infantiles –¿consuelo, búsqueda de a razón, única fuga posible? - no borraron lo sucedido en las primeras páginas de este cuadernillo, ni la predestinación a que una historia así nunca termina bien, todo lo contrario. Esa renuncia menos alteró el efecto zonal y decía lo de la cercanía porque le conté a mi primo que allí ingresé en territorio fantástico: entre cuento de hadas, imaginación excesiva y desarreglos del camino Maldonado –ruptura sin intención de detenerse- las escenas se volvieron de inusitada claridad. Así lo supuse habiendo obligado una regresión infantil, negación del presente que comenzaba a abrumarme mediante el atajo de instalarme en un pasado de felicidad figurada, antes de la primera agresión de que tengo memoria.

El pavimento a mi visión idealizada del suburbio presentaba panes enteros. Los autos artrósicos pasaban por el camino principal a velocidad prudente, las veredas parecían tal cual. Estaban alineadas todas las baldosas y el cuadrado de tierra de los árboles parecía limpio, como si ayer hubiera pasado la cuadrilla municipal encargada del aseo callejero. Los paraísos del ornato eran los mismos de entonces, acaso menos fatigados y los frentes de las casas prolijos; inconsolable era la inversión

estimada valorando la impronta de casas, que rumiaban disgusto por permanecer en la cuadra original acentuando el error ilusorio: dormir allí era penitencia y el futuro resignación durando en un lugar sin escapatoria. Creo poder entender parte de lo que me sucede, hice desaparecer signos de amargura haciendo de la zona donde pasé la niñez territorio de los recuerdos dolorosos y lugar de cuento infantil. Se lo conté eso a mi primo varias veces, le decía que desde mis primeros cuentos los finales eran infelices.

Hoy estoy dispuesta a reconocer la verdad de la historia rescatando detalles que en su momento supuse disparatados. Pude identificar en las inmediaciones el lugar donde comenzó la fuga de la infancia, aquel agotarme caminando en sandalias hasta desvanecerme de fatiga, ocultando al mundo la pérdida del billete de diez pesos.

Cuando pude recordarlo, el golpe de bocina partió el encanto transitorio del episodio infantil, un fragmento de mi mente volvió a la presente realidad de mujer desesperada con ganas de llorar que había olvidado. Nada de lo hecho durante el día merecía mi llanto y era preocupante. Algunos autos encendían las primeras luces cortas, la noche avanzaba y me traspasó el cuerpo un frío intenso propio de finales de marzo. Cuando aparecen los vientos anticipando el clima del invierno tan fuera de mi alcance. A esta hora debería estar en casa realizando tareas domésticas, ello sería ocioso porque fingí la compra de la feria si bien podría arreglarme con lo que había en la heladera. Persistía en mi mente el crimen regresando en sus peores pormenores igual que el final de una mala película.

Por alguna razón -simetría necesaria a los relatos e infrecuente en la vida- estoy repitiendo el camino fugitivo de cuando entonces y nada podía hacerse. Si había marchado al pasado negando el presente, ahora forzaba límites del presente para proyectarme al futuro. En aquello que miraba descubría signos de lo hecho en la mañana y entrando en el futuro nadie se percataría de que estaba avanzando. Me vestí así y estoy con una bolsa en la mano. Salí de la Torre del Parque y me teñí para llamar la atención de los otros. Lo hice queriendo ser vista y reconocida, para ser recordada. En el final nadie lo notaba, ahora no era niña miedosa ni mujer asesina. Era ser informe resultado del cruce de los tiempos, criatura intangible de ficción.

Alguien dedujo con razón que buscaría refugio en barrios conocidos teniendo sólo dos destinos: Londres y la vuelta al hogar. Londres... por dios... la infancia es el único lugar a dónde refugiarse cuando falta imaginación. Era el caso para quien ignorara mi interioridad; el aparente lugar seguro del otro lado del espejo que termina destrozado hecho añicos y el precio a pagar por reconocer un territorio que debe permanecer misterioso. Con cierto orgullo, me percaté que sin pretenderlo había conseguido hasta el momento despistar a la policía. Todavía estaba libre siendo increíble, en un segmento del encadenamiento de hechos debería haber un error y no estaba al corriente de poseer artes de mujer fugitiva.

Como en mi infancia cuando dejó de serlo los autos patrulleros pasan a mi lado sin advertir mi presencia. Mi cuerpo es invisible resultado de una imaginación perturbada. Ellos buscaban con ahínco acaso a la que fui los minutos posteriores al amanecer,

antes de salir para la feria, antes de que se me ocurriera lo de la peluquería y el teñido; puede que buscaran a la muchachita que escapó del hogar familiar habiendo perdido un billete de diez pesos nuevo de color violeta. En verdad no me distinguían en el fragor del mundo, como si lo hecho en mi dormitorio hubiera sido tan insoportable que debería ser un serafín tráfuga responsable del horror, un loco sanguinario, el gorila de Borneo. Nunca una mujer con mis características conocidas al decir de los vecinos interrogados en su intimidad desde esta medianoche. Si alguien como yo cometió ese crimen horrible el mundo nunca sería como antes, me digo y es de las pocas cosas que dudo en creer, como si fuera producto de mi imaginación delirante, que descubrí en los kioscos de prensa con la noticia en primera página. Estuve tentada de comprarlos pero para qué, ninguno reflejaría la verdad de los hechos consistente en su inexistencia de verdadera versión y que conocería recién luego de muchos años de penitencia, sin pensar en otra cosa que en la fuerza que me llevó a entrar en mi dormitorio.

Nadie podría concebir la enormidad de hechos acumulados en el suceso, para los cuales -tentando su enumeración- hicieron falta por lo menos doce horas de vagabundeo. El mismo número que el de las puñaladas, los doce años de análisis introspectivo innecesarios y las doce semanas de encierro para llegar a este escrito. Por momentos me parece que viene siendo dictado por alguien que busca perjudicarme.

En los árboles imaginé que clavaron afiches enormes con mi cara y una leyenda incitando a los vecinos a denunciarme en cuanto me vieran. La foto era la de la última cédula de identidad... a

propósito es tiempo que la renueve. Suponía que la policía después de Miami Vice había abandonado esos procedimientos anacrónicos para buscar a los escapados; ante tanta desesperación por localizarme, consideré la posibilidad de entregarme lo que sería un comienzo para comprender. Seguir huyendo era insensato, caminaría otro rato hacia ninguna parte, iría a beber algo al parador El Hornero y luego me dirigiría al primer kiosco policial que topara en la ruta. Ninguna idea sobre lo que diría cuando me presentara al agente de puerta.

Era como si hubiera dejado de existir forzando el derecho litigado a tener una segunda vida. No estaba buscando las razones determinadas por mi vida anterior, que de eso se ha trabajado bastante hasta el momento. Tampoco descubrir la intensidad de la emoción, lo meditado, la locura del alud de puñaladas, sino de cierto egoísmo y que una vez superado el proceso de admitir la culpa, luego de estimar las consecuencias de lo hecho: ¿qué me quedaba por hacer? Haría lo que se espera en una circunstancia similar. Cumpliría con el conjunto de ritos periodísticos, médicos y judiciales relativos a la situación. Luego afrontaría la tarea de reconocer que mi vida continuaba, presentándose bajo la forma de una serie de interrogantes con fascinación innegable, si es que conseguía superar las urgencias inmediatas.

Tal vez mediante carta, una larga y laboriosa correspondencia luego que pasen siete meses de los hechos pueda retomar el contacto con el cómplice que me inventé para que escriba mi historia. Me consta que no puedo ayudarlo como quisiera ni como él necesita. Lo ayudaría si estuviera enferma aunque fuera de gravedad, pero estoy sana. Soy la mujer en su más sano juicio

que conozco, sana como para cometer un acto tocado por algo de justicia sagrada. No contra un marido y ni siquiera contra un hombre determinado, sino contra alguien que en un período olvidado me hizo ver -en simultaneidad fulgurante- lo que se fue sumando de recuerdos en doce horas. Por ello le debería estar agradecida. Medio día que resumen una vida y se concentraron en dos minutos de agitación frenética, argumentados en doce semanas de coma que se pagaron durante años y por adelantado.

Me siento cómplice y culpable de lo mismo; al terminar me invade la sospecha de que el crimen incluía la crónica del crimen y sucedió en el decorado que decidí recorrer antes de agonizar. Pretendía que eso sucediera con tranquilidad, llegar a dormir alguna noche futura sin despertarme, estando dispuesta a aceptar los hechos que se me reprochaban. Sabía que para la gente esa actitud es insuficiente, siempre pretenderán algo que les permita especular sobre los planes de vida después de haber asesinado. Los hechos de la vida son sencillos, lo complicado es cuando los otros se lanzan sin preparación a buscar las razones verdaderas del comportamiento. Mi vida, la poca que me quedaba después de matar al padre de mi hijo había recommenzado y por la muerte rondando iniciaba mi resurrección. El primer día me provocó una rara intensidad, euforia inapropiada requiriendo en contrapartida acciones desacostumbradas, vértigo del pensamiento desordenado sin que pudiera parar de especular sobre esto y aquello.

Lo cierto era que el amor estaba agotado y tampoco es razón para justificar el crimen en los tiempos que corren. Tal vez sí.

Puede que antes a comienzos del siglo pasado, tal vez ese hombre asesinado con tanta saña por mis manos era agente de otra estafa mayor. Alguien que la vida designó para destrozarme una tras otra mis ilusiones juveniles, queriendo compensar humillaciones acumuladas desde la infancia.

Si las causas parecen sencillas, los otros recurrirían seguro a la facilidad de la locura. En ninguna de las explicaciones, propuestas por inventivos que se ocupen de mi caso, habrá una mención por los salones de la confitería La Liguria un sábado de junio. Nunca es lo incomprensible sino lo inaceptable que rodea nuestro saber de la existencia. Estaba convencida de que lo ocurrido sería resumido a un ataque de locura como sucedió. La concentración de fuerzas destructivas, si bien quedaba por explicar la entidad de la saña desplegada en la Torre L del Parque Posadas. Me estoy pensando como paciente y menos como lo que soy; decidí que mi ángel inventado que redacta la historia de mi día presente estuvo en mi fiesta de quince en La Liguria, adorándome como hacen los primos tímidos, sacándome a bailar entre los últimos.

Estamos en la escena final y decidí que sea breve. Lo vi avanzar desde lejos cuando estaba acercándome a la entrada del Instituto de Ciegos, sin saber si estaba allí para golpear en la puerta con los nudillos pidiendo ayuda. Era un ómnibus marrón que identifica en plena ruta a la compañía cooperativa de Pando, asegurando trayectos entre Montevideo y el departamento de Canelones. Los mismos coches que miraba pasar en la infancia, tan diferentes de los otros del transporte capitalino; lo que me hacían creer que venían de otro país extraño, limítrofe y triste,

regiones improbables y que mi barrio periférico era el atajo prohibido hacia pueblos en ruinas que nunca conocería.

Al verlo fue como si la calle se hubiera convertido en desierto sin oasis con palmeras; que ese ómnibus avanzando desde el horizonte igual que un espejismo de leyenda oriental, tuviera por misión venir a buscarme, salvarme, sacarme de la situación terrible. El vehículo marrón era el carruaje real de un dios generoso avanzando entre nubes de polvo brillante. Me hallaba por contrastes del cuerpo, memoria, manos y sistemas en fase de delirio. Tenía la certeza de que venía a buscarme; el ómnibus presentaba el aspecto de carrocerías de antaño fijadas en mi recuerdo. Era el pasado viniendo a buscarme bajo esa configuración popular y yo en delirio activo decidí cambiar el coche, verlo a mi conveniencia de felicidad y escape.

En otro coche idéntico soñé pensando en destinos mejores con ahínco. Fue en el primer verano después de cumplir los quince años, a los pocos meses de la fiesta del bullicio en La Liguria, entrado el mes de enero, cuando marchaba a pasar unos días a la casa de una tía que vivía en el balneario Shangrilá. Recordaba ese enero preciso cuando quise presentarme a un concurso de belleza, como diversión le comentaba a mi tía ocultándole la verdad. En su momento me pareció el único objetivo de la vida que podía tener sentido, algo que debía hacer a riesgo de empantanarme en un fracaso de la estima perpetuo, ideas de muchachita. Los detalles de la ilusión importan poco, presintiendo el final, viendo el ómnibus parecido al que debió llevarme a la costa y recordando el episodio, empezaba a

delinear contornos de lo sucedido: palpaba la punta de la madeja y era insoportable.

Había querida ser –apenas durante un verano adolescente teniendo quince años recién cumplidos y me avergonzaba reconocerlo- la Miss Shangrilá irrepetible de ese solsticio. Una bobada, después de todo es verdad que fui una mujer que nunca le pidió demasiado a la existencia. Durante años olvidé el episodio de Shangrilá y al final aparece como deseo secreto, disgusto del que nunca llegué a reponerme. Algo debió ocurrir la noche del certamen tan desagradable que me impidió ir a presentarme, desfilas y ganar porque estaba segura sobre la resolución del evento. Jamás supe lo sucedido esa noche en la casa y si lo supe lo borré con fuerza. Fue como si alguien de la familia hubiera muerto de repente, cambiando mi medianoche de gloria tangible en velorio y mi cuerpo pronto para ser admirado hizo lo contrario, se amotinó con fiebres tropicales, vómitos de intoxicación malhiriendo el deseo. Si esa noche de sábado hubiera ido al Club Shangrilá acompañada por mi tía que estaba de acuerdo y me daba consejos, si hubiera desfilado en malla de baño sobre la pasarela como ensayé en casa delante del espejo y caminado a paso triunfal, igual que una muchacha por la playa de Ipanema, si hubiera sido finalista y luego elegida Miss Shangrilá en enero de 1973, quizá la vida habría cambiado. Mis notas tendrían otro final y ni existirían faltas de justificación. Para escribir la página del dolor inconcluso ese tuve que cometer un crimen. Aquello alteró mi proyecto de vida haciendo posible estas notas confesionales tardías e impertinentes al asunto grave que nos incumbe. Al menos las doce horas del día en que

me voy acompañando a mí misma –inventándome un ángel de la guarda que tome notas, un secretario de la desgracia narrada, una familia cualquiera- habrían sido distintas, perdiéndose en la nada como las mismas doce horas del jueves anterior. Algo determinante pudo evitarse y es lo que me quisiera creer sin tampoco estar segura.

El ómnibus se acercaba y esta vez no quise perder el boleto a Shangrilá como antes perdí el billete lila de diez pesos. Al verlo agrandarse corro, corro como una niña con gato en los brazos para cruzar el camino. Sin poner atención al tráfico intenso que a esa hora hay en ambos sentidos, sin ver el Hiunday rojo de la fatalidad que viene a mi encuentro desde el Parque Posadas a toda velocidad, manejado por un ciego y haciendo un ruido de ascensor descompuesto. Después del golpe perdí la conciencia conservando el conocimiento, me atropellaron como a una perra hambrienta, oigo lo que ellos dicen. Comentan que estoy agonizando y me escucho a mí misma dando la versión sucinta sin corroborar de los hechos. Supongo que es verdad lo que ellos afirman compungidos, moriré antes de que amanezca al menos que ocurra un milagro y puede que sea lo mejor para todos.

Lástima por mi niño.

* * *